

Cayo Veleyo Patérculo

HISTORIA ROMANA

CLÁSICOS DE HISTORIA 187

CAYO VELEYO PATÉRCULO

HISTORIA ROMANA

AL CÓNSUL MARCO VINICIO

Traducción al castellano por Manuel Sueyro (1587-1629)

Según la edición en Madrid de 1787.

Se ha actualizado la ortografía y dividido el texto en párrafos.

Original latino:

http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Velleius_Paterculus/home.html

ÍNDICE

HISTORIA ROMANA

LIBRO I.....3

LIBRO II.....9

C. VELLEI PATERCULI HISTORIÆ ROMANÆ

LIBER I.....54

LIBER II.....60

HISTORIA ROMANA

LIBRO I

1. Epio¹ apartándose con tormenta de Néstor su capitán, fundó a Metaponto. Teucro, a quien no recibió Telamón su padre, pues se descuidó en vengar la afrenta del hermano, arribó a Chipre; edificó a Salamina, con el nombre de su patria. Pirro, hijo, de Aquiles, ocupó a Épiro, y Filippo a Efira en Tesprotia. Pero el rey de los reyes Agamenón, echándole el temporal a la isla de Creta, hizo en ella tres ciudades, dos del nombre de su patria, una por memoria de la victoria, Micenas, Tegea, Pérgamo: luego fue muerto por maldad de la mujer, y de su primo hermano Egisto, que ejecutó en él los antiguos odios. Egisto gozó siete años del reino; a este, y a la madre, los degolló Orestes, asistido de Electra su hermana y compañera en todas las resoluciones, mujer de ánimo varonil. Viose que aprobaron este hecho los dioses en el espacio de su vida y la felicidad de su imperio, porque vivió noventa años, reinó setenta. Él mismo se vengó valerosamente de Pirro, hijo de Aquiles, matóle en Delfos, pues le había tomado a su esposa Hermione, hija de Menelao y de Helena.

Por aquel tiempo Lido y Tirreno hermanos, que reinaban en Lidia, compelidos de la esterilidad de los frutos, echaron suertes sobre cual de ellos saldría de la patria con parte de su gente. La suerte cayó en Tirreno, y desembarcando en Italia ennoblecíó para siempre con su nombre a aquel mar, los moradores y tierra. Después de la muerte de Orestes reinaron tres años sus hijos Pentilo y Tisameno.

2. Entonces habiendo pasado poco menos de ochenta años desde la destrucción de Troya, y ciento y veinte que se pasó Hércules a los dioses, fueron por los descendientes de este echados los de Pelops; que en todo aquel espacio, expelidos los heráclidas, tuvieron el señorío del Peloponeso. Temeno, Cresfontes y Aristodemo, sus tataranietos, fueron los capitanes que le recuperaron. Casi al mismo tiempo acabaron en Atenas los reyes: el último fue Codro, hijo de Melanto, varón digno de memoria; porque apretando los lacedemonios con cruel guerra a los habitantes del Ática, y habiendo respondido el oráculo de Pitio, que aquellos llevarían la victoria, cuyo capitán muriese a manos de sus contrarios, dejó la vestidura real, y en traje de pastor entró por los cuarteles del enemigo, donde, moviendo adrede cierta pendencia, fue muerto sin que le conociesen. Atenas ganó la victoria, y Codro gloria eterna en la muerte. ¿Quién no admirará al que la buscó en los mismos artificios, con que los cobardes suelen buscar la vida? Su hijo Medón fue en Atenas el arconte primero. Por él llamaron los habitantes del Ática a sus descendientes los medóntidas: ellos, y los arcontes siguientes hasta Carops, se honraban de esto mientras vivían.

Los peloponesios, saliendo de los límites del Ática, fundaron a Megara, villa entre Corinto, y Atenas; y en aquella era los de Tyro, poderosísimos por la mar, edificaron a Gades, isla que rodea el Océano, poco apartada de la tierra firme, en la última parte de España, y término último de nuestro orbe. Los mismos dentro de pocos años hicieron a Utica en África. Los hijos de Orestes, echados por los heráclidas, y atormentados, así por casos varios, como por las tempestades del mar, asentaron en las islas junto a Lesbos.

3. Viose turbada entonces con movimientos grandísimos la Grecia: los aqueos, expelidos de la tierra Lacónica, ocuparon las que ahora poseen. Los pelagos pasaron a Atenas; y Tesalo, mozo belicoso, tesprotio de nación, con otros muchos de ella, se apoderó por armas de la región, que tiene

1 Falta este nombre el original; Lipsio lo puso entre sus notas. (Nota de la edición utilizada.)

de su nombre el de Tesalia, habiéndose hasta allí llamado la ciudad de los Myrmidones. Débese reparar en los que, componiendo la guerra Troyana, hablaban de esta tierra como si ya fuera Tesalia; otros lo hacen, pero de ordinario los trágicos, a quienes se debe permitir menos, supuesto que no dijeron cosa como poetas, sino todas en nombre de los que por aquel tiempo vivieron: que si alguno dijere, que fueron llamados tesalos de Tesalo, hijo de Hércules, ha de dar la razón, por que hasta este segundo Tesalo nunca tomó esa gente el apellido. Poco antes Aletes, el sexto después de Hércules, hijo de Hipos, fundó a Corinto, que solía ser éfira, en aquel istmo, donde cierra la entrada al Peloponeso, y no nos hemos de maravillar de que Homero la llame Corinto, pues que, como poeta, da a esta ciudad, y a algunas colonias de los jonios los nombres que tenían en su tiempo; con haberse fundado mucho después de ganada Troya.

4. Los atenienses poblaron en la Eubea a Cálcida y Eretria; los lacedemonios a Magnesia en Asia. De allí a poco los calcidenses, que, como queda dicho, descendieron de los de Ática, con sus capitanes Hipocles y Megastenes, edificaron en Italia a Cuma: algunos dicen que una paloma guió a esta armada; otros, que siguió de noche el sonido de un clarín, cual suele oírse en los juegos de Ceres. Parte de ellos fundó después de muchos años a Nápoles. La gran fidelidad de entrambos estos pueblos para con los romanos los hace muy beneméritos de su nobleza y amenidad: el uno guardó con más cuidado los ritos de su patria, que mudó en Cuma la vecindad de los oscos; la grandeza de sus murallas muestra aun el antiguo poder de estas ciudades. En los tiempos siguientes, una gran tropa de mancebos griegos, que por ser tanto su número, buscaban habitación, se derramó por Asia: porque los jonios, partiendo de Atenas con Yon su caudillo, ocuparon la parte más noble de la región marítima, que aun ahora se llama Jonia. Fundaron las ciudades de Éfeso, Mileto, Colofon, Priene, Lebedo, Myunte, Erytra, Clazomena, y Focea. Señorearon muchas islas en los mares Egeo e Icaro, como Samos, Quíos, Andros, Tenos, Faros, Delos, y otras no tan célebres. Luego los eolios, saliendo de la misma Grecia, después de larga peregrinación, se apoderaron de otras plazas no menos ilustres: edificaron las insignes ciudades de Esmirna, Cirene, Larisa, Mirina, Mitilene, y otras que están en la isla de Lesbos.

5. Floreció después el clarísimo ingenio de Homero, sin comparación el mayor, y que por la grandeza de su obra y la excelencia de sus versos, mereció sólo ser llamado Poeta; teniendo sobre todo esta ventaja, de que no haya habido antes de él otro a quien imitase, ni después de él quien le pudiese imitar; y no hallaremos a otro autor que haya, siendo el primero de sus obras, llegado en ellas a la perfección, sino Homero, y Arquíloco; y si bien compuso la guerra de Troya, fue después de ella mucho más de lo que algunos piensan; porque casi habrá novecientos y cincuenta años que floreció: nació entre los mil; de modo, que no hay de que maravillarse, si lo platica tantas veces,² ya que en esto se echa de ver la diferencia de los siglos, como de los hombres: no tendrá sentido alguno el que creyere que ha nacido ciego.

6. Pasó por el tiempo siguiente el Imperio del Asia, de los asirios, que le habían tenido 1230 años, a los medos (habrá esto al pie de ochocientos y setenta) porque Arbaces medo privó del mando y de la vida a Sardanápalo, rey de los asirios, disoluto en sus vicios, y para su mal demasiado de dichoso: descendía en el 33 grado de Nino y Semíramis, que edificaron a Babilonia, habiendo siempre sucedido el hijo en el reino de su padre. Por aquel tiempo Licurgo, lacedemonio, varón clarísimo entre los griegos (era de sangre real), fue autor de leyes severísimas y justísimas, y de la disciplina que conviene más a los hombres: y mientras la observó, Esparta floreció sumamente. En la misma era, 65 años antes de la fundación de Roma, hizo Elisa tiria, (que algunos tienen por Dido) la de Cartago; que fue casi cuando Carano, el decimosexto desde Hércules, partiendo de Argos, ocupó el reino de Macedonia; y descendiendo de éste en 17 grado, el grande Alejandro con razón se gloriaba de tener de parte de madre por ascendiente a Aquiles, por el padre a

2 Laguna.

Hércules. Escribió esto Emilio Sura en los Anales del Pueblo romano: «Los asirios, príncipes de todas las gentes, tuvieron la monarquía, luego los medos, después los persas, finalmente los macedones, hasta que poco después de sujeta Cartago, vencidos los dos reyes Filipo y Antíoco, que de los macedones descendían, vino el imperio a los romanos.» Entre este tiempo, y los principios de Nino, rey de los asirios, que fue el primer monarca, pasaron 1995 años.

7. Vivía entonces Hesíodo, casi 220 años después de Homero, hombre de muy lindo ingenio, célebre por la suavidad y dulzura de sus versos, deseosísimo del reposo y quietud, el más allegado, así en el tiempo como en la autoridad de sus obras, a aquel gran varón; evitó el inconveniente en que cayó Homero, pues declaró sus padres y patria; de esta habló muy mal, porque en ella le habían castigado.

Mientras discurro por cosas extranjeras, vine a dar en una de las domésticas, la más intrincada por muchas y varias opiniones de autores: ya que algunos escriben que por este tiempo fundaron los tuscos a Capua y Nola (ha al pie de 830 años). Arrímome a este parecer, muy diferente del de Marco Catón; porque, si bien dice que Capua y después Nola fueron poblaciones de los mismos tuscos, añadió, que habían pasado casi 260 años después de la fundación de Capua, cuando la ganaron los romanos; y si así es, habiendo 240 años que Capua se ganó, habrá que se fundó casi 500. Yo sin hacer agravio a la diligencia de Catón, diré que con dificultad me persuado a que tan presto haya crecido, florecido, caído, y vuelto a restaurarse ciudad tan grande.

8. Introdujo después Iphito Elio la fiesta y combate de los olimpios, el más famoso de todos, y más eficaz para ejercitar las fuerzas del cuerpo y ánimo; instituyó aquellos juegos, y la feria 804 años antes que comenzases, Marco Vinicio, tu consulado. Dicen que habrá 1211 años que en el propio lugar ordenó Atreo esta fiesta haciendo las obsequias y honras de su padre Pelops: en ella salió vencedor Hércules de todos los combates, que fueron de todas maneras. Dejaron entonces de ser perpetuos los arcontes de Atenas, habiendo sido Alcmeón el postrero; empezaron a elegirlos por diez años, costumbre que duró otros setenta; porque después se mudó cada año el magistrado de aquella república. El primero de los que la gobernaron diez años fue Carops, el postrero Eryx; y de los de cada año el primero Creón.

En la sexta olimpiada, 22 años después de ordenada la primera, Rómulo, hijo de Marte, habiendo vengado las afrentas del abuelo, fundó en el Palatino, y en el día de las fiestas Pariles³ la ciudad de Roma; de aquel tiempo hasta vuestro consulado hay 782 años, y 431 después de la ruina de Troya. Asistieron a Rómulo las legiones latinas del abuelo, (porque yo sigo de buena gana a los que así lo escribieron) supuesto que mal pudiera de otro modo, teniendo tan vecinos a los veyentes, y otros etruscos y sabinos, asegurar con una tropa de bisoños pastores la nueva ciudad, aunque la acrecentó, habiendo hecho entre los dos bosques el Asilo. Escogió en forma de consejo público a cien varones, que llamó *padres*. Tuvo origen de ellos el nombre de los *patricios*. El rapto de las vírgenes sabinas.⁴

9. Fue Perseo enemigo aun más cruel de lo que se había temido, porque peleó dos años con los cónsules en tan varia fortuna, que llevando más veces la ventaja, atrajo a su parte mucha de la Grecia, pues hasta los rodios, fidelísimos antes a los romanos, entonces con ánimos dudosos, aguardando el suceso, parecieron más inclinados al bando real; y el rey Eumenes, neutral en aquella guerra, no correspondió ni a los principios del hermano, ni a su costumbre. El senado y Pueblo romano eligió entonces para el consulado a Lucio Emilio Paulo, que ya había triunfado siendo pretor y cónsul; varón digno de todas las alabanzas que se pueden hallar a la virtud; hijo de aquel Paulo que cuanto había rehusado de llegar a la batalla perniciosa a la República, con tanto valor

3 Caía en 21 de abril según aquel antiguo calendario; celebrábanse en honra de Pales, diosa de los pastores. (Nota de la edición utilizada.)

4 Laguna.

murió en ella junto a Cannas. Éste, habiendo en el gran encuentro que hubo junto a Pydna, ciudad de Macedonia, desbaratado y puesto en huida a Perseo, le ganó los cuarteles, con que roto su ejército, y perdida totalmente la esperanza, le hizo desamparar a Macedonia., y huir a la isla de Samotracia; encomendóse humildemente a la religión del Templo. Llegó a hablarle el pretor Cneo Octavio, que gobernaba la armada; y más por buenas razones que por fuerza, le persuadió a que se entregase sobre la palabra de los romanos: así llevó Paulo en triunfo al mayor y más noble de los reyes; y fueron en el mismo año célebres los triunfos de Octavio pretor de la armada, y de Anicio, que sacó delante de su carro al rey de los ilirios. Ninguno se opuso al triunfo de Octavio y Anicio; algunos hubo que pretendieron impedir el de Paulo, con aventajarse tanto a los otros por la grandeza del rey Perseo, por las pinturas o estatuas, y por la suma del dinero, pues metió en el erario cinco millones y doscientos y cincuenta mil ducados, y excedió sin comparación a todos los pasados; de donde se puede colegir cuán cerca anda siempre de la mayor fortuna la envidia, pegándose a los grados mas altos.

10. Por el mismo tiempo, teniendo Antioco Epifanes, el que comenzó en Atenas la fiesta olímpica, puesto sitio en Alejandría al mozo Ptolomeo, rey de Siria, le enviaron por legado a Marco Popilio Lena, para que le mandase desistir de la empresa: declaró la orden; y respondiendo el rey que lo miraría, hizo con su vara al rededor de él un círculo en la arena; y le mandó dar la respuesta antes que saliese de él. La romana constancia quitó la suspensión del rey, que obedeció al mandamiento; pero el victorioso Lucio Paulo tuvo cuatro hijos, de que dio por adopción los dos más viejos, el uno a Publio Escipión hijo de Publio Africano, que sólo retenía de la majestad del padre la apariencia del nombre, y el vigor de la elocuencia; el otro a Fabio Máximo. Los dos menores traían aun la pretexta, cuando alcanzó aquella victoria. Él, conforme a la costumbre de nuestros mayores, haciendo primero que triunfase fuera de la ciudad su plática al pueblo, en que por orden dio relación de sus hechos, rogó a los dioses inmortales que si alguno de ellos tuviese envidia de sus obras y fortuna, le castigase antes a él que a la República. Esta voz, como si saliera de algún oráculo, le privó de gran parte de su sangre, porque de los dos hijos, con que se había quedado en su familia, se le murió el uno pocos días antes del triunfo, y el otro aun menos días después de él.

Rigurosa fue por aquel tiempo la censura de Fulvio Flacco y Postumio Albino; pues que Cneo Fulvio, hermano del censor, con tener ambos la misma casa y mesa, fue excluido del senado por estos censores.

11. Después de vencido y preso Perseo, que de allí a cuatro años falleció en Alba (donde le tenían sin guarda) recibió brevemente las penas de su temeridad el pseudo Filipino, llamado así por la falsedad del origen que fingió, haciéndose Filipino, y de sangre real, el que era de la gente más baja, y ocupando por armas la Macedonia, donde tomó las insignias del reino; el pretor Quinto Metelo, a quien por su virtud dieron el renombre de *Macedónico*, le venció, y a su gente con insigne victoria, rompiendo también en otra gran batalla a los aqueos, que comenzaban a rebelarse. Este es el Metelo Macedónico, que hizo las dos galerías al rededor de dos templos que labró sin ponerles inscripción, y están ahora rodeados de las galerías de Octavia; y el que trajo todas las estatuas ecuestres que miran al frontispicio de los templos, y son el mayor ornamento de aquel lugar. Refieren la causa por qué se hicieron: fue el haber pedido Alejandro Magno a Lisipo, singular maestro de estas obras, que representase al natural los caballeros que de su compañía murieron junto al río Granico, y que con ellas pusiese la suya. Fue también el primero, que sobre las mismas memorias dedicó a Roma un templo de mármol, introduciendo la magnificencia, o bien el lujo: apenas se hallará hombre de alguna nación, edad o estado, cuya prosperidad se pueda comparar a la fortuna de Metelo, porque demás del insigne triunfo, las grandiosas honras, y el principal grado de la República, su larga vida, y las terribles pero justas contiendas que con sus enemigos tuvo por servicio de la patria, engendró a cuatro hijos; a todos vio hombres, y los dejó vivos y muy honrados. Ellos llevaron a los Rostros el difunto en su lecho, siendo el uno consular y censorio, consular el otro, el tercero cónsul, y el cuarto

ya pretensor al consulado, dignidad que después alcanzó; más es esto salir con felicidad de la vida, que morir.

12. Habíase, como dije, movido toda Acaya a la guerra: gran parte fue vencida por el valor y las armas de Metelo Macedónico; los corintios fueron los que más la instigaron e hicieron grandes agravios a los romanos. Fue nombrado para ella el cónsul Mummio. Y al mismo tiempo, más por querer los romanos creer todo lo que se decía de los cartagineses, que porque se le debiese dar crédito, determinó el senado el destruir a Cartago. Así eligieron entonces por cónsul a Publio Escipión Emiliano, mientras pedía la edilidad; varón el más parecido en las virtudes a Publio Africano su abuelo, y a Lucio Paulo su padre (porque, como he dicho, fue hijo de éste, y adoptado por Escipión que lo era del Africano) el primero de su siglo en todas las artes de la guerra y paz, en doctrina e ingenio, que en su vida no hizo, dijo o pensó cosa que no fuese digna de loor. Prosiguió con mayor esfuerzo la guerra, que dos años antes comenzaron los cónsules pasados contra Cartago; ya había alcanzado en África la corona obsidional, y la mural en España, donde en cierto desafío, aunque no era hombre de grandes fuerzas, mató a uno de los enemigos de estatura descomunal. Acabó de arruinar aquella ciudad, odiosa al nombre romano, más por envidia del imperio, que porque hubiese dado entonces alguna ocasión: quedó en ella el testimonio de su valor, pero de la clemencia de su abuelo. Ha 177 años que se asoló Cartago a los 667 de su fundación; siendo cónsules Cneo Cornelio Lentulo, y Lucio Mummio. Tuvo este fin Cartago, la competidora del romano imperio, con quien comenzaron nuestros mayores a traer guerra en el consulado de Claudio y Fulvio, 292 años antes que fueses, Vinicio, electo por cónsul. Así por espacio de 115 años continuó o se preparó entre estos pueblos la guerra, o hubo paz poco segura; y no esperó estarlo Roma, con haber ya sujetado el orbe de la tierra, mientras con el nombre quedase aun en pie Cartago (porque el odio, que empieza por competencias, dura después de pasado el temor, sin deponerse contra los vencidos) con que no dejó de ser odiada hasta que dejó de ser.

13. Tres años antes que la destruyesen, siendo cónsules Lucio Censorino y Marco Manlio, murió Marco Catón, el que siempre porfió para esta detrucción. En el mismo año que acabó Cartago, puso Lucio Mummio por tierra a Corinto, habiendo 952, años que la había fundado Aletes hijo de Hipos. Entrambos generales se honraron con el nombre de las gentes que vencieron, llamándose el uno *Africano*, el otro *Acaico*, sin que hasta Mummio se hubiese algún hombre de los nuevos atribuido el renombre adquirido por su virtud. Diferentes eran las costumbres de estos capitanes, diversos sus estudios; porque Escipión fue tan inclinado a todas las artes liberales, y tan amigo de honrar y favorecer a todos los doctos, que tuvo en su casa o en su campo a Polibio y Panccio, personas de excelente ingenio; ninguno supo mejor que este Escipión repartir el tiempo para los negocios y entretenimientos; siempre se empleó en cosas de la paz o de la guerra, y ocupado siempre entre las armas y estudios, o ejercitó el cuerpo en los peligros, o el ánimo en la disciplina.. Mummio fue tan rudo, que después de haber ganado a Corinto, concertando el precio con los que habían de llevar a Italia las pinturas o estatuas acabadas por los mayores artífices, les mandó decir que le habían de dar otras nuevas, si las perdiesen.

No pienso todavía que pones duda, Vinicio, en que sería de más servicio a la patria, que se entendiera aun tan poco de las cosas de Corinto, y no que se supiera de ellas tanto, y que al honor de la República fuera aquella ignorancia más conveniente que esta noticia.

14. Supuesto que más fácilmente se representa y retiene cualquiera cosa, juntando sus cabos, que dividiéndola por tiempos, me resolví a hacer, en la primera y última parte de este volumen,⁵ una relación breve de cosas que merecen saberse, poniendo aquí el tiempo en que después de ocupada Roma por los galos, se envió con orden del senado cada cual de las colonias; porque de las militares son conocidas las causas, los autores, y sus nombres; así que tratando de esto, no parece que será

5 Laguna.

fuera de propósito el decir cómo por tal medio se extendió la ciudad, y aumentó el nombre romano por la comunión de sus fueros.

Siete años después que Roma fue ganada por los galos, se llevó la colonia a Sutrio, y de allí a otro año a Setia; dentro de otros nueve a Nepe; pasaron otros treinta y dos, y concedióse a los aricinos el privilegio de la ciudad, que se dio también a los campanos, y a parte de los samnitas, pero sin autoridad de votar; esto ha 350 años en el consulado de Espurio Postumio y Veturio Calvino; y en el propio año se envió la colonia a Cales; porque dentro de otros tres fueron los de Fondi y Formia admitidos por ciudadanos, y fue el mismo en que se fundó Alejandría. Otorgaron en el siguiente consulado los censores Espurio Postumio y Filón Publilio a los acerranos la ciudad; de allí a tres años se hizo la colonia de Terracina; dentro de otros cuatro Luceria; pasados otros tres Suesa Aurunca y Satícula; luego dentro de dos la de Interamna. Cesó esto por diez años, porque entonces se formaron las de Sora y Alba, y de allí a dos años Carseoli; pero siendo Quinto Fabio cónsul la quinta vez, y Decio Mus la cuarta, en el año que empezó a reinar Pirro, se enviaron pobladores a Sinuesa y Minturna, y dentro de cuatro años a Venusia; y luego habiendo dos de por medio, en el consulado de Marco Curio y Rufino Cornelio, recibieron los sabinos el privilegio de la ciudad, aunque sin permisión de votar. Habrá esta obra de 320 años, y al pie de 300 que se formaron Cosa y Pesto, siendo cónsules Fabio Dorso y Claudio Canina; dejáronse correr cinco años, y en el consulado de Sempronio Sofo y Apio hijo del ciego, se enviaron moradores a Arimino, y Benevento, admitiendo para las elecciones a los sabinos; mas en el principio de la primera guerra púnica se poblaron Firmo y Castro, y dentro de un año Esernia; de allí a veinte y dos Esulo Alsio y Fregela, y en el año siguiente Brindes, siendo cónsules Torcuato y Sempronio; y en el que se dio principio a los juegos de Flora, que fue de allí a tres años, Espoleto, y dentro de otros dos se llevó la colonia a Valencia; y poco antes que entrase Aníbal en Italia las de Cremona y Placencia.

15. Mientras quedó en Italia Aníbal, y en los primeros años después de su salida, dejaron los romanos de fundar colonias, siendo necesario en la guerra buscar más soldados que despedirlos, y después de la guerra el restaurar más las fuerzas, que derramarlas; pero en el consulado de Cneo Manlio Volso y Marco Fulvio Nobilior se comenzó la colonia de Bolonia, debe de haber 217 años; y de allí a cuatro Pisauro y Potencia; y pasados otros tres Aquileya y Gravisca; y después de cuatro Luca, y luego por este tiempo (bien que algunos dudan) se formaron Puteolo, Salerno y Buxento; pero habrá 187 años que se pobló Auximo en el Piceno, tres años antes que el censor Casio empezase a tratar de la fábrica del Teatro desde el Lupercal hacia el Palatino, a que resistió, hasta deshacerle, la notable severidad de Roma y el cónsul Escipión; resistencia que pondría yo entre las demostraciones mayores del amor público. Mas en el consulado de Casio Longino y Sextio Calvino, que ganó la batalla junto a las Aguas Salyas, que de él recibieron el nombre de Sextias, tuvo principio Fabrateria, habrá ahora 152, años; y en el siguiente Escilacyo, Minervio, Taranto, Neptunia y Cartago, que fue la primer colonia que se hizo fuera de Italia; de Dertona se duda; pero ha casi 153 años que en el consulado de Marco Porcio y Quinto Marcio se fundó en la Galia Narbo Marcio, y de allí a veinte y tres años en los Vagienos Eporedia, siendo cónsules Mario la sexta vez y Valerio Flacco; y no sería fácil el poner por memoria las que, como no sean de las militares, se formaron desde aquel tiempo.

16. Esta particilla de mi obra ha excedido casi la forma de mí designio; y no dejo de entender, que por la gran priesa que llevo, la cual, como si fuera alguna rueda, raudal o remolino, no me deja parar, hubiera antes de pasar por lo forzoso, que detenerme en lo superfluo; mas no sé acabarlo conmigo, ni dejar de poner cosa en que muchas veces he reparado, sin alcanzar aun la razón; porque quién se admirará de suerte que no la haya para maravillarse más, de que los mayores ingenios de cada profesión se hallen de la misma forma, y en los breves espacios de un mismo tiempo; y como cuando en alguna jaula o parque se encierran diversos animales, los vemos juntar cada género de por sí, y apartarse de otros; así los ingenios de mayor capacidad se separaron de los demás,

conformándose en los empleos y tiempos.

Pocos años de distancia hubo en el que ilustró las tragedias por Esquilo, Sófocles, y Eurípides, varones de divino entendimiento; otro dio lustre a la comedia antigua en Cratino, Aristófanes, y Eupólide. También Menandro, y luego Filemón y Difilo (que se le igualaron más en la edad, que en las obras) hallaron en poquísimos años, y nos dejaron la nueva que no sabemos imitar; y los ingenios de los filósofos formados por la voz de Sócrates, todos los que hemos referido, ¿qué poco florecieron después de muertos Platón, y Aristóteles? ¿A quién de los oradores se puede alabar antes de Isócrates? ¿O a quién, después de sus auditores, o de los discípulos de estos que encerró en tan angostos espacios el tiempo, que todos los que hubo dignos de memoria pudieron verse unos a otros?

17. No sucedió esto más con griegos que con romanos; pues, si no volviéremos a cosas desabridas y toscas, que sólo merecen loor en la invención, empezó la tragedia romana en Accio, y por aquel tiempo; el de Cecilio, Terencio, y Afranio, dio con ellos la dulzura, y el agrado de la comedia latina. Los historiadores (para que también pongamos en la era de los primeros a Livio) los tuvimos en poco menos de ochenta años, fuera de Catón y algunos oscuros y viejos. Y no se aventajaron más después ni antes los poetas. Pero reservando al mismo Catón, diré con licencia de Publio Craso, Escipión y Lelio, de los Graccos, de Fannio y Ser. Galba; que el arte de bien decir y abogar en el foro con la prosa, y más perfecta elocuencia, se señaló toda de suerte en Tulio, príncipe de ella, que muy pocos antes de aquel te podrán agradar, y tampoco podrás admirar a alguno que no le hubiere visto, o no haya sido visto de él. Cualquiera que tuviere cuenta con el tiempo, hallará que acaeció lo propio a los gramáticos, fundidores, pintores, escultores; y que aquellos que en cada arte se aventajaron, no salieron de los límites de un tiempo breve.

Muchas veces me pongo a inquirir las causas, juntando y comparando los ingenios que en éste y en el pasado siglo tuvieron la misma profesión o estudio, y nunca hallo algunas de que pueda asegurarme; podrán ser verosímiles, mayormente éstas: la emulación cría los ingenios y los despierta, o por la envidia o por la admiración; y lo que con suma afición se apetece, llega naturalmente a la cumbre, mas con dificultad queda en la perfección; pues por la misma naturaleza vuelve atrás lo que no puede pasar adelante; y como al principio nos encendió el deseo de alcanzar a los que a nuestro parecer se adelantaban, así, en no esperando ventaja o igualdad, se envejece con la esperanza el estudio, y no prosigue más, donde ya desconfió; antes procura nueva materia, como si en otra le hubieran anticipado; porque dejando aquellas con que no nos podemos aventajar, buscamos en que señalarlos; y el variar tantas veces es el mayor estorbo a la perfección.

18. Pasemos de los tiempos a admirar la condición de las ciudades. Una ciudad ática floreció más años en la elocuencia y artes que toda la Grecia; porque parece que con estar aquella gente repartida por otros lugares, sólo se hallan los ingenios de los muros de Atenas adentro; y no me he maravillado más de esto, que del no haber habido algún orador argivo, tebano o lacedemonio, que fuese reputado por digno de loor en vida, o de memoria después de muerto; que tan poco se cultivaron estos estudios en aquellas y otras ciudades, sino es que ilustre a Tebas un solo Píndaro; porque con mal título pretenden los lacones tener por suyo a Alcmana.

LIBRO II

1. Escipión el primero había abierto camino a la potencia romana, el postrero Escipión le abrió a los desórdenes: porque quitado el miedo de Cartago, y destruida la competidora del imperio, no poco a poco, sino con pasos desconcertados fueron corriendo de la virtud a los vicios; dejaron la vieja disciplina, introdujeron la nueva: mudóse la ciudad de los desvelos al sueño, de las armas a los deleites, de las ocupaciones al ocio. Escipión Nasica comenzó entonces en el Capitolio las galerías,

Metelo otras, de que ya traté, y Cneo Octavio en el circo la más agradable de todas; siguiéndose a la magnificencia pública el lujo particular, y después la guerra triste y vituperosa que levantó en España Viriato, caudillo de los salteadores, y que continuada con varia fortuna, fue más veces contraria a los romanos; hasta que muerto Viriato, más por fraude que por valor de Servilio Cepión, se encendió más cruelmente la de Numancia, ciudad que nunca armó más de diez mil mozos de su pueblo. Pero, o por su natural ferocidad, o por la bisonería de nuestros capitanes, o el favor de la fortuna, redujo a infames condiciones nuestros generales, entre ellos a Pompeyo, persona de grande opinión, el primero de este apellido que fue cónsul; no siendo menos feos y detestables los partidos del cónsul Mancino Hostilio; mas a Pompeyo le eximió de la pena el favor, a Mancino la afrenta, pues que llegó a sufrir, que desnudo y atado atrás las manos, le entregaslos feciales al enemigo; el cual, conformándose con lo que en otro tiempo hicieron los caudinos, no quiso recibirle: dijo que la fe violada públicamente no se debía satisfacer con la sangre de un hombre solo.

2. La entrega de Mancino causó una gran disensión en la ciudad; porque Tiberio Gracco hijo del excelente y noble Tiberio Gracco, y por la madre nieto de Publio Africano, que siendo cuestor fue autor de aquel acuerdo, o por tomar mal que se anulase cosa que él había encaminado, o por temor de alguna sentencia y pena semejante, al punto que se vio tribuno de la plebe, con haber tenido el mejor proceder en todo, tan claro ingenio, y en sus acciones tanta firmeza, y finalmente todas las virtudes con que la naturaleza e industria pueden perfeccionar a alguno de los mortales, se apartó de los buenos, y en el consulado de Publio Mucio Escévola y Lucio Calpurnio, ha 162 años, prometió a todos los de Italia el fuero de Roma; y luego promulgando las leyes agrarias que alteraron el estado de las cosas, las confundió todas, y puso a la República en grandísimo peligro y habiendo, porque la defendía, privado del cargo a su compañero Octavio, nombró tres personas para el repartimiento de los campos y labradores; él fue uno, el otro su suegro Apio consular, y su hermano Gracco, muy mozo.

3. Entonces Publio Escipión Nasica, nieto de aquel que juzgó el senado por el más hombre de bien, hijo del que siendo censor hizo en el Capitolio las galerías, biznieto del famoso Cneo Escipión, tío de Publio Africano, con ser persona particular, de ropa larga y primo hermano de Tiberio Gracco, antepuso al parentesco la patria, y teniendo particularmente por ajenas las cosas que no eran del beneficio común, fue por estas virtudes el primero a quien eligieron en ausencia por pontífice máximo, cuando revuelta al brazo izquierdo la veste, exhortó desde la parte y gradas más altas del Capitolio, a que le siguiesen los que deseaban salvar la República. Entonces los principales, el senado y de los caballeros la parte mejor y mayor, con el pueblo aun no inficionado de los perniciosos designios, dieron sobre Gracco, que con sus tropas estaba en la plaza incitando a casi todas las gentes de Italia; así huyendo y corriendo por el Capitolio abajo, le alcanzaron los pedazos de un escaño, con que perdió mal logrado la vida, que pudiera vivir honrosísimamente.

Éste fue en la ciudad de Roma el principio de la civil guerra, para que se tomasen sin pena las armas, y violentándose el derecho, fuese el poderoso preferido, y se determinasen por la espada las diferencias de los ciudadanos que solían componerse en los acuerdos, abriéndose las guerras sin otra causa más del provecho que de ellas se sacaba; y no es maravilla, porque las cosas no quedan donde empiezan, antes si hallan cualquiera senda, por angosta que sea, la ensanchan para alargarse, y en desviándose tal vez del derecho camino dan en el despeñadero; que nadie tiene, por empleo afrentoso el en que otros se aprovecharon.

4. Mientras pasaba esto por Italia, Aristónico, viendo muerto al rey Atalo (que había dejado al pueblo romano por heredero del Asia, como le dejó después Nicómedes la Bitinia) la ocupó por armas, fingiéndose de sangre real; fue vencido por Marco Perperna y llevado en triunfo; pero Marco Aquilio le mandó cortar la cabeza, pues a los principios de la guerra había muerto a Craso Muciano, grandísimo letrado que volvía del Asia, donde fue procónsul; y Publio Escipión Africano Emiliano,

el que arrasó a Cartago, al cabo de tantas rotas como se recibieron junto a Numancia, electo otra vez en cónsul, y enviado a España, correspondió a la fortuna y valor experimentado en África; porque un año y tres meses después de su llegada cercó y puso por tierra a Numancia, sin que hasta él haya habido hombre de nación alguna que tanto eternizase su nombre con ruinas de tan famosas ciudades; vengó en las de Numancia nuestras afrentas, y por las de Cartago nos sacó del temor. Preguntándole el tribuno Carbon lo que sentía de la muerte de Gracco, respondió: que justamente se le había dado, si tuvo intención de usurpar la República; y alzando la voz todos los que estaban presentes, dijo: “nunca me espantó en tantas ocasiones el clamor de enemigos armados; menos podrá el de gente que se crió en Italia.” Poco después de vuelto a Roma, en el consulado de Marco Aquilio y Cayo Escribonio (ha 150 años) hallaron por la mañana muerto en su camilla al que fue dos veces cónsul, triunfó dos veces, y dos veces deshizo a los que traían asombrada la República; vieron en la garganta señales de que le habían ahogado; mas no hicieron pesquisa por la muerte de tal varón; cubierta la cabeza llevaron a enterrar al que por su valor hizo que alzase Roma la suya sobre el Orbe de la tierra; ahora acabase naturalmente, que así lo dicen los mas, o por traycion, como algunos refieren, es cierto que vivió con grandísimo loor, sin que hasta aquel tiempo se le aventajase otro, sino fue su abuelo. Falleció de cincuenta y cuatro años; y al que en esto pusiere duda le remito, para que no la tenga, a su primer consulado, en que le eligieron de edad de treinta y seis años.

5. Antes de la destrucción de Numancia ganó Aulo Bruto grande opinión en la guerra de España; pues penetrando por todas aquellas gentes, trajo gran número de cautivos, ganó muchas ciudades, y llegando a partes de que apenas se había oído, mereció el renombre de Gallego.

Pocos años antes de él gobernó entre estas naciones Quinto Macedónico con tal severidad, que dando en España el asalto a cierta villa, que llamaban Contrebia, y siendo rebatidas por la desigualdad del lugar cinco cohortes legionarias, mandó luego que volviesen a arremeter; y aunque todos hicieron en aquel trance sus testamentos, como si realmente fueran a morir, no se apartó de su propósito. La perseverancia del general recibió victoriosos a los soldados, que había enviado a la muerte. Tanto obró la vergüenza mezclada con el temor, y la esperanza procurada en la desesperación. Este por su valor y la severidad tuvo en España gran fama; pero Fabio Emiliano por su disciplina, en que imitó a Paulo.

6. De allí a diez años dio Cayo Gracco en el mismo furor que Tiberio su hermano, a quien se pareció tanto en todas sus virtudes, como en este desatino; llevábale mucha ventaja en el ingenio y elocuencia; podía con suma quietud y descanso ser el primero de la ciudad, cuando, o por vengar la muerte del hermano, o por llegar a la potencia real, entrando con el propio pie en el tribunato, tornó a pretender con más vehemencia cosas mayores; daba a todos los italianos el privilegio de Roma, extendiéndola casi hasta los Alpes; repartía las heredades; prohibía a cualquiera de los ciudadanos el tener más de quinientas yugadas de tierra, según que en otro tiempo lo dispuso la Ley Licinia. Ponía nuevos dacios; henchía con nuevas colonias las provincias; pasaba del senado a los caballeros la autoridad de juzgar; trataba de distribuir a la plebe el grano, sin dejar cosa en su estado que no moviese e inquietase; y aun continuó por otro año el oficio de tribuno. A este persiguió por armas el cónsul Lucio Opimio, que siendo pretor había destruido a Fragela, y también mató a Fulvio Flacco, con haber sido cónsul y triunfado, pues no tenía mejor intencion que Cayo Cracco, el cual le había nombrado por triumviro en lugar de Tiberio su hermano, y tomado por compañero de la potencia real. Sólo esto se refiere mal de Opimio, que ofreció de dar en oro la recompensa, no digo de la cabeza de Gracco, sino del ciudadano romano. Flacco fue con su hijo mayor degollado en el Aventino, mientras exhortaba los armados a la pelea. Gracco se huía, mas alcanzándole ya los que había enviado Opimio, extendió la cerviz a su esclavo Euporo, que no fue menos pronto en darse a sí mismo la muerte, que en librar con ella al amo.

Pomponio, caballero romano, mostró aquel día singular fidelidad a Gracco, porque habiendo,

cual otro Cocles, sustentado en la puente a los enemigos, se atravesó con su espada; los vencedores con crueldad extraña arrojaron al Tíber el cuerpo de Cayo, como se había hecho con el de Tiberio Gracco.

7. De esta suerte acabaron los hijos de Tiberio Gracco, nietos de Publio Escipión Africano, viviendo aun su madre Cornelia, hija del Africano; hombres que usaron mal de sus grandes ingenios; y que, si como ciudadanos desearan una dignidad moderada, les ofreciera, estando quietos, la República todo lo que pretendieron alcanzar de los tumultos; a esta crueldad se añadió una maldad sola. Porque fue muerto por Opimio el hijo de Fulvio, que había enviado a tratar de conciertos al mozo de gentil parecer, que no pasaba de diez y ocho años, ni tenía parte en los designios del padre. Un arúspice toscano su amigo le vio llorar cuando le llevaban preso; díjole: “¿No es mejor que hagas esto?” y al instante dio con la cabeza en un poste de piedra a la puerta de la cárcel, y derramando los sesos espiró. Luego dieron crueles tormentos a los amigos y clientes de Gracco. Pero siendo después Opimio condenado por pública sentencia, con ser hombre tan entero y grave, no hubo entre sus ciudadanos quien se compadeciese de él por la memoria de sus crueldades. El mismo odio oprimió después justamente en otras sentencias a Rupilio y Popilio, que en su consulado trataron con rigor a los amigos de Tiberio Gracco.

Añadiremos a cosas tan grandes una de poca importancia, para que se sepa que este fue el Opimio, que siendo cónsul dio nombre al vino Opimiano, que tanto se celebró; del espacio de los años se puede colegir que no se halla más de él ahora; pues hay, Marco Vinicio, desde aquel hasta tu consulado 151 años. Las cosas de Opimio quedaron menos autorizadas; porque procurando vengar sus enemistades, se entendió que procedía más con odio particular que para satisfacción pública. Envióse en el consulado de Porcio y Marcio la colonia de Narbo Marcio.

8. Hagamos también mención de los juicios rigurosos, pues por haber Cayo Catón consular, nieto de Marco Catón, hijo de hermana del Africano, tomado dinero en Macedonia, le condenaron por él, con montar todo el pleito cuatro mil y quinientos reales; porque aquellos varones consideraban más la voluntad de pecar, que el modo; y ponderando las acciones, juzgaban por la calidad, no por la suma.

Por el mismo tiempo triunfaron en un día los hermanos de Marco Metelo. No fue menos notable, por no haber habido otro hasta ahora en el colegio de los cónsules el ejemplo de los hijos de Fulvio Flacco, el que ganó a Capua, pues habiéndose dado por adopción a otro, pasó el adoptivo a la familia de Acidimo Manlio; porque la censura de los Metelos fue de primos hermanos, no de hermanos naturales; que esto había sucedido sólo en los Escipiones.

Pasaron entonces el Rin los cimbrós y teutones. Hiciéronse famosos por muchas rotas que nos dieron y recibieron. Insigne fue por aquellos días el triunfo de Minucio, que venció a los scordiscos; labró las galerías, que aun ahora alabamos.

9. Por los mismos tiempos florecieron los oradores Escipión Emiliano, Lelio, Sergio Galba, dos Graccos, Cayo Fannio, Carbo Papirio; sin que queden en silencio Metelo Numídico y Escauro, y sobre todos Lucio Craso y Marco Antonio, a cuya edad e ingenios sucedieron Cayo César, Estrabón y Publio Sulpicio; porque Quinto Mucio fue tenido por mejor letrado que orador. Claros fueron también en aquel siglo los ingenios de Afranio entre los cómicos, de Pacuvio y Accio entre los trágicos; llegaron a ser comparados con los griegos, y tener entre ellos gran lugar; aquellos parecen mas limados, y estotros más agudos.

Célebre fue asimismo el nombre de Lucilio, que en la guerra de Numancia sirvió entre la caballería de Publio Africano, cuando siendo aun mozos Yugurta y Mario, y militando debajo del mismo general, aprendieron en el mismo campo lo que después en los contrarios ejercitaron; y ya entonces escribía, con no ser de mucha edad, Sisenna las historias; más años tenía, cuando de allí a algunos publicó el libro de la civil guerra de Sila. Celio fue más viejo qué Sisenna, cuyos

contemporáneos eran Rutilio, Claudio Quadrigario, y Valerio Ancias; será bien que se sepa cómo vivió en aquel tiempo Pomponio, famoso en sus conceptos, tosco en las palabras, digno de estimación por las obras que inventó.

10. Pasemos adelante con la severidad conocida en los censores Casio Longino y Cepión, que ha 157 años citaron al augur Lépido Emilio, por haber alquilado casa de seis mil sextercios; ahora tienen apenas por senador al que habita por este precio; tan presto se viene de la virtud a los vicios, de estos a la maldad, de ella al despeñadero. Fueron por aquella era ilustres las victorias que ganó Domicio de los avernos, y Fabio de los alobrogos; este era nieto de Paulo; diéronle por ellas el renombre de Alobrox. Nótese por particular en la familia Domicia, la felicidad, bien que grande, limitada en cierto número; porque antes de Cneo Domicio, mancebo aun más noble por su llaneza, hubo otros cuatro hijos únicos en sus casas; todos llegaron al consulado, a los sacerdocios, y casi todos a las insignias del triunfo.

11. Sucedió después la guerra de Yugurta que gobernó Quinto Metelo, a quien nadie pudo igualarse en su tiempo. Tuvo por legado a Cayo Mario, de linaje de caballeros, áspero y feo: hombre de grande entereza, el mejor para la guerra; pero el peor en la paz, ambicioso por extremo, insaciable, mal sufrido, y siempre inquieto. Este por medio de los aduaneros, y otros que negociaban en África, culpando las largas de Metelo (que prolongaba en el tercer año la guerra) y la soberbia natural de los nobles, deseosos de continuar los cargos, hizo de suerte que viniendo con la licencia que pidió a Roma, le eligieron por cónsul, y encargaron la guerra que tenía casi concluida Metelo, habiendo desbaratado en dos batallas a Yugurta: fue todavía grandioso el triunfo de Metelo, dándosele muy conforme a su virtud el renombre de Numídico. Según que se hizo poco ha con los Domicios, se debe considerar la grandeza de los Cecilios; pues por aquel tiempo, en poco más de diez años alcanzaron los Metelos más de doce veces el consulado, la censura o el triunfo; para que se vea que como en las ciudades e imperios ya florece, ya envejece, ya acaba la fortuna de los linajes.

12. Pero Cayo Mario, como si desde entonces lo dispusieran los hados, tenía cerca de sí por cuestor a Lucio Sila, y por él, habiéndole enviado al rey Boceo, vino a su poder Yugurta, habrá 138 años, con que nombrado otra vez por cónsul, volvió a Roma, y a los primeros de enero, dando principio a este su segundo consulado, le llevó en triunfo. Habiéndose, como dije, derramado la gran muchedumbre de gentes germánicas, y desbaratado a Cepión, y al cónsul Manlio, y antes de estos en las Galias a Carbo y Silano, destrozando aquel ejército, y degollando a Escauro Aurelio consular, y otros varones ilustres, juzgó el pueblo romano que para librarse de tan grandes enemigos no había otro capitán más suficiente que Mario. Entonces se multiplicaron sus consulados. El tercero pasó en los aparejos de la guerra. Fue el año en que Cneo Domicio, tribuno de la plebe, promulgó la ley de que criase el pueblo los sacerdotes, que antes elegían sus cofrades. En el cuarto peleó Mario de la otra parte de los Alpes, junto a las Aguas Sextias, con los teutones; en el primero y segundo día degolló más de ciento y cincuenta mil de los enemigos, y deshizo la gente de los teutones. En el quinto se dio de esta parte de los Alpes, en los campos que llamaban Raudos, la felicísima batalla, en que siendo él cónsul, y Quinto Lutacio Catulo procónsul, fueron muertos o presos más de doscientos mil hombres; parece que mereció Mario con esta victoria que no le pese a la República de que haya nacido, y que en sus servicios recompensó los daños; diéronle el sexto consulado, como premio de sus merecimientos; y no le privemos en él de la gloria, ya que cónsul y con las armas en la mano, reprimió el furor de Servilio Glaucia y Saturnino Apuleyo, que continuando oficios deshacían la República, y atropellaban los comicios con armas y muertes; con ella castigó en la Corte Hostilia a hombres tan perniciosos.

13. De allí a pocos años recibió el cargo de tribuno Marco Livio Druso, varón nobilísimo, y

de suma elocuencia y entereza, que en todo tuvo mejor ánimo e ingenio que fortuna; deseó restituir al senado la dignidad antigua, y volver a aquel orden el conocimiento de las causas, que juzgaban los caballeros; porque habiendo alcanzado esta autoridad por las leyes de los Graccos, persiguieron a muchos de los más honrados e inocentes; y acusando de mala administración y cohechos a Publio Rutilio, el mejor hombre, no sólo de su tiempo sino de todos los pasados, le condenaron con dolor grandísimo de la ciudad. Druso halló en aquellas cosas que por el senado proponía, contrario al mismo senado que las entendía mal; como si tratando algo en favor de la plebe, lo hiciera para inducir y atraer la muchedumbre, para que concediéndola lo que importaba menos, le dejasen salir con todo. Tal fue finalmente la suerte de Druso, que aprobaba más el senado las faltas de sus compañeros que sus mejores propuestas; menospreciando la honra que por su medio se le ofrecía, y recibiendo con buen ánimo las injurias de otros; porque envidiosos de ver que se llevaba él toda la gloria, sufrían mejor que alcanzasen otros alguna.

14. Entonces, ya que sucedían mal sus buenos intentos, se trocó la voluntad de Druso, y tratando de dar a los italianos el privilegio de Roma, mientras volvía de la plaza entre aquella grande y confusa muchedumbre que siempre le acompañaba, fue en el patio de su casa herido con un cuchillo que le dejaron en el lado, y murió dentro de pocas horas. Pero estando para espirar, y volviendo los ojos a tantos como lloraban en torno de él, pronunció estas palabras, bien conformes a su conciencia; “¿Cuándo tendrá, deudos y amigos míos, otro ciudadano como éste la República?” así acabó el mancebo clarísimo, de cuyas costumbres no dejaremos de poner este argumento: edificaba la casa en aquel lugar del Palatino, donde está la que fue de Cicerón, luego de Censorino, y ahora es de Estatilio Sisenna; prometía el arquitecto de labrarla de modo que quedase libre por todas partes, sin que de ninguna pudiesen descubrir en ella. *Más quiero, respondió, que emplees toda tu arte en trazar de modo mi casa, que todos puedan ver cuanto yo hiciere.*

Tengo entre las leyes de Gracco por la más dañosa el haber puesto colonias fuera de Italia. Nuestros mayores viendo que Cartago, población de los tirios, Marsella de los foceos, Siracusa de los corintios, Cyzico y Bizancio de los milesios, se habían hecho más poderosas que aquellos pueblos de que habían salido, dieron con gran cuidado las órdenes para que los ciudadanos romanos que se hallaban en las provincias, volviesen a Italia y se alistasen. Cartago fue la primera colonia que se fundó fuera de Italia.

15. Con la muerte de Druso tomaron los italianos, que ya andaban alborotados, las armas; supuesto que ha 120 años que en el consulado de Lucio César y Publio Rutilio inficionó a toda Italia este mal; salió de los asculanos que habían muerto al pretor Servio y al legado Funteyo; después pasó a los marsos, hasta que penetró en todas las regiones, y se movió contra los romanos la guerra por ocasión justísima, aunque fue cruel la fortuna; pues pedían que los admitiesen al privilegio de aquella ciudad cuyo imperio defendían con sus armas; servían todos los años y por todas las guerras con doblado número de caballería e infantería, sin que se les otorgase el fuero de la ciudad, que por ellos había llegado a tanta grandeza, que podía despreciar, como a forasteros y extraños, a los de su propia nación y sangre. Mas de trescientos mil hombres costó a Italia esta guerra, en que fueron los caudillos más señalados, de los romanos Cneo Pompeyo, padre del gran Cneo Pompeyo; Cayo Mario, de quien hicimos mención: Lucio Sila, que un año antes había sido pretor, y Quinto Metelo, hijo del Numídico, llamado justamente el Pío, pues por su piedad, con autoridad del senado y consentimiento de la República, restituyó a su padre, que había desterrado de Roma el tribuno de la plebe Lucio Saturnino, por haber él solo sido quien no quiso jurar sus leyes. Tanto como sus títulos y triunfos, ilustraron a Metelo las causas del destierro, el mismo destierro y la vuelta.

16. Tuvieron entre los capitanes italianos mayor opinión Silo Popedio, Herio Asinio, Insteyo Catón, Cayo Pontidio, Telesino Poncio, Mario Egnacio, y Papio Mutilo.

Y pues trato verdad no quitaré, por encogido o vergonzoso, algo de la gloria a mi linaje,

cuando se debe mucho a la memoria de mi bisabuelo Minacio Magio Asculanense, nieto de Decio Magio, que fue príncipe de los campanos, y persona grande por su nombre y fidelidad. El mostró tanta en esta guerra a los romanos, que con la legión que él mismo levantó en los Hirpinos, tomó en compañía de Tito Didio a Herculano, ganó con Sila por asalto a Pompeyo, y ocupó a Cosa. Otros, y más larga y claramente en sus *Anales* Quinto Hortensio, dieron relación de sus virtudes. El pueblo romano dio el premio debido a tales servicios, haciéndole con particular privilegio su ciudadano, y nombrando a dos hijos suyos por pretores, cuando no se elegían aun más de seis.

Tan varia y rigurosa fue la fortuna de la guerra Itálica, que en dos años continuos murieron a manos de los enemigos dos cónsules romanos, Rutilio y después Catón Porcio; fueron rotos en muchas partes los ejércitos del pueblo romano, y llegó el negocio a términos que se hubieron de vestir los sayos, y quedar mucho tiempo en este traje. Habían escogido por cabeza de su imperio a Corfinio, para llamarle el Itálico. Después recibiendo poco a poco en la ciudad a los que no habían tomado las armas, o las habían dejado presto, se rehicieron, restaurando Pompeyo, Sila y Mario la República descompuesta y caída.

17. Estaba por la mayor parte acabada la guerra de los italianos, pues eran pocos los que de ella quedaban en Nola (habiendo querido más los romanos que se veían sin gente, conceder la ciudad a vencidos y afligidos, que recibirlos a todos antes de estar deshechos), cuando comenzaron su consulado Quinto Pompeyo y Lucio Cornelio Sila, hombre a quien hasta el cumplimiento de la victoria no se pueden dar alabanzas que basten, ni después de la victoria vituperarle bastantemente; nació de padres nobles, y fue en su casa el sexto después de Cornelio Rufino, capitán de los más señalados en la guerra de Pirro: habíase perdido el lustre de su familia; él se gobernó muchos días de manera, que no se le conoció pretensión alguna al consulado. Después que habiendo sido pretor ganó fama en la guerra de Italia, como también la había, siendo legado de Mario, cobrado en la Galia, donde venció a los mayores capitanes del enemigo; tomando ánimo con el suceso, y pidiendo el consulado, fue electo con los votos de casi todos los ciudadanos, haciéndosele esta honra a los cuarenta y nueve años de su edad.

18. Por ese tiempo Mitrídates, rey del Ponto, varón de quien no se debe callar ni hablar sin cuidado; muy valeroso en la guerra, insigne por sus virtudes, grande algún tiempo por la fortuna, pero mayor siempre por su ánimo; general en los consejos, soldado en la ejecución, otro Aníbal en el odio para con los romanos, ocupó el Asia, y degolló en ella a nuestros ciudadanos, que todos en un mismo día y hora fueron muertos por su orden; y las cartas que con promesas de grandes premios envió a las ciudades, ninguna se igualó entonces en el esfuerzo contra Mitrídates, ni en la fidelidad para con los romanos a la de Rodas, cuya lealtad se ilustró más por la traición de los de Mitilene, que prendiendo a Marco Aquilio y otros los entregaron a Mitrídates (restituyó después Pompeyo a aquel lugar su libertad en favor de un cierto Teófanos) pareció que amenazaba también a Italia, cuando tocó por suerte a Sila la provincia de Asia; salió de Roma, y mientras se detuvo en los contornos de Nola, (ciudad que sitiada por el ejército romano retenía pertinazmente las armas, como si se arrepintiera de aquella lealtad con que se aventajó a todas en la guerra Púnica) Publio Sulpicio, tribuno de la plebe, bien hablado, pronto, y muy estimado por sus riquezas, favores y amigos, y por el vigor de su ingenio y ánimo, habiendo hasta entonces en su buen proceder procurado con el pueblo la mayor opinión, como si estuviera arrepentido de sus virtudes, y le sucedieran mal las cosas bien propuestas, se hizo de repente temerario y malo.

Anhelaba Cayo Mario, con pasar de setenta años, por todos los cargos y provincias: él se le ofreció y publicó el edicto, con que revocándose el poder dado a Sila, se encomendaba a Cayo Mario la guerra de Mitrídates. Sacó otras leyes dañosas y perjudiciales que no podían tolerarse en ciudad libre; y por los bravos de su parcialidad mandó matar al hijo del cónsul Pompeyo, yerno de Sila.

19. El cual entonces juntando el ejército volvió a Roma, que ocupó por armas, echando de ella a doce autores de cosas perniciosas y nuevas, entre, ellos a Mario con el hijo, y Publio Sulpicio, cuyo destierro, hizo decretar; degollaron a Sulpicio los caballeros ligeros, que le alcanzaron en los pantanos Laurentinos; su cabeza puesta, (para que se viese) en los Rostros, fue como anuncio de las procripciones que se siguieron.

Mario, ya seis veces cónsul, en edad de setenta años, fue sacado de un cañaveral desnudo, y cubierto del cieno, en que a junto al pantano de Marica, huyendo de la caballería de Sila que le iba en los alcances, se había metido hasta las narices y ojos; echada al cuello la soga, le llevaran a la cárcel de Minturno por orden de los duumviros, y con ella entró el verdugo a acabarle por la espada; era de nación germano. Acaso había sido prisionero de Mario, cuando fue general en la guerra de los cimbras; así como le reconoció, declarando en grandes voces su sentimiento por la desgracia de tal hombre, arrojó la espada y se huyó de la cárcel; entonces los vecinos, a quien el enemigo había enseñado a compadecerse del varón principal, le vistieron, y embarcaron con provisión para el viaje. Alcanzó junto a Enaria al hijo; encaminóse a África, donde toleró la pobre vida en una choza de las ruinas de Cartago; para que ésta contemplando a Mario, y él a Cartago, se sirviesen uno a otro de consuelo.

20. El primer año fue este en que las manos de los soldados romanos se mancharon con sangre del cónsul; porque Pompeyo, compañero de Sila, fue muerto por el ejército del procónsul Cneo Pompeyo en cierta alteración que el general había ocasionado. No era Cinna más moderado que Mario o Sulpicio. Así habiéndose concedido a los italianos la ciudad, con condición de que los nuevos ciudadanos se repartiesen por ocho tribus, para que su poder y muchedumbre no quebrantase la dignidad de los viejos, y no viniesen a valer más los admitidos al beneficio, que los autores del beneficio mismo, prometió Cinna de distribuirlos por todas las tribus, y sobre esta promesa hizo venir de toda Italia un gran número de gente a Roma. Fue echado de la ciudad por las fuerzas del compañero y de los principales, y mientras se retiraba a la Campania le quitaron, por autoridad del senado, el cargo de cónsul, nombrando en su lugar a Lucio Comelio Merula, flamen dial. Mas mereció este nombre la afrenta, de lo que debe seguirse el ejemplo. Entonces Cinna, corrompiendo primero a los centuriones y tribunos, y luego, con esperanzas del donativo a los soldados, fue recibido del ejército que estaba junto a Nola, haciéndole todos juramento, con que retuvo las insignias del consulado, y movió guerra a la patria, confiado en el gran número de los nuevos ciudadanos, de que había escogido y hecho más de trescientas cohortes, y formado como treinta legiones. Tenía necesidad de que se le arrimase algún bando con autoridad y favor; que para acrecentarle, revocó del destierro a Cayo Mario, a su hijo, y los que con ellos fueron expelidos.

21. Mientras hacía Cinna a su patria la guerra, Cneo Pompeyo, padre del Magno (de cuyo gran valor se valió, según que hemos escrito, la República en la guerra de los marsos, particularmente en el territorio piceno, el que también ganó a Áscoli, habiendo en aquel contorno, después que en otras muchas regiones fueron destrozados los ejércitos, peleado setenta y cinco mil vecinos de Roma con mas de setenta mil italianos) engañado con la esperanza de continuar el consulado, se mostró dudoso y neutral a las partes, gobernándose en todo por sus conveniencias, como si aguardara tiempo para unirse con el ejército a este o aquel bando, donde pudiese esperar y medrar más. Pero finalmente a vista de los muros de Roma tuvo con Cinna la grande y cruel batalla; que cuan dañosa haya sido por el suceso a los que la dieron y vieron, no se puede con palabras expresar. Después deshaciéndose en el contagio entrambos ejércitos, como si no hubiera consumido harto la guerra, falleció Cneo Pompeyo; el contento de su muerte se recompensó casi en la pérdida de los ciudadanos que perecieron por armas o por enfermedad; y el pueblo romano desfogó en el cuerpo del muerto la ira, que vivo había merecido. Ahora, hayan sido dos o tres las familias de los Pompeyos, habrá 168 años que Quinto Pompeyo el primero de este apellido fue cónsul en compañía de Cneo Servilio.

Ocuparon Cinna y Mario la ciudad, después de mucha sangre derramada de ambas partes; pero Cinna entró primero, e hizo el decreto de que fuese admitido Mario, que volvió luego a entrar para tanto mal de sus ciudadanos.

22. No hubiera cosa más cruel que aquella victoria, si tan presto no se siguiera la de Sila. Porque fueron excesivos los rigores, y diferentes los géneros de tormento que padecieron los más claros varones de la nobilísima ciudad. Entre ellos el cónsul Octavio, persona de suavísima condición, fue muerto por orden de Cinna. Y Mérula, que poco antes de su llegada había renunciado el cargo, abiertas las venas y derramada sobre los altares la sangre, invocó entonces para la destrucción de Cinna y de su parcialidad, a los dioses, que como flamen dial había invocado muchas veces por la salud de su República; y rindió el espíritu tan benemérito de la patria. Marco Antonio, príncipe de la ciudad y de la elocuencia, fue por mandado de Mario y Cinna atravesado con las espadas de los soldados, que ya con su facundia había detenido. Quinto Catulo, muy ilustre por otras virtudes, y la fama que ganó en la guerra de los cimbras que le fue común con Mario, mientras le buscaban para matarle, se encerró en un aposento, que poco antes se había aderezado con cal y yeso, y mandó encender en él fuego, que atrajo los vapores en que se ahogó; muriendo más conforme a su deseo, que al gusto de sus enemigos.

Todo se despeñaba en la República; mas aun no había quien tuviese ánimo de dar la hacienda de ciudadanos romanos, o de sufrir que se pidiese; mas vino también a añadirse esto, para que diese la avaricia motivo a las crueldades, y se formase el delito a la medida del dinero, dándose por culpado al rico, pues así pagaría cada uno sus peligros; sin que se tuviese por afrenta cosa de las que redundasen en provecho.

23. Comenzó después, para infamia de los pasados el segundo consulado de Cinna, y séptimo de Mario; el cual en su principio, oprimido de la enfermedad, murió. Fue en la guerra terrible a los enemigos, y a sus ciudadanos en la paz; el que más aborreció la quietud.

Pusieron en su lugar a Valerio Flacco, autor de la vituperosa ley con que mandó que se pagase a los acreedores tres por ciento al año; tuvo dentro de otros dos la pena merecida. Mientras Cinna lo mandaba todo en Italia, se fue huyendo para Sila la mayor parte de la nobleza a Acaya, y después a Asia; él peleó entretanto de manera con los gobernadores de Mitrídates junto a Atenas, y en la Beocia y Macedonia, que recuperó a Atenas, y ganando con grandísimo trabajo tantas fortificaciones como tenía el puerto de Pireo, degolló más de doscientos mil de los enemigos, y no fueron menos los que prendió. Si alguno imputare a los atenienses la rebelión de este tiempo, en que Sila acometió aquel pueblo, tendrá poca noticia de la antigüedad, o verdad; porque tan constante fue para con los romanos la fe de los atenienses, que siempre, y en todas las ocasiones donde se procedía sinceramente, dijeron los romanos que era ese proceder conforme a la ática lealtad. Hallábanse entonces los hombres de la condición más miserable oprimidos por las armas de Mitrídates; y entre la sujeción de los enemigos, viéndose asaltar por sus amigos, tenían los corazones fuera de los muros, y dentro los cuerpos que servían a la necesidad. Habiendo después Sila pasado a Asia, halló luego obediente y humilde a Mitrídates; condenóle en dinero y parte de las naves, haciéndole salir del Asia, y de todas las provincias que había ocupado en la guerra. Recibió los prisioneros, castigó los culpados y tráfugas, mandóle que se contentase en los límites del Ponto, que heredó de su padre.

24. Cayo Flavio Fimbria, (que antes de la llegada de Sila, siendo prefecto de la caballería mató a Valerio Flacco, varón consular, con que apoderándose del ejército, le llamaron emperador, y había acaso desbaratado en cierto reencuentro a Mitrídates) ahora que Sila llegaba, tomó por sus manos la muerte, ejecutando, bien que mozo, valerosamente cosas a que para mal se había atrevido. En el mismo año Publio Lenas, tribuno de la plebe, mandó echar del monte Tarpeyo a Sexto Lucio, a quien había sucedido en el cargo, y huyéndose sus compañeros de miedo a Sila, porque los había

citado, les defendió el agua y fuego. Entonces Sila, compuestos los negocios ultramarinos, habiendo sido de todos los romanos el primero a quien vinieron embajadores de los partos, y entre ellos algunos magos, que por las señales del cuerpo respondieron que sería célebre su memoria y vida, tornó a Italia, no desembarcando en Brindes más de treinta mil armados contra más de doscientos mil enemigos: Tengo por la mayor hazaña en Sila, que habiendo tres años que las parcialidades de Cinna y Mario tenían ocupada a Italia, no disimuló que les haría la guerra, ni dejó lo que traía entre manos; juzgando que primero se debía romper al enemigo, que vengarse del ciudadano, y que quitado por de fuera el temor, sujetaría a los suyos el que hubiese vencido a los extraños.

Aun no había llegado Lucio Sila, cuando fue muerto Cinna en una alteración del ejército; merecía más morir al albedrío de los vencedores, que por la ira de los soldados; puédesse decir de él, con verdad, que emprendió cosas a que ningún hombre de bien se atreviera, y que dio fin a las que sólo pudiera el más valeroso acabar; habiendo sido temerario en las consultas, en la ejecución muy hombre. Carbo, como no le dieron otro compañero, fue solo cónsul por todo el año.

25. Creyérase que había Sila venido a traer la paz a Italia, no a renovar la guerra; tan grande fue el sosiego, y tan singular el cuidado de las personas, pueblos, heredades y frutos, con que pasó el ejército por la Calabria, y Pulla a la Campania. También trató de componer la guerra en condiciones justas e iguales partidos; pero mal podía la paz agrandar a los que andaban con la peor y más desenfrenada codicia. Crecía entretanto cada día el ejército de Sila, pasándose a él los mejores y más honrados. Venció después felizmente junto a Capua los cónsules Escipión y Norbano; a este en batalla; Escipión fue desamparado por traición de su ejército, y entregado a Sila, que luego le soltó, por ser en la ocasión muy diferente de cuando se veía victorioso, siendo en cuanto vencía más blando que el que más, y después de la victoria aun más cruel de lo que se refiere; porque envió libres al cónsul, como dije, a Quinto Sertorio después de desarmada, el que presto armó nueva guerra, y a otros muchos que tenía presos, creo que para que se viese en un mismo hombre el ejemplo de un ánimo doblado y vario.

Después de la victoria que en las faldas del monte Tifata tuvo de Cayo Norbano, reconocido a Diana, a cuya deidad está aquella región consagrada, hizo donación a la diosa de los baños, saludables y famosos por sus curas, y de todos aquellos campos. Fijóse en la puerta del templo la inscripción por memoria de la devoción agradecida; y declárala aun hoy en él la lámina de cobre.

26. Fueron entretanto cónsules Carbo la tercera vez y Cayo Mario, hijo del que lo fue otras siete, de veinte y seis años de edad, no tan conforme en ella, como en el ánimo al padre; intentó con valor muchas cosas, digno en todas del nombre de cónsul. Viéndose roto en la batalla, que junto a Sacriporto dio a Sila, se retiró a Preneste, lugar fuerte por naturaleza, que ya había asegurado con presidio. Para que nunca faltase algo a los males públicos se competía ahora con maldades en ciudad donde siempre compitieron las virtudes, teniéndose por el mejor el que peor había sido; pues mientras se peleaba junto a Sacriporto, mató en la corte hostilia el pretor Damasipo a Domicio Escévola pontífice máximo y famoso autor en derecho divino y humano, a Cayo Carbo que había sido pretor y era hermano del cónsul, y a Antistio que fue edil, como si favorecieran las partes de Sila. No pierda la gloria de la acción nobilísima Calpurnia, hija de Bestia, mujer de Antistio, que muerto (como dije) el marido, se atravesó con la espada. Dejó gran nombre por su virtud, e ilustró la de sus mayores.

27. Pero Poncio Telesino, capitán de los samnitas, hombre de mucho valor en paz y guerra, enemigo mortal de los romanos, juntando ha 111 años, al pie de sesenta mil mozos fortísimos y de los más resueltos en las armas, a 24 de octubre, en el consulado de Carbo y Mario, peleó de modo, junto a la puerta Colina, con Sila, que le puso y a la República en terrible aprieto; pues no fue mayor el peligro, cuando a tres millas de Roma se vio el campo de Aníbal, que en el día que Telesino, discurriendo por los escuadrones de su ejército, repetía a voces que había llegado para los

romanos el día postrimero, y que se había de asolar y destruir la ciudad, añadiendo que nunca faltarían lobos que arrebatasen la libertad de Italia y hasta que se talase el bosque a que se solían huir. Finalmente pasada la primera hora de la noche, respiró el batallón romano, y cedió el de los enemigos. Al otro día hallaron medio muerto a Telesino con semblante más de vencedor, que de hombre que se moría; Sila mandó que le cortasen la cabeza, y se llevase alrededor de Preneste. Entonces el mozo Cayo Mario, ya que no hallaba remedio a sus cosas, procurando escapar por las minas que hechas con admirable traza se encaminaban a diversas partes de la campaña, fue, al salir de una, muerto por los que le estaban aguardando. Algunos dicen que él mismo se acabó; otros, que peleando mano a mano con el hermano menor de Telesino que con él estaba sitiado, y salió por la propia mina, se mataron el uno al otro. De cualquiera manera que haya muerto, no se pierde aun su memoria entre las grandes de su padre; y bien dio a entender Sila la estimación que hacía de este mancebo; pues en viéndole muerto, tomó el nombre de Feliz, que se hubiera atribuido justamente, si acabara la vida en la victoria.

Gobernó Ofela Lucrecio el campo con que se cercó a Preneste, y a Mario; de cuyo bando, siendo pretor, se pasó al de Sila, el cual honró la felicidad del día en que fue rechazado el ejército de Telesino y de los samnitas, con perpetua memoria de los juegos del circo, en que sin otro título se celebran sus victorias.

28. Poco antes que diese la batalla de Sacriporto, rompieron los de su parte en otras bien grandes el ejército de los enemigos; dos Servilios junto a Clusio, Metelo Pio junto a Favencia, y en los contornos de Fidencia Marco Lucúlo.

Parecía que estaban acabados los males de la guerra, cuando nacieron de la crueldad de Sila, porque electo en dictador (dignidad que no se había tomado en 120 años, pues el postrero fue en el que se siguió a la salida que hizo Aníbal de Italia; para que se conozca que el pueblo romano no deseó tanto el servicio del dictador, cuanto temió la autoridad del cargo de que usaron los pasados para eximir a la República de los mayores peligros) convirtió el poder en extraordinarios rigores. El primero fue (ojalá sea el postrero) que halló forma de la proscripción; para que en ciudad donde se sufrían los atrevimientos del comediante, desvergonzado y viejo, señalase mercedes la República por la muerte del ciudadano, y medrase más el que a más la hubiese dado; no siendo menor el premio de la del romano que del enemigo, cuando la hacienda del muerto se daba por recompensa. Y no solamente persiguió Sila a los que trajeron contra él las armas, sino también a muchos inocentes; vendiéndose asimismo los bienes de los proscriptos, y quitando a los hijos la hacienda de sus padres y el derecho de pretender los oficios; a que se añadió la mayor indignidad en que los hijos de los senadores hubiesen de llevar las cargas de su orden, y perder los fueros.

29. Llegaba Lucio Sila a Italia cuando Cneo Pompeyo, hijo de aquel Pompeyo que en su consulado hizo (como queda dicho) cosas grandiosas en la guerra de los Marios, de edad de 23 años, que habrá otros 113 tuvo con sola su hacienda ánimo para grandes empresas, y las ejecutó generosamente; para reparar y restituir la dignidad de su patria, juntó un gallardo ejército en el territorio piceno, donde por todas partes residían los clientes del padre. Muchos libros no bastarían a comprender la grandeza del varón; así me obliga la brevedad de éste a referirla brevemente. Su madre se llamó Lucilia, de linaje de senadores; él tuvo hermosísima presencia; no por lo que se alaba en la florida juventud, sino por aquella gravedad que acompañó siempre su grandeza y fortuna hasta el día postrero; fue de suma bondad y entereza, de mediana elocuencia, deseosísimo del poder, que con ocasión de honrarle le ofrecían; no por que él mismo le tomase; el capitán más experto en la guerra; ciudadano modestísimo en la paz, sino cuando temía que alguno se le igualase; constante en las amistades, sabía perdonar agravios, guardando fielmente la palabra después de reconciliado; muy fácil en admitir cualquiera satisfacción, sin que jamás, o raras veces le hiciese la pasión hacer lo que podía; apenas se le conoció vicio, si no es que se ponga entre los grandes el haberse resentido de que teniendo en la ciudad libre y señora de las gentes, todos los ciudadanos iguales por el

derecho, se le igualase alguno en la dignidad. Luego que recibió la toga viril se acostumbró a la disciplina de su padre, capitán prudentísimo, cultivando particularmente el ingenio grande y capaz de las mejores artes, en la práctica de las militares; tanto que Sertorio, bien que alababa más a Metelo, temía mucho más a Pompeyo.

30. Entonces Marco Perperna Pretorio, uno de los proscritos, de gente más noble que de ánimo, mató en Etosca a Sertorio mientras estaba cenando, y dio en el hecho malvado a los romanos la victoria cierta, a su bando la ruina, y a sí mismo afrentosísima muerte. Metelo y Pompeyo triunfaron de los españoles; mas Pompeyo tuvo también este triunfo, de que no siendo más de caballero romano, entrase antes del día que comenzó su consulado en carro por la ciudad. ¿Quién no se maravillará de que este varón que por tantos y tan extraordinarios puestos había subido a la mayor altura, sufriese con disgusto que el senado y pueblo romano hiciese caudal de Cayo César en la petición del otro consulado? Tan natural es en los hombres el permitirse a sí todas las cosas, no perdonar alguna a otros, y envidiarlas, no por la causa sino por la voluntad y las personas. En este consulado restituyó Pompeyo la potestad tribunicia, a que había dejado Sila en el fuero las apariencias.

Mientras se hacía en España la guerra con Sertorio, sesenta y cuatro gladiadores, llevando por caudillo a Espartaco, se huyeron de los juegos de Capua, y con las armas que arrebataron de aquella ciudad, se encaminaron primero al monte Vesubio; luego creciendo por días su muchedumbre, afligieron en graves y varios casos la Italia, llegando a tanto número, que en la última batalla opusieron cuarenta mil hombres al ejército romano. La gloria de haberlos deshecho quedó a Marco Craso, príncipe que luego fue de los romanos.

31. La persona de Cneo Pompeyo había convertido todo el orbe a sí, teniéndola todas por la mayor; hizo, cuando cónsul, con grandísima aprobación el juramento de que no pasaría de aquel cargo a alguna provincia; cumplióle, y de allí a dos años promulgó el tribuno Aulo Gabino el edicto de que, pues los piratas, ya no como corsarios en repentinos saltos, sino al modo de la guerra traían asombrado con sus armadas al mundo, y habían saqueado algunas villas de Italia, fuese Cneo Pompeyo a oprimirlos con autoridad en todas las provincias igual a los procónsules, hasta cincuenta millas de la mar; decreto, en que daba el senado a un hombre solo el Imperio de casi todo el orbe de la tierra. Es verdad que dos años antes se había decretado lo propio en la pretura de Marco Antonio; pero conforme enseñan los ejemplos, está a veces el daño en la persona, y ésta enciende la envidia, o la aplaca; sufriéronlo de buena gana los hombres en Antonio; porque pocas veces se envidian las honras de aquellos cuyas fuerzas no se temen; pero causan extraordinarios recelos los que parece que pueden a su albedrío disponer o retener las armas por tener el modo en la voluntad; los principales lo desaconsejaban; mas fueron vencidos del ímpetu los consejos.

32. Es digna de memoria así la autoridad como la modestia de Quinto Cátulo; porque, mientras disuadiendo el decreto, decía en su razonamiento que tenía sin duda Cneo Pompeyo muy grandes partes, pero demasiadas para una república libre, que no debía fiarlo todo de un hombre solo; añadiendo: *si a este le sucediere algo, ¿quién pondréis en su lugar?* respondieron todos en alta voz: *A ti, Quinto Cátulo.* Entonces dando lugar a la general aprobación, y al testimonio tan honroso de la ciudad, se salió de la junta; en este paso quiero admirar la modestia de Cátulo y la equidad del pueblo; pues ni él porfió más, ni ellos quisieron privarle del testimonio verdadero, aun cuando disuadía y se oponía a su voluntad.

Por aquel tiempo repartió Cota entre las órdenes igualmente la facultad de juzgar, que Cayo Graco quitó al senado, para darla a los caballeros, y tornó Sila a pasar de estos a los senadores. Y Roscio restituyó por su ley a los caballeros los lugares del teatro.

Pero Cneo Pompeyo, llevando consigo a la guerra muchos varones ilustres, y armando bajeles en todos los puertos del mar, libró brevemente con invencible mano el orbe de la tierra; y habiendo

roto en diversos lugares, y muchos reencuentros a los piratas, los acometió con la armada junto a la Cilicia, donde los deshizo y puso en huida; y para acabar más presto con guerra que se alargó por tantas partes, juntó a los que habían quedado, señalándoles habitación cierta en villas y lugares desviados de la mar; algunos culpan esto; pero demás de que lo hizo con bastante razón, esta misma lo hiciera aprobar en cualquiera; pues dándoles medio para vivir sin robos, los apartó de ellos.

33. Estando a los fines la guerra de los corsarios, y gobernando aun la otra Lucio Lúculo (porque había ya siete años, que desde su consulado le cupo por suerte el Asia, donde opuesto a Mitrídates hizo cosas memorables y grandes, desbaratándole muchas veces en diversas partes; había con insigne victoria librado a Cizico, vencido en Armenia a Tigranes el mayor de los reyes, y casi querido antes no acabar, porque pudo, con la guerra; digno en las demás cosas de alabanza, y en las armas casi invencible y si no se dejara vencer de la codicia), Manilio, tribuno de la plebe, siempre venal y ministro de la potencia ajena, sacó el edicto para que la guerra de Mitrídates se encargase a Cneo Pompeyo; pasóse el decreto, y pasaron entre los generales palabras pesadas, imputando Pompeyo a Lucillo el dinero infame, y Lúculo al otro la ambición desordenada, sin que a ninguno de los dos le pudiesen argüir de mentiroso en lo que se argüían; porque Pompeyo desde que comenzó a servir a la República no pudo sufrir por igual a nadie, y donde debía ser el primero quería ser solo; pues nunca hubo hombre que menos codiciase todas las otras cosas y más anhelase por la gloria. No sabía moderarse en la pretensión de los cargos, siendo en la administración el más moderado; y como los recibía con tanto gusto, así los acababa con el mismo, dejando por voluntad de otros lo que por la suya había querido recibir. Lúculo, bien que en lo demás fue gran persona, dio principio a estos excesos y gastos en edificios, convites y aparatos; a quien por las máquinas que armó en el mar, y porque penetrando los montes le recogió en la tierra, solía el gran Pompeyo llamar con gracia Jerjes el de la ropa larga.

34. Conquistó entonces Quinto Metelo la isla de Creta, que con sus caudillos Panares y Lasthenes, habiendo juntado veinte y cuatro mil mozos, ágiles y sueltos, grandes sufridores de las armas y de los trabajos, y muy diestros en el arco, fatigó por espacio de tres años los ejércitos romanos. No templó su ánimo Cneo Pompeyo, para dejar siquiera de interesarse en esta guerra, pues procuró tomar parte en los sucesos; pero el triunfo de Lucillo y Metelo, así por su singular virtud como por la envidia de Pompeyo, fue favorecido de todos los buenos.

Por aquel tiempo Marco Cicerón, que a sí propio debe todos sus acrecentamientos; varón (aunque nuevo) nobilísimo, ilustre por su proceder, y por su entendimiento el mayor, hizo que no fuésemos vencidos por el artificio de aquellos que habíamos vencido con las armas. Cónsul era, cuando por su particular virtud, constancia, desvelo y cuidado descubrió la conjuración de Sergio Catilina, Léntulo, Cetego, y otros de entrambos órdenes. Catilina, temiendo el gobierno del cónsul, se desterró de Roma. Léntulo consular, y otra vez pretor, Cetego y otros varones de claro nombre, por autoridad del senado y mandamiento del cónsul, fueron ajusticiados en la cárcel.

35. El día que se tomó en el senado esta resolución, subió de punto la virtud de Marco Catón, que ya se había conocido y señalado en muchas ocasiones. Este biznieto de Marco Catón, aquel príncipe de la gente Porcia, fue el hombre más parecido a la virtud, y por su entendimiento más allegado en todo a los dioses que a los hombres; nunca hizo cosa bien hecha para que se entendiese que la hacía, sino porque no podía hacerla de otra suerte; sólo hallaba la razón donde la justicia se hallaba; libre de todos los vicios humanos, tuvo siempre en su poder la fortuna; bien mozo era cuando le eligieron por tribuno de la plebe; y mientras otros aconsejaban que tuviesen presos en villas privilegiadas a Léntulo y los conjurados, él aunque fue de los postreros a quien se pidió parecer, dijo con tanto valor y ánimo contra la conjuración, que el celo con que hablaba, hizo sospechosas las razones de los que persuadían la blandura, como si tuvieran parte en el designio; de tal modo representó los peligros que se aparejaban en el incendio y ruinas de la ciudad, y en la

mudanza del estado; y con palabras tales encareció la virtud del cónsul, que se arrimó a su opinión todo el senado, decretando contra los que dije la muerte, y acompañándole hasta su casa los más de los senadores. Pero Catilina no fue menos animoso en ejecutar, que en intentar la maldad; porque peleando fuertemente, dio a las armas la vida que debía a la justicia.

36. No añadió pequeño lustre al consulado de Cicerón el nacimiento del divino Augusto, que ha ochenta y dos años nació, para ofuscar en su grandeza las de todos los que las gentes celebran; ahora parece casi excusado notar los tiempos de los excelentes ingenios, porque ¿quién ignora el haber florecido en éste, con mas o menos años, Cicerón, Hortensio, Craso, Catón, Sulpicio; luego Bruto, Calidio, Celio, Calvo, y César, que fue el que anduvo más cerca de Cicerón, siendo como hechuras de estos Corvino y Polión Asinio, y Salustio émulo de Tucídides, los poetas Varrón, Lucrecio, y Catúlo, nada inferior en algún verso de la obra que emprendió? Podríase tener por disparate el tratar de los que vimos; y entre estos de nuestro siglo se aventajan Virgilio y Rabirio, príncipes de la poesía; Livio, que corre a las parejas con Salustio, y Tíbulo y Nasón perfectísimos en la forma de sus obras; porque como es grande la admiración de los vivos, así es difícil la censura.

37. Mientras corrían estas cosas por Roma e Italia, fue famosa la guerra que hizo Cneo Pompeyo a Mitrídates, que después de la partida de Lúculo había con gruesas tropas reforzado el nuevo ejército; pero fue roto y puesto en huida el rey; el cual, perdida toda la gente se retiró a Armenia, donde tenía a su yerno Tigranes, el más poderoso rey de aquel tiempo, sino que le habían quebrantado las armas de Lúculo; así entró Pompeyo en seguimiento de ambos por Armenia. Primero llegó a Pompeyo el hijo de Tigranes; andaba encontrado con el padre que vino luego en persona, y humillándose, se puso con el reino en sus manos; afirmó que ningún otro, ahora fuese romano, o de otra gente, pudiera obligarle a que se fiara de su compañía, sino Cneo Pompeyo; así sufriría de buena gana cualquiera fortuna contraria o favorable, como de él procediese; no tenía por afrenta el ser vencido de Pompeyo, pues sería pecado el vencerle; y no perdía reputación cualquiera que se humillase al que sobre todos había levantado la fortuna. Dejóse al rey la dignidad del reino; mas pagó una gran suma; que toda, según Pompeyo lo acostumbraba, se entregó al cuestor, y se notó en el registro público; quitáronle la Siria y otras provincias que había ocupado; algunas se restituyeron al pueblo romano, y algunas se sujetaron ahora (como la Siria) que comenzó entonces a ser tributaria. Señalóse por límite de su imperio la Armenia.

38. Pienso que no saldré de los términos propuestos, si diere una relación breve de los que en su gobierno redujeron a forma de provincias cada nación y gente, imponiéndola tributos; para que más fácilmente se vean las cosas juntas, que por partes. El primero que pasó con ejército a *Sicilia* fue el cónsul Claudio, y casi de allí a cincuenta y dos años la hizo provincia Marcelo Claudio, ganando a Siracusa. Llegó Régulo primero que todos a *África*, casi a los nueve años de la primera guerra Púnica; pero el que después de otros 104 años (habrá 175) redujo, arruinando a Cartago, en forma de provincia la *África*, fue Publio Escipión Emiliano. Recibió firmemente la *Cerdeña* el yugo del imperio, mientras gobernaba el cónsul Tito Manlio entre la primera y segunda guerra Púnica. Argumento es grande del natural belicoso de esta ciudad el haber una vez en el gobierno de los reyes, otra en el consulado de este Tito Manlio, y la tercera en el principado de Augusto, cerrándose las puertas de Jano Gemino, señal de ser ya cierta la paz. Los Escipiones Cneo y Publio llevaron a *España* los primeros ejércitos al principio de la segunda guerra Púnica, que ha 250 años; después poseída váriamente, y perdida muchas veces por partes, vino a hacerse del todo tributaria en el Imperio de Augusto. Paulo sujetó la *Macedonia*, Mummio la *Acaya*, Fulvio Nobilior a *Etolia*. Lucio Escipión, hermano del Africano, ganó de Antíoco la *Asia*, que (habiéndola por merced del senado y pueblo romano poseído luego los reyes Atalos) hizo estipendiaria Marco Perperna, prendiendo a Aristónico. Nadie se puede alabar de la conquista de *Chipre*; pues por decreto del pueblo, interviniendo Catón, fue hecha provincia en la muerte, que sintiéndose culpado se dio a sí mismo el

rey. Castigaron en el gobierno de Metelo a *Creta*, privándola de la libertad que había gozado largo tiempo. La *Siria*, y el *Ponto* son trofeos de la virtud de Cneo Pompeyo.

39. Muchas veces hemos tentado, y luego con grande estrago de los nuestros perdido las *Galias*, desde que Domicio Fabio, nieto de Paulo, que llamaron el Alobrox, rompió por ellas con ejército; así se conoce el grandísimo valor de Cayo César; pues vencidas en su gobierno y fortuna, dan (como las demás partes del orbe) el vil tributo. Acabó Isáurico de domar la *Cilicia*, y Vulso Manlio después de la guerra de Antíoco la *Galo-Grecia*; dejónos, como se ha dicho, Nicómedes por su testamento la *Bitinia*. El divino Augusto demás de las *Españas* y otras gentes, con cuyos títulos se ilustra su plaza; habiendo puesto a *Egipto* el tributo, añadió casi tanta renta al tesoro, cuanta acrecentó con las *Galias* su padre. Pero Tiberio César hizo dar a los ilirios y dálmatas la misma declaración y obediencia que su padre había sacado de los españoles; y sujetó a nuestro imperio nuevas provincias en la *Recia*, en los *Vindelicos* y *Noricos*, en la *Pannonia*, y los *Escordiscos*. A estas hizo tributarias por las armas; pero a *Capadocia* con su autoridad. Volvamos al orden.

40. Siguiéronse después las guerras de Cneo Pompeyo, no sé si de mayor trabajo, o gloria; penetró victorioso en la Media, Albania y Iberia; encaminando después el ejército a las naciones que sobre mano derecha habitan más adentro del *Ponto*: los colcos, henioscos y aqueos; y por su buena suerte y las asechanzas del hijo de Farnaces, fue oprimido Mitrídates, el último de todos los reyes que de su libertad lo fue, fuera de los partos.

Entonces Pompeyo, vencedor de todas las naciones a que había llegado, mayor que sus mismos deseos y que los de sus ciudadanos, y en todo superior a la fortuna de los hombres, tornó a Italia, habiéndose juzgado mal de esta vuelta; supuesto que muchos afirmaban que no vendría sin el ejército a Roma, para disponer según se le antojase, de la común libertad. Cuanto más habían temido esto los hombres; tanto más agradable fue la modestia con que este gran capitán volvió; porque despidiendo en Brindes a todo el ejército, sin reservarse más del nombre del general, sin otro acompañamiento más del que siempre traía, vino a la ciudad, donde por dos días triunfó de tantos reyes con suma magnificencia; siendo asimismo mayor que de todos los pasados la suma que puso en el erario, fuera de la que llevó de los despojos al Capitolio.

Habiendo en ausencia de Cneo Pompeyo ordenado Tito Ampio, y Tito Labieno tribunos de la plebe, que en los juegos del circo llevase corona de laurel, y todo el hábito de los que triunfaban, pero en los del tablado la pretexta y corona de oro, no lo quiso aceptar más de una vez; y en verdad que aun fue mucho. Tantos fueron los acrecentamientos con que la fortuna puso a este varón en la cumbre, que primero triunfó del África, luego de Europa, y la tercera vez del Asia, haciendo tantos trofeos de su victoria, cuantas son del orbe las partes.

Nunca carecen de envidia las grandezas. Así Lúculo, acordándose de la injuria recibida, y no quejándose sin razón Metelo Crético, (pues le había llevado Pompeyo en los capitanes cautivos el ornamento de su triunfo) se oponían, y con ellos parte de los principales, para que no diesen, según la voluntad de Pompeyo, lo que había prometido a las ciudades, o a los beneméritos las recompensas.

41. Siguióse después el consulado de Cayo César, que hace encoger la mano del que escribe, y parar a cualquiera que se apresura; éste fue de la familia nobilísima de los Julios, que (como por los más antiguos se ha averiguado) deduce su origen de Anquises y Venus; llevó a todos los ciudadanos la ventaja en disposición y talle; el más bizarro y animoso, liberal por extremo; excedió a la naturaleza y opinión humana; en la grandeza de sus pensamientos, en la prontitud de sus empresas, en el sufrimiento de los peligros el más parecido al grande Alejandro; aunque sobrio, no apasionado; que siempre usó de la comida y del sueño para vivir, no para los deleites; era pariente muy cercano de Cayo Mario, y también yerno de Cinna, cuya hija no le pudieron hacer repudiar, por más modos con que lo procuraron; si bien, por contemporizar con Sila, en tiempo que lo

mandaba todo, había Marco Pisón consular apartándose de Annia (que primero fue mujer de Cinna) con haber poco menos de diez y ocho años que estaban casados; así, cuando más que el mismo Sila, le buscaban para matarle los parciales y ministros, mudada la vestidura, en traje no conforme a su calidad, se escapó una noche de Roma.

Él propio, después (y era bien mozo) habiéndole cogido los piratas, se gobernó mientras le detuvieron, de manera que le temían y veneraban; nunca de día o de noche (no se ha de dejar cosa tan grande, aunque no pueda referirse con términos elegantes) se quiso descalzar o desceñir; sólo para que con mudar algo de la costumbre no causase sospecha a los que sólo con los ojos le guardaban.

42. Largo negocio sería el relatar cuáles y cuántas fueron sus empresas, y como por su esfuerzo y el miedo que le tenían, desistieron de cosas que intentaban en Asia los magistrados del pueblo romano; dígase esto solamente, por prueba del que presto había de ser tal hombre. No hubo más espacio que del día a la noche, cuando rescatado con el dinero que las ciudades dieron (aunque de manera que primero hizo que los piratas les enviasen rehenes) juntando de repente los navíos de particulares, y dando sobre el lugar en que los mismos corsarios estaban, puso en huída parte de sus naves, parte echó a fondo, tomó algunas con muchos prisioneros, y alegre con el triunfo de empresa ejecutada en una noche, volvió a los suyos; y dejando en la cárcel a los que había cautivado, fue a verse en Bitinia con el procónsul Junio que la gobernaba, y también al Asia, y le pidió orden para la justicia que se debía hacer de los cautivos; rehusósele diciendo que los tomaría por suyos (porque era, como cobarde, envidioso) tornó con notable presteza a embarcarse, y puso en cruz a todos los que había cogido, antes que de esto llegasen a algunos las cartas del procónsul.

43. Y haciendo luego con la misma diligencia el viaje de Italia, donde iba a recibir el sacerdocio (porque estando ausente le eligieron por pontífice en lugar de Cota consular, habiéndole algunos años antes, cuando era aun muchacho, nombrado Mario y Cinna por flamen dial, dignidad que perdió por la victoria de Sila, que dio por ningunas las cosas, que aquellos habían hecho), para que no le descubriesen los piratas que ocupaban entonces todos los mares, y le tenían con razón tanto odio, se embarcó con dos amigos, y diez esclavos en una fragatilla de cuatro bancos, con que atravesó el ancho golfo del mar Adriático; antojósele en aquel pasaje que se descubrían naves de corsarios; quitóse la ropa, y ceñida la espada se dispuso a una u otra fortuna; luego conoció que le había engañado la vista, representándole de lejos como si fueran antenas, los árboles plantados por orden.

Las demás cosas que hizo en Roma, la acusación famosa de Dalabela, y en ella el favor de la ciudad, mayor del que se suele dar a los reos; y las civiles contiendas con Quinto Cátulo, y otros varones clarísimos, que tan celebradas fueron; y que sin haber sido pretor, fuese en la pretensión del sumo pontificado preferido a Quinto Cátulo, a quien reconocían todos por príncipe del senado; el haber restituido cuando fue edil, las memorias de Cayo Mario, por más que se oponía la nobleza; y vuelto a dar a los hijos de los proscritos la facultad para los oficios; el haber administrado en España con admirable virtud e industria los de pretor y cuestor; que este último le tuvo en el gobierno de Antistio Vetus, abuelo de estotro Vetus, consular y pontífice, padre de dos consulares y sacerdotes, y tan hombre de bien, cuanto puede dar de sí la bondad humana; todo esto, por ser tan notorio requiere menos estilo.

44. Era cónsul cuando se hizo entre él, Cneo Pompeyo, y Marco Craso la liga poderosa, que fue la ruina de Roma, del mundo, y de ellos mismos; bien que en diferentes tiempos. La causa que le movió a Pompeyo fue para que acabase César de aprobar en su consulado las cosas que él había hecho en las provincias transmarinas, porque muchos (como dije) las censuraban; pero César veía que cediendo a la gloria de Pompeyo acrecentaría la suya, y descargando en él los odios de la común potencia confirmaría sus fuerzas. Craso no podía por sí solo alcanzar el principado; tendríale

por autoridad de Pompeyo, y por el poder de César que emparentó con Pompeyo, dándole su hija por mujer.

En este consulado publicó César la ley, a que le persuadió Pompeyo, para que se repartiesen a la plebe las tierras de la Campania, adonde se llevaron al pie de veinte mil ciudadanos, restituyéndoseles el fuero después de 152 años que en la guerra Púnica redujeron los romanos a Capua en forma de gobierno. Bíbulo, compañero de César, queriendo embarazar sus cosas más de lo que podía, se estuvo sin salir de casa la mayor parte del año; y por donde quiso hacer más odioso al compañero, le dio más autoridad. Entonces se señalaron a César por cinco años las Galias.

45. Por aquel tiempo Publio Clodio, hombre noble y atrevido, que en decir y hacer no guardaba más término del que se le antojaba; terrible ejecutor de sus malos propósitos, e infame por haber conocido a su hermana, acusado también de incesto, por el adulterio que cometió entre los más religiosos sacrificios del pueblo romano, trayendo grande enemistad con Marco Cicerón, (pues mal podían ser amigos los que tan diferentes eran) se pasó del senado a la plebe; e hizo siendo tribuno, la ley de que se defendiese el agua y fuego a quien hubiese muerto un ciudadano romano antes de condenado; palabras que, sin nombrar a Cicerón, se enderezaban contra él solo; así el varón más benemérito de la República recibió en la calamidad del destierro la paga de haber conservado su patria. No dejó de sospecharse en que César y Pompeyo hubiesen oprimido a Cicerón, y parecía que él mismo se lo había causado; pues no quiso ser de los veinte que repartieron las tierras de Campania. Dentro de dos años, procurándolo aunque tarde, Cneo Pompeyo, que más quisiera verle muerto, fue por los votos de toda Italia, por los decretos del senado, y por el valor y plática de Annio Milón, tribuno de la plebe, restituido a la dignidad y patria. Y desde el destierro y vuelta del Numídico no fue alguno expelido con mayores sentimientos, ni recibido con tal alegría; con cuanta pasión le derribó Clodio la casa, con tanta grandeza se la levantó el senado.

El mismo Publio Clodio en el senado, bajo pretexto del cargo honrosísimo, apartó de la República a Marco Catón; pues formó el decreto para que él que había sido cuestor fuese con autoridad pretoria, llevando otro cuestor a su orden, enviado a la isla de Chipre, para despojar del reino a Ptolomeo, merecedor de esta afrenta por todas sus viciosas costumbres; mas él, sabiendo que llegaba Catón, se quitó la vida; así volvió Catón a Roma con mucho más dinero del que se esperaba. El alabar su entereza es ofenderla. Casi se podría tachar su extrañeza, pues saliendo con los cónsules y el senado toda la ciudad a recibir al que venía con las naves por el Tíber, no puso pie en tierra hasta que llegó al lugar, donde se había de poner el dinero.

46. En cuanto hacía Cayo, César cosas tan grandes por las Galias, que mal podrían explicarse en muchos libros, pues aun no satisfecho de muchas y felicísimas victorias, y de haber cautivado y muerto a tantos millares de enemigos, pasó con el ejército a Britania, casi buscando a nuestro Imperio y al suyo nuevo orbe; recibieron los dos ínclitos cónsules Cneo Pompeyo, y Marco Craso otro consulado, que ni pretendieron con honrosos medios, ni administraron con satisfacción.

Prorrogáronse a César en virtud de la ley que declaró Pompeyo al pueblo por el mismo espacio de tiempo las provincias. La Siria se señaló a Craso, que ya trazaba en su ánimo la guerra contra los partos. Era en otras cosas muy hombre de bien, y apartado de deleites, pero en la codicia del dinero y de la gloria, no tenía fin ni término. En vano procuraron, mientras con terribles agüeros se partía para Siria, detenerle los tribunos de la plebe; cuyas maldiciones, si cayeran sobre él solo, importara poco a la República la pérdida del general, como el ejército se salvara, fue con la mayor parte de él muerto por el rey Orodes, que con grandísimas tropas de caballería, le rodeó, mientras pasado el Éufrates se encaminaba a Seleucia; conservó a los que quedaron de las legiones Cayo Casio, cuestor entonces, y después autor del atrocísimo hecho; y de manera guardó al pueblo romano la Siria, que con próspero suceso rompió y puso en huida a los partos, que habían entrado.

47. Por estos tiempos, por los siguientes, y los de que hemos tratado, degolló César más de

cuatrocientos mil enemigos; cautivó muchos más, diéronse muchas batallas, hubo muchos reencuentros y salidas; dos veces se entró en Britania; ninguno de los nueve veranos dejó al fin de merecer un cumplido triunfo; pero tales cosas se hicieron junto a Alesia, que apenas es posible en los hombres el emprenderlas, y casi de ninguno sino es de Dios el acabarlas.

Poco menos de siete años había estado César en las Galias, cuando falleció Julia, mujer del Magno, prenda de la concordia, ya por sus envidias mal segura entre Cneo Pompeyo y Cayo César; y dentro de pocos días murió también el niño que tuvo Pompeyo en Julia, separándolo todo la fortuna entre los capitanes destinados a tanto peligro. Entonces sin hallarse reparo o término pasó la ambición furiosa a las armas y muertes de los ciudadanos, dándose a Cneo Pompeyo solo el tercer consulado, aun por votos de los que antes se habían opuesto a su dignidad. Ufano con esta honra, como si estuvieran reconciliados con él los grandes, se extrañó sumamente de Cayo César. Pero empleó toda la autoridad de este consulado en reprimir las negociaciones.

Por aquellos días Milón, pretensor al consulado con ejemplo inútil, aunque la acción fue saludable a la República, encontrando junto a Bovillas a Publio Clodio, travó con el pendencia, y le mató. Condenaron al reo, más porque Pompeyo lo quiso que porque les pesase del hecho. Marco Catón le absolvió por sentencia dada públicamente, que si la diera antes, no faltaran otros que siguieran el ejemplo, juzgando por bien muerto al ciudadano más pernicioso que hubo para la República, y más enemigo de los buenos.

48. De allí a poco se encendieron los principios de la guerra civil, pretendiendo todos los hombres de bien que dejasen Pompeyo y César los ejércitos; porque Pompeyo en su segundo consulado había querido que le señalasen las Españas, y corría ya el tercer año que, ausente y presidiendo en Roma, las gobernaba por sus lugartenientes Afranio y Petreyo, el uno consular, el otro pretorio. Favorecía la opinión de los que porfiaban en que se despidiese César de los ejércitos; oponíase a los que proponían que renunciase los suyos él; que si dos años antes que se tomaron las armas, acabadas las obras del teatro, y otras con que le cercó, falleciera en la Campania de la grande enfermedad que tuvo, (cuando toda la Italia hizo votos por su salud, cosa que nunca se había hecho por otro ciudadano) faltara a la fortuna lugar de destruirle, y llevara al otro mundo la grandeza en que le había puesto el Cielo.

Pero en la guerra civil y tantos males como por veinte años continuos la acompañaron, el que más revolvió y atizó fue Cayo Curión, tribuno de la plebe, hombre noble, hablador, audaz; cuyo ánimo no se pudiera para sus antojos o deleites satisfacer en riqueza o ciudad alguna; primero tomó la voz de Pompeyo, que por lo que entonces se entendía, era la de la República; luego fingiéndose contrario a César y a Pompeyo, favoreció en la intención a César; no trato de si lo hizo de balde, o por un millón y quinientos mil ducados, que según entendimos, recibió. Finalmente deshizo y rompió las más saludables condiciones de la paz, que se iba encaminando y que pedía César con el mejor ánimo, y admitía de buena gana Pompeyo; atendiendo en particular Cicerón a la concordia pública. Otros refieren en justo volumen el orden de estas cosas, y de las pasadas; también espero explicarle en los míos.

Volvamos a poner esta obra en su forma, dando primero el parabién a Quinto Cátulo, a los dos Lúculos, a Metelo y Hortensio, de que habiendo florecido sin envidia en la República e ilustrádose sin peligro, muriesen antes de la guerra civil de su muerte quieta, o a lo menos no precipitadamente.

49. Siendo cónsules Léntulo y Marcelo 703 años después de fundada la ciudad, y setenta y ocho antes que recibieses, Marco Vinicio, el consulado, comenzó la civil guerra; parecía más justa la causa de uno de los generales, la del otro estaba mejor fundada; aquella tenía las apariencias, ésta las fuerzas; armó a Pompeyo la autoridad del senado, a César la confianza de su ejército. Los cónsules y el senado, por la reputacion de Pompeyo le dieron absoluto poder. No dejó César por intentar cosa que pudiese conservar la paz; ninguna admitieron los pompeyanos; uno de los cónsules era más bravo de lo que debiera; pero Léntulo no podía salvarse si quedaba en pie la

República. Marco Catón protestaba que más valía morir que recibir la República algún partido del ciudadano; los hombres viejos y graves alababan más las partes de Pompeyo, los prudentes seguían las de César; tenían aquellas por más gloriosas, a éstas por más terribles.

Finalmente César, pues le rehusaban todo lo que había pedido (aunque se contentaba de retener con sola una legión el título de la provincia, de venir a la ciudad como persona particular, y en la petición del consulado ponerse a los votos del pueblo romano) entendió que era forzosa la guerra, y pasó con ejército el Rubicón. Cneo Pompeyo, los cónsules, y la mayor parte del senado, desamparando a Roma, y luego a Italia, se pasaron a Durazzo.

50. Pero César después que en Corfinio se le rindieron Domicio y las legiones, despidiendo sin alguna dilación al capitán y otros que quisieron irse a Pompeyo, le siguió hasta Brindes; para que se viese que deseaba más acabar la guerra antes que llegasen las cosas y condiciones a romperse, que oprimir a los que se huían. Halló que habían los cónsules pasado al mar; volvióse a Roma, y dando cuenta de sus acciones en el senado, y en la plática al pueblo, y de la miserable necesidad, pues por armas de otros fue forzado a tomarlas; se resolvió al viaje de España, que hacía con gran diligencia cuando le embarazó algo Marsella, más fiel que prudente, ya que fuera de tiempo se quiso hacer árbitro de las armas principales en que deben interponerse los que pueden compeler a quien no quiere obedecerles. El ejército que gobernaban Afranio consular, y Petreyo pretorio, asombrado de la venida, valor y fama de César, se le entregó; los dos legados, y todos los que de cualquiera calidad quisieron seguirlos, fueron enviados a Pompeyo.

51. El año siguiente, habiéndose acampado Pompeyo en Durazzo y aquellos contornos, y convocado de las provincias transmarinas las legiones y socorros de caballería e infantería, con las fuerzas de los reyes, tetrarcas y señores, juntó numeroso ejército, pareciéndole que con sus naves tenía tan ocupado el mar, que no podrían pasar las legiones de César; el cual, usando de su fortuna y diligencia, pasó con ella como quiso, y desembarcando el ejército se arrimó desde luego de manera que se juntaban sus cuarteles con los de Pompeyo, a quien cercó en sus fortificaciones. Pero padecían más necesidad los sitiadores que los sitiados. Entonces Balbo Cornelio, con increíble temeridad, entrando en los reales del enemigo, y hablando muchas veces con el cónsul Léntulo (que sólo reparaba en el precio por que había de venderse) encaminó sus acrecentamientos; pues con no ser latino sino español, llegó al triunfo y pontificado, y a verse cónsul el que fue hombre particular.

Sucedieron después variamente los reencuentros, aunque fue uno muy favorable a los pompeyanos, y estuvo bien apretada la gente de César, que se retiró con el ejército a Tesalia ya destinada a su victoria.

52. Daban diversos pareceres a Pompeyo; los más concurrían en que pasase a Italia; y era realmente lo que mejor estuviera a sus cosas. Otros decían que fuese entreteniéndole la guerra, pues por su reputación se mejoraba cada día, Dejóse llevar de su ímpetu, siguiendo al enemigo.

Es muy breve relación ésta para comprender la batalla Farsálica, y aquel día cruelísimo al nombre romano en que tanta sangre se derramó de ambos ejércitos, habiéndose estrellado las dos cabezas de la República, sacado al Imperio romano uno de sus ojos, y muerto tantos y tales varones de la parte de Pompeyo; hase de advertir que al punto que Cayo César vio que se abrían los escuadrones pompeyanos, de ninguna cosa tuvo mayor cuidado sino de que todas sus *partes* (usaré del término y vocablo militar) se salvaran. ¡Oh dioses inmortales! ¿y qué recompensa dio Bruto después por tal afición a hombre tan benigno? nunca hubo victoria más admirable, ilustre o grandiosa; porque no lloró la patria a ningún ciudadano más de los que en la batalla perecieron; pero la obstinación corrompió los favores de la misericordia, ya que de mejor gana daba el vencedor la vida, de lo que se recibía por los vencidos.

53. Huyóse Pompeyo con dos Léntulos consulares, con su hijo Sexto, y Favonio pretorio,

compañeros que le había dado la fortuna; algunos aconsejaban que se fuese a los partos, otros que a África, donde tenía al rey Juba fidelísimo a su nombre; él propuso de pasar a Egipto, acordándose de los beneficios que había hecho en Alejandría al padre de este Ptolomeo, que ahora reinaba, y se podía tener más en cuenta de niño que de mancebo; pero ¿quién es el que en las adversidades conserva de los beneficios la memoria? o ¿quién piensa tener obligación alguna a los desdichados? o ¿cuándo dejó la fortuna de alterar la lealtad? Había embarcado en Mitilene a su mujer Cornelia, que aquí comenzó a acompañarle en la huida; mas el rey por consejo de Teodoro, y Aquilas envió algunos que saliesen a encontrarle, y le persuadiesen a que se pasase de la nave mercantil en otra que había salido; así lo hizo, y así fue degollado el príncipe del nombre romano por antojo y orden de un esclavo egipcio, siendo cónsules Cayo César y Publio Servilio. Este fin tuvo en edad de cincuenta y ocho años, un día antes del en que había nacido, el hombre de mayor valor y entereza, después de tres Consulados y tres triunfos, y de haber domado el orbe de la tierra, llegando a tanta grandeza, que de ella no se podía subir más; hizo en él tales mudanzas la fortuna, que habiendo ha poco faltado tierra para sus victorias, vino a faltar para su sepultura.

¿Qué más diré, sino que debían tener demasiada ocupación los que erraron cinco años en los de este varón, que fue casi de nuestro tiempo, siendo tan fácil la cuenta desde los cónsules Cayo Atilio, y Quinto Servilio? Añadí esto, no por argüir, sino por no ser argüido.

54. Pero aquel rey y los que le gobernaban no tuvieron mejor ley con César que con Pompeyo; pues pensando cogerle así como llegó, se atrevieron después a provocarle en la guerra. Pagaron las penas que debían a los dos mayores capitanes. Dióselas César por sí y por el muerto. Ya no se hallaba la persona de Pompeyo, el nombre vivía en todas partes; porque con la grande afición que le tenían se levantó la guerra de África, moviéndola el rey Juba, y Escipión consular, a quien dos años antes de su muerte, escogió Pompeyo por suegro; reforzólos Marco Catón, que con ser grandísima la dificultad de los caminos y falta de alojamientos, les trajo las legiones; los soldados se ofrecían a seguir su orden; él quiso recibir la del más calificado.

55. Hemos de pasar adelante con la brevedad que ofrecimos. César, prosiguiendo su fortuna, llegó a África, que muerto Curión, caudillo de la parcialidad juliana, ocupaban los ejércitos pompeyanos. Peleó al principio con varia fortuna, hasta que con la suya deshizo a los enemigos, usando con ellos de la misma clemencia que con los pasados. Salió victorioso de África a la guerra de España (poco hace a su gloria el haber vencido a Farnaces) mayor y terrible fue la que aquí armó Cneo Pompeyo, hijo del Magno, mozo y muy impetuoso en las armas; de todo el mundo acudían a servirle los que seguían el gran nombre y opinión del padre. Acompañó en España a César su fortuna, bien que jamás dio batalla tan cruel o peligrosa; viéndola en términos de perderse, se apeó y puso delante del escuadrón de los suyos que se retiraban, primero acusó la fortuna que para este fin le había guardado; protestó a los soldados que no volvería atrás un paso, para que considerasen la calidad del general, y el lugar en que le desamparaban, más de vergüenza que por virtud se restauró la pelea, con mayor esfuerzo del capitán que de la gente. Cneo Pompeyo fue muerto en los bosques algo desviados; halláronle que no se podía mover con las heridas. Labieno y Varo murieron en la batalla.

56. César vencedor de todos, habiendo vuelto a Roma, perdonó (cosa parece increíble) a cuantos trajeron contra él las armas, y hartó la ciudad en el banquete que dio por muchos días, y en los grandiosos espectáculos de gladiadores, de la naumaquia, combates de a pie y a caballo, y el de los elefantes. Sacó cinco triunfos: el Gálico, para que se labraron los aparatos en cedro; el Póntico en que eran de acanto; el Alejandrino donde fueron de tortuga; el Africano con los de marfil; y en el de las Españas de plata lisa.

El dinero de los despojos importó algo mas de quince millones de ducados; pero este gran varón, tan clemente en todas sus victorias, sólo pudo en su principado gozar cinco meses de reposo;

pues habiendo vuelto a Roma por octubre, fue muerto en los idus de marzo, siendo autores de la conjuración Bruto y Casio, porque no había obligado al uno con prometerle el consulado, y ofendido en la dilación a Casio. Fueron sabidores de la muerte sus mayores privados, y los que ocuparon los mejores puestos por seguir sus partes y fortuna, como Decio Bruto, Cayo Trebonio, y otros de los ilustres. Incurrió en grande odio, por ocasión de Marco Antonio su compañero en el consulado, que como tan pronto a cualquier atrevimiento, mientras César sentado en los rostros estaba viendo las fiestas lupercales, le puso en la cabeza la insignia real, que rehusó; pero de manera que no se mostró ofendido.

57. La experiencia aprobó el consejo de Pansa e Hircio, que siempre habían dicho a César que retuviese por armas el imperio que por armas había adquirido; él diciendo muchas veces, que antes quería morir que temer, mientras aguardaba la clemencia de que había usado, fue sin prevenirse, oprimido de los ingratos; habiendo los dioses inmortales declarado en muchos indicios y presagios el futuro peligro; porque los arúspices le habían advertido que con grandísimo cuidado se guardase del día de los idus de marzo, y su mujer Calpurnia, asombrada de la visión que tuvo en sueños, le rogaba que no saliese aquel día de casa. Dejó de leer los billetes que le dieron, avisándole de la conjuración. Pero verdaderamente la fuerza inevitable de los hados corrompe los consejos en cualquiera cuyo estado determinó de mudar.

58. El año en que ejecutaron la maldad, eran pretores Bruto y Cayo Casio, y Decio Bruto diputado para cónsul; estos con la tropa de los conjurados, y otra de gladiadores que acompañaban a Decio Bruto, ocuparon el Capitolio, mientras el cónsul Antonio (había sido de parecer Casio que también matasen a éste, anulando el testamento de César, a que se opuso Bruto, diciendo que no debían los ciudadanos apetecer otra sangre sino la del tirano; conveníale en aquella ocasión llamar así a César) habiendo convocado el senado, cuando ya Dolabela, el que nombró César para que fuese cónsul en su lugar, había arrebatado los fasces e insignias consulares, envió (como quien persuadía la paz) sus hijos por rehenes al Capitolio, y dio su fe a los matadores de César, para que bajasen seguramente; y refiriendo Cicerón el ejemplo de aquel decreto tan célebre de los atenienses en el olvido de las cosas pasadas, fue confirmado por otro de los senadores.

59. Abrióse después el testamento de César, en que adoptaba a Cayo Octavio, nieto de su hermana Julia, de cuyo origen (bien que brevemente) se ha de decir algo. No fue Cayo Octavio de los patricios, sino de linaje de caballeros muy honrados, hombre grave, entero, de buen proceder, y rico; habiéndosele en primer lugar dado entre varones nobilísimos el cargo de pretor, alcanzó con su reputación por mujer a Accia, hija de Julia, y con esta honra le cupo por suerte el gobierno de Macedonia, donde fue llamado emperador; venía a pretender el consulado cuando falleció, dejando el hijo de pocos años, que Cayo César su tío más viejo, con haberse el niño criado en casa de su padrastro Felipe, amó como si le engendrara. De edad de diez y ocho años pasó a servir en la guerra de España al tío, que le tuvo por camarada, y siempre en su mismo alojamiento o carro, honrando al mozo con la dignidad pontifical; y para que con su singular ingenio se instruyese en las artes liberales, le envió a los estudios de Apolonia, con intento de llevarle después consigo a la guerra de los getas y partos.

Así como recibió el aviso de la muerte del tío, aunque luego acudieron los centuriones de las legiones vecinas a ofrecerle su servicio con el de los soldados, (y decían Salvidieno y Agripa, que no era de desechar) él dándose prisa para llegar a la ciudad, halló en Brindes relación puntual de la muerte y testamento. En acercándose a Roma corrió a recibirle una tropa grandísima de amigos; y al entrar por la ciudad se vio un círculo del sol, que en color y forma de arco muy igual se le puso sobre la cabeza cómo si coronara al que se había de engrandecer tanto.

60. No holgaba su madre Accia, ni Felipe su padrastro, de que tomase el odioso título y

nombre de César; pero los hados, favorables a la república y orbe de la tierra, le escogían para que fundase y conservase el nombre romano; así menospreció el ánimo divino los consejos humanos, proponiendo de seguir antes con peligro las cosas altas, que las humildes con seguridad; y dar en lo que le tocaba mayor crédito al tío y César, que al padrastro. Dijo diversas veces que no podía sin ofensa tenerse a sí propio por incapaz, donde le había César juzgado por digno.

Fue luego recibido con mucha arrogancia del cónsul Antonio (no era menosprecio, sino miedo); apenas le dio en la huerta de Pompeyo tiempo de hablarle, y luego como si hubiera maquinado contra él, empezó a formar con mal ánimo las sopechas en que perdió reputación y se conoció su vanidad. Acabó después de declararse el furor de los cónsules Antonio y Dolabela para el nefando gobierno; tomó Antonio diez y siete millones, y quinientos mil ducados, que Cayo César había depositado en el templo de Opis falsificando los registros y trocando las hojas. Y todo se disimuló por los cohechos, vendiendo el cónsul la República. Él mismo determinó de ocupar la Galia, bien que se había señalado esta provincia a Decio Bruto, diputado para cónsul. Dolabela se atribuyó las ultramarinas; crecía el odio entre los que eran de natural muy diferente y querían cosas diversas; por eso se veía el mozo Cayo César acometido todos los días por las asechanzas de Antonio, en cuyo poder se deshacía la oprimida Roma.

61. Todos tenían el sentimiento y dolor, ninguno fuerzas con que resistirle; cuando Cayo César, entrando en los diez y nueve años, intentó cosas admirables, y consiguió las mayores; tuvo en particular por servicio de la República mas ánimo que el senado. Primero llamó de Galacia, y luego de Casilino los soldados viejos de su padre; y como otros siguieron el ejemplo de éstos, se formó en breve un ejército.

De allí a poco, habiendo salido Antonio a recibir el que de las Provincias ultramarinas había mandado venir a Brindes, las legiones Marcia y Cuarta, sabida la voluntad del senado y el valor del mozo, alzando las banderas se pasaron a César, a quien honró el senado con la estatua ecuestre, que puesta aun hoy en los Rostros declara por la inscripción su edad (honra que en trescientos años no se hizo sino a Lucio Sila, Cneo Pompeyo y Cayo César), y haciéndole propretor, le ordenó que en compañía de Hircio y Pansa, nombrados por cónsules, hiciese guerra a Antonio; gobernóla valerosamente junto a Módena, aunque no pasaba de veinte años, y libró del cerco a Decio Bruto; fuerza le fue a Antonio el huirse de Italia afrentado y solo; uno de los cónsules murió en la batalla, el otro dentro de pocos días, de la herida.

62. Antes que Antonio se huyese, decretaba el senado con gran respeto todas las cosas en favor de César y de su ejército, procurándolo más que todos Cicerón; pero como se apartó el temor, se descubrió la voluntad, y volvió luego a las partes de Pompeyo; confirmándose a Bruto y Casio las Provincias que ocuparon sin alguna orden del senado, fueron alabados los ejércitos que se les entregaron, y dejados a su disposición todos los gobiernos transmarinos; porque Marco Bruto y Cayo Casio, o por temer las armas de Antonio, o porque para hacerle más odioso, fingían este temor, protestaron por sus manifiestos que de buena gana vivirían en perpetuo destierro, con que quedase la República en paz, y no darían materia alguna a la civil guerra, pues la mayor honra para ellos era saber que habían hecho bien; salieron de Roma e Italia con el mismo intento y determinación, ocupando sin autoridad pública las provincias y ejércitos; y como si con ellos estuviera en cualquiera lugar la República, recibieron el dinero que de las provincias transmarinas llevaban a Roma los cuestores, que se lo entregaban de buena gana; todas estas cosas se comprendieron en los decretos del senado, y se aprobaron, decretando también el triunfo de Decio Bruto, que debía a otro la vida, y honrando con entierro público los cuerpos de Pansa e Hircio.

De César se hizo tan poca mención, que los legados que enviaron a su ejército llevaban orden para que, apartándose de él, hablasen a los soldados. No fue tan ingrato el ejército como lo había sido el senado; porque, si bien sufría César en la disimulación estas injurias, protestó el ejército que

no recibiría orden alguna en ausencia del general. Este fue el tiempo en que Cicerón, con la antigua afición a las partes de Pompeyo, proponía alabanzas y mercedes que debían hacerse a César, queriendo mientras lo decía que se entendiese al revés.

63. Antonio pasó entretanto huyendo los Alpes; al principio no le dio M. Lépido ni aun esperanza de abocarse con él. Éste, habiendo sido, en lugar de Cayo César, electo a hurtadillas por Pontífice Máximo, se detenía aun en la Galia, con habersele señalado la España. Antonio dejándose después ver muchas veces de los soldados, y siendo cuando era sobrio mejor que muchos generales, y Lépido el peor de todos, le metieron en los cuarteles derribando por detrás la palizada; cedía a Lépido en los títulos del gobierno, mas tenía a su disposición las fuerzas; así como entró por los alojamientos, se atravesó con la espada Juvencio Laterense, hombre que se conformó en vida y muerte, sentido de que no tomase su consejo Lépido, con quien había hecho grandes instancias para que no se juntase con Antonio, declarado por enemigo.

64. Planco, con dudosa fe (que tal era la suya) vacilando muchos días en la parte que había de seguir, no acababa de resolverse; ya asistía a su compañero Decio Bruto, diputado para cónsul, vendiéndose por sus cartas al senado, y luego le era traidor. Pero Asinio Polión, firme en su propósito y fiel al bando de Julio, contrario a los pompeyanos, entregó, como lo hizo también Planco, los ejércitos a Antonio. Decio Bruto, desamparado de Planco y luego acometido por sus engaños, viendo que se le iba poco a poco la gente, se huyó a las casas de cierto huésped, que era un gentilhombre llamado Camello; en ellas fue muerto por los que envió Antonio, pagando las debidas penas a Cayo César, a quien tantas obligaciones tuvo; pues con ser el primero de todos sus amigos, le mató, descargando los odios en el autor de la grandeza de que había cogido los frutos, y pareciéndole justo quedarse con los que había recibido de César, y que César, que los había dado, pereciese.

Estos son los tiempos en que Marco Tulio, por continuas pláticas infamó para siempre la memoria de Antonio, tomándole en aquella boca admirable y divina, y no perdiendo contra él punto, como apasionado, el tribuno Canucio. Emtrampos pagaron con la vida la defensa de la libertad; la proscripción del tribuno se cumplió en su muerte, y satisfízose Antonio con la sangre de Cicerón.

65. Declaró después el senado, como lo había hecho con Antonio, por enemigo a Lépido; que entre él, y entre César y Antonio, se comenzó entonces a trabar por cartas la correspondencia y a proponer partidos, representando Antonio diversas veces a César, cuan contrario le era el bando de Pompeyo, los grandes puestos que ya ocupaban, y con cuanto cuidado procuraba Cicerón los acrecentamientos de Bruto y Casio, que se hallaban con diez y siete legiones; y él, que así se lo advertía, juntaría con ellos sus fuerzas, si César rehusase la amistad del que por amigo estaba menos que él obligado a vengar la muerte del padre. Entonces se confederaron, y a persuasión y ruegos de los ejércitos, emparentaron Antonio y César, recibiendo César a la entenada de Antonio, y a 22 de septiembre, un día antes que cumplierse veinte años el consulado, en compañía de Quinto Pedio, 709 años después de fundada Roma, y setenta y dos antes que tú, Marco Vinicio, le recibieses.

Aquel año vio a Ventidio, y que en la misma ciudad donde fue llevado entre los picentes cautivos al triunfo, añadiese la pretexta consular a la pretoria; él mismo triunfó, aquí después.

66. Antonio y Lépido andaban desatinados; porque (como dije) los declararon por enemigos, y gustando entrambos más de que se les dijese lo que habían padecido que lo que merecieron, mientras César se oponía (pero en vano) contra dos, tornaron a introducir en la proscripción el mal ejemplo de Sila. No hubo por aquel tiempo cosa tan indigna, como el verse forzado César a desterrar alguno, o que fuese por él proscrito Cicerón, atajándose por maldad de Antonio la voz pública, sin que nadie defendiese la vida del que por tantos años había defendido a la ciudad en general, y en particular a los ciudadanos. Nada hiciste todavía, Marco Antonio, (sácame de los

términos la pasión que rompe por el corazón y pecho), nada, digo, que hiciste, haciendo merced al que cortó la cabeza clarísima y voz divina, y solicitando con premios la muerte del conservador que fue de la República, y tan gran cónsul. Arrebataste a Marco Cicerón la penosa vida y vejez; vida que siendo príncipe tú, se debe estimar menos que en tu triunvirato la muerte; pero no le quitaste, no, la fama y gloria de sus dichos y hechos, antes la acrecentaste. Vive, y vivirá por la memoria de todos los siglos. Y en cuanto durare esta máquina de la naturaleza, hecha acaso, o con providencia, o de cualquier modo que sea, (ya que casi él solo entre todos los romanos la conoció en su ánimo, la comprendió con su entendimiento, y la ilustró por su elocuencia) tendrá en su duración por compañera la alabanza de Cicerón; y toda la posteridad admirará las cosas que contra ti ha escrito, y abominará lo que hiciste tú contra él; y más presto se acabará en el mundo el linaje de los hombres, que su loor. Así como nadie pudo llorar como se debe la desdicha de todo este tiempo, así no la puede alguno exprimir con palabras.

67. Hase de advertir todavía, que fue suma la fidelidad de las mujeres de los proscritos, mediana la de los libertos, alguna la de los esclavos, ninguna la de los hijos, que tan mal llevan los hombres cualquiera dilación en la esperanza que concibieron. Y para que a nadie quedase cosa de las más reservadas, que no se diese y aplicase a la maldad, había sacado Antonio la proscripción de Lucio César su tío, Lépido la de Paulo su hermano; y no le faltó favor a Planco, para que fuese también proscrito su hermano Planco Plocio. Así, según suelen motejar los soldados, recitaban los que habían seguido el carro de Lépido y Planco, entre las maldiciones de los ciudadanos, este verso: *Dos cónsules triunfan de los Germanos, no de los Galos.*

68. Póngase en su lugar esto que se dejó de decir, ya que no es la persona para quedar en silencio. Mientras en los campos Farsálicos, o por allí cerca, peleaba por el imperio César, Marco Celio, que fue el más parecido a Curión en el ánimo y modo de hablar, aunque en ambas cosas aventajado, y no menos ingenioso para mal; pudiendo aun, si se moderara, conservarse, pues tenía más acabada la hacienda que el entendimiento, fue en la pretura autor de nuevas tablas, sin que la autoridad del senado y cónsul bastase a divertirlo, porque llamando también a Annio Milón, que como no le dieron licencia para volverse, era enemigo de las cosas de Julio, movía sedición en Roma, y de secreto la guerra; luego le quitaron el cargo, y después por las armas del cónsul, de orden del senado, fue oprimido junto a los Turios; tuvo en semejante empresa la misma fortuna Milón, porque dando el asalto a Compsa, villa de los Hirpinos, le mataron de una pedrada, y pagó las penas a Publio Clodio y a la patria que acometía; hombre inquieto, y más temerario de lo que su suerte permitía.

Ya que ahora apunto algo de lo que dejé de referir, sepan que fue demasiada y fuera de tiempo la libertad de que usaron contra César Marulo Epidio y Fabio Cesecio, tribunos de la plebe; pues sin haber experimentado el mínimo rigor en su gobierno, le achacaron que aspiraba al reino. En esto sólo excedió la ira del príncipe tantas veces irritado, que queriendo más afrentarlos como censor que como dictador castigarlos, los reformó, protestando que no había para él mayor desgracia que verse reducido o a forzar su natural, o a perder de la dignidad. Mas volvamos al orden.

69. Dolabela había cogido con sus engaños en Asia a Cayo Trebonio consular, a quien sucedía, y muerto en Esmirna a este hombre ingrátísimo a los beneficios de César, y participante en la muerte del que le había hecho cónsul; y Cayo Casio recibiendo en Siria las legiones de mano de Estayo Murco, y Crispo Marcio, varones pretorios y esforzados capitanes, cercó en Laodicea a Dolabela (que ocupada la Asia había pasado a Siria); pero Dolabela, viendo perdida la plaza, puso animosamente la cerviz a los golpes de su esclavo. En aquel distrito atrajo Casio a su servicio diez legiones; y Marco Bruto, que sacó en Macedonia de manos de Cayo Antonio, hermano de Marco Antonio, y junto a Durazzo de las de Vatinio las legiones que se le quisieron dar, había movido guerra a Antonio. Para Vatinio bastó la reputación, porque debía Bruto ser antepuesto a cualquiera

de los capitanes, y Vatinio quedar pospuesto a todos; competía en él la deformidad del talle con la torpeza del ingenio, de suerte que no se podía hallar para tal alma cuerpo más ajustado; tenía siete legiones; y en virtud de la ley pedia, que publicó el cónsul Pedio, compañero de César, se había defendido el agua y fuego a todos los que se hallaron en la muerte de César el padre; por aquellos días Capitón mi tío (del orden de los senadores) tomó la parte de Agripa contra Cayo Casio.

Esto pasaba en Italia, cuando Casio con grandes y felicísimos sucesos acabó de ganar a Rodas, empresa de inmenso trabajo; y habiendo Bruto vencido a los licios, pasaron los ejércitos a Macedonia, sujetando en todo de manera Casio su natural, que aun sobrepujó la clemencia de Bruto. Y no se hallarán personas a quienes acompañase más favorablemente la fortuna, o que como de cansada desamparase más presto que a Bruto y Casio.

70. Entonces llegaron a Macedonia con sus ejércitos César y Antonio, y dieron a Marco Bruto y Casio la batalla junto a la ciudad de Filipos; el ala que gobernaba Bruto, rechazando a los enemigos ganó los cuarteles de César, el cual, aunque muy enfermo, hacía los oficios de capitán; habiéndole asimismo rogado su médico Artorio que no quedase en los alojamientos, porque claramente había visto su peligro en sueños; pero el batallón de Casio, roto y destrozado se retiró a un alto, donde juzgando Casio por la suya de la fortuna del compañero, envió a uno de los quintados con orden de que volviese a avisarle, qué número y golpe de gente era la que se le acercaba; tardó algo con el aviso, y como vio cerca las tropas que venían corriendo hacia él, y no pudo por la polvareda discernir los rostros ni las insignias, entendió que eran los enemigos que arremetían, y cubriendo con el manto la cabeza, alargó la cerviz, ofreciéndola sin pavor al liberto. Había caído la cabeza de Casio, cuando llegó el soldado a avisar que era el vencedor Bruto; en viendo al general tendido, *seguiré* (dijo) *al que mi tardanza mató*; y así se echó sobre la espada. De allí a pocos días tornó Bruto a pelear con los enemigos; y vencido en batalla, se recogió con la noche al collado; alcanzó de Estratón Egea su camarada que le prestase para morir la mano, y echándole por encima de la cabeza el brazo izquierdo, afirmó con la diestra la punta de su espada que arrimó a la tetilla izquierda donde bate el corazón; arrojóse sobre ella, y atravesado de la primer herida, espiró.

71. Tenía en aquel campo, después de Bruto y Casio, la mayor autoridad Mesala, mozo de aventajadas prendas, y hubo algunos que luego le pidieron por general; él quiso antes vivir por beneficio de César, que tentar más la esperanza incierta en las armas; y no se le ofreció en sus victorias ocasión de mayor gusto a César, que el haber conservado a Corvino; ni se vio ejemplo de hombre más reconocido y grato, que el de Corvino para con César. Nunca hubo guerra tan cruel en muertes de clarísimos varones: pereció entonces el hijo de Catón, y arrebató la misma desgracia a Lúculo y Hortensio, hijos de ciudadanos ilustres; Varrón, si bien muriendo sirvió de entretenimiento a Antonio, le predijo con gran libertad cosas que merecía él oír, y que en su fin se certificaron. Druso Livio, padre de Julia Augusta, y Quintilio Varo, sin tentar siquiera la misericordia del enemigo, el uno se mató en la tienda por sus manos, y Varo por las de su liberto, a quien compelió a esto, habiéndose cubierto con las insignias de sus cargos.

72. Este paradero quiso la fortuna que tuviesen las partes de Marco Bruto en edad de treinta y siete años, corrompiéndosele el ánimo desde el día que una acción temeraria le privó de todas sus virtudes. Pero era Casio tanto mejor capitán, cuanto era mejor hombre Bruto, a quien se podía desear más por amigo, y temer más por enemigo a Casio. Hubo en el uno más esfuerzo, mayor virtud en el otro; que si hubieran vencido, cuanto importó más a la República el tener a César por príncipe, y no a Antonio, tanto la hubiera importado el tener a Bruto antes que a Casio.

Cneo Domicio, padre de Lucio Domicio, que ha poco que vimos, y en él aquella rara y noble llaneza, abuelo de este Cneo Domicio, mancebo clarísimo, habiéndose apoderado de las naves con muchos que seguían su resolución, se expuso a la fuga y fortuna, contento de verse caudillo de su bando. Estayo Murco, que tuvo cargo del mar y de la armada, se fue con todos los bajeles y gente

que se le habían encargado, para Sexto Pompeyo, hijo de Cneo Magno, que volviendo de España, ocupó por armas la Sicilia; pasábansele muchos del campo de Bruto, y desde Italia y otras partes del mundo los proscritos que escaparon del presente peligro; porque para aquellos que no tenían estado cierto, era cualquier capitán a propósito mientras no daba elección la fortuna, pero enseñaba la retirada; conque cualquiera surgidero venía a ser puerto para los que huían de la mortal tempestad.

73. Este mozo era rudo en los estudios, bárbaro en la habla, valiente en un ímpetu, pronto de manos, arrojado y muy diferente en la lealtad, del padre; liberto de sus libertos, y esclavo de sus esclavos; tenía envidia a los honrados, para sujetarse a los más bajos.

Casi todo el senado, que aun era de los pompeyanos, después que Antonio se huyó de Módena, en el mismo tiempo que se señaló a Bruto y Casio las provincias ultramarinas, le tornó a llamar de España (donde Polión Asinio pretorio le había hecho con gran loor la guerra), y restituyéndole los bienes del padre, le encargó la costa marítima. Él entonces (ocupada, como dije, la Sicilia) recibió en su ejército los esclavos y fugitivos haciendo un gran bulto de legiones, e infestando con latrocinios y robos la mar por Mena y Menecrates, libertos de su padre, almirantes de las armadas, y se valía de las presas para mantenerse a sí y al ejército; no corriéndose de alterar con maldades de pirata las aguas que con las armas y el gobierno de su padre se habían asegurado.

74. Deshecho el bando de Bruto y Casio, quedó Antonio gobernando las provincias transmarinas y César volvió a Italia, que halló mucho más inquieta de lo que había pensado; porque el cónsul Lucio Antonio, bien conforme en los vicios al hermano, pero falto de las virtudes que a veces en él se veían, ya culpando entre los soldados viejos a César, ya incitando para la guerra a los que habían perdido sus heredades en la injusta repartición de los campos y nombramiento de los pobladores, había juntado un grande ejército. Por otra parte, Fulvia mujer de Antonio, que no tenía de mujer sino el cuerpo, lo confundía todo con ruidos y armas, habiendo hecho plaza de ellas en Preneste. Antonio echado de todas partes por las fuerzas de César, se retiró a Perugia. Planco, que favorecía las cosas de Antonio, le había dado más esperanzas que socorro.

César, usando de su valor y fortuna, ganó a Perugia, y dejó salir libre a Antonio. Los perusinos padecieron más por la ira de los soldados que por la voluntad del general; quemóse la villa, dando principio al incendio Macedónico, príncipe de aquel pueblo, que pegó fuego a sus casas y alhajas, y atravesado de su espada se arrojó entre las llamas.

75. Encendióse por el mismo tiempo en Campania la guerra que levantaba Tiberio Claudio Nerón, pretorio y pontífice, declarándose por protector de los que habían perdido sus posesiones; fue padre de Tiberio César y persona de grande ánimo y entendimiento; mas todo se sepultó y deshizo con la llegada de César. ¿Quién podrá bastantemente admirar las mudanzas de la fortuna y accidentes inciertos de las cosas humanas? ¿Quién no esperará o temerá sucesos diversos y contrarios a las esperanzas? Livia, hija de Druso Claudiano, varón nobilísimo y fortísimo, que por linaje, bondad y hermosura se aventajaba a todas las romanas, que después vimos mujer de Augusto, y su flamínica y sacerdotisa cuando se pasó a los dioses, ahora huía de las armas del César que había de tener luego por suyo, y llevando en su seno al niño de dos años (era este Tiberio César restaurador del romano Imperio, y futuro hijo del mismo César) se iba apartando de los caminos y soldados, con solo uno que la acompañaba, para ir más desconocida; llegó al mar, y con su marido Nerón pasó a Sicilia.

76. No dejaré de dar de mi abuelo el testimonio que no rehusaría a un extraño; porque Cayo Veleyo, que entre aquellos trescientos y sesenta jueces tuvo el más honrado lugar, por elección de Cneo Pompeyo prefecto de sus ingenieros, de los de Marco Bruto, y de Tiberio Nerón, hombre con quien nadie pudo igualar en la Campania, ya que su mucha edad e indisposición no le permitían

acompañar a Tiberio Nerón, cuyas partes (por la mucha amistad que profesaban) había favorecido, se atravesó con la espada al punto que Nerón partió de Nápoles.

Sufrió César que Fulvia sin ser molestada se saliese de Italia, y también Planco que se huía entre mujeres; porque Polión Asinio, habiendo con siete legiones sustentado muchos días en nombre de Antonio a Venecia, y hecho grandes hazañas junto a Altino y otros lugares de aquella región, se fue para Antonio, con quien por sus persuasiones y la palabra que le dio, se juntó Domicio, que después de la muerte de Bruro salió (como dije) de aquellos cuarteles, y haciéndose cabo de su propia armada, corría de una a otra parte. Quien juzgare bien de esta acción, ha de saber que no obligó Polión menos a Antonio, de lo que Antonio había obligado a Polión.

La venida de Antonio a Italia, y las preparaciones de César contra él, dieron después algún temor de guerra; pero asentóse junto a Brindes la paz. Y fue el tiempo en que se descubrieron los malvados intentos de Rufo Salvidieno, que siendo de la gente mas baja, no se contentaba de haber subido al más alto puesto, y ser el que después de Cneo Pompeyo y del mismo César fue de caballero electo en cónsul; todo le parecía poco, mientras no tuviese debajo de sí a César y a la República.

77. Entonces a petición de todo el pueblo afligido de la gran carestía por estar tan peligroso el mar, se hizo también junto a Miseno la paz con Pompeyo, que habiendo convidado en su nave a César, y Antonio, dijo bien a propósito, que les daba a cenar en su carena, aludiendo al nombre del lugar en que tuvo su padre la casa, y que ahora poseía Antonio. Túvose por conveniente el conceder en este acuerdo a Pompeyo la Sicilia y Acaya; no pudo todavía contenerse allí el ánimo inquieto; hizo en su venida sólo este beneficio a la patria, que sacó el perdón y la vuelta de todos los proscritos y otros que por diversas causas se habían huido para él; con que se restituyeron a la República Nerón Claudio, Marco Silano, Sencio Saturnino, Aruncio Ticio, y otros hombres ilustres. Pero Estayo Murco, que con su venida y la famosa armada dobló las fuerzas de Pompeyo acusado falsamente, fue por él muerto en Sicilia; porque Mena y Menecrates no gustaban de tener a tal varón por compañero en el oficio.

78. Por aquellos días casó Marco Antonio con Octavia, hermana de César. Había vuelto Pompeyo a Sicilia, y Antonio a las provincias ultramarinas, que traía muy atormentadas Labieno desde que retirándose del campo de Bruto a los partos, metió el ejército de aquella gente en la Siria y había muerto al legado de Antonio; pero por el valor y buen gobierno de Ventidio fue degollado Labieno, y con las tropas de los partos, Pacoro, mozo valerosísimo, hijo de aquel rey.

Entretanto César, para que el ocio, enemigo mayor de la disciplina, no corrompiese la soldadesca, hacía continuamente empresas por el Ilírico y Dalmacia, con que se acostumbraba el ejército a sufrir los peligros y la guerra; y fue cuando Calvino Domicio, que salió del consulado a gobernar las Españas, dio un ejemplo grande y comparable a los antiguos, pues hizo matar a palos a Vibilio, centurión del primipilo, que como cobarde se huyó de la batalla.

79. Creciendo cada día la armada y fama de Pompeyo, determinó César de tomar sobre sí el peso de esta guerra. El cargo de fabricar las naves, de juntar los soldados y remeros, y de enseñarlos a los combates y ejercicios de la mar, se dio a Marco Agripa, persona de extraordinario valor, a quien no pudieron vencer trabajo, desvelo, o peligros; fue el que mejor supo obedecer, pero a uno; pues deseaba mandar a los demás, el que más aborrecía todas las largas juntando las consultas con la ejecución. Habiendo en los lagos Averno y Lucrino fabricado la armada hermosísima, dio por continuos ejercicios a la soldadesca y chusma la mayor práctica de cosas militares y marítimas. Con esta armada César, después que (dándosela Nerón con quien antes fue casada), recibió en hora dichosa para la República, por mujer a Livia, movió guerra a Pompeyo y a Sicilia. Pero quebrantó entonces grandemente la fortuna al que no podía ser vencido con fuerzas humanas; ya que la violencia del viento áfrico deshizo y derramó junto a Velia y el promontorio de Palinuro la mayor

parte de la armada. Esta fue la ocasión de que se alargase la guerra, que se continuó después con incertidumbre y peligro; porque tornó la tempestad a atormentar en el mismo paraje las naves, y como en la primera batalla naval que gobernó Agripa, se peleó prósperamente junto a Mylas, así llegando de repente la armada se recibió a los ojos de César una cruel rota junto a Tauromenia; él no dejó de verse en riesgo, y las legiones que con su legado Cornificio habían desembarcado, fueron casi oprimidas por Pompeyo. Mas la fortuna del tiempo peligroso se reparó luego por el valor; porque disponiéndose de ambas partes las armadas, perdió Pompeyo casi todos sus bajeles y se huyó a Asia, donde por orden de Marco Antonio (cuyo favor había implorado) le degolló Ticio; andaba inquieto a veces ostentando la autoridad de general, y a veces pidiendo como necesitado la vida; mas duró contra él de manera el odio procedido de esta acción, que celebrando después las fiestas en el teatro de Pompeyo, fue con maldiciones del pueblo echado del espectáculo que ofrecía.

80. Había César, mientras hacía guerra a Pompeyo, llamado de África a Lépido con doce legiones, en que faltaba la mitad; este hombre entre todos el más vano e indigno (porque en él no se vio virtud) de que le favoreciese tanto tiempo la fortuna, atrajo a sí por hallarse más cerca, el ejército de Pompeyo que seguía la voz y autoridad de César, no la suya; e hinchado por verse con más de veinte legiones, se desvaneció de modo que siendo compañero inútil de la victoria, que los otros alcanzaran mucho antes a no haberla él embarazado, no conformándose en los consejos con César, y proponiendo siempre cosas diferentes de las que otros aprobaban, se atribuía a sí toda la victoria, y se atrevía a notificar a César que saliese de Sicilia.

Nunca los Escipiones, u otros capitanes de los antiguos romanos, emprendieron o ejecutaron cosa con más valor del que mostró entonces César. Porque desarmado con solo el manto, no llevando consigo más de su nombre, entró por los cuarteles de Lépido, donde sin que le hiriesen los dardos que por mandarlo aquel malvado le arrojaron, pasándole de una lanzada el manto, arrebató con grande osadía el águila de la legión. Echóse de ver la diferencia que había entre los generales. Siguiéron los armados al que vino sin armas; y habiendo ya diez años que tenía Lépido la autoridad que menos merecía por su proceder, desamparado del ejército y de la fortuna, se vistió de luto, y cubierto entre los postreros que corrían hacia César, se abrazó con sus rodillas. Dejéronle la vida y posesión de sus bienes; fue despojado de la dignidad que no pudo mantener.

81. Amotinóse luego el ejército; porque ordinariamente cuando la gente pone los ojos en su número, se aparta de la disciplina, y pide de mala gana lo que a su parecer puede sacar por fuerza. Remedióse parte con la severidad, parte con la liberalidad del príncipe.

Mucho se acrecentó por aquellos días la colonia Campana, donde estaban aun por repartir muchas tierras de la comunidad, y por ellas se señalaron en la isla de Creta mayores réditos hasta la suma de treinta mil ducados, y se les prometió el agua que adorna ahora tanto al lugar, demás de ser muy importante a la salud. Mereció en esta guerra Agripa por su singular valor la insignia de la corona clásica, que hasta entonces no se había dado a ningún romano.

César, volviendo después victorioso a Roma, donde le habían sus procuradores comprado muchas casas para ensanchar la suya, declaró como las ofrecía al servicio de la ciudad con ofrecimiento del templo que había de hacer a Apolo, y alrededor de él las galerías; fábrica que acabó con gran magnificencia.

82. En aquel mismo verano que anduvo César en Sicilia tan próspero contra Lépido, militó bien por él y por la República la fortuna en Oriente; porque habiendo Antonio salido de Armenia con trece legiones, y encaminándose a Media y por esas regiones a los partos, los halló con su rey, y al primer encuentro perdió dos legiones con todos los bagajes, pertrechos, y el legado Estaciano; y después él mismo con sumo peligro del ejército se vio muchas veces en tales aprietos que no le quedaba esperanza de salvarse, habiendo ya perdido no menos de la cuarta parte de la gente; cuando escapó por los avisos y fidelidad de un cautivo, pero romano, que preso en la rota de Craso mudó de

suerte, no de ánimo. Llegó de noche a las centinelas de los romanos, y advirtió que no fuesen por el camino que habían escogido, sino por otro diferente hacia los bosques; así se salvó Marco Antonio con tantas legiones; en que, y en el ejército, faltó (como dije) poco menos de la cuarta parte de los soldados y mochileros, y casi todo el carruaje; llamaba todavía victoria a esta su huida, por haber salido vivo; y al tercer verano tornando a Armenia, cogió engañosamente a su rey Artavasdes, que puso en cadenas, pero de oro, porque no faltase cosa a la dignidad. Encendiéndose después más en el amor de Cleopatra, y en la grandeza de los vicios, que siempre se alimentan con el poder, licencia y las adulaciones, determinó de mover guerra a la patria, habiendo primero mandado que le llamasen el nuevo Padre Líbero, mientras ceñido de yedra, con la corona de oro, blandiendo una lanza cubierta de hojas de parra, y calzados los borceguís, se hizo (como el Padre Líbero)⁶ llevar en carro por Alejandría.

83. Entre las preparaciones de esta guerra Planco, no porque tuviese juicio para escoger lo mejor o amor a la República o a César, porque siempre se les opuso, sino porque era de su inclinación traidor; con haber sido el más vil adulator de la reina, y criado más bajo que los mismos esclavos, dispensero de Antonio, autor y ministro de las cosas más torpes, venal para todas, y a todos; el que pintado de azul y desnudo, coronado de cañas, arrastrando la cola y apoyándose en las rodillas danzó en un convite la danza de Glauco; como ya por indicios de robos manifiestos le favorecía menos Antonio, se huyó a César; aunque después atribuía a virtud suya la clemencia del vencedor, diciendo que así lo tuvo por bien César, a quien él había perdonado.

Imitó luego Ticio a éste, y al tío; y no dijo mal Coponio, varón pretorio, senador muy grave y suegro de Silio, cuando el tráfuga de Planco pocos días después de la vuelta, imputaba en el senado muchas e infames cosas a Antonio: *Por Hércules, que había hecho Antonio muchas antes que tú le dejases.*

84. Averiguóse después en el consulado de César y Mesala Corvino junto a Accio la contienda, donde mucho antes de llegar a las manos, se conoció claramente la victoria del bando Juliano por el valor de los soldados y del general; en el otro no se veían sino embarazos y la miserable chusma, si bien eran los bajeles más terribles en apariencia; los otros medianos, más veleros, la chusma de las mejores. Nadie se pasaba de acá a Antonio, de allá se venían cada día muchos a César. Finalmente a vista de la armada antoniana, se llevó Marco Agripa por asalto a Leucas, fue tomada Patras, ocupada Corinto, y vencidas dos veces antes de la última batalla las naves enemigas; y el rey Amyntas siguió el mejor y más provechoso partido. Deilio, haciendo de las suyas, como cuando dejó a Dolabela por Casio, y el clarísima Cneo Domicio, que solo del bando Antoniano nunca saludo a la reina sino por su nombre, con grande y notable riesgo se pasaron a César.

85. Llegó el día de los mayores peligros, en que César y Antonio sacando sus armadas, pelearon el uno por la ordenada conservación, el otro por la ruina del Orbe. El ala derecha de las naves julianas se encomendó a Marco Lurio, la izquierda a Arruncio, dejándose el gobierno de toda la batalla a Agripa. César, destinado para la parte a que le llamase la fortuna, acudía a todas. Publícola y Sosio gobernaban la armada antoniana. Pero en los ejércitos de tierra, Tauro el de César, y Canidio el de Antonio. Al punto que se empezó a pelear, se hallaron de una parte todas las cosas; el capitán, los remeros, y soldados; de la otra sólo los soldados. Huyóse primero Cleopatra, y quiso Antonio ser antes compañero de la fugitiva reina, que de su gente que peleaba; y el general, que debiera castigar a los que le dejaban, dejó a su ejército, que (aun con faltarle el caudillo) retuvo mucho tiempo la constancia, combatiendo valerosamente; y desesperado de la victoria, peleó por la muerte. César deseando ablandar con palabras a los que podía acabar por armas, daba voces para que viesan cómo se había huido Antonio, preguntando por quién, y con quién peleaban; pero ellos,

6 Baco.

después que se esforzaron tanto por el general ausente, rindiendo de mala gana las armas, reconocieron la victoria; y más presto les prometió el perdón y la vida, de lo que les persuadió que la pidiesen; siendo cosa averiguada, que hicieron los soldados oficio del mejor capitán, y el general como el más cobarde soldado. De suerte que se puede dudar de si se gobernara en la victoria por su antojo o los de Cleopatra, ya que por estos tomó la fuga, como lo hizo también el ejército de tierra, huyéndose luego Capidio hacia Antonio.

86. ¿Quién se atreverá a representar en discurso tan breve y limitado lo que ganó todo el mundo en aquel día, y el estado a que se mejoró la fortuna de la República? Fue realmente clementísima la victoria; y no se dio la muerte sino a muy pocos, y esos porque no quisieron pedir la vida, que de esta benignidad del general se puede colegir la moderación de que usara en su victoria, si pudiera mostrarla a los principios de su triunvirato, o en los campos filípicos; y harto anduvo luchando con su clemencia en conservar al varón de suma entereza, comparable en la gravedad con los antiguos.

No dejaré de referir el hecho y dicho memorable de Asinio Polión, porque habiendo desde la paz de Brindes quedándose en Italia, sin haber visto jamás a la reina o interesándose en las cosas de Antonio, después que aquellos amores le quitaron los bríos, rogándole César que le acompañase a la guerra de Accio, dijo: *Mayores son los servicios que he hecho a Antonio, y más conocidos los beneficios que he recibido de él; así me apartaré de vuestros peligros, y seré la presa del vencedor.*

87. El año siguiente, habiendo perseguido a la reina y a Antonio hasta Alejandría, dio fin a las guerras civiles. Antonio tomó por su mano con harta resolución la muerte, y en ella cubrió muchas de sus flaquezas. Pero Cleopatra, engañando a las guardias, mordida del aspid que la trajeron, acabó sin sentir como mujer el miedo. Y fue bien conforme a la fortuna y piedad de César, el no haber muerto por su brazo, u orden alguno de los que contra él se pusieron las armas. La crueldad de Antonio mató a Decio Bruto. Él mismo habiendo vencido a Sexto Pompeyo, y dándole la palabra de que conservaría también su dignidad, le privó de la vida. Bruto y Casio, antes que experimentasen el ánimo de los vencedores, quisieron tomar la muerte; hemos referido la de Antonio y Cleopatra. Canidio acabó con más temores de los que convenían a lo que siempre había profesado. Casio parmense, el último de los matadores de César, pagó muriendo la pena que había llevado Trebonio.

88. Mientras concluía César la guerra de Accio y de Alejandría, Marco Lépido, mozo de mejor parecer que intención, hijo de aquel Lépido (que fue de los tres que dispusieron de la República) y de Junia hermana de Bruto, tenía trazada la muerte de César al punto que tornase a Roma. Habíase entonces encargado la guardia de la ciudad a Cayo Mecenas, caballero de ilustre linaje, que no descansaba cuando la ocasión lo pedía, atento y gran negociador, aunque por otra parte, si daban algún lugar para esto las cosas, era en el ocio y en los regalos más blando que ninguna dama; tan querido como Agripa de César, bien que no le hizo tantas mercedes, porque vivió contento con la dignidad ecuestre; pudo alcanzar las mayores, no las codició. Este habiendo con grandísimo sosiego y disimulación reconocido los intentos del mozo temerario, con admirable presteza y sin ninguna alteración de los hombres o del estado, oprimió a Lépido, y atajó el gran principio de la nueva guerra que se levantara entre los ciudadanos; aquel recibió el castigo de sus malvados designios. Iguálese con la Calpurnia de Antistio, Servilia mujer de Lépido, que tragando las brasas, recompensó en la memoria inmortal de su nombre la temprana muerte.

89. Materia es para más de un justo volumen; y así mal podrá comprender éste tan abreviado el recibimiento que se hizo a César, después de vuelto a Italia y a la ciudad; el aplauso de todas las gentes, edades, órdenes y la magnificencia de sus triunfos y espectáculos. No pueden finalmente los hombres desear cosa de los dioses; no pueden los dioses otorgar cosa a los hombres; no puede la imaginación ofrecer ni la mayor felicidad dar de sí alguna, que Augusto, con la vuelta a

Roma, no haya hecho ver a la República, al pueblo romano, y orbe de la tierra.

Acabáronse después de veinte del imperio años las guerras civiles, sepultáronse las extranjeras, tornó la paz, cesó en todas partes el furor de las armas, restituyóse a las leyes su rigor, a los jueces su autoridad, la majestad al senado; el gobierno de los magistrados se redujo a lo que solía; sólo se añadieron dos pretores a los ocho, volviendo la República a aquella forma antigua, los campos a la labranza, el respeto a las cosas sagradas, a los hombres la seguridad, y a cada uno la posesión cierta de sus bienes. Enmendáronse útilmente las leyes, hiciéronse otras provechosas, eligióse el senado sin ruidos, no sin atención; y a persuasión del príncipe vinieron con gusto a honrar la ciudad los varones principales que habían gozado del triunfo, y de las honras mayores; sólo se pudo alcanzar de César que continuase once veces su consulado, habiéndole rehusado muchas; y con la misma constancia desvió la dictadura, en que porfiaba tanto el pueblo. Cásese otro escritor, y cansarése en esto solo toda su vida, si hubiere de escribir las guerras de este emperador, las victorias con que apaciguó el orbe de la tierra, y tantas obras fuera de Italia y en Roma; que yo (acordándome de lo que profeso) representaré de modo que se conozca y vea toda la imagen de su principado.

90. Habiéndose sepultado, como dije, las guerras civiles, y tornando a juntarse los miembros de la República con los remedios que aplicó al cuerpo deshecho en tan larga guerra, la Dalmacia (rebelde por espacio de 220 años) dio el reconocimiento al imperio. Los Alpes famosos, con sus muchas y fieras naciones, se sujetaron. Y ya por su presencia y ya por la de Agripa (a quien levantó hasta el tercer consulado la privanza del príncipe, que luego le tomó por compañero en la potestad tribunicia) se apaciguaron después de tantos y tan varios sucesos las Españas, con ser estas las provincias a que, siendo cónsules Escipión y Sempronio Longo, el año primero de la segunda guerra púnica, (ha 250 años) se enviaron por la primera vez ejércitos romanos, a cargo de Cneo Escipión, tío del Africano; peleóse 200 años en ellas con mucha sangre de ambas partes; y de manera y que habiéndose perdido los generales y ejércitos del pueblo romano, padeció en muchas ocasiones este imperio la afrenta, y en algunas el peligro; esas son las provincias que consumieron a los Escipiones, y las que con su caudillo Viriato atormentaron a nuestros mayores en la afrentosa guerra de diez años; las mismas con el terror de la Numantina descompusieron el pueblo romano; en ellas se hizo el vergonzoso acuerdo de Quinto Pompeyo, y el más infame de Mancino, que anuló el senado con la ignominia del rendido general; en ellas perecieron tantos capitanes consulares, y pretorios, y por ellas en tiempo de nuestros padres cobraron tanta fuerza las armas de Sertorio, que no se pudo en ocho años juzgar si había más esfuerzo en las españolas, o romanas; y cuál de los dos pueblos obedecería al otro; a estas provincias tan extendidas, tan populosas, tan feroces, redujo habrá cincuenta años y aquietó César Augusto, de suerte que las que nunca se hallaron sin grandísimas guerras, se vieron sin ningunos salteadores gobernándolas Cayo Antistio, después el legado Publio Silio, y los demás.

91. En cuanto se sosegaba Occidente, envió del Oriente el rey de los partos las insignias romanas, que en el destrozo de Craso había tomado Orodes y su hijo Fraates en la huida de Antonio, volviéndolas a Augusto, renombre que por voto de Planco le dio la aprobación de todo el senado y pueblo romano.

Había todavía hombres que aborrecían este felicísimo estado; porque Lucio Murena y Fannio Cepión, de diferentes costumbres ya que Murena a no haberse metido en esto, pudiera parecer bueno, y Cepión aun de antes era el peor, resueltos en matar a César, y oprimidos con la autoridad pública, padecieron por justicia lo que con violencia quisieron intentar. Y luego Rufo Egnacio, que en todas sus cosas tenía más de gladiador que de senador, después que siendo edil granjeó el favor de la plebe (con mandar a sus criados que acudiesen a apagar los incendios), vino a poder en ella tanto, que le dieron juntamente el oficio de pretor, con que se atrevió a pedir de allí a poco el consulado, sin reparar en todos los vicios y maldades de que traía cargada la conciencia, y tan

perdido el juicio como la hacienda; agregáronsele otros del mismo humor, y determinó de matar a César; para que pues mientras César vivía no podía él tener vida, muriese en habiéndole muerto; así corren las cosas; que quiere cualquiera más perderse en las comunes pérdidas, que por sí solo; y ser menos notado aunque padezca lo propio. No fue más dichoso que los otros en el, secreto, y llevado a la cárcel con sus cómplices, tuvo la muerte que tal vida merecía.

92. No quede sin memoria el hecho del excelente varón Cayo Sencio Saturnino, que fue cónsul por aquel tiempo. Estaba ausente César, dando orden a las cosas de Asia y del Oriente y comunicando con su presencia al orbe de la tierra los bienes de la paz, cuando Sencio, acaso solo y en ausencia del cónsul César (entre otras cosas que al modo antiguo hizo con la misma constancia y severidad que solían aquellos cónsules) descubriendo los fraudes de los arrendadores, castigando la avaricia, y volviendo al erario los dineros de la comunidad, procedió en los comicios como cónsul principal; porque a los pretensores que juzgó indignos de la cuestura, les mandó que no se declarasen, y viendo que continuaban, los amenazó con que si bajasen al Campo de Marte, sería como de cónsul la venganza; también se opuso a la demanda de Egnacio, que tan favorecido de la plebe esperaba juntar el consulado con la pretura, como había añadido a ésta la edilidad; no pudo acabar con él que desistiese; y juró que aunque saliese cónsul por los sufragios del pueblo, no le nombraría. Acción que (a mi parecer) se debe comparar con cualquiera gloria de los cónsules antiguos; sino que naturalmente nos holgamos más de alabar lo que hemos oído, que lo que vemos; veneramos cosas pasadas; tenemos envidia a las presentes; creemos que éstas nos sirven de embarazo, aquellas de instrucción.

93. Tres años o algo antes que se descubriese la maldad de Egnacio, por el tiempo de la conjuración de Murena y Cepión, habrá ahora cincuenta años, Marco Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto, a quien sucediendo algo de César, juzgaban los hombres por futuro sucesor de su potencia, aunque también les parecía que no podía en esto asegurarse mucho de Marco Agripa, habiendo cumplido larga y grandiosamente con el oficio de edil, murió harto mozo; y en verdad que tenía (según dicen) grandes partes, muy claro ingenio, y ánimo capaz de la grandeza para que le criaban. Después de su muerte, Agripa, que con pretexto de que iba a negocios de la República pasó al Asia, aunque según publicó la fama por encuentros secretos que tuvo con Marcelo, se había apartado de la era presente, casó a su vuelta con Julia, hija de César, viuda de Marcelo, mujer que en su fecundidad fue poco dichosa para sí o para la República.

94. Por aquel tiempo Tiberio Claudio Nerón, desde que (como dije) recibió César de mano de Nerón, su primer marido, a Julia, hija de Druso Claudiano, se crió en la disciplina de los divinos preceptos, mozo que por su linaje, presencia y buen talle, por los mejores estudios y grandísimo ingenio, dando ya muestras de que había de ser el que es, se daba a conocer por príncipe, comenzó en edad de diez y nueve años a emplearse con cargo de cuestor en la República; y por mandado del padrastro, moderó de manera en Ostia y Roma la grandísima dificultad de las provisiones y falta de granos, que de lo que hacía se coligió lo mucho que había de hacer. De allí a poco le envió el mismo padrastro con ejército a ver y poner orden en las provincias que dependen del Oriente; donde señalándose en todas las virtudes, y entrando con las legiones por Armenia, la redujo a obediencia del pueblo romano, y dio este reino a Tigranes; con que el rey de los partos, asombrado por la fama de tan grande hombre, envió sus hijos en rehenes a César.

95. El cual, habiendo vuelto de allá Nerón, quiso experimentar en otra gran máquina y guerra, dándole por asistente a su hermano Druso Claudiano, que parió Livia en las casas de César; entrambos, repartidas las regiones, acometieron a los rhetos y vindelicos, donde en asaltos de muchas villas y fortalezas, y en batallas que dieron felizmente, sujetaron con mayor peligro que daño del ejército romano, y con grandísima mortandad de aquellas gentes, las que se hallaban más

seguras por el sitio, más dificultosas en el acceso, poderosas en el número, y terribles por su ferocidad.

Poco antes habían Planco y Paulo pasado en debates la censura, que no les fue de ninguna honra, ni a la República de servicio, habiendo faltado al uno la autoridad de censor, y al otro la vida; pues pudo Paulo apenas cumplir con el oficio, y Planco debiera temerle, supuesto que no podía imputar cosa a los mozos, ni oírlos de otros, que él (con ser viejo), no conociese en su persona.

96. Falleció luego Agripa, que con muchas hazañas, siendo de los nuevos, se había ennoblecido, y llegado a ser suegro de Nerón, y ver adoptados sus hijos por el divino Augusto su abuelo, que les añadió los nombres de Cayo y Lucio. Por esta muerte se estrechó más Nerón con César, que le casó con su hija Julia, mujer que había sido de Agripa.

Siguióse la guerra de la Panonia, cruel y grande, y por la vecindad peligrosa a Italia; empezóla Agripa en el consulado de Marco Vinicio tu abuelo; Nerón la acabó; y para que esta obra guarde su forma, declararemos en otro lugar las gentes de los panonios y naciones de los dálmatas, el sitio de las legiones y ríos, el número y modo de las fuerzas, y las muchas y grandiosas victorias de tan grande emperador, que por ésta triunfó con la Ovación.

97. Pero mientras en aquella parte del Imperio caminaba prósperamente todo, se recibió la rota en Germania, donde era legado Marco Lolio, hombre que en todo fue mas amigo del dinero que de bien obrar; viciosísimo entre la mayor disimulación de los vicios. Perdióse el águila de la quinta legión, y obligó a que pasase César de Roma a las Galias, dándose luego el cargo de toda la guerra Germánica a Druso Claudio, hermano de Nerón, mancebo de tantas y tan grandes virtudes, cuantas puede admitir la naturaleza humana o la industria perfeccionar; pues está aun por averiguar si tenía el ingenio más dispuesto a los ejercicios de la guerra, o las artes de la paz. Dicen realmente que nadie llegó a igualar su suavidad y agrado, y el trato tan igual para con sus amigos; que en el talle, y buena disposición fue muy semejante al hermano. Mas cuando, domada ya gran parte de la Germania, y derramada por lugares varios mucha sangre de aquella gente y le vieron cónsul en edad de treinta años, le arrebató la iniquidad de los hados; con que recibió sobre sí todo este peso Nerón, administrando la guerra según su valor y fortuna; y pasando victorioso por todas las partes de la Germania sin ningún daño del ejército que le encomendaron (cosa en que este general tuvo siempre particular cuidado) la sujetó de manera, que casi la puso en estado de alguna provincia estipendiaria. Entonces se le ofreció con otro consulado otro triunfo.

98. En cuanto pasaban las cosas que digo por la Panonia y Germania, se levantó en Tracia la guerra terrible, porque todos aquellos pueblos tomaron las armas; atajóla el valor de Lucio Pisón, que ahora con tanta modestia y vigilancia es en Roma el conservador de la seguridad; era legado de César, y por espacio de tres años ya con batallas, ya con asaltos, haciendo grandes estragos en el enemigo, redujo y sosegó las naciones ferocísimas, asegurando el Asia, y restituyendo a Macedonia la paz. Éste es el varón de quien por sus costumbres templadas con vigor y blandura, han de entender y confesar todos, que mal se hallará otro que amando más el sosiego, sea tanto para los negocios, o con mayor cuidado trate los que se han de hacer, sin ostentación alguna de lo que hace.

99. Dentro de pocos días, Tiberio Nerón después de dos consulados y otros tantos triunfos, igualado a Augusto como compañero en la potestad tribunicia, quedó después de uno (y esto porque así lo quería) superior a todos sus ciudadanos; el mayor capitán de todos y más célebre por su fortuna y fama; y con ser verdaderamente la segunda cabeza y lumbré de la República, por un amor maravilloso que no se puede creer o representar (bien que luego se declararon las causas), habiendo Cayo César tomado la toga viril, y llegado Lucio a edad de recibirla, para que su resplandor no ofuscase los principios de estos mozos que empezaban a mostrarse, disimulando los motivos de la resolución, pidió al suegro y padrastro licencia para descansar de tan continuos trabajos.

Referiremos en obra más conveniente el estado que tuvo entonces la ciudad; el sentimiento de cada uno, y las lágrimas con que todos acompañaron la partida de tal varón; y cómo estuvo en punto de detenerle la patria. Mas ha de decirse aquí, aunque de paso, que se trató en Rodas siete años de manera, que yendo a visitarle todos los procónsules y legados que pasaban a las provincias ultramarinas, veneraron aquella majestad aun en hábito particular, abatiendo los fasces, y confesando que era aquella retirada más honrosa que sus gobiernos.

100. Sintió el orbe de la tierra que había Nerón dejado la guarda de la ciudad, porque el parto apartándose de la confederación romana, puso en Armenia las manos, y la Germania se rebeló, habiendo perdido de vista al que la había sujetado.

Pero en Roma aquel mismo año, que el divino Augusto, cónsul en compañía de Galo Caninio, dedicó (treinta años ha) el templo a Marte, y con los magníficos espectáculos de gladiadores y de la naumaquia, satisfizo los ánimos y ojos del pueblo romano, dio sobre su casa una borrasca, cuya relación y memoria es horrible y afrentosa; pues que su hija Julia, olvidada en todo de tan gran padre y marido, no dejó por sus antojos de intentar cosa de las que en su lujuria puede la mujer hacer o sufrir torpemente, tomando (según su grandeza y fortuna) la licencia de pecar, y juzgando todo lo que la agradaba por lícito. Entonces Julo Antonio, ejemplo singular de la clemencia de César y violador de su casa, vengó en sí mismo el delito que había cometido; a quien después de vencido su padre, no sólo había dado la vida, sino también honrado con el sacerdocio, la pretura, el consulado y los gobiernos, y casándole con hija de su hermana, recibido por deudo tan cercano; y Quinto Crispino, que ceñudo y severo pretendía cubrir con esta gravedad sus desvergüenzas notables, y Apio Claudio, Sempronio Graco, y Escipión, con otros de menor nombre, pero de entrambos grados, llevaron las penas, como si hubieran tocado en la mujer de un hombre ordinario; siendo así que habían violado la hija de César, casada con Nerón. Julia, desterrada a una isla, se apartó de los ojos del padre y de la patria; yendo con ella su madre Escribonia, que quiso quedar acompañándola en el destierro.

101. De allí a poco, habiendo ido Cayo César a visitar otras provincias, fue enviado a Siria; viose primero con Tiberio Nerón, a quien respetó en todo como a su superior; anduvo por allá tan vario, que dio harta materia para que le alabasen, y no poca al que le quisiese culpar. También se vieron este ilustrísimo mozo y el rey de los partos en cierta isla que rodeaba el Eufrates, con igual número de ambas partes. De esta grande y memorable vista, pues se juntaron las dos cabezas principales de los hombres e imperios, estando a un lado el romano y al otro el ejército de los partos, tuve suerte de gozar cuando empecé a servir por tribuno de los soldados, habiendo ya recibido este grado de la milicia, mientras gobernaban tu padre, Marco Vinicio, y Publio Silio, en la Macedonia y Tracia; después pasé a Acaya y Asia, a todas las provincias que miran al Oriente, y por entrambas riberas, y boca del mar Pónico; y acuérdome con gusto de tantas cosas, lugares, gentes y ciudades.

102. El parto pasó primero a nuestra orilla, convidado de Cayo, que fue después al convite que le hizo en la otra el rey; el cual descubrió a César los pérfidos y maliciosos designios de Marco Lolio, que quiso Augusto que fuese como por ayo de su hijo; divulgólos la fama; y fue dentro de pocos días, no sé si accidental o si voluntaria, su muerte. Pero cuanto se alegraron de ésta los hombres, tanto sintió Roma el haber muerto de allí a poco en las mismas provincias Censorino, hombre que nació para obligar a todo el mundo.

Entró después Cayo por Armenia; fueron los principios dichosos; mas luego en ciertas vistas (donde se fio temerariamente) fue mal herido junto Artagera, por uno llamado Adduo; y como quedó con peor disposición, así empezó a ser con el ánimo de menos servicio a la República; y no faltó la conversación de hombres, que lisonjeándole, fomentaban sus vicios; que siempre es la adulación compañera de la grandeza; y con ella le trajeron a estado, que antes quiso envejecer en el

último y más apartado rincón de la tierra, que volver a Roma; harto lo rehusó, y tornando con disgusto a Italia, murió de su enfermedad en Limyra, ciudad de Licia, cuando había poco menos de un año que había fallecido en Marsella su hermano Lucio César, que pasaba a España.

103. Mas la fortuna que se llevó con ellos las grandes esperanzas, había ya vuelto a la República su amparo; porque antes que los dos muriesen, en el consulado de Publio Vinicio tu padre, volvió Tiberio Nerón de Rodas, recibido con increíble contento en la patria. No dudó mucho César Augusto, ni tuvo que buscar para la elección, pues se había de hacer en quien más prendas tenía; así continuó en la resolución, que con la muerte de Lucio quisiera tomar aun en vida de Cayo, si no le fuera tanto a la mano Nerón, a quien (ya que entrambos mozos habían fallecido) tomó por compañero en la potestad tribunicia, por más que lo rehusó en casa y en el senado; y siendo cónsul Elio Catón Sencio, ha esto veinte y siete años, 754 después de fundada Roma, le adoptó a los 27 de Junio.

Apenas bastaría un volumen entero; así no me pondré en referir aquí regocijo de aquel día, el concurso de la ciudad, y los votos de los que casi llegaban con las manos al cielo, por la esperanza que concibieron de la perpetua seguridad y eternidad del romano imperio; sólo añadiré el gusto que supo dar a todos. Entonces se tuvieron los padres por seguros de sus hijos, los maridos de sus mujeres, los señores de su patrimonio, todos en general de la salud, quietud, paz, tranquilidad; tanto que no se podía esperar más, ni corresponder la felicidad mejor a la esperanza.

104. Fue adoptado en el mismo día Marco Agripa, que parió Julia después de muerto Agripa. Pero en la adopción de Nerón acrecentó el mismo César estas palabras: *Esto, dijo, lo hago por amor de la República*. No detuvo la patria muchos días en la ciudad al restaurador y conservador de su imperio; luego le envió a la Germania, donde tres años antes, gobernando tu abuelo, Marco Vinicio, varón clarísimo, se encendió una gran guerra. Él la había hecho por algunas partes, y sustentado felizmente en otras; que por este servicio se le decretaron, con la inscripción hermosísima de sus empresas, los ornamentos del triunfo. Yo había sido ya tribuno del campo, y aquel tiempo me hizo soldado de Tiberio César; porque luego después de la adopción me enviaron con él a la Germania por prefecto de la caballería, cargo en que sucedí a mi padre. Así siendo por nueve años continuos prefecto o legado, merecí ver, y (en lo que alcanzaron mis cortas fuerzas) asistir a sus obras divinas.

No me parece que la condición de los mortales llega a cosa que pueda compararse con la vista de que gocé, cuando por la parte más célebre de Italia, y por todo el distrito de las provincias de la Galia, se daba cada uno más a sí que a él, la enhorabuena de que volviesen a ver su antiguo general, y primero César por sus méritos y valor, que por el nombre. Pero los soldados derramaron en viéndole lágrimas de contento; extraordinario era el gusto con que corrían a darle el parabién, y el deseo de tocarle la mano; no se podían contener, diciendo: *Ya te vemos emperador, con salud te volvemos a recibir*; y luego: *Yo me hallé contigo, oh Emperador, en la Armenia, en la Rhecía estuve yo; a mí me hiciste merced en los Vindélicos; yo la recibí de tu mano en Panonia, y en la Germania yo*. No hay palabras para exprimirlo, y quizá no se podría creer.

105. Rompióse al punto por la Germania, sujetáronse los caninefates, actuaros, bructeros, las gentes de los queruscos se redujeron, pasóse el río Visurgis, famoso de allí a poco por la desgracia nuestra; más adentro se penetró, encargándose siempre César de lo más áspero y peligroso de la guerra; encomendaba las cosas de menos riesgo a Sencio Saturnino, a quien había tenido entonces su padre en Germania por legado, hombre de muchas partes, mañoso, ágil, pródigo, sufrido, y práctico en los oficios de la milicia; pero cuando las ocupaciones daban lugar al ocio, abusaba de él, haciendo liberalidades y gastos; aunque de tal modo, que le juzgaras por más alegre y espléndido, que por desordenado o remiso. Ya hemos dicho la reputación y fama que en su consulado ganó. Duró la campaña de este año hasta el mes de diciembre, e importó grandemente a la victoria. Los

Alpes estaban casi atajados de la nieve; el amor de César le llevó por ellos a Roma; la defensa del Imperio le volvió con la primavera a Germania, donde dejó a su partida alojado el ejército en medio de los confines, junto a las fuentes del río Lupia.

106. ¡Qué de libros serían menester, oh dioses buenos, para las empresas que en aquel verano se hicieron, gobernadas de Tiberio César! Atravesamos con armas toda la Germania; vencimos naciones de que apenas se conocían los nombres; tornamos a sujetar los cauchos; todos sus mozos (era infinito el número, y terrible la estatura) con asegurarlos tanto el sitio de sus lugares, rendidas las armas se postraron con sus capitanes ante el tribunal del emperador, que rodeaba nuestro batallón relumbrante y armado. Fueron desbaratados los longobardos, gente más feroz aún que la fiereza alemana. Finalmente llegó con sus estandartes el ejército romano cuatrocientas millas más allá del Rhin hasta el río Albis, que parte los términos de los senones y hermunduros, cosa que jamás se esperó o intentó; y en aquel paraje con admirable felicidad y cuidado del general y favor del tiempo, la armada que navegó por las costas del océano, entrando por mar (que hasta aquel día no se había oído ni visto) subió por el Albis, y venciendo a muchos pueblos se juntó proveída abundantísimamente con el ejército de César.

107. No sé templarme; y habré de añadir a tan grandes sucesos, éste, cualquiera que sea. Habiéndonos acuartelado de esta parte de la ribera, y viéndose de la otra los enemigos armados, que luego al moverse nuestras naves se huían, uno de los bárbaros ya viejo, pero de gentil disposición, persona de calidad por lo que del traje se colegía, se metió en una canoa de las con que suelen navegar, y gobernándola él solo llegó a la mitad del río, y pidió que le dejasen salir seguramente a la orilla que ocupábamos con armas, y ver a César; diósele licencia, y habiendo arrimado el barco, y contemplado un gran rato sin hablar a César, dijo: *Es grande el desatino de nuestros mancebos, pues que venerando en ausencia a vuestra deidad, temen más cuando os ven las armas, de lo que se fían de vuestra palabra; pero yo, por merced y permisión tuya, César, vi hoy los dioses, de que había oído tratar, y no deseé, ni tuve en mi vida más dichoso día.* Permitiósele que tocase la mano; entró en la barquilla, y volviendo siempre los ojos a César, llegó a su ribera. César, vencedor de todos los lugares y gentes a que se había llegado sin ninguna pérdida del ejército, porque sola una emboscada le armaron, en que recibieron gran daño los enemigos, alojó las legiones, y con la misma diligencia que en el año pasado, se volvió a Roma.

108. Ya no quedaba cosa por vencer en Germania sino la gente de los marcomanos, que con su caudillo Maroboduo, mudando de habitación, se retiró por la tierra adentro, habitando los campos que ciñe la selva Hercinia. Por más priesa que se lleve, obliga este hombre a que se haga mención de él. Maroboduo, noble de linaje, robusto de cuerpo, de ánimo feroz, más por nación que por razón bárbaro, ocupó entre los suyos un principado firme en la voluntad de los que le obedecían, no de repente ni acaso ni mal fundado; formó un gobierno seguro y autoridad real, determinando con apartar lejos de los romanos su gente, llegar a parte, donde huyendo de las armas más poderosas, hiciese las suyas poderosísimas.

109. Así después que (como dije) se apoderó de aquellos lugares, sujetó por guerra a todos los comarcanos, o por acuerdos los hizo sus vasallos; traía su guardia, y con continuos ejercicios redujo casi su estado a la forma y disciplina romana, poniéndole brevemente en tal altura, que aun nuestro Imperio le temía; gobernábase de manera con los romanos, que ni nos provocaba con guerra, ni dejaba de mostrar que tenía (si le provocasen) hartas fuerzas y gana de resistir. Los embajadores que enviaba a los césares, le encomendaban a veces como si se humillara, otras veces hablaban como por persona igual; las naciones y hombres que de nuestra obediencia se apartaban, tenían en él acogida; pues no disimulaba de manera que no procediese en todo coma émulo; y ejercitando en continuas guerras contra sus vecinos el ejército que había hecho de setenta mil infantes y cuatro mil

caballos, le disponía a cosas mayores de las que traía entre manos. Había aun otra razón para temerle, pues teniendo por la frente y el lado izquierdo la Germania, al otro la Panonia, y a las espaldas los Nóricos, como si siempre hubiera de dar en todos, así era de todos temido; y no dejaban sus acrecentamientos de causar recelo a Italia, pues desde las cumbres de los Alpes, que la sirven de término y límite, había hasta los de Maroboduo poco más de doscientas millas.

Resolvióse Tiberio César en acometer el año siguiente por diversas partes a este hombre, y a esta región; llamábase Boyohemo la que Maroboduo habitaba. Diose orden a Sencio Saturnino para que pasase a ella con las legiones, tomando el camino de los Cattos, y talando los continuos bosques de la Hercinia. César, desde Carnunto, que es el lugar del reino Nórico más vecino a aquella parte, empezó a encaminar hacia los marcomanos el ejército que servía en Ilírico.

110. Rompe y retarda a veces la fortuna lo que los hombres proponen. Tenía César preparado el alojamiento para invernar junto al Danubio, y el campo ya cinco jornadas de los confines del enemigo, y avisado a Saturnino, que hallándose casi en la misma distancia de los marcomanos, llegara dentro de pocos días a juntarse en aquel lugar con César, cuando toda la Panonia insolente en los bienes de la larga paz, y la Dalmacia acrecentada en fuerzas, atrayendo a su liga todas las naciones de aquel distrito, tomaron con ánimo deliberado las armas.

Entonces se antepusieron las cosas necesarias a las gloriosas, y no pareció seguro, estando el ejército empeñado tan adelante, dejar la Italia desarmada al enemigo tan vecino; el número de las gentes y naciones rebeladas pasaba de ochocientos mil, de que escogieron al pie de doscientos mil infantes y nueve mil caballos buenos para la guerra; parte de esta gran muchedumbre, gobernada de capitanes muy valerosos y prácticos, había resuelto de entrar por Italia, con la cual confinan por Nauporto y Tergeste; parte había rompido por la Macedonia; los demás quedaban a la defensa de sus tierras. Tenían después del capitán Pinneto, los dos Batones la mayor autoridad, y todos los panonios no sólo la disciplina sino también noticia del lenguaje romano; los más sabían leer y escribir, y hacían de ordinario sus ejercicios; y por Hércules que nunca hubo nación que más presto ejecutase después de propuesta la guerra. Fueron oprimidos los ciudadanos romanos, degollados los hombres de negocios, muerto un gran número de alféreces en la parte que más apartados estaban del general, ocupada con armas la Macedonia, y puestas por todos lados las cosas todas a fuego y sangre; tan grande fue el terror de esta guerra, que se alteró y turbó aquel ánimo de Augusto César, constante y confirmado en la experiencia de tantas guerras.

111. Así se hicieron levas, tornaron a llamar de todas partes la gente vieja, fueron los hombres y mujeres, según el censo o la facultad, obligados a dar el soldado libertino. Oyeron decir en el senado al príncipe, que dentro de diez días (si no se previniese) podría llegar el enemigo a vista de la ciudad de Roma; los senadores y caballeros romanos prometieron de servir para esta guerra, como se les había pedido. Todo esto lo hubiéramos preparado en vano, si no hubiera quien lo gobernara; así, como por último remedio pidió la República a Augusto, que gobernase Tiberio esta guerra.

En ella tuve yo también, según lo poco que merezco, ocupación y puesto honroso: porque habiendo cumplido con el cargo de la caballería, y sido nombrado por cuestor, e igualado sin ser senador a los senadores ya nombrados por tribunos de la plebe, llevé desde la ciudad al hijo de Augusto la parte del ejército que él me encargó; después en la cuestura, dejando de ir a la provincia que me tocaba por suerte; y habiéndome él mismo enviado por su legado a Tiberio, ¿qué de tropas enemigas vimos al primer año? ¿De cuántas ocasiones gozó la prudencia del general, rompiendo por todas las fuerzas de aquellos desatinados? ¿Con cuánta autoridad suya encaminó y aprovechó las materias? ¿Con qué cordura dispuso los alojamientos? ¿Con cuántas obras encerró nuestro ejército, y tomó al enemigo las salidas para que faltándoles los bastimentos se consumiesen en su número y furor?

112. Justo es que se haga mención de la victoria que en la primera campaña ganó Mesalino con grande suerte y valor. Este varón aun más noble por el ánimo que por su linaje, y muy digno de haber tenido por padre a Corvino, y de dejar este apellido a Cotta su hermano, gobernaba el Ilírico, cuando en la rebelión repentina, cercado del ejército contrario, con la legión vigésima en que faltaba la mitad, desbarató y puso en huida a más de veinte mil enemigos; honráronle por este servicio con los ornamentos triunfales.

Así se regocijaban los bárbaros en su número, así se confiaban de sus fuerzas, que se les daba poco de donde César estuviese; pero la parte de aquel ejército que se le opuso, consumida, según el gusto y utilidad nuestra, y reducida a la mortal hambre, ni podía resistir a los que la apretaban, ni se atrevía a pelear con los que la daban lugar y ofrecían la batalla; ocupado el monte Claudio se defendía en sus reparos. La otra parte que había salido a encontrar el ejército que Aulo Cecina, y Silvano Plaucio, consulares, traían de las provincias ultramarinas, cogiendo en medio a cinco legiones nuestras, a los auxiliares, y la caballería real (porque con grandes tropas de su nación se agregó a aquellos capitanes para servir en esta guerra Rhemetalces rey de Tracia) los tuvo casi acabados; el batallón de la caballería real fue puesto en huida, las alas tomaron la carga, las cohortes volvieron las caras, y aun se vieron confusos los estandartes de las legiones; pero el valor de los soldados romanos ganó en aquel día mayor gloria de la que habían los capitanes merecido, aunque por merecer más con el general se adelantaron tanto, que dieron en los enemigos antes que supiesen de los exploradores la parte en que se hallaban. En aquel trance las legiones exhortándose a sí mismas (había el enemigo degollado a algunos de los tribunos, al prefecto del campo y los de las cohortes; estaban heridos los centuriones, y por tierra los de las primeras filas) cerraron con los enemigos, y no contentos de haberlos sustentado, rompiendo por su batallón, ganaron (donde no se esperaba) la victoria.

Por aquel tiempo Agripa, que en el mismo día que Tiberio fue adoptado de su abuelo natural, y ya dos años antes, empezaba a mostrar cuál era; con sus maldades extrañas y perversa inclinación, hizo que le perdiesen el amor su abuelo y padre; y creciendo cada día los vicios, tuvo el fin conforme a sus desatinos.

113. Verás ahora, Marco Vinicio, un capitán grande en la guerra, así como le ves gran príncipe en la paz. Habiendo venido otros ejércitos a juntarse con los que César gobernaba, y hallándose en los mismos cuarteles diez legiones, setenta cohortes, catorce alas, y más de diez mil soldados viejos, sin otro gran número de aventureros, y mucha caballería de los reyes, con que vino a ser el mayor ejército que hubo después de las guerras civiles, estaban todos contentos con él, y por su número muy confiados de la victoria; pero el general, como era el mejor juez de sus obras y prefería la utilidad a la ostentación, siguiendo (que esta le vi hacer en todas las guerras) lo que se debía aprobar y no lo que se aprobaba; después que para rehacerlo del camino y cansancio, detuvo pocos días al ejército que le vino, viéndole muy grande para ser bien moderado y gobernado, se resolvió a despedirle, y acompañándole por un largo y trabajoso camino, que mal se podría representar su dificultad; para que nadie se atreviese a acometerlos juntos, y con el temor de sus confines no pudiese salir de ellos toda la gente a dar en la que se partía, le volvió a enviar de donde había salido.

Él, entrando con gran rigor el invierno, se volvió a Siscia, y encargó a los legados, de que fui yo uno, la gente repartida por los alojamientos.

114. Diré cosa que excede a cualquier encarecimiento, por ser la mayor de todas en el beneficio y en los efectos de la verdadera virtud, suavísima por experiencia y de singular humanidad. Todo el tiempo que duró la guerra de Panonia y Germania, no hubo persona de nosotros, o de más o menos calidad, cuya salud y disposición no se sustentase de manera en el cuidado de César, como si hallándose el más desocupado en la máquina de tantos negocios, atendiera a éste solo. Estaba el carro aparejado para los que le deseaban, su litera al servicio de todos, cuyo beneficio experimenté yo entre otros. Los médicos, los regalos de la comida, los

aparejos del baño, que no traía sino para esto, ayudaban a cualquiera en la convalecencia; sólo echaban menos la familia y casa, pero ninguna otra cosa de las que en ella pudieran hacer o desear. Esto se añada también, y con lo demás que dije lo confesaré cualquiera que se halló en aquel tiempo. Siempre iba solo a caballo; solo con los que había convidado cenó sentado la mayor parte del estío y campaña; perdonaba a los que no seguían la disciplina, mientras no ofendían con el ejemplo; de ordinario los amonestaba y corregía, muy raras veces castigaba; guardando este medio, de que con prohibir algunas cosas disimulaba muchísimas.

Del invierno se sacó el provecho y conclusión de la guerra. Pero el verano siguiente toda la Panonia (quedando en Dalmacia los que aun quedaban de la rebelión) pidió la paz. Espero referir por orden en obra y volumen entero del modo que aquella gente, que por su multitud y ferocidad amenazaba poco antes con servidumbre a Italia, entregó sus armas junto al río Bathino, postrándose todos a los pies del emperador, con los valerosísimos capitanes Baton y Pinneto, preso éste y aquel rendido. Volvió por el otoño a sus alojamientos el victorioso ejército, de que dieron los césares todo el gobierno a Manio Lépidio, como al más allegado a su nombre y fortuna, y a quien admira y ama cualquiera, tanto cuanto le puede tratar o conocer; juzgándole por ornamento de la gran nobleza y casa de que procede.

115. César aplicó el ánimo y las armas a lo que restaba de la guerra Dalmática. Él y su padre dieron fe de los servicios que recibió en aquella región de mi hermano el legado Magio Celer Veleyano; confírmalo la memoria. de mercedes grandísimas con que le honró César en su triunfo. Sacó Lépidio con la primavera el ejército, y para juntarse con el emperador Tiberio, pasó por gentes, que como, no habían aun sentido algún daño de la guerra, se hallaban con todas sus fuerzas, y así feroces y crueles; peleó con la dificultad de los lugares y con la violencia de los enemigos que para su mal se le opusieron; pues talados los campos, abrasados los edificios, degollados los hombres, alegre con la victoria y cargado de la presa, llegó a César, y confirmándose la voluntad del senado con el parecer de los príncipes, le dieron las insignias del triunfo; que se le debiera, si lo que hizo lo hiciera en su propio nombre.

Aquél estío dio fin a una grandísima guerra; porque los daorisos y desiciates de la Dalmacia, casi inexpugnables por el sitio de los lugares y montes, por su fiereza natural, y porque entendían maravillosamente la guerra entre las estrechuras de aquellos bosques, vinieron finalmente a reducirse cuando del todo se vieron acabados, no por las órdenes de César, sino por sus mismas manos y armas. No se pudo ver ni admirar cosa mayor en esta gran guerra, o en la Germania, que el no haber habido jamás ocasión por acomodada que fuese a la victoria, en que no juzgase el general por más importante la vida de un soldado, teniendo siempre por más honroso lo que era más seguro, y cumpliendo primero con la conciencia que con la fama; pues nunca se gobernó por opiniones del ejército, gobernándose éste por la providencia del general.

116. Dio Germánico en la guerra de Dalmacia grandes demostraciones de su valor, pasando con la vanguardia a muchos y dificultosos lugares; y Quinto Julio Póstumo, varón consular, prepósito de la Dalmacia, famoso por su vigilancia y servicios, alcanzó las insignias del triunfo; honra que pocos años antes habían merecido en África Pasierno y Cosio, célebres por algunas, aunque diversas, virtudes; pero Cosio dejó también el testimonio de la victoria con el renombre al hijo, mozo en quien las virtudes se representaron. Póstumo tuvo por compañero de sus empresas a Lucio Apronio, que ya en aquella milicia había por su insigne valor merecido las honras que luego consiguió. ¡Ojalá no estuviera por mayores experiencias averiguado el poder que en todo tiene la fortuna! Pero aun en esto se puede conocer bastantemente, porque también Seyano, hombre conforme al proceder antiguo, que con su cortesía templaba siempre aquella gravedad de los viejos, habiendo en la Germania, Ilírico, y luego en África, ejercitado cargos principalísimos, le faltó, no el merecimiento, sino la materia para los ornamentos triunfales; y Aulo Licinio, Nerva Siliano, hijo de Publio Silio, a quien ni aun el que bien le conoció, admiró conforme lo merecía y para que del todo quedase el mejor ciudadano y más desinteresado capitán, fue arrebatado antes de tiempo, sin gozar

del fruto de la amistad grandísima de César, o llegar a la grandeza, en que según las apariencias, igualara al padre. Pero si alguno dijere que he buscado ocasión para tratar de estos hombres, se lo confesaré; pues nunca los buenos culpan la lisura del que trata verdad.

117. Había César puesto la última mano en la guerra de Panonia y Dalmacia, cuando cinco días después de acabada tan grande obra, llegaron de Germania los tristes avisos de la muerte de Varo, del destrozo de tres legiones, de otras tantas alas y seis cohortes, donde en una cosa sola parece que quiso la fortuna favorecernos; pues no llegó vivo el general a las crueles manos del enemigo. Obligan a detenerme la persona y el suceso.

Varo Quintilio, de familia más honrada que noble, hombre blando y quieto que sin emplear el cuerpo o ánimo se acostumbró más al ocio de los cuarteles que a las facciones de la milicia, mostró que no despreciaba el dinero en el gobierno de Siria, donde entró pobre siendo ella rica, y volvió rico, dejándola pobre; ahora gobernando en Germania el ejército, imaginó que había hombres que lo eran solamente en la voz y en los miembros, y que podían ablandarse con leyes los que por armas no se pudieron domar. Con este propósito se empeñó en medio de la Germania, y como si estuviera entre los que se huelgan con la dulzura de la paz, pasaba los veranos en las audiencias y despachos de sus causas.

118. Pero ellos (que mal creará esto el que no lo ha experimentado) astutísimos entre la suma ferocidad, gente nacida para engaños, fingiendo debates y pleitos; ya provocándose unos a otros con injurias, ya dando gracias de que se averiguasen por la justicia romana, y mitigase su natural feroz en la disciplina de que no tuvieron noticia, pues componía el derecho cosas que solían decidir las armas; engendraron el mayor descuido en Varo, tanto que le parecía que como pretor de la ciudad administraba justicia en la plaza, no que en medio de la Germania tenía ejército a cargo. Entonces un mozo, noble de sangre, valiente de manos, muy agudo, y más pronto de ingenio de lo que suelen ser los bárbaros, por nombre Arminio, hijo de Sigimero y príncipe de aquella nación y que en el aspecto y semblante declaraba el valor y ánimo, habiendo en la guerra pasada siempre servido entre nosotros, y conseguido el privilegio de ciudadano romano y la dignidad ecuestre, tomó de la flojedad del general ocasión para sus maldades, considerando como cuerdo, que a nadie se oprime más fácilmente que al que nada teme; y que es la seguridad el principio más ordinario de la desgracia. Primero lo comunicó con pocos; después dando parte a otros les dijo y persuadió que se podían deshacer los romanos.

Ejecutó lo que tenía resuelto, y señaló tiempo para la traición. Varo fue avisado de todo por Segestes, persona muy fiel, y entre ellos de gran calidad. Pero pudiendo ya más que el aviso los hados, le traían sin juicio y ciego; y así es las más de las veces, que quien ha de mudar de fortuna corrompa los consejos, y haga lo peor para que parezca que justamente sucedió lo que sucede, y se convierta el accidente en culpa. Respondió que no lo creía, antes esperaba que le había de corresponder en la buena voluntad. Y no hubo mas tiempo para el segundo aviso.

119. Procuraré, como otros, representar en justo volumen la mayor y más cruel desgracia que, después de la rota que dieron los partos a Craso, recibieron los romanos entre naciones extranjeras. Lo principal se llore ahora. El ejército más valeroso de todos, por disciplina, esfuerzo y experiencia de las guerras el principal de los romanos, fue deshecho en la bisoñería del general, en la alevosía del enemigo, y en la iniquidad de la fortuna; sin que hallasen los miserables ni aun ocasión, como la deseaban, para pelear valerosamente; y padeciendo también algunos las crueles penas, porque usaron del ánimo y de las armas de los romanos; cogido entre bosques y pantanos, fue hasta que le acabaron, degollado por las asechanzas de aquellos enemigos, que como si fueran ovejas había siempre tratado de suerte que conforme quería ejecutar o moderar sus enojos, les daba la vida o muerte; el general tuvo más ánimo para morir que para pelear; porque imitando los ejemplos del padre y del abuelo, se atravesó con su espada.

Pero de los dos prefectos del campo dio Lucio Egio un ejemplo tan grande de valor, como Ceyonio de su cobardía; porque después de haber muerto peleando la mayor parte de la gente, hizo que se entregasen; y quiso más morir cautivo, que en la batalla. Volumnio, legado de Varo, que en otras cosas tuvo sosiego y honra, dando el ruin ejemplo desamparó con la caballería a los infantes, y huyéndose con las alas se metió por el Rin, donde le castigó la fortuna; no sobrevivió a los que había dejado, pero dejándolos se ahogó. La fiereza de los enemigos despedazó el cuerpo de Varo medio abrasado; cortáronle la cabeza, que llevaron a Maroboduo; el cual la envió a César; con que finalmente tuvo sepultura honrosa en la de sus padres.

120. César con estos avisos volvió volando hacia su padre; y como defensor perpetuo del romano imperio, se encargó como siempre de la causa. Fue enviado a la Germania, aseguró las Galias, dispuso los ejércitos, fortificó los presidios, gobernándose según su grandeza, no según la confianza de los enemigos que amenazaban a Italia con otra guerra, como la de los cimbrós y teutones; pasó con ejército más allá del Rin; y aunque el padre y la patria se contentaran de que poniendo miedo a Arminio, le reprimiera; llegó más adelante, abrió los límites, asoló los campos, quemó las casas, rompió a los que le salían al encuentro, y con grandísima gloria sin perder del número con que había pasado, se volvió a invernar.

Dese de Lucio Asprenas el verdadero testimonio, que siendo en esta guerra legado de su tío Varo, con la asistencia y valor de dos legiones que gobernaba, sacó de tanta calamidad el ejército, y encaminándose con tiempo a los alojamientos inferiores, confirmó también de esta parte del Rin los ánimos de las gentes que vacilaban. Hay todavía algunos que creen, que así como salvó a los vivos, ocupó la hacienda de los que murieron con Varo, haciéndose en todo lo que pudo heredero de la gente que pereció.

Digna es también de loor la virtud de Lucio Cedicio, prefecto del campo, y de aquellos que estaban con él en Alison, opacados de innumerables tropas de germanos; porque vencidas todas las dificultades que hacían intolerables la falta de las cosas, e invencible la fuerza de los enemigos, no con temerario consejo ni con poca atención, aguardando la oportunidad, se abrieron por armas el camino por donde volvieron a los suyos; en que se echa de ver que Varo, aunque realmente era hombre grave y de buena intención, se perdió a sí y a tan gallardo ejército, más por haberle faltado como a general el consejo, que a los soldados el valor.

Mientras los germanos ejecutaban en los presos su crueldad, Caldo Celio, muy digno de la antigüedad de su linaje, mostró a los demás el insigne ejemplo, porque pegando de las cadenas a que estaba atado, dio con ellas en la cabeza, de manera que derramando luego los sesos y la sangre, espiró.

121. Continuó por los tiempos siguientes en el emperador Tiberio la misma virtud y fortuna que al principio; quebrantó por mar y tierra las fuerzas de los enemigos, y siendo de tanto peso las cosas de la Galia, y andando tan encendidas las disensiones de la plebe de Viena, las aplacó más por la reprehensión que con el castigo; así, pidiéndolo el padre, pasó el senado y pueblo romano el decreto, para que tuviese la misma autoridad que él, en todas las provincias y ejércitos; pues era contra toda razón el no reconocer al que los amparaba, y el no juzgar por igual para las honras al que en dar los socorros era el primero. Vuelto a Roma recibió por las Panonias y Dalmacia el triunfo de antes merecido pero diferido con la continuación de las guerras, cuya magnificencia ¿quién no la admirará en César, y con ella el favor de la fortuna? Porque a todos los principales capitanes del enemigo que había dado la fama por muertos y los sacó presos en sus triunfos, que tuvimos mi hermano y yo suerte de acompañar entre los grandes, y adornados de principales dones.

122. ¿Quién hay que entre las demás cosas con que excede y resplandece la singular moderación de Tiberio César, no se admire de que habiendo, sin controversia alguna, merecido siete triunfos, se contentase con tres? Porque ¿quién puede dudar en que debiera triunfar con la Ovación

por haber recuperado a Armenia y establecido en ella rey, a quien puso de su mano la insignia real y dejando compuestas las cosas del Oriente; y en que hubiera de entrar en carro por Roma el vencedor de los vindélicos y rhetos? ¿Y recibir y ofrecérsele la misma honra, cuando después de la adopción en tres años de guerra continua quebrantó las fuerzas de la Germania? ¿Y que esta misma después de la rota de Varo, vencida luego con felicísimos sucesos, tenía obligación de adornar el triunfo del más señalado capitán? Pero en este varón no hay quien alcance, si debe admirarse más el haber excedido siempre en los trabajos y peligros, o el haberse templado en las honras.

123. Llegamos al tiempo en que más turbados nos vimos, porque César Augusto, habiendo enviado a Germánico, su nieto, para que acabase lo que quedaba de la guerra en Germania, y estando para enviar a Ilírico su hijo Tiberio, para que asegurase en la paz lo que por armas había sujetado, fue con él hasta la Campania con intención de hallarse también a los combates y fiestas de los atletas que le dedicaron los napolitanos; si bien había ya sentido los achaques, y se iba enflaqueciendo. Sacó todavía fuerzas del ánimo, acompañó al hijo, y despidiéndose de él en Benevento, se vino a Nola, donde agravándosele por días el mal, despachó luego para que el hijo volviese, pues sabía a quien debía llamar para dejar (como lo deseaba) las cosas con seguridad; volvió aun más presto de lo que se aguardaba a asistir al padre de la patria. Entonces se llamó y dio por seguro Augusto entre los brazos de su Tiberio, encomendándole las obras de ambos y no rehusando ya la muerte si la tuviesen dispuesta los hados. Tanto se alentó luego que hubo visto y hablado con su querido espíritu y de allí a poco, como eran más poderosos que cualquiera asistencia los hados, tornó en lo que antes había sido, y en el consulado de Pompeyo y Apuleyo, de setenta y seis años restituyó al Cielo el alma divina.

124. Mal podría yo (según la priesa que me doy) ni aun el que estuviese más despacio, representar-lo que entonces temieron los hombres; cuál fue la turbación del senado; la confusión del pueblo; el miedo del orbe; y cuán cerca estuvimos de acabar y perdernos. Sólo habré de decir por voz de todos, que ni aun el menor movimiento sentimos en una ciudad, cuya ruina habíamos temido. Y tanta fue la majestad de un solo hombre, que no tuvimos necesidad de los buenos, ni de armas contra los malos, ni se vio en Roma otra contienda más de la que tuvo con César el senado y pueblo romano, para que entrase en el lugar de su padre el que más pretendía quedar igual con los ciudadanos, que hacer oficio de gran príncipe. Finalmente fue vencido más de la razón que por la dignidad, viendo que se había de perder todo lo que él no tomase a su cargo. Y a este solo le cupo por suerte el rehusar casi más tiempo el principado, de lo que habían peleado con armas otros para ocuparle.

Después de restituido el padre al Cielo, honrado el cuerpo con humanas honras, y el nombre con las divinas, fue la primera de sus principales obras la orden para los comicios que dejó escrita de su mano el divino Augusto. Y en aquel tiempo, habiéndonos César presentado, nos tocó a mi hermano y a mí, después de los más nobles y sacerdotes, el ser nombrados por pretores, y que no encomendase el divino Augusto a nadie después de nosotros, y que fuésemos los primeros que encomendó Tiberio César.

125. Vio al punto la República premiada su resolución y voto; y no quedó mucho en duda lo que hubiéramos de padecer, a no haberlo alcanzado, o lo que ganamos con alcanzarlo; porque el ejército, que militaba en Germania, bien que se hallaba en él gobernando Germánico, y juntamente las legiones que había en el Ilírico con cierta rabia y cruel gana de confundir todas las cosas, buscaban nuevo capitán, nuevo estado, nueva República, y aun se atrevieron a amenazar con que darían leyes al senado y príncipe; procuraron dar fin a la milicia, y forma en las pagas. Más adelante pasaron sacando las armas, y como no hubo castigo faltó poco para el último exceso, y sólo quien los llevase contra la República, para que le siguieran. Presto lo deshizo y allanó todo la experiencia del viejo emperador, prohibiendo muchas cosas, y prometiendo con gravedad algunas entre las

rigurosas penas que principalmente se dieron a los autores; a los demás castigó blandamente. Y como por aquel tiempo anduvo en muchas ocasiones muy flojo Germánico, así Druso, enviado también a esto por su padre, apagó el grande incendio y tumulto militar; usando de aquella antigua severidad en cosas tan peligrosas y no menos perniciosas por el ejemplo, reprimió en sus mismas armas a los soldados que con ellas le tenían cercado. Para este negocio se valió en particular de la asistencia de Junio Bleso, persona de que no sabrías juzgar si es más útil en la guerra, o mejor en la paz; porque siendo de allí a pocos años procónsul en África, mereció las insignias triunfales, y ser llamado emperador; y habiendo por sus virtudes y los grandes servicios, que (como dije) hizo en el Ilírico, tenido el gobierno de España y del ejército, le mantuvo en suma paz y quietud; porque como bien intencionado entendía lo mejor, y tenía autoridad para conseguir su intención. Cuya fidelidad y cuidado imitó también en todo, por la mayor parte del Ilírico, Dolabela, hombre muy generoso y llano.

126. ¿Quién podrá con particularidad referir las cosas de estos diez y seis años, pues ninguno tiene de ellas luz o noticia cierta? Consagró César a su padre no con el poder, sino por la religión; no le llamó, pero le hizo dios; volvió a acreditarle la plaza, echóse de ella la sedición, la ambición del campo de Marte, y los debates de la curia; restituyendo a Roma la justicia, equidad e industria, ya sepultadas y puestas en olvido; los magistrados cobraron autoridad y el senado la majestad, y su gravedad los jueces; reprimiéronse los alborotos del teatro, insinuóse en todos la voluntad de bien obrar, o los obligaron a tenerla; hónranse las virtudes, castíganse los delitos, respeta el humilde al poderoso y no le teme; precede, mas no desprecia el poderoso al humilde; ¿cuándo valió todo más barato? ¿cuándo fue más alegre la paz, que acrecentada y derramada por todos los distritos del Oriente y Occidente, y términos del Mediodía y Septentrión, y por todas las partes del orbe, de la tierra, las asegura de los salteadores y del miedo? La liberalidad del príncipe remedia los daños fortuitos, no sólo de los ciudadanos sino de las ciudades; las del Asia se han reparado, y librado las provincias de los agravios de sus magistrados. Están las honras aparejadas para los beneméritos; tarda es aunque justa la pena para los malos. Sobrepuja la justicia al favor, la virtud a la ambición; porque como es el mejor príncipe, enseña por sus obras a obrar bien a los ciudadanos; y con ser el mayor de todos en el Imperio, es aun mayor por el ejemplo.

127. Raras veces dejaron los eminentes varones de valerse de otros grandes en el gobierno de su fortuna; como los dos Escipiones de los dos Lelios, que igualaron en todo a sus mismas personas; y el divino Augusto de Marco Agripa, Fabio Máximo, y Estatilio Tauro, que con ser de gente nueva, alcanzaron todavía muchos consulados, triunfos y sacerdocios; porque los negocios grandes requieren grandes ayudas, que para los ordinarios cualquier ministro basta, e importa a la República que se hagan más mercedes a los que la son necesarios; y que lo que es útil se asegure con la autoridad. Conformándose con estos ejemplos Tiberio César turnó en todo, y toma por singular asistente de sus obras principales a Seyano Elio, cuyo padre fue príncipe de la orden equestre, y por parte de madre está emparentado en las casas más nobles, viejas y calificadas; tiene tío, hermano, y primos consulares, disposición y persona muy conforme al ánimo, sufridor de cualquier trabajo, y de quien se puede fiar todo; muy afable, con aquella gravedad y agrado de los antiguos; no se atribuye, ni parece que trata de cosa alguna, así las alcanza todas; sosegado en su proceder y semblante, pero con grande atención.

128. Juzgándose siempre por inferior a la estimación que todos hacen de él; mucho ha que en la de sus virtudes compite la opinión de la ciudad con el juicio del príncipe; y no es costumbre nueva en el senado y pueblo romano el tener lo mejor por lo más noble; porque ha 300 años que antes de la primera guerra Púnica dieron los antiguos a Tito Coruncanio, hombre nuevo, con todas las otras honras el sumo pontificado, y puesto principal; los consulados, censuras y triunfos a Espurio Carvilio de linaje de caballeros; y luego a Marco Catón también de gente nueva, que vino

de Túsculo a habitar en Roma, y a Mummio Acáico; y tuvieron a Cayo Mario, cuyo origen no se sabía, hasta el sexto consulado por príncipe sin duda del nombre romano; haciendo tanta cuenta de Marco Tulio, que casi por su voto se daban a quien quería las dignidades mayores; nunca negaron cosa a Asinio Polión de las que con sumo sudor habían de alcanzar los más nobles; entendiéndose realmente que se debía hacer más caudal del que era más virtuoso. E imitando este ejemplo natural se dispuso César a hacer experiencia de Seyano, y Seyano a aliviar los cuidados del príncipe; y vino también el senado y pueblo romano a emplear de buena gana para su conservación y seguridad lo que en efecto halla más conveniente.

129. Ahora que hemos representado por mayor la forma del Principado de Tiberio César, digamos de cada cosa en particular. ¡Con qué prudencia trajo a Rascúpolis matador de su sobrino Cotys, y compañero en el reino, valiéndose para este negocio del singular cuidado de Flaco Pomponio, varón consular, que nació para hacer bien todas las cosas, y que con su llaneza y virtud merece siempre más de lo que procura la gloria! ¡Con cuánta gravedad, como senador y juez, no como príncipe, asiste en persona al despacho de los pleitos! ¡Cuán presto oprimió al ingrato Libón, que maquinaba cosas nuevas! ¡Cómo recibió a su Germánico vencedor de la Germania, después de tan bien informado e instruido en su milicia y escuela! ¡Qué de honras hizo al mozo, correspondiendo con los aparatos del triunfo a la grandeza de sus hazañas! ¡Cuántas veces honró con donativos al pueblo! ¡Con cuánto gusto suplió la facultad de los senadores, siempre que pudo hacerlo por las propuestas del senado! De manera que ni daba ocasión a excesos, ni sufría que privasen de su dignidad a la honesta pobreza. ¡Con cuánta honra envió a su Germánico a las Provincias ultramarinas! ¡Cuán eficaces fueron los consejos y cuán saludables los medios con que empleando y valiéndose de su hijo Druso, hizo salir a Maroboduo, que (dirélo con perdón de su majestad) como serpiente escondida en la tierra, se retiraba a los fines del ocupado reino! ¡Cuán honrosamente le retiene sin asegurarse de él! ¡Cuán admirable fue la diligencia y valor con que reprimió la gran máquina de la guerra, que movían Sacrovir príncipe de las Galias y Floro Julio, para que primero supiese el pueblo romano de la victoria que de las armas, y se anticipasen las nuevas del peligro en el aviso de que se había vencido! Por su buena suerte y consejos se acabó también presto la guerra de África, que tanto terror dio por sus continuos crecimientos.

130. ¡Cuántas fábricas hizo en su nombre, y en el de los suyos! ¡Con qué devoción y liberalidad, mayor de la que creerían los hombres, edifica templo a su padre! ¡Con qué grandeza y templanza de ánimo repara asimismo las obras de Cneo Pompeyo, consumidas del fuego; juzgando que le toca el amparar todo lo que tuvo algún resplandor! ¡Con qué largueza socorrió siempre de su patrimonio, y últimamente en la quema del monte Celio, las pérdidas de cualquiera suerte de gente! ¡Con cuánta quietud de los hombres provee el suplemento, cosa que perpetuamente trae consigo el mayor temor, sin alguna confusión en las levadas!

Si la naturaleza lo sufre, o puede llegar la bajeza de los hombres a quejarse con los dioses de los dioses mismos, ¿en qué mereció éste que propusiese Druso Libo las maldades, y después Silio y Pisón? Pues que al uno confirmó la dignidad, y acrecentó la del otro; y para que pase a cosas mayores, aunque él tuvo a estas por las principales, ¿por qué perdió los hijos mozos, y el nieto que le dio su Druso?

Hemos hasta aquí referido cosas de gran sentimiento, vengamos a las afrentosas. ¡Cuántos fueron, Marco Vinicio, los disgustos que le afligieron estos tres años! ¡Y cuántos días trajo por fuerza que es lo más miserable, dentro de su pecho el dolor y la indignación por respeto de la nuera, y del nieto! Dolor que en este tiempo acrecentó la pérdida de su madre clarísima, mujer en todo más semejante a los dioses que a los hombres, cuyo poder no sintió nadie sino en los alivios del peligro, o en el acrecentamiento de la dignidad.

131. Hase de acabar este volumen por un voto, Júpiter Capitolino, y tú Marte Gradivo, autor y

fundador del nombre romano; y tú Vesta, guarda de los fuegos perpetuos, y cualquiera de las deidades, que puso en la mayor cumbre del orbe de la tierra a esta máquina del romano imperio; en nombre de todos os suplico y ruego, que guardéis, conservéis, amparéis este estado, esta paz, este príncipe; y que después de muchos días de vida, le destinéis sucesores que vivan largos años; pero tales, que tengan el mismo valor para poder llevar el Imperio del orbe de la tierra, como vemos que éste le sustentó, encaminando los buenos deseos de todos sus ciudadanos.

C. VELLEI PATERCULI HISTORIÆ ROMANÆ

LIBER I

1. Epeus tempestate distractus a duce suo Nestore Metapontum condidit. Teucer, non receptus a patre Telamone ob segnitiam non vindicatae fratris iniuriae, Cyprum adpulsus cognominem patriae suae Salamina constituit. Pyrrhus, Achillis filius, Epirum occupavit, Phidippus Ephyram in Thesprotia. At rex regum Agamemnon tempestate in Cretam insulam reiectus tres ibi urbes statuit, duas a patriae nomine, unam a victoriae memoria, Mycenae, Tegeam, Pergamum.

Idem mox scelere patruelis fratris Aegisthi, hereditarium exercentis in eum odium, et facinore uxoris oppressus occiditur. Regni potitur Aegisthus per annos septem. Hunc Orestes matremque socia consiliorum omnium sorore Electra, virilis animi femina, obruncat. Factum eius a diis comprobatur spatio vitae et felicitate imperii apparuit; quippe vixit annis nonaginta, regnavit septuaginta. Quin se etiam a Pyrrho Achillis filio virtute vindicavit; nam quod pactae eius Menelai atque Helenae filiae Hermiones nuptias occupaverat, Delphis eum interfecit.

Per haec tempora Lydus et Tyrrhenus fratres cum regnarent in Lydia, sterilitate frugum compulsi sortiti sunt, uter cum parte multitudinis patria decederet. Sors Tyrrhenum contigit. Perfectus in Italiam et loco et incolis et mari nobile ac perpetuum a se nomen dedit.

Post Orestis interitum filii eius Penthilus et Tisamenus regnavere triennio.

2. Tum fere anno octogesimo post Troiam captam, centesimo et vicesimo quam Hercules ad deos excesserat, Pelopis progenies, quae omni hoc tempore pulsus Heraclidis Peloponnesi imperium obtinuerat, ab Herculis progenie expellitur. Duces recuperandi imperii fuere Temenus, Cresphontes, Aristodemus, quorum abavus fuerat.

Eodem fere tempore Athenae sub regibus esse desierunt, quarum ultimus rex fuit Codrus, Melanthis filius, vir non praetereundus. Quippe cum Lacedaemonii gravi bello Atticos premerent respondissetque Pythius, quorum dux ab hoste esset occisus, eos futuros superiores, deposita veste regia pastoralem cultum induit, immixtusque castris hostium, de industria rixam ciens, imprudenter interemptus est. Codrum cum morte aeterna gloria, Atheniensis secuta victoria est. Quis eum non miretur, qui iis artibus mortem quaesierit, quibus ab ignavis vita quaeri solet? Huius filius Medon primus archon Athenis fuit. Ab hoc posterius apud Atticos dicti Medontidae, sed hic insequentisque archontes usque ad Charopem, dum viverent, eum honorem usurpabant. Peloponnesii digredientes finibus Atticis Megara, mediam Corintho Athenisque urbem, condidere.

Ea tempestate et Tyria classis, plurimum pollens mari, in ultimo Hispaniae tractu, in extremo nostri orbis termino, in insula circumfusa Oceano, perexiguo a continenti divisa freto, Gadis condidit. Ab iisdem post paucos annos in Africa Utica condita est.

Exclusi ab Heraclidis Orestis liberi iactatique cum variis casibus tum saevitia maris quinto decimo anno sedem cepere circa Lesbum insulam.

3. Tum Graecia maximis concussa est motibus. Achaei ex Laconica pulsati eas occupavere sedes, quas nunc obtinent; Pelasgi Athenas commigravere, acerque belli iuvenis nomine Thessalus, natione Thesprotius, cum magna civium manu eam regionem armis occupavit, quae nunc ab eius nomine Thessalia appellatur, ante Myrmidonum vocitata civitas.

Quo nomine mirari convenit eos, qui Iliaca componentes tempora de ea regione ut Thessalia commemorant. Quod cum alii faciant, tragici frequentissime faciunt, quibus minime id concedendum est; nihil enim ex persona poetae, sed omnia sub eorum, qui illo tempore vixerunt,

disserunt. Quod si quis a Thessalo Herculis filio eos appellatos Thessalos dicet, reddenda erit ei ratio, cur numquam ante hunc insequentem Thessalum ea gens id nominis usurpaverit.

Paulo ante Aletes, sextus ab Hercule, Hippotis filius, Corinthum, quae antea fuerat Ephyre, claustra Peloponnesi continentem, in Isthmo condidit. Neque est quod miremur ab Homero nominari Corinthum; nam ex persona poetae et hanc urbem et quasdam Ionum colonias iis nominibus appellat, quibus vocabantur aetate eius, multo post Ilium captum conditae.

4. Athenienses in Euboea Chalcida et Eretriam colonis occupavere, Lacedaemonii in Asia Magnesiam. Nec multo post Chalcidenses orti, ut praediximus, Atticis Hippocle et Megasthene ducibus Cumas in Italia condiderunt. Huius classis cursum esse directum alii columbae antecedentis volatu ferunt, alii nocturno aeris sono, qualis Cerealibus sacris cieri solet. Pars horum civium magno post intervallo Neapolim condidit. Utriusque urbis eximia semper in Romanos fides facit eas nobilitate atque amoenitate sua dignissimas. Sed illis diligentior ritus patrii mansit custodia, Cumanos Osca mutavit vicinia. Vires autem veteres earum urbium hodieque magnitudo ostentat moenium.

Subsequenti tempore magna vis Graecae iuventutis abundantia virium sedes quaeritans in Asiam se effudit. Nam et Iones duce Ione profecti Athenis nobilissimam partem regionis maritimae occupavere, quae hodieque appellatur Ionia, urbesque constituere Ephesum, Miletum, Colophona, Prienen, Lebedum, Myuntem, Erythram, Clazomenas, Phocaeam, multasque in Aegaeo atque Icaro occupavere insulas, Samum, Chium, Andrum, Tenum, Parum, Delum aliasque ignobiles. Et mox Aeolii eadem profecti Graecia longissimisque acti erroribus non minus inlustres obtinuerunt locos clarasque urbes condiderunt, Smyrnam, Cymen, Larissam, Myrinam Mytilenenque et alias urbes, quae sunt in Lesbo insula.

5. Clarissimum deinde Homeri inluxit ingenium, sine exemplo maximum, qui magnitudine operis et fulgore carminum solus appellari poeta meruit; in quo hoc maximum est, quod neque ante illum, quem ipse imitaretur, neque post illum, qui eum imitari posset, inventus est. Neque quemquam alium, cuius operis primus auctor fuerit, in eo perfectissimum praeter Homerum et Archilochum reperiemus. Hic longius a temporibus belli, quod composuit, Troici, quam quidam rentur, abfuit; nam ferme ante annos nongentos quinquaginta floruit, intra mille natus est. Quo nomine non est mirandum, quod saepe illud usurpat οἷοι νῦν βροτοὶ εἶσιν; hoc enim ut hominum, ita saeculorum notatur differentia. Quem si quis caecum genitum putat, omnibus sensibus orbis est.

6. Insequenti tempore imperium Asiaticum ab Assyriis, qui id obtinuerant annis mille septuaginta, translatum est ad Medos, abhinc annos ferme octingentos septuaginta. Quippe Sardanapalum eorum regem mollitiis fluentem et nimium felicem malo suo, tertio et tricensimo loco ab Nino et Semiramide, qui Babylona condiderant, natum, ita ut semper successor regni paterni foret filius, Arbaces Medus imperio vitaeque privavit.

Ea aetate clarissimus Graeci nominis Lyncurgus Lacedaemonius, vir generis regii, fuit severissimarum iustissimarumque legum auctor et disciplinae convenientissimae viris, cuius quam diu Sparta diligens fuit, excelsissime floruit.

Hoc tractu temporum ante annos quinque et sexaginta quam urbs Romana conderetur, ab Elissa Tyria, quam quidam Dido autumant, Carthago conditur. Circa quod tempus Caranus, vir generis regii, undecimus ab Hercule, profectus Argis regnum Macedoniae occupavit; a quo Magnus Alexander cum fuerit septimus decimus, iure materni generis Achille auctore, paterni Hercule gloriatus est. Aemilius Sura de annis populi Romani: Assyrii principes omnium gentium rerum potiti sunt, deinde Medi, postea Persae, deinde Macedones; exinde duobus regibus Philippo et Antiocho, qui a Macedonibus oriundi erant, haud multo post Carthaginem subactam devictis summa imperii ad populum Romanum pervenit. Inter hoc tempus et initium regis Nini Assyriorum, qui princeps rerum potitus est, intersunt anni MDCCCXCV.

7. Huius temporis aequalis Hesiodus fuit, circa centum et viginti annos distinctus ab Homeri aetate, vir perelegantis ingenii et mollissima dulcedine carminum memorabilis, otii quietisque cupidissimus, ut tempore tanto viro, ita operis auctoritate proximus. Qui vitavit, ne in id quod Homerus incideret, patriamque et parentes testatus est, sed patriam, quia multatus ab ea erat, contumeliosissime.

Dum in externis moror, incidi in rem domesticam maximique erroris et multum discrepantem auctorum opinionibus: nam quidam huius temporis tractu aiunt a Tuscis Capuam Nolamque conditam ante annos fere octingentos et triginta. Quibus equidem adsenserim: sed M. Cato quantum differt! Qui dicat Capuam ab eisdem Tuscis conditam ac subinde Nolam; stetisse autem Capuam, antequam a Romanis caperetur, annis circiter ducentis et sexaginta. Quod si ita est, cum sint a Capua capta anni ducenti et quadraginta, ut condita est, anni sunt fere quingenti. Ego, pace diligentiae Catonis dixerim, vix crediderim tam mature tantam urbem crevisse, floruisse, concidisse, resurrexisse.

8. Clarissimum deinde omnium ludicrum certamen et ad excitandam corporis animique virtutem efficacissimum Olympiorum initium habuit, auctorem Iphitum Elium. Is eos ludos mercatumque instituit ante annos, quam tu, M. Vinici, consulatum inires, DCCCXXIII. Hoc sacrum eodem loco instituisse fertur abhinc annos ferme mille ducentos quinquaginta Atreus, cum Pelopi patri funebres ludos faceret, quo quidem in ludicro omnisque generis certaminum Hercules victor extitit.

Tum Athenis perpetui archontes esse desierunt, cum fuisset ultimus Alcmaeon, coeperuntque in denos annos creari. Quae consuetudo in annos septuaginta mansit ac deinde annuis commissa est magistratibus res publica. Ex iis, qui denis annis praefuerunt, primus fuit Charops, ultimus Eryxias, ex annuis primus Creon.

Sexta olympiade post duo et viginti annos quam prima constituta fuerat, Romulus, Martis filius, ultus iniurias avi Romam urbem Parilibus in Palatio condidit. A quo tempore ad vos consules anni sunt septingenti octoginta unus; id actum post Troiam captam annis quadringentis triginta septem. Id gessit Romulus adiutus legionibus Latini avi sui; libenter enim his, qui ita prodiderunt, accesserim, cum aliter firmare urbem novam tam vicinis Veientibus aliisque Etruscis ac Sabinis cum imbelli et pastorali manu vix potuerit, quamquam eam asylo facto inter duos lucos auxit. Hic centum homines electos appellatosque patres instar habuit consilii publici. Hanc originem nomen patriciorum habet. Raptus virginum Sabinarum * * *

Nec minus clarus ea tempestate fuit Miltiadis filius Cimon.

9. * * * quam timuerat hostis, expetit. Nam biennio adeo varia fortuna cum consulibus conflixerat, ut plerumque superior fuerit magnamque partem Graeciae in societatem suam perduceret. Quin Rhodii quoque, fidelissimi antea Romanis, tum dubia fide speculati fortunam proniores regis partibus fuisse visi sunt; et rex Eumenes in eo bello medius fuit animo, neque fratris initiis neque suae respondit consuetudini. Tum senatus populusque Romanus L. Aemilium Paulum, qui et praetor et consul triumphaverat, virum in tantum laudandum, in quantum intellegi virtus potest, consulem creavit, filium eius Pauli, qui ad Cannas quam tergiversanter perniciosam rei publicae pugnam inerat, tam fortiter in ea mortem obierat. Is Persam ingenti proelio apud urbem nomine Pydnam in Macedonia fusum fugatumque castris exuit deletisque eius copiis destitutum omni spe coëgit e Macedonia profugere, quam ille linqens in insulam Samothraciam perfugit templique se religioni supplicem credidit. Ad eum Cn. Octavius praetor, qui classi praeerat, pervenit et ratione magis quam vi persuasit, ut se Romanorum fidei committeret. Ita Paulus maximum nobilissimumque regem in triumpho duxit.

Quo anno et Octavii praetoris navalis et Anicii regem Illyriorum Gentium ante currum agentis triumpho fuere celebres. Quam sit adsidua eminentis fortunae comes invidia altissimisque adhaereat,

etiam hoc colligi potest, quod cum Anicii Octaviique triumphum nemo interpellaret, fuere, qui Pauli impedire obniterentur. Cuius tantum priores excessit vel magnitudine regis Persei vel specie simulacrorum vel modo pecuniae, ut bis miliens centiens sestertium aerario intulerit is, et omnium ante actorum comparationem amplitudine vicerit.

10. Per idem tempus, cum Antiochus Epiphanes, qui Athenis Olympieum inchoavit, tum rex Syriae, Ptolemaeum puerum Alexandriae obsideret, missus est ad eum legatus M. Popilius Laenas, qui iuberet incepto desistere. Mandataque exposuit et regem deliberaturum se dicentem circumscripsit virgula iussitque prius responsum reddere, quam egrederetur finito harenae circulo. Sic cogitationem regiam Romana disiecit constantia oboeditumque imperio.

Lucio autem Paulo Macedonicae victoriae compoti quattuor filii fuere; ex iis duos natu maiores, unum P. Scipioni P. Africani filio, nihil ex paterna maiestate praeter speciem nominis vigoremque eloquentiae retinenti, in adoptionem dederat, alterum Fabio Maximo. Duos minores natu praetextatos, quo tempore victoriam adeptus est, habuit. Is cum in contione extra urbem more maiorum ante triumphum diem ordinem actorum suorum commemoraret, deos immortalis precatus est, ut, si quis eorum invideret operibus ac fortunae suae, in ipsum potius saevirent quam in rem publicam. Quae vox veluti oraculo emissa magna parte eum spoliavit sanguinis sui; nam alterum ex suis, quos in familia retinuerat, liberis ante paucos triumphum, alterum post pauciores amisit dies.

Aspera circa haec tempora censura Fulvii Flacci et Postumii Albini fuit: quippe Fulvii censoris frater, et quidem consors, Cn. Fulvius senatu motus est ab iis censoribus.

11. Post victum captumque Persen, qui quadriennio post in libera custodia Albae decessit, Pseudophilippus a mendacio simulatae originis appellatus, qui se Philippum regiaeque stirpis ferebat, cum esset ultimae, armis occupata Macedonia, adsumptis regni insignibus brevi temeritatis poenas dedit; quippe Q. Metellus praetor, cui ex virtute Macedonici nomen inditum erat, praeclara victoria ipsum gentemque superavit, et immani etiam Achaeos rebellare incipientis fudit acie.

Hic est Metellus Macedonicus, qui porticus, quae fuerunt circumdatae duabus aedibus sine inscriptione positae, quae nunc Octaviae porticibus ambiuntur, fecerat, quique hanc turmam statuarum equestrium, quae frontem aedium spectant, hodieque maximum ornamentum eius loci, ex Macedonia detulit. Cuius turmae hanc causam referunt, Magnum Alexandrum impetrasse a Lysippo, singulari talium auctore operum, ut eorum equitum, qui ex ipsius turma apud Granicum flumen ceciderant, expressa similitudine figurarum faceret statuas et ipsius quoque iis interponeret.

Hic idem primus omnium Romae aedem ex marmore in iis ipsis monumentis molitus huius vel magnificentiae vel luxuriae princeps fuit. Vix ullius gentis aetatis ordinis hominem inveneris, cuius felicitatem fortunae Metelli compares. Nam praeter excellentis triumphos honoresque amplissimos et principale in re publica fastigium extentumque vitae spatium et acris innocentisque pro re publica cum inimicis contentiones quattuor filios sustulit, omnis adultae aetatis vidit, omnis reliquit superstites et honoratissimos. Mortui eius lectum pro rostris sustulerunt quattuor filii, unus consularis et censorius, alter consularis, tertius consul, quartus candidatus consulatus, quem honorem adeptus est. Hoc est nimirum magis feliciter de vita migrare quam mori.

12. Universa deinde instincta in bellum Achaia, cuius pars magna, ut praediximus, eiusdem Metelli Macedonici virtute armisque fracta erat, maxime Corinthiis in arma cum gravibus etiam in Romanos contumeliis instigantibus, destinatus ei bello gerendo consul L. Mummius.

Et sub idem tempus, magis quia volebant Romani, quidquid de Carthaginensibus diceretur credere quam quia credenda adferebantur, statuit senatus Carthaginem excindere. Ita eodem tempore P. Scipio Aemilianus, vir avitis P. Africani paternisque L. Pauli virtutibus simillimus, omnibus belli ac togae dotibus ingenii ac studiorum eminentissimus saeculi sui, qui nihil in vita nisi laudandum aut fecit aut dixit ac sensit, quem Paulo genitum, adoptatum a Scipione Africani filio diximus, aedilitatem petens consul creatus est. Bellum Carthagini iam ante biennium a

prioribus consulibus inlatum maiore vi intulit (cum ante in Hispania murali corona, in Africa obsidionali donatus esset, in Hispania vero etiam ex provocatione, ipse modicus virium, inmanis magnitudinis hostem interemisset) eamque urbem magis invidia imperii quam ullius eius temporis noxae invisam Romano nomini funditus sustulit fecitque suae virtutis monimentum, quod fuerat avi eius clementiae. Carthago diruta est, cum stetisset annis sexcentis septuaginta duobus, abhinc annos centum septuaginta tris Cn. Cornelio Lentulo L. Mummio consulibus. Hunc finem habuit Romani imperii Carthago aemula, cum qua bellare maiores nostri coepere Claudio et Fulvio consulibus ante annos ducentos nonaginta duos, quam tu, M. Vinici, consulatum inires. Ita per annos centum et viginti aut bellum inter eos populos aut belli praeparatio aut infida pax fuit. Neque se Roma iam terrarum orbi superato securam speravit fore, si nomen usquam stantis maneret Carthaginis: adeo odium certaminibus ortum ultra metum durat et ne in victis quidem deponitur neque ante invisum esse desinit quam esse desiit.

13. Ante triennium quam Carthago deleteretur, M. Cato, perpetuus diruendae eius auctor, L. Censorino M'. Manilio consulibus mortem obiit. Eodem anno, quo Carthago concidit, L. Mummius Corinthum post annos nongentos quinquaginta duos, quam ab Alete Hippotis filio erat condita, funditus eruit. Uterque imperator devictae a se gentis nomine honoratus, alter Africanus, alter appellatus est Achaicus; nec quisquam ex novis hominibus prior Mummio cognomen virtute partum vindicavit.

Diversi imperatoribus mores, diversa fuere studia: quippe Scipio tam elegans liberalium studiorum omnisque doctrinae et auctor et admirator fuit, ut Polybium Panaetiumque, praecellentes ingenio viros, domi militiaeque secum habuerit. Neque enim quisquam hoc Scipione elegantius intervalla negotiorum otio dispunxit semperque aut belli aut pacis serviit artibus: semper inter arma ac studia versatus aut corpus periculis aut animum disciplinis exercuit. Mummius tam rudis fuit, ut capta Corintho cum maximorum artificum perfectas manibus tabulas ac statuas in Italiam portandas locaret, iuberet praedici conducentibus, si eas perdidissent, novas eos reddituros. Non tamen puto dubites, Vinici, quin magis pro re publica fuerit manere adhuc rudem Corinthiorum intellectum quam in tantum ea intellegi, et quin hac prudentia illa imprudentia decori publico fuerit convenientior.

14. Cum facilius cuiusque rei in unam contracta species quam divisa temporibus oculis animisque inhaereat, statui priorem huius voluminis posterioremque partem non inutili rerum notitia in artum contracta distinguere atque huic loco inserere, quae quoque tempore post Romam a Gallis captam deducta sit colonia iussu senatus; nam militarium et causae et auctores ex ipsarum praefulgent nomina. Huic rei per idem tempus civitates propagatas auctumque Romanum nomen communionem iuris haud intempestive subtexturi videmur.

Post septem annos quam Galli urbem ceperant, Sutrium deducta colonia est et post annum Setia novemque interiectis annis Nepe, deinde interpositis duobus et triginta Aricini in civitatem recepti. Abhinc annos autem trecentos et sexaginta Sp. Postumio Veturio Calvino consulibus Campanis data est civitas partique Samnitium sine suffragio, et eodem anno Cales deducta colonia. Interiecto deinde triennio Fundani et Formiani in civitatem recepti, eo ipso anno, quo Alexandria condita est. Insequentibusque consulibus a Sp. Postumio et Philone Publilio censoribus Acerranis data civitas. Et post triennium Tarracina deducta colonia interpositoque quadriennio Luceria ac deinde interiecto triennio Suessa Aurunca et Saticula, Interamnaque post biennium. Decem deinde hoc munere anni vacaverunt: tunc Sora atque Alba deductae coloniae et Carseoli post biennium. At Q. Fabio quintum et Decio Mure quartum consulibus, quo anno Pyrrhus regnare coepit, Sinuessam Minturnasque missi coloni, post quadriennium Venusiam: interiectoque biennio M'. Curio et Rufino Cornelio consulibus Sabinis sine suffragio data civitas: id actum ante annos ferme trecentos et viginti. At Cosam et Paestum abhinc annos ferme trecentos Fabio Dorstone et Claudio Canina consulibus, interiectoque quinquennio Sempronio Sopho et Appio Caeci filio consulibus Ariminum

et Beneventum coloni missi et suffragii ferendi ius Sabinis datum. At initio primi belli Punici Firmum et Castrum colonis occupata, et post annum Aesernia postque septem et decem annos Aefulum et Alsium Fregenaeque post biennium proximoque anno Torquato Sempronioque consulibus Brundisium et post triennium Spoletium, quo anno Floralium ludorum factum est initium. Postque biennium deducta Valentia et sub adventum in Italiam Hannibalis Cremona atque Placentia.

15. Deinde neque dum Hannibal in Italia moratur, neque proximis post excessum eius annis vacavit Romanis colonias condere, cum esset in bello conquirendus potius miles quam dimittendus et post bellum vires refovendae magis quam spargendae. Cn. autem Manlio Volsone et Fulvio Nobiliore consulibus Bononia deducta colonia abhinc annos ferme ducentos septendecim, et post quadriennium Pisaurum ac Potentia interiectoque triennio Aquileia et Gravisca et post quadriennium Luca. Eodem temporum tractu, quamquam apud quosdam ambigitur, Puteolos Salernumque et Buxentum missi coloni, Auximum autem in Picenum abhinc annos ferme centum octoginta quinque, ante triennium quam Cassius censor a Lupercali in Palatium versus theatrum facere instituit, cui in eo moliendo eximia civitatis severitas et consul Scipio restitere, quod ego inter clarissima publicae voluntatis argumenta numeraverim. Cassio autem Longino et Sextio Calvino, qui Sallues apud aquas, quae ab eo Sextiae appellantur, devicit, consulibus Fabrateria deducta est abhinc annos ferme centum quinquaginta tris. Et post annum Scolacium Minervium, Tarentum Neptunia, Carthagoque in Africa, prima, ut praediximus, extra Italiam colonia condita est. De Dertona ambigitur, Narbo autem Martius in Gallia Porcio Marcioque consulibus abhinc annos circiter centum quadraginta sex deducta colonia est. Post duodeviginti annos in Bagiennis Eporedia Mario sextum Valerioque Flacco consulibus. Neque facile memoriae mandaverim quae, nisi militaris, post hoc tempus deducta sit.

16. Cum haec particula operis velut formam propositi excesserit, quamquam intellego mihi in hac tam praecipiti festinatione, quae me rotae pronive gurgitis ac verticis modo nusquam patitur consistere, paene magis necessaria praetereunda quam supervacua amplectenda, nequeo tamen temperare mihi, quin rem saepe agitatam animo meo neque ad liquidum ratione perductam signem stilo. Quis enim abunde mirari potest, quod eminentissima cuiusque professionis ingenia in eandem formam et in idem artati temporis congruere spatium, et quemadmodum clausa capso aliove saepto diversi generis animalia nihilo minus separata alienis in unum quodque corpus congregantur, ita cuiusque clari operis capacia ingenia in similitudine et temporum et profectuum semet ipsa ab aliis separaverunt. Una neque multorum annorum spatio divisa aetas per divini spiritus viros, Aeschylum Sophoclen Euripiden, inlustravit tragoediam; una priscam illam et veterem sub Cratino Aristophaneque et Eupolide comoediam; ac novam comicam Menander aequalesque eius aetatis magis quam operis Philemo ac Diphilus et invenere intra paucissimos annos neque imitandam reliquere. Philosophorum quoque ingenia Socratico ore defluentia omnium, quos paulo ante enumeravimus, quanto post Platonis Aristotelisque mortem florere spatio? Quid ante Isocratem, quid post eius auditores eorumque discipulos clarum in oratoribus fuit? Adeo quidem artatum angustiis temporum, ut nemo memoria dignus alter ab altero videri nequiverint.

17. Neque hoc in Graecis quam in Romanis evenit magis. Nam nisi aspera ac rudia repetas et inventi laudanda nomine, in Accio circaque eum Romana tragoedia est; dulcesque Latini leporis facetiae per Caecilium Terentiumque et Afranium subpari aetate nituerunt. Historicos etiam, ut Livium quoque priorum aetati adstruas, praeter Catonem et quosdam veteres et obscuros minus octoginta annis circumdatum aevum tulit, ut nec poetarum in antiquius citeriusve processit ubertas. At oratio ac vis forensis perfectumque prosae eloquentiae decus, ut idem separetur Cato (pace P. Crassi Scipionisque et Laelii et Gracchorum et Fannii et Servii Galbae dixerim) ita universa sub principe operis sui erupit Tullio, ut delectari ante eum paucissimis, mirari vero neminem possis nisi

aut ab illo visum aut qui illum viderit. Hoc idem evenisse grammaticis, plastis, pictoribus, sculptoribus quisquis temporum institerit notis, reperiet, eminentiam cuiusque operis artissimis temporum claustris circumdatam.

Huius ergo recedentis in suum quodque saeculum ingeniorum similitudinis congregantisque se et in studium par et in emolumentum causas cum saepe requiro, numquam reperio, quas esse veras confidam, sed fortasse veri similes, inter quas has maxime. Alit aemulatio ingenia, et nunc invidia, nunc admiratio imitationem accendit, naturaque quod summo studio petitum est, ascendit in summum difficilisque in perfecto mora est, naturaliterque quod procedere non potest, recedit. Et ut primo ad consequendos quos priores ducimus accendimur, ita ubi aut praeteriri aut aequari eos posse desperavimus, studium cum spe senescit, et quod adsequi non potest, sequi desinit et velut occupatam relinquens materiam quaerit novam, praeteritoque eo, in quo eminere non possumus, aliquid, in quo nitamur, conquirimus, sequiturque ut frequens ac mobilis transitus maximum perfecti operis impedimentum sit.

18. Transit admiratio ab condicione temporum et ad urbium. Una urbs Attica pluribus omnis eloquentiae quam universa Graecia operibus usque floruit adeo ut corpora gentis illius separata sint in alias civitates, ingenia vero solis Atheniensium muris clausa existimes. Neque hoc ego magis miratus sum quam neminem Argivum Thebanum Lacedaemonium oratorem aut dum vixit auctoritate aut post mortem memoria dignum existimatum. Quae urbes eximiae alias talium studiorum fuere steriles, nisi Thebas unum os Pindari inluminaret: nam Alcmana Lacones falso sibi vindicant.

LIBER II

1. Potentiae Romanorum prior Scipio viam aperuerat, luxuriae posterior aperuit: quippe remoto Carthaginis metu sublataque imperii aemula non gradu, sed praecipiti cursu a virtute descitum, ad vitia transcursum; vetus disciplina deserta, nova inducta; in somnum a vigiliis, ab armis ad voluptates, a negotiis in otium conversa civitas. Tum Scipio Nasica in Capitolio porticus, tum, quas praediximus, Metellus, tum in circo Cn. Octavius multo amoenissimam moliti sunt, publicamque magnificentiam secuta privata luxuria est.

Triste deinde et contumeliosum bellum in Hispania duce latronum Viriatho secutum est: quod ita varia fortuna gestum est, ut saepius Romanorum gereretur adversa. Sed interempto Viriatho fraude magis quam virtute Servilii Caepionis Numantinum gravius exarsit. Haec urbs numquam plura quam decem milia propriae iuventutis armavit, sed vel ferocia ingenii vel inscitia nostrorum ducum vel fortunae indulgentia cum alios duces, tum Pompeium magni nominis virum ad turpissima deduxit foedera (hic primus e Pompeis consul fuit), nec minus turpia ac detestabilia Mancinum Hostilium consulem. Sed Pompeium gratia impunitum habuit, Mancinum verecundia poenam non recusando perduxit huc, ut per fetialis nudus ac post tergum religatis manibus dederetur hostibus. Quem illi recipere se negaverunt, sicut quondam Caudini fecerant, dicentes publicam violationem fidei non debere unius lui sanguine.

2. Inmanem deditio Mancini civitatis movit dissensionem. Quippe Tiberius Gracchus, Tiberii Gracchi clarissimi atque eminentissimi viri filius, P. Africani ex filia nepos, quo quaestore et auctore id foedus ictum erat, nunc graviter ferens aliquid a se pactum infirmari, nunc similis vel iudicii vel poenae metuens discrimen, tribunus pl. creatus, vir alioqui vita innocentissimus, ingenio florentissimus, proposito sanctissimus, tantis denique adornatus virtutibus, quantas perfecta et natura et industria mortalis condicio recipit, P. Mucio Scaevola L. Calpurnio consulibus abhinc annos centum sexaginta duos descivit a bonis, pollicitusque toti Italiae civitatem, simul etiam promulgatis agrariis legibus, omnibus statim concupiscentibus, summa imis miscuit et in

praeruptum atque anceps periculum adduxit rem publicam. Octavioque collegae pro bono publico stanti imperium abrogavit, triumviros agris dividendis colonisque deducendis creavit se socerumque suum, consularem Appium, et Gaium fratrem admodum iuvenem.

3. Tum P. Scipio Nasica, eius qui optimus vir a senatu iudicatus erat, nepos, eius qui censor porticus in Capitolio fecerat, filius, pronepos autem Cn. Scipionis, celeberrimi viri P. Africani patrum, privatusque et togatus, cum esset consobrinus Ti. Gracchi, patriam cognationi praeferens et quidquid publice salutare non esset, privatim alienum existimans (ob eas virtutes primus omnium absens pontifex maximus factus est), circumdata laevo brachio togae lacinia ex superiore parte Capitolii summis gradibus insistens hortatus est, qui salvam vellent rem publicam, se sequerentur. Tum optimates, senatus atque equestris ordinis pars melior et maior, et intacta perniciosis consiliis plebs intruere in Gracchum stantem in area cum catervis suis et concientem paene totius Italiae frequentiam. Is fugiens decurrensque clivo Capitolino, fragmine subsellii ictus vitam, quam gloriosissime degere potuerat, immatura morte finivit. Hoc initium in urbe Roma civilis sanguinis gladiatorumque impunitatis fuit. Inde ius vi obrutum potentiorque habitus prior, discordiaeque civium antea condicionibus sanari solitae ferro diiudicatae bellaque non causis inita, sed prout eorum merces fuit. Quod haut mirum est: non enim ibi consistunt exempla, unde coeperunt, sed quamlibet in tenuem recepta tramitem latissime evagandi sibi viam faciunt, et ubi semel recto deerratum est, in praeceptis pervenitur, nec quisquam sibi putat turpe, quod alii fuit fructuosum.

4. Interim, dum haec in Italia geruntur, Aristonicus, qui mortuo rege Attalo, a quo Asia populo Romano hereditate relicta erat, sicut relicta postea est a Nicomede Bithynia, mentitus regiae stirpis originem armis eam occupaverat, is victus a M. Perpenna ductusque in triumpho, set a M. Aquilio, capite poenas dedit, cum initio belli Crassum Mucianum, virum iuris scientissimum, decedentem ex Asia proconsulem interemisset.

At P. Scipio Africanus Aemilianus, qui Carthaginem deleverat, post tot acceptas circa Numantiam clades creatus iterum consul missusque in Hispaniam fortunae virtutisque expertae in Africa respondit in Hispania, et intra annum ac tris menses, quam eo venerat, circumdatam operibus Numantiam excisamque aequavit solo. Nec quisquam ullius gentis hominum ante eum clariore urbium excidio nomen suum perpetuae commendavit memoriae: quippe excisa Carthagine ac Numantia ab alterius nos metu, alterius vindicavit contumeliis. Hic, eum interrogante tribuno Carbone, quid de Ti. Gracchi caede sentiret, respondit, si is occupandae rei publicae animum habuisset, iure caesum. Et cum omnis contio adclamasset, hostium, inquit, armatorum totiens clamore non territus, qui possum vestro moveri, quorum noverca est Italia? Reversus in urbem intra breve tempus, M. Aquilio C. Sempronio consulibus abhinc annos centum et sexaginta, post duos consulatus duosque triumphos et bis excisos terrores rei publicae mane in lectulo repertus est mortuus, ita ut quaedam elisarum faucium in cervice reperirentur notae. De tanti viri morte nulla habita est quaestio eiusque corpus velato capite elatum est, cuius opera super totum terrarum orbem Roma extulerat caput. Seu fatalem, ut plures, seu conflatam insidiis, ut aliqui prodidere memoriae, mortem obiit, vitam certe dignissimam egit, quae nullius ad id temporis praeterquam avito fulgore vinceretur. Decessit anno ferme sexto et quinquagesimo: de quo si quis ambiget, recurat ad priorem consulatum eius, in quem creatus est anno octavo et tricesimo: ita dubitare desinet.

5. Ante tempus excisae Numantiae praeclara in Hispania militia D. Bruti fuit, qui penetratis omnibus Hispaniae gentibus ingenti vi hominum urbiumque potitus numero, aditis quae vix audita erant, Gallaeci cognomen meruit.

Et ante eum paucis annis tam severum illius Q. Macedonici in his gentibus imperium fuit, ut, cum urbem Contrebiam nomine in Hispania oppugnaret, pulsas praecipiti loco quinque cohortes legionarias eodem protinus subire iuberet, facientibusque omnibus in procinctu testamenta, velut ad certam mortem eundum foret, non deterritus proposito, quem moriturum miserat militem victorem

recepit: tantum effecit mixtus timori pudor spesque desperatione quaesita. Hic virtute ac severitate facti, at Fabius Aemilianus Pauli exemplo disciplina in Hispania fuit clarissimus.

6. Decem deinde interpositis annis, qui Ti. Gracchum, idem Gaium fratrem eius occupavit furor, tam virtutibus eius omnibus quam huic errori similem, ingenio etiam eloquentiaque longe praestantiorem. Qui cum summa quiete animi civitatis princeps esse posset, vel vindicandae fraternae mortis gratia vel praemuniendae regalis potentiae eiusdem exempli tribunatum ingressus, longe maiora et acriora petens dabat civitatem omnibus Italicis, extendebat eam paene usque Alpibus, dividebat agros, vetabat quemquam civem plus quingentis iugeribus habere, quod aliquando lege Licinia cautum erat, nova constituebat portoria, novis coloniis replebat provincias, iudicia a senatu transferebat ad equites, frumentum plebi dari instituerat; nihil immotum, nihil tranquillum, nihil quietum, nihil denique in eodem statu relinquebat; quin alterum etiam continuavit tribunatum.

Hunc L. Opimius consul, qui praetor Fregellas exciderat, persecutus armis unaque Fulvium Flaccum, consularem ac triumphalem virum, aequae prava cupientem, quem C. Gracchus in locum Tiberii fratris triumvirum nominaverat, eumque socium regalis adsumpserat potentiae, morte adfecit. Id unum nefarie ab Opimio proditum, quod capitis non dicam Gracchi, sed civis Romani pretium se daturum idque auro repensurum proposuit. Flaccus in Aventino armatos ac pugnam ciens cum filio maiore iugulatus est; Gracchus profugiens, cum iam comprehenderetur ab iis, quos Opimius miserat, cervicem Euporo servo praebuit, qui non segnius se ipse interemit, quam domino succurrerat. Quo die singularis Pomponii equitis Romani in Gracchum fides fuit, qui more Coclitis sustentatis in ponte hostibus eius, gladio se transfixit. Ut Ti. Gracchi antea corpus, ita Gaii mira crudelitate victorum in Tiberim deiectum est.

7. Hunc Ti. Gracchi liberi, P. Scipionis Africani nepotes, viva adhuc matre Cornelia, Africani filia, viri optimis ingeniis male usi, vitae mortisque habuere exitum: qui si civilem dignitatis concupissent modum, quidquid tumultuando adipisci gestierunt, quietis obtulisset res publica.

Huic atrocitati adiectum scelus unicum. Quippe iuvenis specie excellens necdum duodevicesimum transgressus annum immunisque delictorum paternorum, Fulvii Flacci filius, quem pater legatum de condicionibus miserat, ab Opimio interemptus est. Quem cum haruspex Tuscus amicus flentem in vincula duci vidisset, quin tu hoc potius, inquit, facis? Protinusque inliso capite in postem lapideum ianuae carceris effusoque cerebro expiravit.

Crudelesque mox quaestiones in amicos clientesque Gracchorum habitae sunt. Sed Opimium, virum alioqui sanctum et gravem, damnatum postea iudicio publico memoria istius saevitiae nulla civilis prosecuta est misericordia. Eadem Rupilius Popiliusque, qui consules asperrime in Tiberii Gracchi amicos saevierant, postea iudiciorum publicorum merito oppressit invidia.

Rei tantae parum ad notitiam pertinens interponetur. Hic est Opimius, a quo consule celeberrimum Opimiani vini nomen; quod iam nullum esse spatio annorum colligi potest, cum ab eo sint ad te, M. Vinici, consulem anni centum et quinquaginta.

Factum Opimii, quod inimicitiarum quaesita erat ultio, minor secuta auctoritas, et visa ultio privato odio magis quam publicae vindictae data.

In legibus Gracchi inter perniciosissima numerarim, quod extra Italiam colonias posuit. Id maiores, cum viderent tanto potentiorum Tyro Carthaginem, Massiliam Phocaea, Syracusas Corintho, Cyzicum ac Byzantium Mileto, genitili solo, diligenter vitaverant et civis Romanos ad censendum ex provinciis in Italiam revocaverant. Prima autem extra Italiam colonia Carthago condita est. Subinde Porcio Marcioque consulibus deducta colonia Narbo Martius.

8. Mandetur deinde memoriae severitas iudiciorum. Quippe C. Cato consularis, M. Catonis nepos, Africani sororis filius, repetundarum ex Macedonia damnatus est, cum lis eius HS. quattuor milibus aestimaretur: adeo illi viri magis voluntatem peccandi intuebantur quam modum, factaque ad consilium dirigebant et quid, non in quantum admissum foret, aestimabant.

Circa eadem tempora M. C. Metelli fratres uno die triumphaverunt. Non minus clarum exemplum et adhuc unicum Fulvii Flacci, eius qui Capuam ceperat, filiorum, sed alterius in adoptionem dati, in collegio consulatus fuit; adoptivus in Acidini Manlii familiam datus. Nam censura Metellorum patruelium, non germanorum fratrum fuit, quod solis contigerat Scipionibus.

Tum Cimbri et Teutoni transcendere Rhenum, multis mox nostris suisque cladibus nobiles. Per eadem tempora clarus eius Minucii, qui porticus, quae hodieque celebres sunt, molitus est, ex Scordiscis triumphus fuit.

9. Eodem tractu temporum nituerunt oratores Scipio Aemilianus Laeliusque, Ser. Galba, duo Gracchi, C. Fannius, Carbo Papius; nec praetereundus Metellus Numidicus et Scaurus, et ante omnes L. Crassus et M. Antonius: quorum aetati ingeniisque successere C. Caesar Strabo, P. Sulpicius; nam Q. Mucius iuris scientia quam proprie eloquentiae nomine celebrior fuit.

Clara etiam per idem aevi spatium fuere ingenia in togatis Afranii, in tragoediis Pacuvii atque Accii, usque in Graecorum ingeniorum comparisonem evecti, magnumque inter hos ipsos facientis operi suo locum, adeo quidem, ut in illis limae, in hoc paene plus videatur fuisse sanguinis, celebre et Lucilii nomen fuit, qui sub P. Africano Numantino bello eques militaverat. Quo quidem tempore iuvenes adhuc Iugurtha ac Marius sub eodem Africano militantes in iisdem castris didicere, quae postea in contrariis facerent. Historiarum auctor iam tum Sisenna erat iuvenis, sed opus belli civilis Sullanique post aliquot annos ab eo seniore editum est. Vetustior Sisenna fuit Caelius, aequalis Sisennae Rutilius Claudiusque Quadrigarius et Valerius Antias. Sane non ignoremus eadem aetate fuisse Pomponium sensibus celebrem, verbis rudem et novitate inventi a se operis commendabilem.

10. Prosequamur nota severitatem censorum Cassii Longini Caepionisque, qui abhinc annos centum quinquaginta tris Lepidum Aemilium augurem, quod sex milibus HS. aedes conduxisset, adesse iusserunt. At nunc si quis tanti habitet, vix ut senator agnoscitur: adeo natura a rectis in prava, pravis in vitia, a vitiis in praecipitia pervenitur.

Eodem tractu temporum et Domitii ex Arvernibus et Fabii ex Allobrogibus victoria fuit nobilis; Fabio Pauli nepoti ex victoria cognomen Allobrogico inditum. Notetur Domitiae familiae peculiaris quaedam et ut clarissima, ita artata numero felicitas. Septem ante hunc nobilissimae simplicitatis iuvenem, Cn. Domitium, fuere, singuli omnes parentibus geniti, sed omnes ad consulatum sacerdotiaque, ad triumphum autem paene omnes pervenerunt insignia.

11. Bellum deinde Iugurthinum gestum est per Q. Metellum nulli secundum saeculi sui. Huius legatus fuit C. Marius, quem praediximus, natus agresti loco, hirtus atque horridus vitae sanctus, quantum bello optimus, tantum pace pessimus, immodicus gloriae, insatiabilis, impotens semperque inquietus. Hic per publicanos aliosque in Africa negotiantis criminatus Metelli lentitudinem, trahentis iam in tertium annum bellum, et naturalem nobilitatis superbiam morandique in imperiis cupiditatem effecit, ut, cum com meatu petito Romam venisset, consul crearetur bellique paene patrati a Metello, qui bis Iugurtham acie fuderat, summa committeretur sibi. Metelli tamen et triumphus fuit clarissimus et meritum ex virtute ei cognomen Numidici inditum. Ut paulo ante Domitiae familiae, ita Caeciliae notanda claritudo est. Quippe intra duodecim ferme annos huius temporis consules fuere Metelli aut censores aut triumpharunt amplius duodecies, ut appareat, quemadmodum urbium imperiorumque, ita gentium nunc florere fortunam, nunc senescere, nunc interire.

12. At C. Marius L. Sullam iam tunc ut praecaventibus fati copulatum sibi quaestorem habuit et per eum missum ad regem Bocchum Iugurtha rege abhinc annos ferme centum triginta quattuor potitus est; designatusque iterum consul in urbem reversus secundi consulatus initio Kal. Ianuarii eum in triumpho duxit. Effusa, ut praediximus, immanis vis Germanarum gentium, quibus nomen Cimbris ac Teutonibus erat, cum Caepionem Manliumque consules et ante Carbonem Silanumque

fudissent fugassentque in Galliis et exuissent exercitu, Scaurumque Aurelium consularem et alios celeberrimi nominis viros trucidassent, populus Romanus non alium repellendis tantis hostibus magis idoneum imperatorem quam Marium est ratus. Tum multiplicati consulatus eius. Tertius in apparatu belli consumptus; quo anno Cn. Domitius tribunus plebis legem tulit, ut sacerdotes, quos antea conlegae sufficiebant, populus crearet. Quarto trans Alpis circa Aquas Sextias cum Teutonis confligit, amplius centum quinquaginta milia hostium priore ac postero die ab eo trucidata gensque excisa Teutonum. Quinto citra Alpis in campis, quibus nomen erat Raudiis, ipse consul et proconsul Q. Lutatius Catulus fortunatissimo decertavere proelio; caesa aut capta amplius centum milia hominum. Hac victoria videtur meruisse Marius, ne eius nati rem publicam paeniteret, ac mala bonis repensasse. Sextus consulatus veluti praemium ei meritorum datus. Non tamen huius consulatus fraudetur gloria, quo Servilii Glauciae Saturninique Apulei furorem continuatis honoribus rem publicam lacerantium et gladiis quoque et caede comitia discutientium, consul armis compescuit hominesque exitiabiles in Hostilia curia morte multavit.

13. Deinde interiectis paucis annis tribunatum iniit M. Livius Drusus, vir nobilissimus, eloquentissimus, sanctissimus, meliore in omnia ingenio animoque quam fortuna usus. Qui cum senatui priscum restituere cuperet decus et iudicia ab equitibus ad eum transferre ordinem (quippe eam potestatem nacti equites Gracchanis legibus cum in multos clarissimos atque innocentissimos viros saevissent, tum P. Rutilium, virum non saeculi sui, sed omnis aevi optimum, interrogatum lege repetundarum maximo cum gemitu civitatis damnaverant), in iis ipsis, quae pro senatu moliebatur, senatum habuit adversarium non intellegendem, si qua de plebis commodis ab eo agerentur, veluti inescandae inliciendaeque multitudinis causa fieri, ut minoribus perceptis maiora permetteret. Denique ea fortuna Drusi fuit, ut malefacta collegarum quam quaevis optime ab ipso cogitata senatus probaret magis, et honorem, qui ab eo deferebatur, sperneret, iniurias, quae ab illis intendebantur, aequo animo reciperet, et huius summae gloriae invideret, illorum modicam ferret.

14. Tum conversus Drusi animus, quando bene incepta male cedebant, ad dandam civitatem Italiae. Quod cum moliens revertisset e foro, immensa illa et incondita, quae eum semper comitabatur, cinctus multitudine in area domus suae cultello percussus, qui adfixus lateri eius relictus est, intra paucas horas decessit. Sed cum ultimum redderet spiritum, intuens circumstantium maerentiumque frequentiam, effudit vocem convenientissimam conscientiae suae: ecquandone, inquit, propinqui amicique, similem mei civem habebit res publica? Hunc finem clarissimus iuvenis vitae habuit: cuius morum minime omittatur argumentum. Cum aedificaret domum in Palatio in eo loco, ubi est quae quondam Ciceronis, mox Censorini fuit, nunc Statilii Sisennae est, promitteretque ei architectus, ita se eam aedificaturum, ut liber a conspectu immunisque ab omnibus arbitris esset neque quisquam in eam despiciere posset, tu vero, inquit, si quid in te artis est, ita compone domum meam, ut, quidquid agam, ab omnibus perspici possit.

15. Mors Drusi iam pridem tumescens bellum excitavit Italicum; quippe L. Caesare et P. Rutilio consulibus abhinc annos centum viginti, universa Italia, cum id malum ab Asculanis ortum esset (quippe Servilium praetorem Fonteiumque legatum occiderant) ac deinde a Marsis exceptum in omnis penetrasset regiones, arma adversus Romanos cepit. Quorum ut fortuna atrox, ita causa fuit iustissima: petebant enim eam civitatem, cuius imperium armis tuebantur: per omnis annos atque omnia bella duplici numero se militum equitumque fungi neque in eius civitatis ius recipi, quae per eos in id ipsum pervenisset fastigium, per quod homines eiusdem et gentis et sanguinis ut externos alienosque fastidire posset.

Id bellum amplius trecenta milia iuventutis Italicae abstulit. Clarissimi autem imperatores fuerunt Romani eo bello Cn. Pompeius, Cn. Pompei Magni pater, C. Marius, de quo praediximus, L. Sulla anno ante praetura functus, Q. Metellus, Numidici filius, qui meritum cognomen Pii consecutus erat: quippe expulsum civitate a L. Saturnino tribuno plebis, quod solus in leges eius

iurare noluerat, pietate sua, auctoritate senatus, consensu rei publicae restituit patrem. Nec triumphis honoribusque quam aut causa exilii aut exilio aut reditu clarior fuit Numidicus.

16. Italicorum autem fuerunt celeberrimi duces Silo Popaedi, Herius Asinius, Insteius Cato, C. Pontidius, Telesinus Pontius, Marius Egnatius, Papius Mutilus. Neque ego verecundia domestici sanguinis gloriae quidquam, dum verum refero, subtraham: quippe multum Minatii Magii, atavi mei, Aeculanensis, tribuendum est memoriae, qui nepos Decii Magii, Campanorum principis, celeberrimi et fidelissimi viri, tantam hoc bello Romanis fidem praestitit, ut cum legione, quam ipse in Hirpinis conscripserat, Herculanum simul cum T. Didio caperet, Pompeios cum L. Sulla oppugnaret Compsamque occuparet: cuius de virtutibus cum alii, tum maxime dilucide Q. Hortensius in annalibus suis rettulit. Cuius illi pietati plenam populus Romanus gratiam rettulit ipsum viritum civitate donando, duos filios eius creando praetores, cum seni adhuc crearentur.

Tam varia atque atrox fortuna Italici belli fuit, ut per biennium continuum duo Romani consules, Rutilius ac deinde Cato Porcius, ab hostibus occiderentur, exercitus populi Romani multis in locis funderentur, utque ad saga iretur diuque in eo habitu maneretur. Caput imperii sui Corfinium legerant atque appellarant Italicam. Paulatim deinde recipiendo in civitatem, qui arma aut non ceperant aut deposuerant maturius, vires refectae sunt, Pompeio Sullaque et Mario fluentem procumbentemque rem populi Romani restituentibus.

17. Finito ex maxima parte, nisi quae Nolani belli manebant reliquiae, Italico bello, quo quidem Romani victis adflictisque ipsi exarmati quam integri universis civitatem dare maluerunt, consulatum inierunt Q. Pompeius et L. Cornelius Sulla, vir qui neque ad finem victoriae satis laudari neque post victoriam abunde vituperari potest. Hic natus familia nobili, sextus a Cornelio Rufino, qui bello Pyrrhi inter celeberrimos fuerat duces, cum familiae eius claritudo intermissa esset, diu ita se gessit, ut nullam petendi consulatum cogitationem habere videretur: deinde post praeturam inlustratus bello Italico et ante in Gallia legatione sub Mario, qua eminentissimos duces hostium fuderat, ex successu animum sumpsit petensque consulatum paene omnium civium suffragiis factus est; sed eum honorem undequinquagesimo aetatis suae anno adsecutus est.

18. Per ea tempora Mithridates, Ponticus rex, vir neque silendus neque dicendus sine cura, bello acerrimus, virtute eximius, aliquando fortuna, semper animo maximus, consiliis dux, miles manu, odio in Romanos Hannibal, occupata Asia necatisque in ea omnibus civibus Romanis, quos quidem eadem die atque hora redditis civitatibus litteris ingenti cum pollicitatione praemiorum interim iusserat, quo tempore neque fortitudine adversus Mithridatem neque fide in Romanos quisquam Rhodiis par fuit (horum fidem Mytilenaeorum perfidia inluminavit, qui M. Aquilium aliosque Mithridati vinctos tradiderunt, quibus libertas in unius Theophanis gratiam postea a Pompeio restituta est), cum terribilis Italiae quoque videretur imminere, sorte obvenit Sullae Asia provincia.

Is egressus urbe cum circa Nola moraretur (quippe ea urbs pertinacissime arma retinebat exercituque Romano obsidebatur, velut paeniteret eius fidei, quam omnium sanctissimam bello praestiterat Punico), P. Sulpicius tribunus plebis, disertus, acer, opibus gratia amicitii vigore ingenii atque animi celeberrimus, cum antea rectissima voluntate apud populum maxumam quaesisset dignitatem, quasi pigeret eum virtutum suarum et bene consulta ei male cederent, subito pravus et praeceps se C. Mario post septuagesimum annum omnia imperia et omnis provincias concupiscenti addixit legemque ad populum tulit, qua Sullae imperium abrogaretur, C. Mario bellum decerneretur Mithridaticum, aliasque leges perniciosas et exitiabiles neque tolerandas liberae civitati tulit. Quin etiam Q. Pompei consulis filium eundemque Sullae generum per emissarios factionis suae interfecit.

19. Tum Sulla contracto exercitu ad urbem rediit eamque armis occupavit, duodecim auctores novarum pessimarumque rerum, inter quos Marium cum filio et P. Sulpicio, urbe exturbavit ac lege

lata exules fecit. Sulpicium etiam adsecuti equites in Laurentinis paludibus iugulavere, caputque eius erectum et ostentatum pro rostris velut omen imminentis proscriptionis fuit. Marius post sextum consulatum annumque septuagesimum nudus ac limo obrutus, oculis tantummodo ac naribus eminentibus, extractus arundineto circa paludem Maricae, in quam se fugiens consecantis Sullae equites abdiderat, iniecto in collum loro in carcerem Minturnensium iussu duumviri perductus est. Ad quem interficiendum missus cum gladio servus publicus natione Germanus, qui forte ab imperatore eo bello Cimbrico captus erat, ut agnovit Marius, magno eiulatu expromens indignationem casus tanti viri abiecto gladio profugit e carcere. Tum cives, ab hoste misereri paulo ante principis viri docti, instructum eum viatico conlataque veste in navem imposuerunt. At ille adsecutus circa insulam Aenariam filium cursum in Africam direxit inopemque vitam in tugurio ruinarum Carthaginiensium toleravit, cum Marius aspiciens Carthaginem, illa intuens Marius, alter alteri possent esse solacio.

20. Hoc primum anno sanguine consulis Romani militis imbutae manus sunt; quippe Q. Pompeius, collega Sullae, ab exercitu Cn. Pompei proconsulis seditione, sed quam dux creaverat, interfectus est.

Non erat Mario Sulpicioque Cinna temperatior. Itaque cum ita civitas Italiae data esset, ut in octo tribus contribuerentur novi cives, ne potentia eorum et multitudo veterum civium dignitatem frangeret plusque possent recepti in beneficium quam auctores beneficii, Cinna in omnibus tribubus eos se distributurum pollicitus est: quo nomine ingentem totius Italiae frequentiam in urbem acciverat. E qua pulsus collegae optimatumque viribus cum in Campaniam tenderet, ex auctoritate senatus consulatus ei abrogatus est suffectusque in eius locum L. Cornelius Merula flamen dialis. Haec iniuria homine quam exemplo dignior fuit. Tum Cinna corruptis primo centurionibus ac tribunis, mox etiam spe largitionis militibus, ab eo exercitu, qui circa Nolam erat, receptus est. Is cum universus in verba eius iurasset, retinens insignia consulatus patriae bellum intulit, fretus ingenti numero novorum civium, e quorum delectu trecentas amplius cohortes conscripserat ac triginta legionum instar impleverat. Opus erat partibus auctoritate, cuius augendae gratia C. Marius cum filio de exilio revocavit quique cum iis pulsi erant.

21. Dum bellum autem infert patriae Cinna, Cn. Pompeius, Magni pater, cuius praeclara opera bello Marsico praecipue circa Picenum agrum, ut praescripsimus, usa erat res publica quique Asculum ceperat, circa quam urbem, cum in multis aliis regionibus exercitus dispersi forent, quinque et septuaginta milia civium Romanorum, amplius sexaginta Italicorum una die conflixerant, frustratus spe continuandi consulatus ita se dubium mediumque partibus praestitit, ut omnia ex proprio usu ageret temporibusque insidiari videretur, et huc atque illuc, unde spes maior adfulsisset potentiae, sese exercitumque deflecteret. Sed ad ultimum magno atrocique proelio cum Cinna conflixit: cuius commissi patratique sub ipsis moenibus focusque urbis Romanae pugnantibus spectantibusque quam fuerit eventus exitiabilis, vix verbis exprimi potest. Post hoc cum utrumque exercitum velut parum bello exhaustum laceraret pestilentia, Cn. Pompeius decessit. Cuius interitus voluptas amissorum aut gladio aut morbo civium paene damno repensata est, populusque Romanus quam vivo iracundiam debuerat, in corpus mortui contulit.

Seu duae seu tres Pompeiorum fuere familiae, primus eius nominis ante annos fere centum sexaginta septem Q. Pompeius cum Cn. Servilio consul fuit.

Cinna et Marius haud incruentis utrimque certaminibus editis urbem occupaverunt, sed prior ingressus Cinna de recipiendo Mario legem tulit.

22. Mox C. Marius pestifero civibus suis reditu intravit moenia. Nihil illa victoria fuisset crudelius, nisi mox Sullana esset secuta; neque licentia gladiatorum in mediocris saevitum, sed excelsissimi quoque atque eminentissimi civitatis viri variis suppliciorum generibus adfecti. In iis consul Octavius, vir lenissimi animi, iussu Cinnae interfectus est. Merula autem, qui se sub

adventum Cinnae consulatu abdicaverat, incisus venis superfusoque altaribus sanguine, quos saepe pro salute rei publicae flamen dialis precatus erat deos, eos in execrationem Cinnae partiumque eius tum precatus optime de re publica meritum spiritum reddidit. M. Antonius, princeps civitatis atque eloquentiae, gladiis militum, quos ipsos facundia sua moratus erat, iussu Marii Cinnaeque confossus est. Q. Catulus, et aliarum virtutum et belli Cimbrici gloria, quae illi cum Mario communis fuerat, celeberrimus, cum ad mortem conquireretur, conclusit se loco nuper calce harenaque perpolito inlatoque igni, qui vim odoris excitaret, simul exitiali hausto spiritu, simul incluso suo mortem magis voto quam arbitrio inimicorum obiit.

Omnia erant praecipitia in re publica, nec tamen adhuc quisquam inveniebatur, qui bona civis Romani aut donare auderet aut petere sustineret. Postea id quoque accessit, ut saevitiae causam avaritia praeberet et modus culpa ex pecuniae modo constitueretur et qui fuisset locuples, fieret is nocens, suique quisque periculi merces foret, nec quidquam videretur turpe, quod esset quaestuosum.

23. Secundum deinde consulatum Cinna et septimum Marius in priorum dedecus iniit, cuius initio morbo oppressus decessit, vir in bello hostibus, in otio civibus infestissimus quietisque impatientissimus. In huius locum suffectus Valerius Flaccus, turpissimae legis auctor, qua creditoribus quadrantem solvi iusserat, cuius facti merita eum poena intra biennium consecuta est. Dominante in Italia Cinna maior pars nobilitatis ad Sullam in Achaïam ac deinde post in Asiam perfugit.

Sulla interim cum Mithridatis praefectis circa Athenas Boeotiamque et Macedoniam ita dimicavit, ut et Athenas reciperet et plurimo circa multiplicis Piraei portus munitiones labore expleto amplius ducenta milia hostium interficeret nec minus multa caperet. Si quis hoc rebellandi tempus, quo Athenae oppugnatae a Sulla sunt, imputat Atheniensibus, nimirum veri vetustatisque ignarus est: adeo enim certa Atheniensium in Romanos fides fuit, ut semper et in omni re, quidquid sincera fide gereretur, id Romani Attica fieri praedicarent. Ceterum tum oppressi Mithridatis armis homines miserrimae condicionis cum ab inimicis tenerentur, oppugnabantur ab amicis et animos extra moenia, corpora necessitati servientes intra muros habebant. Transgressus deinde in Asiam Sulla parentem ad omnia supplicemque Mithridatem invenit, quem multatum pecunia ac parte navium Asia omnibusque aliis provinciis, quas armis occupaverat, decedere coëgit, captivos recepit, in perfugas noxiosque animadvertit, paternis, id est Ponticis finibus contentum esse iussit.

24. C. Flavius Fimbria, qui praefectus equitum ante adventum Sullae Valerium Flaccum consularem virum interfecerat exercituque occupato imperator appellatus forti Mithridatem pepulerat proelio, sub adventu Sullae se ipse interemit, adulescens, quae pessime ausus erat, fortiter executus. Eodem anno P. Laenas tribunus plebis Sex. Lucilium, qui priore anno tribunus plebis fuerat, saxo Tarpeio deiecit, et cum collegae eius, quibus diem dixerat, metu ad Sullam profugissent, aqua ignique iis interdixit.

Tum Sulla compositis transmarinis rebus, cum ad eum primum omnium Romanorum legati Parthorum venissent, et in iis quidam magi ex notis corporis respondissent caelestem eius vitam et memoriam futuram, revector in Italiam haud plura quam triginta armatorum milia adversum ducenta amplius hostium exposuit Brundisii. Vix quidquam in Sullae operibus clarius duxerim, quam quod cum per triennium Cinnanae Marianaque partes Italiam obsiderent, neque inlaturum se bellum iis dissimulavit nec quod erat in manibus omisit, existimavitque ante frangendum hostem quam ulciscendum civem, repulsoque externo metu, ubi quod alienum esset vicisset, superaret quod erat domesticum. Ante adventum L. Sullae Cinna seditione orta ab exercitu interemptus est, vir dignior, qui arbitrio victorum moreretur quam iracundia militum. De quo vere dici potest, ausum esse eum quae nemo auderet bonus, perfecisse quae a nullo nisi fortissimo perfici possent, et fuisse eum in consultando temerarium, in exequendo virum. Carbo nullo suffecto collega solus toto anno consul fuit.

25. Putares Sullam venisse in Italiam non belli vindicem, sed pacis auctorem: tanta cum quiete exercitum per Calabriam Apuliamque cum singulari cura frugum, agrorum, hominum, urbium perduxit in Campaniam temptavitque iustis legibus et aequis condicionibus bellum componere; sed iis, quibus et res pessima et immodica cupiditas erat, non poterat pax placere. Crescebat interim in dies Sullae exercitus confluentibus ad eum optimo quoque et sanissimo. Felici deinde circa Capuam eventu Scipionem Norbanumque consules superat, quorum Norbanus acie victus, Scipio ab exercitu suo desertus ac proditus inviolatus a Sulla dimissus est. Adeo enim Sulla dissimilis fuit bellator ac victor, ut dum vincit, mitis ac iustissimo lenior, post victoriam audito fuerit crudelior. Nam et consulem, ut praediximus, exarmatum Quintumque Sertorium, pro quanti mox belli facem! et multos alios, potitus eorum, dimisit incolumes, credo ut in eodem homine duplicis ac diversissimi animi conspiceretur exemplum. Post victoriam —namque ascendens montem Tifata cum C. Norbano concurrerat— Sulla gratis Dianae, cuius numini regio illa sacrata est, solvit; aquas salubritate medendisque corporibus nobiles agrosque omnis addixit deae. Huius gratae religionis memoriam et inscriptio templi adfixa posti hodieque et tabula testatur aerea intra aedem.

26. Deinde consules Carbo tertium et C. Marius, septiens consulis filius, annos natus sex et viginti, vir animi magis quam aevi paterni, multa fortiterque molitus neque usquam inferior nomine suo. Is apud Sacriportum pulsus a Sulla acie Praeneste, quod ante natura munitum praesidiis firmaverat, se exercitumque contulit.

Ne quid usquam malis publicis deesset, in qua civitate semper virtutibus certatum erat, certabatur sceleribus, optimusque sibi videbatur, qui fuerat pessimus. Quippe dum ad Sacriportum dimicatur, Damasippus praetor Domitium consularem, Scaevolam Mucium, pontificem maximum et divini humanique iuris auctorem celeberrimum, et C. Carbonem praetorium, consulis fratrem, et Antistium aedilicium velut faventis Sullae partibus in curia Hostilia trucidavit. Non perdat nobilissimi facti gloriam Calpurnia, Bestiae filia, uxor Antistii, quae iugulato, ut praediximus, viro gladio se ipsa transfixit. Quantum huius gloriae famaеque accessit nunc virtute feminae! nec propria latet.

27. At Pontius Telesinus, dux Samnitium, vir domi bellique fortissimus penitusque Romano nomini infestissimus, contractis circiter quadraginta milibus fortissimae pertinacissimaeque in retinendis armis iuventutis, Carbone ac Mario consulibus abhinc annos centum et novem Kal. Novembribus ita ad portam Collinam cum Sulla dimicavit, ut ad summum discrimen et eum et rem publicam perduceret, quae non maius periculum adiit Hannibalis intra tertium miliarium castra conspicata, quam eo die, quo circumvolans ordines exercitus sui Telesinus dictitansque adesse Romanis ultimum diem vociferabatur eruendam delendamque urbem, adiiciens numquam defuturos raptores Italicae libertatis lupos, nisi silva, in quam refugere solerent, esset excisa. Post primam demum horam noctis et Romana acies respiravit et hostium cessit. Telesinus postera die semianimis repertus est, victoris magis quam morientis vultum praefereus, cuius abscisum caput ferro figi gestarique circa Praeneste Sulla iussit.

Tum demum desperatis rebus suis C. Marius adulescens per cuniculos, qui miro opere fabricati in diversas agrorum partis ferebant, conatus erumpere, cum foramine e terra emersisset, a dispositis in id ipsum interemptus est. Sunt qui sua manu, sunt qui concurrentem mutuis ictibus cum minore fratre Telesini una obsessa et erumpente occubuisse prodiderint. Utcumque cecidit, hodieque tanta patris imagine non obscuratur eius memoria. De quo iuvene quid existimaverit Sulla, in promptu est; occiso enim demum eo Felicis nomen adsumpsit, quod quidem usurpasset iustissime, si eundem et vincendi et vivendi finem habuisset.

Oppugnationi autem Praenestis ac Marii praefuerat Ofella Lucretius, qui cum antea Marianarum fuisset partium praetor, ad Sullam transfugerat. Felicitatem diei, quo Samnitium

Telesinique pulsus est exercitus, Sulla perpetua ludorum circensium honoravit memoria, qui sub eius nomine Sullanae Victoriae celebrantur.

28. Paulo ante quam Sulla ad Sacriportum dimicaret, magnificis proeliis partium eius viri hostium exercitum fuderant, duo Servilii apud Clusium, Metellus Pius apud Faventiam, M. Lucullus circa Fidentiam.

Videbantur finita belli civilis mala, cum Sullae crudelitate aucta sunt. Quippe dictator creatus (cuius honoris usurpatio per annos centum et viginti intermissa; nam proximus post annum quam Hannibal Italia excesserat, uti adpareat populum Romanum usum dictatoris ut in metu desiderasse tali quo timuisset potestatem) imperio, quo priores ad vindicandam maximis periculis rem publicam olim usi erant, eo in inmodicae crudelitatis licentiam usus est. Primus ille, et utinam ultimus, exemplum proscriptionis invenit, ut in qua civitate petulantis convicii iudicium histrioni ex albo redditur, in ea iugulati civis Romani publice constitueretur auctoramentum, plurimumque haberet, qui plurimos interemisset, neque occisi hostis quam civis uberius foret praemium fieretque quisque merces mortis suae. Nec tantum in eos, qui contra arma tulerant, sed in multos insontis saevitum. Adiectum etiam, ut bona proscriptorum venirent exclusique paternis opibus liberi etiam petendorum honorum iure prohiberentur simulque, quod indignissimum est, senatorum filii et onera ordinis sustinerent et iura perderent.

29. Sub adventum in Italiam L. Sullae Cn. Pompeius, eius Cn. Pompei filius, quem magnificentissimas res in consulatu gessisse bello Marsico praediximus, tris et viginti annos natus, abhinc annos centum et tredecim privatis ut opibus, ita consiliis magna ausus magnificeque conata executus, ad vindicandam restituendamque dignitatem patriae firmuma ex agro Piceno, qui totus paternis eius clientelis refertus erat, contraxit exercitum: cuius viri magnitudo multorum voluminum instar exigit, sed operis modus paucis eum narrari iubet.

Fuit hic genitus matre Lucilia stirpis senatoriae, forma excellens, non ea, qua flos commendatur aetatis, sed ea dignitate constantiaque, quae in illam conveniens amplitudinem fortunamque eum ad ultimum vitae comitata est diem; innocentia eximius, sanctitate praecipuus, eloquentia medius, potentiae, quae honoris causa ad eum deferretur, non vi ab eo occuparetur, cupidissimus, dux bello peritissimus, civis in toga, nisi ubi vereretur ne quem haberet parem, modestissimus, amicitiarum tenax, in offensis exorabilis, in reconcilianda gratia fidelissimus, in accipienda satisfactione facillimus, potentia sua numquam aut raro ad impotentiam usus, paene omnium vitiorum expers, nisi numeraretur inter maxima in civitate libera dominaque gentium indignari, cum omnes cives iure haberet pares, quemquam aequalem dignitate conspiceret. Hic a toga virili aduetus commilitio prudentissimi ducis, parentis sui, bonum et capax recta discendi ingenium singulari rerum militarium prudentia excoluerat, ut a Sertorio Metellus laudaretur magis, Pompeius timeretur validius.

30. Tum M. Perpenna praetorius, e proscriptis, gentis clarioris quam animi, Sertorium inter cenam Oscae interemit Romanisque certam victoriam, partibus suis excidium, sibi turpissimam mortem pessimo auctoravit facinore. Metellus et Pompeius ex Hispaniis triumphaverunt; sed Pompeius, hoc quoque triumpho adhuc eques Romanus, ante diem quam consulatum iniret, curru urbem invectus est. Quem virum quis non miretur per tot extraordinaria imperia in summum fastigium evectum iniquo tulisse animo, C. Caesaris absentis in altero consulatu petendo senatum populumque Romanum rationem habere: adeo familiare est hominibus omnia sibi ignoscere, nihil aliis remittere, et invidiam rerum non ad causam, sed ad voluntatem personasque dirigere. Hoc consulatu Pompeius tribuniciam potestatem restituit, cuius Sulla imaginem sine re reliquerat.

Dum Sertorianum bellum in Hispania geritur, quattuor et sexaginta fugitivi e ludo gladiatorio Capua profugientes duce Spartaco, raptis ex ea urbe gladiis, primo Vesuvium montem petiere, mox crescente in dies multitudine gravibus variisque casibus adfecere Italiam. Quorum numerus in

tantum adulevit, ut qua ultima dimicavere acie, nonaginta milia hominum se Romano exercitui opposuerint. Huius patrati gloria penes M. Crassum fuit, mox rei publicae omnium consensu principem.

31. Converterat Cn. Pompei persona totum in se terrarum orbem et per omnia maior civi habebatur. Qui cum consul perquam laudabiliter iurasset se in nullam provinciam ex eo magistratu iturum idque servasset, post biennium A. Gabinius tribunus legem tulit, ut cum belli more, non latrociniorum, orbem classibus iam, non furtivis expeditionibus piratae terrerent quasdamque etiam Italiae urbes diripuissent, Cn. Pompeius ad eos opprimendos mitteretur essetque ei imperium aequum in omnibus provinciis cum proconsulibus usque ad quinquagesimum miliarium a mari. Quo scito paene totius terrarum orbis imperium uni viro deferebatur; sed tamen idem hoc ante septennium in M. Antonii praetura decretum erat. Sed interdum persona ut exemplo nocet, ita invidiam auget aut levat: in Antonio homines aequo animo passi erant; raro enim invidetur eorum honoribus, quorum vis non timetur: contra in iis homines extraordinaria reformidant, qui ea suo arbitrio aut deposituri aut retenturi videntur et modum in voluntate habent. Dissuadebant optimates, sed consilia impetu victa sunt.

32. Digna est memoria Q. Catuli cum auctoritas tum verecundia. Qui cum dissuadens legem in contione dixisset esse quidem praeclarum virum Cn. Pompeium, sed nimium iam liberae rei publicae neque omnia in uno reponenda adiecissetque: “si quid huic acciderit, quem in eius locum substituetis?” subclamavit universa contio, te, Q. Catule. Tum ille victus consensu omnium et tam honorifico civitatis testimonio e contione discessit. Hic hominis verecundiam, populi iustitiam mirari libet, huius, quod non ultra contendit, plebis, quod dissuadentem et adversarium voluntatis suae vero testimonio fraudare noluit.

Per idem tempus Cotta iudicandi munus, quod C. Gracchus ereptum senatui ad equites, Sulla ab illis ad senatum transtulerant, aequaliter in utrumque ordinem partitus est; Otho Roscius lege sua equitibus in theatro loca restituit.

At Cn. Pompeius multis et praeclaris viris in id bellum adsumptis discriptoque paene in omnis recessus maris praesidio navium, brevi inexcuperabili manu terrarum orbem liberavit praedonesque saepe multis iam aliis locis victos circa Ciliciam classe adgressus fudit ac fugavit; et quo maturius bellum tam late diffusum conficeret, reliquias eorum contractas in urbibus remotoque mari loco in certa sede constituit. Sunt qui hoc carpant, sed quamquam in auctore satis rationis est, tamen ratio quemlibet magnum auctorem faceret; data enim facultate sine raptu vivendi rapinis arcuit.

33. Cum esset in fine bellum piraticum et L. Lucullus, qui ante septem annos ex consulatu sortitus Asiam Mithridati oppositus erat magnasque et memorabiles res ibi gesserat, Mithridatem saepe multis locis fuderat, egregia Cyzicum liberarat victoria, Tigranem, regum maximum, in Armenia vicerat ultimamque bello manum paene magis noluerat imponere quam non potuerat, quia alioqui per omnia laudabilis et bello paene invictus pecuniae pellebatur cupidine, idem bellum adhuc administraret, Manilius tribunus plebis, semper venalis et alienae minister potentiae, legem tulit, ut bellum Mithridaticum per Cn. Pompeium administraretur. Accepta ea magnisque certatum inter imperatores iurgiis, cum Pompeius Lucullo infamiam pecuniae, Lucullus Pompeio interminatam cupiditatem obiiceret imperii neuterque ab altero quod arguebat mentitus argui posset. Nam neque Pompeius, ut primum ad rem publicam adgressus est, quemquam omnino parem tulit, et in quibus rebus primus esse debebat, solus esse cupiebat (neque eo viro quisquam aut alia omnia minus aut gloriam magis concupiit, in adpetendis honoribus inmodicus, in gerendis verecundissimus, ut qui eos ut libentissime iniret, ita finiret aequo animo, et quod cupisset, arbitrio suo sumeret, alieno deponeret) et Lucullus, summus alioqui vir, profusae huius in aedificiis convictibusque et apparatus luxuriae primus auctor fuit, quem ob iniectas moles mari et receptum suffossis montibus in terras mare haud infacete Magnus Pompeius Xerxen togatum vocare

adsueverat.

34. Per id tempus a Q. Metello Creta insula in populi Romani potestatem redacta est, quae ducibus Panare et Lathene quattuor et viginti milibus iuvenum coactis, velocitate pernicious, armorum laborumque patientissimis, sagittarum usu celeberrimis, per triennium Romanos exercitus fatigaverat. Ne ab huius quidem usura gloriae temperavit animum Cn. Pompeius, quin victoriae partem conaretur vindicare. Sed et Luculli et Metelli triumphum cum ipsorum singularis virtus, tum etiam invidia Pompei apud optimum quemque fecit favorabilem.

Per haec tempora M. Cicero, qui omnia incrementa sua sibi debuit, vir novitatis nobilissimae et ut vita clarus, ita ingenio maximus, quique effecit, ne quorum arma viceramus, eorum ingenio vinceremur, consul Sergii Catilinae Lentulique et Cethegi et aliorum utriusque ordinis virorum coniurationem singulari virtute, constantia, vigilia curaque aperuit. Catilina metu consularis imperii urbe pulsus est; Lentulus consularis et praetor iterum Cethegusque et alii clari nominis viri auctore senatu, iussu consulis in carcere necati sunt.

35. Ille senatus dies, quo haec acta sunt, virtutem M. Catonis iam multis in rebus conspicuam atque praenitentem in altissimo culmine locavit Hic genitus proavo M. Catone, principe illo familiae Porciae, homo Virtuti simillimus et per omnia ingenio diis quam hominibus propior, qui numquam recte fecit, ut facere videretur, sed quia aliter facere non potuerat, cuique id solum visum est rationem habere, quod haberet iustitiam, omnibus humanis vitiis immunis semper fortunam in sua potestate habuit. Hic tribunus plebis designatus et adhuc admodum adulescens, cum alii suaderent, ut per municipia Lentulus coniurati custodirentur, paene inter ultimos interrogatus sententiam, tanta vi animi atque ingenii invectus est in coniurationem, eo ardore orationem omnium lenitatem suadentium societate consilii suspectam fecit, sic impendentia ex ruinis incendiisque urbis et commutatione status publici pericula exposuit, ita consulis virtutem amplificavit, ut universus senatus in eius sententiam transiret animadvertendumque in eos, quos praediximus, censeret maiorque pars ordinis eius Ciceronem prosequerentur domum.

At Catilina non segnius conata obiit, quam sceleris conandi consilia inierat: quippe fortissime dimicans quem spiritum supplicio debuerat, proelio reddidit.

36. Consulatu Ciceronis non mediocre adiecit decus natus eo anno divus Augustus abhinc annos LXXXII, omnibus omnium gentium viris magnitudine sua inducturus caliginem.

Iam paene supervacaneum videri potest eminentium ingeniorum notare tempora. Quis enim ignorat diremptos gradibus aetatis floruisse hoc tempore Ciceronem, Hortensium, antequam Crassum, Cottam, Sulpicium, moxque Brutum, Calidum, Caelium, Calvum et proximum Ciceroni Caesarem eorumque velut alumnos Corvinum ac Pollionem Asinium, aemulumque Thucydidis Sallustium, auctoresque carminum Varronem ac Lucretium neque ullo in suscepto carminis sui opere minorem Catullum. Paene stulta est inhaerentium oculis ingeniorum enumeratio, inter quae maxime nostri aevi eminent princeps carminum Vergilius Rabiriusque et consecutus Sallustium Livius Tibullusque et Naso, perfectissimi in forma operis sui; nam vivorum ut magna admiratio, ita censura difficilis est.

37. Dum haec in urbe Italiae geruntur, Cn. Pompeius memorabile adversus Mithridaten, qui post Luculli profectionem magnas novi exercitus viris reparaverat, bellum gessit. At rex fusus fugatusque et omnibus exutus copiis Armeniam Tigranemque socer generum petiit, regem eius temporis, nisi qua Luculli armis erat infractus, potentissimum. Simul itaque duos persecutus Pompeius intravit Armeniam. Prior filius Tigranis, sed discors patri, pervenit ad Pompeium; mox ipse supplex et praesens se regnumque ditioni eius permisit, praefatus neminem alium neque Romanum neque ullius gentis virum futurum fuisse, cuius se societati commissurus foret, quam Cn. Pompeium; proinde omnem sibi vel adversam vel secundam, cuius auctor ille esset, fortunam

tolerabilem futuram: non esse turpe ab eo vinci, quem vincere esset nefas, neque inhoneste aliquem summitti huic, quem fortuna super omnis extulisset. Servatus regi honos imperii, sed multato ingenti pecunia, quae omnis, sicuti Pompeio moris erat, redacta in quaestoris potestatem ac publicis descripta litteris. Syria aliaeque, quas occupaverat, provinciae ereptae, et aliae restitutae populo Romano, aliae tum primum in eius potestatem redactae, ut Syria, quae tum primum facta est stipendiaria. Finis imperii regii terminatus Armenia.

38. Haud absurdum videtur propositi operis regulae paucis percurrere, quae cuiusque ductu gens ac natio redacta in formulam provinciae stipendiaria facta sit, ut quae partibus notavimus, facilius simul universa conspici possint.

Primus in Siciliam traiecit exercitum consul Claudius, set provinciam eam post annos ferme duos et quinquaginta captis Syracusis fecit Marcellus Claudius. Primus Africam Regulus nono ferme anno primi Punici belli aggressus est; sed post centum et novem annos P. Scipio Aemilianus eruta Carthagine abhinc annos centum septuaginta tris Africam in formulam redegit provinciae. Sardinia inter primum et secundum bellum Punicum ductu T. Manlii consulis certum recepit imperi iugum. Immane bellicae civitatis argumentum, quod semel sub regibus, iterum hoc T. Manlio consule, tertio Augusto principe certae pacis argumentum Ianus geminus clausus dedit. In Hispaniam primi omnium duxere exercitus Cn. et P. Scipiones initio secundi belli Punici abhinc annos ducentos quinquaginta; inde varie possessa et saepe amissa partibus, universa ductu Augusti facta stipendiaria est. Macedoniam Paulus, Mummius Achaiam, Fulvius Nobilior subegit Aetoliam, Asiam L. Scipio, Africani frater, eripuit Antiocho, sed beneficio senatus populique Romani mox ab Attalis possessam regibus M. Perpenna capto Aristonico fecit tributariam. Cyprus devicta nullius adsignanda gloriae est; quippe senatus consulto, ministerio Catonis, regis morte, quam ille conscientia acciverat, facta provincia est. Creta Metelli ductu longissimae libertatis fine multata est. Syria Pontusque Cn. Pompei virtutis monumenta sunt.

39. Gallias primum a Domitio Fabioque, nepote Pauli, qui Allobrogicus vocatus est, intratas cum exercitu, magna mox clade nostra, saepe et adfectavimus et omisimus. Sed fulgentissimum C. Caesaris opus in his conspicitur; quippe eius ductu auspiciisque infractae paene idem, quod totus terrarum orbis, in aerarium conferunt stipendium. Ab eodem facta * * * Numidicus. Ciliciam perdomuit Isauricus et post bellum Antiochinum Vulso Manlius Gallograeciam. Bithynia, ut praediximus, testamento Nicomedis relicta hereditaria. Divus Augustus praeter Hispanias aliasque gentis, quarum titulis forum eius praenitet, paene idem facta Aegypto stipendiaria, quantum pater eius Galliis, in aerarium reditus contulit. At Ti. Caesar quam certam Hispanis parendi confessionem extorserat parens, Illyriis Delmatisque extorsit. Raetiam autem et Vindelicos ac Noricos Pannoniamque et Scordiscos novas imperio nostro subiunxit provincias. Ut has armis, ita auctoritate Cappadociam populo Romano fecit stipendiariam. Sed revertamur ad ordinem.

40. Secuta deinde Cn. Pompei militia, gloriae laborisne maioris incertum est. Penetratae cum victoria Media, Albania, Hiberia; deinde flexum agmen ad eas nationes, quae dextra atque intima Ponti incolunt, Colchos Heniochosque et Achaeos, et oppressus auspiciis Pompei, insidiis filii Pharnacis Mithridates, ultimus omnium iuris sui regum praeter Parthicos. Tum victor omnium quas adierat gentium Pompeius suoque et civium voto maior et per omnia fortunam hominis egressus revertit in Italiam. Cuius reditum favorabilem opinio fecerat; quippe plerique non sine exercitu venturum in urbem adfirmarunt et libertati publicae statuturum arbitrio suo modum. Quo magis hoc homines timuerant, eo gratior civilis tanti imperatoris reditus fuit: omni quippe Brundusii dimisso exercitu nihil praeter nomen imperatoris retinens cum privato comitatu, quem semper illi astare moris fuit, in urbem rediit magnificentissimumque de tot regibus per biduum egit triumphum longeque maiorem omni ante se inlata pecunia in aerarium, praeterquam a Paulo, ex manubiis intulit.

Absente Cn. Pompeio T. Ampius et T. Labienus tribuni plebis legem tulerant, ut is ludis circensibus corona aurea et omni cultu triumphantium uteretur, scaenicis autem praetexta coronaque aurea. Id ille non plus quam semel, et hoc sane nimium fuit, usurpare sustinuit. Huius viri fastigium tantis auctibus fortuna extulit, ut primum ex Africa, iterum ex Europa, tertio ex Asia triumpharet et, quot partes terrarum orbis sunt, totidem faceret monumenta victoriae suae. Numquam tamen eminentia invidia carent. Itaque et Lucullus et Metellus Creticus memor tamen acceptae iniuriae, non iniuste querens (quippe ornamentum triumphi eius captivos duces Pompeius subduxerat) et cum iis pars optimatum refragabatur, ne aut promissa civitatibus a Pompeio aut bene meritis praemia ad arbitrium eius persolverentur.

41. Secutus deinde est consulatus C. Caesaris, qui scribenti manum iniicit et quamlibet festinantem in se morari cogit. Hic nobilissima Iuliorum genitus familia et, quod inter omnis antiquitatis studiosos constabat, ab Anchise ac Venere deducens genus, forma omnium civium excellentissimus, vigore animi acerrimus, munificentia effusissimus, animo super humanam et naturam et fidem evector, magnitudine cogitationum, celeritate bellandi, patientia periculorum Magno illi Alexandro, sed sobrio neque iracundo simillimus, qui denique semper et cibo et somno in vitam, non in voluptatem uteretur, cum fuisset C. Mario sanguine coniunctissimus atque idem Cinnae gener, cuius filiam ut repudiaret nullo metu compelli potuit, cum M. Piso consularis Anniam, quae Cinnae uxor fuerat, in Sullae dimisisset gratiam, habuissetque fere duodeviginti annos eo tempore, quo Sulla rerum potitus est, magis ministris Sullae adiutoribusque partium quam ipso conquirentibus eum ad necem mutata veste dissimilemque fortunae suae indutus habitum nocte urbe elapsus est. Idem postea admodum iuvenis, cum a piratis captus esset, ita se per omne spatium, quo ab iis retentus est, apud eos gessit, ut pariter iis terrori venerationique esset, neque umquam aut nocte aut die (cur enim quod vel maximum est, si narrari verbis speciosis non potest, omittatur?) aut excalcearetur aut discingeretur, in hoc scilicet, ne si quando aliquid ex solito variaret, suspectus iis, qui oculis tantummodo eum custodiebant, foret.

42. Longum est narrare, quid et quotiens ausus sit, quanto opere conata eius qui obtinebat Asiam magistratus populi Romani metu suo destituerit. Illud referatur documentum tanti mox evasuri viri: quae nox eam diem secuta est, qua publica civitatum pecunia redemptus est, ita tamen, ut cogeret ante obsides a piratis civitatibus dari, et privatus et contracta classe tumultuaria invectus in eum locum, in quo ipsi praedones erant, partem classis fugavit, partem mersit, aliquot navis multosque mortalis cepit; laetusque nocturnae expeditionis triumpho ad suos revector est, mandatisque custodiae quos ceperat, in Bithyniam perrexit ad proconsulem Iuncum (idem enim eam Asiamque obtinebat) petens, ut auctor fieret sumendi de captivis supplicii: quod ille se facturum negasset venditurumque captivos dixisset (quippe sequebatur invidia inertiam), incredibili celeritate revector ad mare, priusquam de ea re ulli proconsulis redderentur epistulae, omnes, quos ceperat, suffixit cruci.

43. Idem mox ad sacerdotium ineundum (quippe absens pontifex factus erat in Cottae consularis locum, cum paene puer a Mario Cinnaque flamen dialis creatus victoria Sullae, qui omnia ab iis acta fecerat irrita, amisisset id sacerdotium) festinans in Italiam, ne conspiceretur a praedonibus omnia tunc obtinentibus maria et merito iam infestis sibi, quattuor scalmorum navem una cum duobus amicis decemque servis ingressus effusissimum Adriatici maris traiecit sinum. Quo quidem in cursu conspectis, ut putabat, piratarum navibus cum exuisset vestem alligassetque pugionem ad femur alterutri se fortunae parans, mox intellexit frustratum esse visum suum arborumque ex longinquo ordinem antemnarum praebuisse imaginem.

Reliqua eius acta in urbe, nobilissima Cn. Dolabellae accusatio et maior civitatis in ea favor, quam reis praestari solet, contentionesque civiles cum Q. Catulo atque aliis eminentissimis viris celeberrimae, et ante praeturam victus in maximi pontificatus petitione Q. Catulus, omnium

confessione senatus princeps, et restituta in aedilitate adversante quidem nobilitate monumenta C. Marii, simulque revocati ad ius dignitatis proscriptorum liberi, et praetura quaesturaque mirabili virtute atque industria obita in Hispania (cum esset quaestor sub Vetere Antistio, avo huius Veteris consularis atque pontificis, duorum consularium et sacerdotum patris, viri in tantum boni, in quantum humana simplicitas intellegi potest) quo notiora sunt, minus egent stilo.

44. Hoc igitur consule inter eum et Cn. Pompeium et M. Crassum inita potentiae societas, quae urbi orbique terrarum nec minus diverso cuique tempore ipsis exitiabilis fuit. Hoc consilium sequendi Pompeius causam habuerat, ut tandem acta in transmarinis provinciis, quibus, ut praediximus, multi obtrecebant, per Caesarem confirmarentur consulem, Caesar autem, quod animadvertibat se cedendo Pompei gloriae aucturum suam et invidia communis potentiae in illum relegata confirmaturum vires suas, Crassus, ut quem principatum solus adsequi non poterat, auctoritate Pompei, viribus teneret Caesaris, adfinitas etiam inter Caesarem Pompeiumque contracta nuptiis, quippe Iuliam, filiam C. Caesaris, Cn. Magnus duxit uxorem.

In hoc consulatu Caesar legem tulit, ut ager Campanus plebei divideretur, suasore legis Pompeio. Ita circiter viginti milia civium eo deducta et ius urbis restitutum post annos circiter centum quinquaginta duos quam bello Punico ab Romanis Capua in formam praefecturae redacta erat. Bibulus, collega Caesaris, cum actiones eius magis vellet impedire quam posset, maiore parte anni domi se tenuit. Quo facto dum augere vult invidiam collegae, auxit potentiam. Tum Caesari decretae in quinquennium Galliae.

45. Per idem tempus P. Clodius, homo nobilis, disertus, audax, quique neque dicendi neque faciendi ullum nisi quem vellet nosset modum, malorum propositorum executor acerrimus, infamis etiam sororis stupro et actus incesti reus ob initum inter religiosissima populi Romani sacra adulterium, cum graves inimicitias cum M. Cicerone exerceret (quid enim inter tam dissimiles amicum esse poterat?) et a patribus ad plebem transisset, legem in tribunatu tulit, qui civem Romanum indemnatum interemisset, ei aqua et igni interdiceretur: cuius verbis etsi non nominabatur Cicero, tamen solus petebatur. Ita vir optime meritis de re publica conservatae patriae pretium calamitatem exilii tulit. Non caruerunt suspicione oppressi Ciceronis Caesar et Pompeius. Hoc sibi contraxisse videbatur Cicero, quod inter viginti viros dividendo agro Campano esse nolisset. Idem intra biennium sera Cn. Pompei cura, verum ut coepit intenta, votisque Italiae ac decretis senatus, virtute atque actione Annii Milonis tribuni plebis dignitati patriaeque restitutus est. Neque post Numidici exilium aut reditum quisquam aut expulsus invidiosius aut receptus est laetius. Cuius domus quam infeste a Clodio disiecta erat, tam speciose a senatu restituta est.

Idem P. Clodius in tribunatu sub honorificentissimo ministerii titulo M. Catonem a re publica relegavit: quippe legem tulit, ut is quaestor cum iure praetorio, adiecto etiam quaestore, mitteretur in insulam Cyprum ad spoliandum regno Ptolemaeum, omnibus morum vitiis eam contumeliam meritum. Sed ille sub adventum Catonis vitae suae vim intulit. Unde pecuniam longe sperata maiorem Cato Romam retulit. Cuius integritatem laudari nefas est, insolentia paene argui potest, quod una cum consulibus ac senatu effusa civitate obviam, cum per Tiberim subiret navibus, non ante iis egressus est, quam ad eum locum pervenit, ubi erat exponenda pecunia.

46. Cum deinde inmanis res vix multis voluminibus explicandas C. Caesar in Gallia gereret nec contentus plurimis ac felicissimis victoriis innumerabilibusque caesis et captis hostium milibus etiam in Britanniam traiecisset exercitum, alterum paene imperio nostro ac suo quaerens orbem, vetus par consulum, Cn. Pompeius et M. Crassus, alterum iniere consulatum, qui neque petitus honeste ab iis neque probabiliter gestus est. Caesari lege, quam Pompeius ad populum tulit, prorogatae in idem spatium temporis provinciae, Crasso bellum Parthicum iam animo molienti Syria decreta. Qui vir cetera sanctissimus immunisque voluptatibus neque in pecunia neque in gloria concupiscenda aut modum norat aut capiebat terminum. Hunc proficiscentem in Syriam diris

cum omnibus tribuni plebis frustra retinere conati. Quorum execrationes si in ipsum tantummodo valuissent, utile imperatoris damnum salvo exercitu fuisset rei publicae. Transgressum Euphraten Crassum petentemque Seleuciam circumfusus inmanibus copiis equitum rex Orodes una cum parte maiore Romani exercitus interemit. Reliquias legionum C. Cassius, atrocissimi mox auctor facinoris, tum quaestor, conservavit Syriamque adeo in populi Romani potestate retinuit, ut transgressos in eam Parthos felici rerum eventu fugaret ac funderet.

47. Per haec insequentiaque et quae praediximus tempora amplius quadringenta milia hostium a C. Caesare caesa sunt, plura capta; pugnatum saepe directa acie, saepe in agminibus, saepe eruptionibus, bis penetrata Britannia, novem denique aestatibus vix ulla non iustissimus triumphus emeritus. Circa Alesiam vero tantae res gestae, quantas audere vix hominis, perficere paene nullius nisi dei fuerit.

Quarto ferme anno Caesar morabatur in Galliis, cum medium iam ex invidia potentiae et viva illa male cohaerentis inter Cn. Pompeium et C. Caesarem concordiae pignus Iulia, uxor Magni, decessit: atque omnia inter destinatos tanto discrimini duces dirimente fortuna filius quoque parvus Pompei, Iulia natus, intra breve spatium obiit. Tum in gladios caedesque civium furente ambitu, cuius neque finis reperiebatur nec modus, tertius consulatus soli Cn. Pompeio etiam adversantium antea dignitati eius iudicio delatus est, cuius ille honoris gloria veluti reconciliatis sibi optimatibus maxime a C. Caesare alienatus est; sed eius consulatus omnem vim in coërcitionem ambitus exercuit.

Quo tempore P. Clodius a Milone candidato consulatus exemplo inutili, facto salutari rei publicae circa Bovillas contracta ex occurso rixa iugulatus est. Milonem reum non magis invidia facti quam Pompei damnavit voluntas. Quem quidem M. Cato palam lata absolvit sententia. Qui si maturius tulisset, non defuissent qui sequerentur exemplum probarentque eum civem occisum, quo nemo perniciosior rei publicae neque bonis inimicior vixerat.

48. Intra breve deinde spatium belli civilis exarserunt initia, cum iustissimus quisque et a Caesare et a Pompeio vellet dimitti exercitus; quippe Pompeius in secundo consulatu Hispanias sibi decerni voluerat easque per triennium absens ipse ac praesidens urbi per Afranium et Petreium, consularem ac praetorium, legatos suos, administrabat et iis, qui a Caesare dimittendos exercitus contendebant, adsentabatur, iis, qui ab ipso quoque, adversabatur. Qui si ante biennium, quam ad arma itum est, perfectis muneribus theatri et aliorum operum, quae ei circumdedit, gravissima temptatus valetudine decessisset in Campania (quo quidem tempore universa Italia vota pro salute eius primi omnium civium suscepit) defuisset fortunae destruendi eius locus, et quam apud superos habuerat magnitudinem, inlibatam detulisset ad inferos. Bello autem civili et tot, quae deinde per continuos viginti annos consecuta sunt, malis non alius maiorem flagrantioreque quam C. Curio tribunus plebis subiecit facem, vir nobilis, eloquens, audax, suae alienaeque et fortunae et pudicitiae prodigus, homo ingeniosissime nequam et facundus malo publico cuius animo voluptatibus vel libidinibus neque opes ullae neque cupiditates sufficere possent. Hic primo pro Pompei partibus, id est, ut tunc habebatur, pro re publica, mox simulatione contra Pompeium et Caesarem, sed animo pro Caesare stetit. Id gratis an accepto centies sestertio fecerit, ut accepimus, in medio relinquemus. Ad ultimum saluberrimas coalescentis condiciones pacis, quas et Caesar iustissimo animo postulabat et Pompeius aequo recipiebat, discussit ac rupit, unice cavente Cicerone concordiae publicae.

Harum praeteritarumque rerum ordo cum iustis aliorum voluminibus promatur, tum, uti spero, nostris explicabitur. Hunc proposito operi sua forma reddatur, si prius gratulatus ero Q. Catulo, duobus Lucullis Metelloque et Hortensio, qui, cum sine invidia in re publica flourissent eminuissentque sine periculo, quieti aut certe non praecipitata fatali ante initium bellorum civilium morte functi sunt.

49. Lentulo et Marcello consulibus post urbem conditam annis septingentis et tribus, et annos octo et septuaginta ante quam tu, M. Vinici, consulatum inires, bellum civile exarsit. Alterius ducis causa melior videbatur, alterius erat firmior: hic omnia speciosa, illic valentia: Pompeium senatus auctoritas, Caesarem militum armavit fiducia. Consules senatusque causae non Pompeio summam imperii detulerunt. Nihil relictum a Caesare, quod servandae pacis causa temptari posset, nihil receptum a Pompeianis, cum alter consul iusto esset ferocior, Lentulus vero salva re publica salvus esse non posset, M. autem Cato moriendum ante, quam ullam condicionem civis accipiendam rei publicae contenderet. Vir antiquus et gravis Pompei partes laudaret magis, prudens sequeretur Caesaris, et illa gloriosiora, haec terribiliora duceret.

Ut deinde spretis omnibus quae Caesar postulaverat, tantummodo contentus cum una legione titulum retinere provinciae, privatus in urbem veniret et se in petitione consulatus suffragiis populi Romani committeret decrevere, ratus bellandum Caesar cum exercitu Rubiconem transiit. Cn. Pompeius consulesque et maior pars senatus relicta urbe ac deinde Italia transmisere Dyrrachium.

50. At Caesar Domitio legionibusque, Corfinii quae una cum eo fuerant, potitus, duce aliisque, qui voluerant abire ad Pompeium, sine dilatione dimissis, persecutus Brundisium, ita ut appareret malle integris rebus et condicionibus finire bellum quam opprimere fugientis, cum transgressos reperisset consules, in urbem revertit redditaque ratione consiliorum suorum in senatu et in contione ac miserrimae necessitudinis, cum alienis armis ad arma compulsus esset, Hispanias petere decrevit.

Festinationem itineris eius aliquamdiu morata Massilia est, fide melior quam consilio prudentior, intempestive principalium armorum arbitria captans, quibus hi se debent interponere, qui non parentem coërcere possunt. Exercitus deinde, qui sub Afranio consulari ac Petreio praetorio fuerat, ipsius adventus vigore ac fulgore occupatus se Caesari tradidit; uterque legatorum et quisquis cuiusque ordinis sequi eos voluerat, remissi ad Pompeium.

51. Proximo anno cum Dyrrachium ac vicina ei urbi regio castris Pompei obtineretur, qui accitis ex omnibus transmarinis provinciis legionibus, equitum ac peditum auxiliis, regumque et tetrarcharum simulque dynastarum copiis inmanem exercitum confecerat et mare praesidiis classium, ut rebatur, saepserat, quo minus Caesar legiones posset transmittere, sua et celeritate et fortuna C. Caesar usus nihil in mora habuit, quo minus eo quo vellet ipse exercitusque classibus perveniret, et primo paene castris Pompei sua iungeret, mox etiam obsidione munimentisque eum complecteretur. Sed inopia obsidentibus quam obsessis erat gravior. Tum Balbus Cornelius excedente humanam fidem temeritate ingressus castra hostium saepiusque cum Lentulo conlocutus consule, dubitante quanti se venderet, illis incrementis fecit viam, quibus non in Hispania ex cive natus, sed Hispanus, in triumphum et pontificatum adsurgeret fieretque ex privato consularis. Variatum deinde proeliis, sed uno longe magis Pompeianis prospero, quo graviter impulsi sunt Caesaris milites.

52. Tum Caesar cum exercitu fatalem victoriae suae Thessaliam petiit. Pompeius, longe diversa aliis suadentibus, quorum plerique hortabantur, ut in Italiam transmitteret (neque hercules quidquam partibus illis salubrius fuit), alii, ut bellum traheret, quod dignatione partium in dies ipsis magis prosperum fieret, usus impetu suo hostem secutus est.

Aciem Pharsalicam et illum cruentissimum Romano nomini diem tantumque utriusque exercitus profusum sanguinis et conlisa inter se duo rei publicae capita effossumque alterum Romani imperii lumen et tot talesque Pompeianarum partium caesos viros non recipit enarranda hic scripturae modus. Illud notandum est: ut primum C. Caesar inclinatam vidit Pompeianorum aciem, neque prius neque antiquius quidquam habuit, quam ut in omnes partes,* * * ut militari verbo ex consuetudine utar, dimitteret. Pro dii immortales, quod huius voluntatis erga Brutum suae postea vir tam mitis pretium tulit! Nihil in illa victoria mirabilius, magnificentius, clarius fuit, quam quod

neminem nisi acie consumptum civem patria desideravit: sed munus misericordiae corrumpit pertinacia, cum libentius vitam victor iam daret, quam victi acciperent.

53. Pompeius profugiens cum duobus Lentulis consularibus Sextoque filio et Favonio praetorio, quos comites ei fortuna adgregaverat, aliis, ut Parthos, aliis, ut Africam peteret, in qua fidelissimum partium suarum haberet regem Iubam, suadentibus, Aegyptum petere proposuit memor beneficiorum, quae in patrem eius Ptolemaei, qui tum puero quam iuveni propior regnabat Alexandriae, contulerat. Sed quis in adversis beneficiorum servat memoriam? Aut quis ullam calamitosis deberi putat gratiam? Aut quando fortuna non mutat fidem? Missi itaque ab rege, qui venientem Cn. Pompeium (is iam a Mytilenis Corneliā uxorem receptam in navem fugae comitem habere coeperat) consilio Theodoti et Achillae exciperent hortarenturque, ut ex oneraria in eam navem, quae obviam processerat, transcenderet; quod cum fecisset, princeps Romani nominis imperio arbitrioque Aegyptii mancipii C. Caesare P. Servilio consulibus iugulatus est. Hic post tres consulatus et totidem triumphos domitumque terrarum orbem sanctissimi atque praestantissimi viri in id evecti, super quod ascendi non potest, duodesexagesimum annum agentis pridie natalem ipsius vitae fuit exitus, in tantum in illo viro a se discordante fortuna, ut cui modo ad victoriam terra defuerat, deesset ad sepulturam.

Quid aliud quam nimium occupatos dixerim, quos in aetate et tanti et paene nostri saeculi viri fefellit quinquennium, cum a C. Atilio et Q. Servilio consulibus tam facilis esset annorum digestio? Quod adieci, non ut arguerem, sed ne arguerer.

54. Non fuit maior in Caesarem, quam in Pompeium fuerat, regis eorumque, quorum is auctoritate regebatur, fides. Quippe cum venientem eum temptassent insidiis ac deinde bello lacessere auderent, utriusque summorum imperatorum, alteri mortuo, alteri superstiti meritas poenas luere suppliciiis.

Nusquam erat Pompeius corpore, adhuc ubique vivebat nomine. Quippe ingens partium eius favor bellum excitaverat Africum, quod ciebat rex Iuba et Scipio, vir consularis, ante biennium quam extingueretur Pompeius, lectus ab eo socer, eorumque copias auxerat M. Cato, ingenti cum difficultate itinerum locorumque inopia perductis ad eos legionibus. Qui vir cum summum ei a militibus deferretur imperium, honoratori parere maluit.

55. Admonet promissae brevitatis fides, quanto omnia transcurso dicenda sint. Sequens fortunam suam Caesar pervectus in Africam est, quam occiso C. Curione, Iulianarum duce partium, Pompeiani obtinebant exercitus. Ibi primo varia fortuna, mox pugnavit sua, inclinataeque hostium copiae: nec dissimilis ibi adversus victos quam in priores clementia Caesaris fuit.

Victorem Africani belli Caesarem gravius excepit Hispaniense (nam victus ab eo Pharnaces vix quidquam gloriae eius adstruxit), quod Cn. Pompeius, Magni filius, adolescens impetus ad bella maximi, ingens ac terribile conflaverat, undique ad eum adhuc paterni nominis magnitudinem sequentium ex toto orbe terrarum auxiliis confluentibus. Sua Caesarem in Hispaniam comitata fortuna est, sed nullum umquam atrocius periculosiusque ab eo initum proelium, adeo ut plus quam dubio Marte descenderet equo consistensque ante recedentem suorum aciem, increpata prius fortuna, quod se in eum servasset exitum, denuntiaret militibus vestigio se non recessurum: proinde viderent, quem et quo loco imperatorem deserturi forent. Verecundia magis quam virtute acies restituta, et a duce quam a milite fortius. Cn. Pompeius gravis vulnere inventus inter solitudines avias interemptus est; Labienum Varumque acies abstulit.

56. Caesar omnium victor regressus in urbem, quod humanam excedat fidem, omnibus, qui contra se arma tulerant, ignovit, magnificentissimisque gladiatorii muneris, naumachiae et equitum peditumque, simul elephantorum certaminis spectaculis epulique per multos dies dati celebratione replevit eam. Quinque egit triumphos: Gallici apparatus ex citro, Pontici ex acantho, Alexandrini

testudine, Africi ebore, Hispaniensis argento rasili constitit. Pecunia ex manubiis lata paulo amplius sexiens miliens sestertium.

Neque illi tanto viro et tam clementer omnibus victoriis suis uso plus quinque mensium principalis quies contigit. Quippe cum mense Octobri in urbem revertisset, idibus Martiis, coniurationis auctoribus Bruto et Cassio, quorum alterum promittendo consulatum non obligaverat, contra differendo Cassium offenderat, adiectis etiam consiliariis caedis familiarissimis omnium et fortuna partium eius in summum evertis fastigium, D. Bruto et C. Trebonio aliisque clari nominis viris, interemptus est. Cui magnam invidiam conciliarat M. Antonius, omnibus audendis paratissimus, consulatus collega, inponendo capiti eius Lupercalibus sedentis pro rostris insigne regium, quod ab eo ita repulsum erat, ut non offensus videretur.

57. Laudandum experientia consilium est Pansae atque Hirtii, qui semper praedixerant Caesari ut principatum armis quaesitum armis teneret. Ille dictitans mori se quam timere malle dum clementiam, quam praestiterat, expectat, incautus ab ingratis occupatus est, cum quidem plurima ei praesagia atque indicia dii immortales futuri obtulissent periculi. Nam et haruspices praemonuerant, ut diligentissime iduum Martiarum caveret diem, et uxor Calpurnia territa nocturno visu, ut ea die domi subsisteret, orabat, et libelli coniurationem nuntiantes dati neque protinus ab eo lecti erant. Sed profecto ineluctabilis fatorum vis, cuiuscumque fortunam mutare constituit, consilia corrumpit.

58. Quo anno id patravere facinus Brutus et Cassius, praetores erant, D. Brutus consul designatus. hi una cum coniurationis globo, stipati gladiatorum D. Bruti manu, Capitolium occupavere. Tum consul Antonius (quem cum simul interimendum censuisset Cassius testamentumque Caesaris abolendum, Brutus repugnauerat dictitans nihil amplius civibus praeter tyranni —ita enim appellari Caesarem facto eius expediebat— petendum esse sanguinem) convocato senatu, cum iam Dolabella, quem substituturus sibi Caesar designaverat consulem, fasces atque insignia corripuisset consulis, velut pacis auctor liberos suos obsides in Capitolium misit fidemque descendendi tuto interfectoibus Caesaris dedit. Et illud decreti Atheniensium celeberrimi exemplum, relatum a Cicerone, oblivionis praeteritarum rerum decreto patrum comprobatum est.

59. Caesaris deinde testamentum apertum est, quo C. Octavium, nepotem sororis suae Iuliae, adoptabat. De cuius origine, etiam si praeveniet, pauca dicenda sunt. Fuit C. Octavius ut non patricia, ita admodum speciosa equestri genitus familia, gravis, sanctus, innocens, dives. Hic praetor inter nobilissimos viros creatus primo loco, cum ei dignatio Iulia genitam Atiam conciliasset uxorem, ex eo honore sortitus Macedoniam appellatusque in ea imperator, decedens ad petitionem consulatus obiit praetextato relicto filio. Quem C. Caesar, maior eius avunculus, educatum apud Philippum vitricum dilexit ut suum, natumque annos duodeviginti Hispaniensis militiae adsecutum se postea comitem habuit, numquam aut alio usum hospitio quam suo aut alio vectum vehiculo, pontificatusque sacerdotio puerum honoravit. Et patris bellis civilibus ad erudiendam liberalibus disciplinis singularis indolem iuvenis Apolloniam eum in studia miserat, mox belli Getici ac deinde Parthici habiturus commilitonem. Cui ut est nuntiatum de caede avunculi, cum protinus ex vicinis legionibus centuriones suam suorumque militum operam ei pollicerentur neque eam spernendam Salvidienus et Agrippa dicerent, ille festinans pervenire in urbem omnem ordinem ac rationem et necis et testamenti Brundusii comperit. Cui adventanti Romam inmanis amicorum occurrit frequentia, et cum intraret urbem, solis orbis super caput eius curvatus aequaliter rotundatusque in colorem arcus velut coronam tanti mox viri capiti imponens conspectus est.

60. Non placebat Atiae matri Philippoque vitrico adiri nomen invidiosae fortunae Caesaris, sed adserebant salutaria rei publicae terrarumque orbis fata conditorem conservatoremque Romani nominis. Sprevit itaque caelestis animus humana consilia et cum periculo potius summa quam tuto humilia proposuit sequi maluitque avunculo et Caesari de se quam vitrico credere, dictitans nefas

esse, quo nomine Caesari dignus esset visus, semet ipsum sibi videri indignum. Hunc protinus Antonius consul superbe excipit (neque is erat contemptus, sed metus) vixque admissio in Pompeianos hortos loquendi secum tempus dedit, mox etiam velut insidiis eius petitus sceleste insimulare coepit, in quo turpiter deprehensa eius vanitas est. Aperte deinde Antonii ac Dolabellae consulum ad nefandam dominationem erupit furor. Sestertium septiens miliens, depositum a C. Caesare ad aedem Opis, occupatum ab Antonio, actorum eiusdem insertis falsis civitatibus inmunitatibusque corrupti commentarii atque omnia pretio temperata, vendente rem publicam consule. Idem provinciam D. Bruto designato consuli decretam Galliam occupare statuit, Dolabella transmarinas decrevit sibi; interque naturaliter dissimillimos ac diversa volentis crescebat odium, eoque C. Caesar iuvenis cotidianis Antonii petebatur insidiis.

61. Torpebat oppressa dominatione Antonii civitas. Indignatio et dolor omnibus, vis ad resistendum nulli aderat, cum C. Caesar undevicesimum annum ingressus, mira ausus ac summa consecutus privato consilio maiorem senatu pro re publica animum habuit primumque a Calatia, mox a Casilino veteranos excivit paternos; quorum exemplum secuti alii brevi in formam iusti coiere exercitus. Mox cum Antonius occurrisset exercitui, quem ex transmarinis provinciis Brundisium venire iusserat, legio Martia et quarta cognita et senatus voluntate et tanti iuvenis indole sublatis signis ad Caesarem se contulerunt. Eum senatus honoratum equestri statua, quae hodieque in rostris posita aetatem eius scriptura indicat (qui honor non alii per trecentos annos quam L. Sullae et Cn. Pompeio et C. Caesari contigerat), pro praetore una cum consulibus designatis Hirtio et Pansa bellum cum Antonio gerere iussit. Id ab eo annum agente vicesimum fortissime circa Mutinam administratum est et D. Brutus obsidione liberatus. Antonius turpi ac nuda fuga coactus deserere Italiam, consulum autem alter in acie, alter post paucos dies ex vulnere mortem obiit.

62. Omnia ante quam fugaretur Antonius honorifice a senatu in Caesarem exercitumque eius decreta sunt maxime auctore Cicerone; sed ut recessit metus, erupit voluntas protinusque Pompeianis partibus rediit animus. Bruto Cassioque provinciae, quas iam ipsi sine ullo senatus consulto occupaverant, decretae, laudati quicumque se iis exercitus tradidissent, omnia transmarina imperia eorum commissa arbitrio. Quippe M. Brutus et C. Cassius, nunc metuentes arma Antonii, nunc ad augendam eius invidiam simulantes se metuere, testati edictis libenter se vel in perpetuo exilio victuros, dum rei publicae constaret concordia, nec ullam belli civilis praebituros materiam, plurimum sibi honoris esse in conscientia facti sui, profecti urbe atque Italia, intento ac pari animo sine auctoritate publica provincias exercitusque occupaverant et, ubicumque ipsi essent, praetextes esse rem publicam, pecunias etiam, quae ex transmarinis provinciis Romam ab quaestoribus deportabantur, a volentibus acceperant. Quae omnia senatus decretis comprehensa et comprobata sunt et D. Bruto, quod alieno beneficio viveret, decretus triumphus, Pansae atque Hirtii corpora publica sepultura honorata, Caesaris adeo nulla habita mentio, ut legati, qui ad exercitum eius missi erant, iuberentur summoto eo milites adloqui. Non fuit tam ingratus exercitus, quam fuerat senatus; nam cum eam iniuriam dissimulando Caesar ipse ferret, negavere milites sine imperatore suo ulla se audituros mandata. Hoc est illud tempus, quo Cicero insito amore Pompeianarum partium Caesarem laudandum et tollendum censebat, cum aliud diceret, aliud intellegi vellet.

63. Interim Antonius fuga transgressus Alpes, primo per colloquia repulsus a M. Lepido, qui pontifex maximus in C. Caesaris locum furto creatus decreta sibi Hispania adhuc in Gallia morabatur, mox saepius in conspectum veniens militum (cum et Lepido omnes imperatores forent meliores et multis Antonius, dum erat sobrius), per aversa castrorum proruto vallo a militibus receptus est. Qui titulo imperii cedebat Lepido, cum summa virium penes eum foret. Sub Antonii ingressum in castra Iuventius Laterensis, vir vita ac morte consentaneus, cum acerrime suasisset

Lepido, ne se cum Antonio hoste iudicato iungeret, inritus consilii gladio se ipse transifigit. Plancus deinde dubia, id est sua, fide, diu quarum esset partium secum luctatus ac sibi difficile consentiens, et nunc adiutor D. Bruti designati consulis, collegae sui, senatuique se litteris vendicans, mox eiusdem proditor, Asinius autem Pollio firmus proposito et Iulianis partibus fidus, Pompeianis adversus, uterque exercitus tradidit Antonio.

64. D. Brutus desertus primo a Planco, postea etiam insidiis eiusdem petitus, paulatim relincente eum exercitu fugiens in hospitis cuiusdam nobilis viri, nomine Cameli, domo ab iis, quos miserat Antonius, iugulatus est iustissimasque optime de se merito viro C. Caesari poenas dedit, cuius cum primus omnium amicorum fuisset, interfector fuit et fortunae, ex qua fructum tulerat, invidiam in auctorem relegabat censebatque aequum, quae acceperat a Caesare retinere, Caesarem, qui illa dederat, perire.

Haec sunt tempora, quibus M. Tullius continuis actionibus aeternas Antonii memoriae inussit notas, sed hic fulgentissimo et caelesti ore, at tribunus Cannutius canina rabie lacerabat Antonium. Utrique vindicta libertatis morte stetit; sed tribuni sanguine commissa proscriptio, Ciceronis velut satiatio Antonio paene finita. Lepidus deinde a senatu hostis iudicatus est, ut ante fuerat Antonius.

65. Tum inter eum Caesaremque et Antonium commercia epistularum et condicionum facta mentio, cum Antonius subinde Caesarem admoneret, quam inimicae ipsi Pompeianae partes forent et in quod iam emersissent fastigium et quanto Ciceronis studio Brutus Cassiusque attollerentur, denuntiaretque se cum Bruto Cassioque, qui iam decem et septem legionum potentes erant, iuncturum vires suas, si Caesar eius aspernaretur concordiam, diceretque plus Caesarem patris quam se amici ultioni debere. Tum inita potentiae societas et hortantibus orantibusque exercitibus inter Antonium etiam et Caesarem facta adfinitas, cum esset privigna Antonii desponsata Caesari. Consulatumque iniiit Caesar pridie quam viginti annos impleret decimo Kal. Octobres cum collega Q. Pedio post urbem conditam annis septingentis et novem, ante duos et septuaginta, quam tu, M. Vinici, consulatum inires.

Vidit hic annus Ventidium, per quam urbem inter captivos Picientium in triumpho ductus erat, in ea consularem praetextam iungentem praetoria. Idem hic postea triumphavit.

66. Furente deinde Antonio simulque Lepido, quorum uterque, ut praediximus, hostes iudicati erant, cum ambo mallent sibi nuntiari, quid passi essent, quam quid meruissent, repugnante Caesare, sed frustra adversus duos, instauratum Sullani exempli malum, proscriptio. Nihil tam indignum illo tempore fuit, quam quod aut Caesar aliquem proscribere coactus est aut ab ullo Cicero proscriptus est. Abscisaeque scelere Antonii vox publica est, cum eius salutem nemo defendisset, qui per tot annos et publicam civitatis et privatam civium defenderat. Nihil tamen egisti, M. Antoni, (cogit enim excedere propositi formam operis erumpens animo ac pectore indignatio) nihil, inquam, egisti mercedem caelestissimi oris et clarissimi capitis abscisi numerando auctoramentoque funebri ad conservatoris quondam rei publicae tantique consulis inritando necem. Rapuisti tu M. Ciceroni lucem sollicitam et aetatem senilem et vitam miseriorem te principe quam sub te triumviro mortem, famam vero gloriamque factorum atque dictorum adeo non abstulisti, ut auxeris. Vivit vivetque per omnem saeculorum memoriam, dumque hoc vel forte vel providentia vel utcumque constitutum rerum naturae corpus, quod ille paene solus Romanorum animo vidit, ingenio complexus est, eloquentia inluminavit, manebit incolume, comitem aevi sui laudem Ciceronis trahet omnisque posteritas illius in te scripta mirabitur, tuum in eum factum execrabitur citiusque e mundo genus hominum quam Ciceronis nomen cedit huius.

67. Huius totius temporis fortunam ne deflere quidem quisquam satis digne potuit, adeo nemo exprimere verbis potest. Id tamen notandum est, fuisse in proscriptos uxorum fidem summam, libertorum mediam, servorum aliquam, filiorum nullam: adeo difficilis est hominibus utcumque

conceptae spei mora. Ne quid ulli sanctum relinqueretur, velut in dotem invitamentumque sceleris Antonius L. Caesarem avunculum, Lepidus Paulum fratrem proscripserant; nec Planco gratia defuit ad impetrandum, ut frater eius Plancus Plotius proscriberetur. Eoque inter iocos militaris, qui curram Lepidi Plancique secuti erant, inter execrationem civium usurpabant hunc versum:

De germanis, non de Gallis duo triumphant consules.

68. Suo praeteritum loco referatur; neque enim persona umbram actae rei capit. Dum in acie Pharsalica acriter de summa rerum Caesar dimicat, M. Caelius, vir eloquio animoque Curioni simillimus, sed in utroque perfectior nec minus ingeniose nequam, cum ne modica quidem re servari posset (quippe peior illi res familiaris quam mens erat), in praetura novarum tabularum auctor extitit nequique senatus et consulis auctoritate deterreri; accito etiam Milone Annio, qui non impetrato reditu Iulianis partibus infestus erat, in urbe seditionem, in agris haud occulte bellicum tumultum movens, primo summotus a re publica, mox consularibus armis auctore senatu circa Thurios oppressus est. In incepto pari similis fortuna Milonis fuit, qui Compsam in Hirpinis oppugnans ictusque lapide cum P. Clodio, tum patriae, quam armis petebat, poenas dedit, vir iniquus et ultra fortem temerarius.

Quatenus autem aliquid ex omissis peto, notetur immodica et intempestiva libertate usos adversus C. Caesarem Marullum Epidium Flavumque Caesetium tribunos plebis, dum arguunt in eo regni voluntatem, paene vim dominationis expertos. In hoc tamen saepe lacesciti principis ira excessit, ut censoria potius contentus nota quam animadversione dictatoria summovertet eos a re publica testareturque esse sibi miserrimum, quod aut natura sua ei excedendum foret aut minuenda dignitas. Sed ad ordinem revertendum est.

69. Iam et Dolabella in Asia C. Trebonium consularem, cui succedebat, fraude deceptum Zmyrnae occiderat, virum adversus merita Caesaris ingrattissimum participemque caedis eius, a quo ipse in consulare proventus fastigium fuerat; et C. Cassius acceptis a Statio Murco et Crispo Marcio, praetoriis viris imperatoribusque, praevalidis in Syria legionibus, inclusum Dolabellam, qui praeoccupata Asia in Syriam pervenerat, Laodiciae expugnata ea urbe interfecerat (ita tamen, ut ad ictum servi sui Dolabella non segniter cervicem daret) et decem legiones in eo tractu sui iuris fecerat; et M. Brutus C. Antonio, fratri M. Antonii, in Macedonia Vatinioque circa Dyrrachium volentis legiones extorserat (sed Antonium bello lacesciet, Vatinium dignatione obruerat, cum et Brutus cuilibet ducum praeferendus videretur et Vatinium nulli non esset postferendus, in quo deformitas corporis cum turpitudine certabat ingenii, adeo ut animus eius dignissimo domicilio inclusus videretur) eratque septem legionibus validus.

At lege Pedia, quam consul Peditus collega Caesaris tulerat, omnibus, qui Caesarem patrem interfecerant, aqua ignique interdictum erat. Quo tempore Capito, patruus meus, vir ordinis senatorii, Agrippae subscripsit in C. Cassium. Dumque ea in Italia geruntur, acri atque prosperrimo bello Cassius Rhodum, rem inmanis operis, ceperat, Brutus Lycios devicerat, et inde in Macedoniam exercitus traiecerant, cum per omnia repugnans naturae suae Cassius etiam Bruti clementiam vinceret. Neque reperias, quos aut pronior fortuna comitata sit aut veluti fatigata maturius destituerit quam Brutum et Cassium.

70. Tum Caesar et Antonius traiecerunt exercitus in Macedoniam et apud urbem Philippos cum Bruto Cassioque acie concurrerunt. Cornu, cui Brutus praeerat, impulsis hostibus castra Caesaris cepit (nam ipse Caesar, etiamsi infirmissimus valetudine erat, obibat munia ducis, oratus etiam ab Artorio medico, ne in castris remaneret, manifesta denuntiatione quietis territo), id autem, in quo Cassius fuerat, fugatum ac male mulcatum in altiora se receperat loca. Tum Cassius ex sua fortuna eventum collegae aestimans, cum dimisisset evocatum iussissetque nuntiare sibi, quae esset multitudo ac vis hominum, quae ad se tenderet, tardius eo nuntiante, cum in vicino esset agmen cursu ad eum tendentium neque pulvere facies aut signa denotari possent, existimans hostes esse,

qui irruerent, lacerna caput circumdedit extentamque cervicem interritus liberto praebuit. Deciderat Cassii caput, cum evocatus advenit nuntians Brutum esse victorem. Qui cum imperatorem prostratum videret, sequar, inquit, eum, quem mea occidit tarditas, et ita in gladium incubuit.

Post paucos deinde dies Brutus conflixit cum hostibus et victus acie cum in tumultum nocte ex fuga se recepisset, impetravit a Stratone Aegeate, familiari suo, ut manum morituro commodaret sibi; reiectoque laevo super caput brachio, cum mucronem gladii eius dextera tenens sinistrae admovisset mammillae ad eum ipsum locum, qua cor emicat, impellens se in vulnus uno ictu transfixus expiravit protinus.

71. Messalla, fulgentissimus iuvenis, proximus in illis castris Bruti Cassiique auctoritati, cum essent qui eum ducem poscerent, servari beneficio Caesaris maluit quam dubiam spem armorum temptare amplius; nec aut Caesari quidquam ex victoriis suis fuit laetius quam servasse Corvinum aut maius exemplum hominis grati ac pii, quam Corvinus in Caesarem fuit. Non aliud bellum cruentius caede clarissimorum virorum fuit. Tum Catonis filius cecidit; eadem Lucullum Hortensiumque, eminentissimorum civium filios, fortuna abstulit; nam Varro ad ludibrium moriturus Antonii digna illo ac vera de exitu eius magna cum libertate ominatus est. Drusus Livius, Iuliae Augustae pater, et Varus Quintilius ne temptata quidem hostis misericordia alter se ipse in tabernaculo interemit, Varus autem liberti, quem id facere coegerat, manu, cum se insignibus honorum velasset, iugulatus est.

72. Hunc exitum M. Bruti partium septimum et tricesimum annum agentis fortuna esse voluit, incorrupto animo eius in diem, quae illi omnes virtutes unius temeritate facti abstulit. Fuit autem dux Cassius melior, quanto vir Brutus: e quibus Brutum amicum habere malles, inimicum magis timeres Cassium; in altero maior vis, in altero virtus: qui si vicissent, quantum rei publicae interfuit Caesarem potius habere quam Antonium principem, tantum retulisset habere Brutum quam Cassium.

Cn. Domitius, pater L. Domitii nuper a nobis visi, eminentissimae ac nobilissimae simplicitatis viri, avus huius Cn. Domitii, clarissimi iuvenis, occupatis navibus cum magno sequentium consilia sua comitatu fugae fortunaeque se commisit, semet ipso contentus duce partium. Staius Murcus, qui classi et custodiae maris praefuerat, cum omni commissa sibi parte exercitus naviumque Sex. Pompeium, Cn. Magni filium, qui ex Hispania revertens Siciliam armis occupaverat, petiit. Ad quem et e Brutianis castris et ex Italia aliisque terrarum partibus, quos praesenti periculo fortuna subduxerat, proscripti confluebant: quippe nullum habentibus statum quilibet dux erat idoneus, cum fortuna non electionem daret, sed perflugium ostenderet, exitialemque tempestatem fugientibus statio pro portu foret.

73. Hic adulescens erat studiis rudis, sermone barbarus, impetu strenuus, manu promptus, cogitatu celer, fide patri dissimillimus, libertorum suorum libertus servorumque servus, speciosis invidens, ut pareret humillimis. Quem senatus paene totus adhuc e Pompeianis constans partibus post Antonii a Mutina fugam eodem illo tempore, quo Bruto Cassioque transmarinas provincias decreverat, revocatum ex Hispania, ubi adversus eum clarissimum bellum Pollio Asinius praetorius gesserat, in paterna bona restituerat et orae maritimae praefecerat. Is tum, ut praediximus, occupata Sicilia servitia fugitivosque in numerum exercitus sui recipiens magnum modum legionum effecerat perque Menam et Menecraten paternos libertos, praefectos classium, latrociniis ac praedationibus infestato mari ad se exercitumque tuendum raptio utebatur, cum eum non depuderet vindicatum armis ac ductu patris sui mare infestare piraticis sceleribus.

74. Fractis Brutianis Cassianisque partibus Antonius transmarinas obiturus provincias substitit. Caesar in Italiam se recepit eamque longe quam speraverat tumultuosiore repperit. Quippe L. Antonius consul, vitiorum fratris sui consors, sed virtutum, quae interdum in illo erant,

expers, modo apud veteranos criminatus Caesarem, modo eos, qui iussa divisione praediorum nominatisque coloniis agros amiserant, ad arma conciens magnum exercitum conflaverat. Ex altera parte uxor Antonii Fulvia, nihil muliebri praeter corpus gerens, omnia armis tumultuque miscebat. Haec belli sedem Praeneste ceperat; Antonius pulsus undique viribus Caesaris Perusiam se contulerat: Plancus, Antonianarum adiutor partium, spem magis ostenderat auxilii, quam opem ferebat Antonio. Usus Caesar virtute et fortuna sua Perusiam expugnavit. Antonium inviolatum dimisit, in Perusinos magis ira militum quam voluntate saevitum ducis: urbs incensa, cuius initium incendii princeps eius loci fecit Macedonicus, qui subiecto rebus ac penatibus suis igni transfixum se gladio flammae intulit.

75. Per eadem tempora exarserat in Campania bellum, quod professus eorum, qui perdiderant agros, patrocinium ciebat Ti. Claudius Nero praetorius et pontifex, Ti. Caesaris pater, magni vir animi doctissimique et ingenii. Id quoque adventu Caesaris sepultum atque discussum est.

Quis fortunae mutationes, quis dubios rerum humanarum casus satis mirari queat? Quis non diversa praesentibus contrariaque expectatis aut speret aut timeat? Livia, nobilissimi et fortissimi viri Drusi Claudiani filia, genere, probitate, forma Romanarum eminentissima, quam postea coniugem Augusti vidimus, quam transgressi ad deos sacerdotem ac filiam, tum fugiens mox futuri sui Caesaris arma ac manus bimum hunc Tiberium Caesarem, vindicem Romani imperii futurumque eiusdem Caesaris filium, gestans sinu, per avia itinerum vitatis militum gladiis uno comitante, quo facilius occultaretur fuga, pervenit ad mare et cum viro Nerone pervecta in Siciliam est.

76. Quod alieno testimonium redderem, eo non fraudabo avum meum. Quippe C. Velleius, honoratissimo inter illos trecentos et sexaginta iudices loco a Cn. Pompeio lectus, eiusdem Marcique Bruti ac Ti. Neronis praefectus fabrum, vir nulli secundus, in Campania digressu Neronis a Neapoli, cuius ob singularem cum eo amicitiam partium adiutor fuerat, gravis iam aetate et corpore cum comes esse non posset, gladio se ipse transfixit.

Inviolatam excedere Italia Caesar passus est Fulviam Plancumque, muliebris fugae comitem. Nam Pollio Asinius cum septem legionibus, diu retenta in potestate Antonii Venetia, magnis speciosisque rebus circa Altinum aliasque eius regionis urbes editis, Antonium petens, vagum adhuc Domitium, quem digressum e Brutianis castris post caedem eius praediximus et propriae classis factum ducem, consiliis suis inlectum ac fide data iunxit Antonio: quo facto, quisquis aequum se praestiterit, sciat non minus a Pollione in Antonium quam ab Antonio in Pollionem esse conlatum. Adventus deinde in Italiam Antonii apparatusque contra eum Caesaris habuit belli metum, sed pax circa Brundisium composita.

Per quae tempora Rufi Salvidieni scelestia consilia patefacta sunt. Qui natus obscurissimis initiis parum habebat summa accepisse et proximus a Cn. Pompeio ipsoque Caesare equestris ordinis consul creatus esse, nisi in id ascendisset, e quo infra se et Caesarem videret et rem publicam.

77. Tum expostulante consensu populi, quem gravis urebat infesto mari annona, cum Pompeio quoque circa Misenum pax inita, qui haud absurde, cum in navi Caesaremque et Antonium cena exciperet, dixit in carinis suis se cenam dare, referens hoc dictum ad loci nomen, in quo paterna domus ab Antonio possidebatur. In hoc pacis foedere placuit Siciliam Achaiamque Pompeio concedere, in quo tamen animus inquietus manere non potuit. Id unum tantummodo salutare adventu suo patriae attulit, quod omnibus proscriptis aliisque, qui ad eum ex diversis causis fugerant, reditum salutemque pactus est: quae res et alios clarissimos viros et Neronem Claudium et M. Silanum Sentiumque Saturninum et Arruntium ac Titium restituit rei publicae. Statium autem Murcum, qui adventu suo classisque celeberrimae vires eius duplicaverat, insimulatum falsis criminationibus, quia talem virum collegam officii Mena et Menecrates fastidierant, Pompeius in Sicilia interfecerat.

78. Hoc tractu temporum Octaviam, sororem Caesaris, M. Antonius duxit uxorem. Redierat Pompeius in Siciliam, Antonius in transmarinas provincias, quas magnis momentis Labienus, ex Brutianis castris profectus ad Parthos, perducto eorum exercitu in Syriam interfectoque legato Antonii concusserat: qui virtute et ductu Ventidii una cum Parthorum copiis celeberrimoque iuvenum Pacoro, regis filio, extinctus est.

Caesar per haec tempora, ne res disciplinae inimicissima, otium, corrumperet militem, crebris in Illyrico Delmatiaque expeditionibus patientia periculorum bellique experientia durabat exercitum. Eadem tempestate Calvinus Domitius, cum ex consulatu obtineret Hispaniam, gravissimi comparandique antiquis exempli auctor fuit: quippe primi pili centurionem nomine Vibillum ob turpem ex acie fugam fusti percussit.

79. Crescente in dies et classe et fama Pompei Caesar molem belli eius suscipere statuit. Aedificandis navibus contrahendoque militi ac remigi navalibusque adsuescendo certaminibus atque exercitationibus praefectus est M. Agrippa, virtutis nobilissimae, labore, vigilia, periculo invictus parendique, sed uni, scientissimus, aliis sane imperandi cupidus et per omnia extra dilationes positus consultisque facta coniungens. Hic in Averno ac Lucrino lacu speciosissima classe fabricata cotidianis exercitationibus militem remigemque ad summam et militaris et maritimae rei perduxit scientiam. Hac classi Caesar, cum prius despondente ei Nerone, cui ante nupta fuerat Livia, auspiciis rei publicae ominibus duxisset eam uxorem, Pompeio Siciliaeque bellum intulit. Sed virum humana ope invictum graviter eo tempore fortuna concussit: quippe longe maiorem partem classis circa Veliam Palinurique promontorium adorta vis Africi laceravit ac distulit. Ea patrandi bello mora fuit, quod postea dubia et interdum ancipiti fortuna gestum est. Nam et classis eodem loco vexata est tempestate, et ut navali primo proelio apud Mylas ductu Agrippae pugnatum prospere, ita inopinato Pompeianae classis adventu gravis sub ipsius Caesaris oculis circa Tauromenium accepta clades; neque ab ipso periculum abfuit. Legiones, quae cum Cornificio erant, legato Caesaris, expositae in terram paene a Pompeio oppressae sunt. Sed ancipitis fortuna temporis mature virtute correctae: explicatis quippe utriusque partis classibus paene omnibus exutus navibus Pompeius Asiam fuga petivit iussuque M. Antonii, cuius opem petierat, dum inter duces et supplicem tumultuatur et nunc dignitatem retinet, nunc vitam precatur, a Titio iugulatus est. Cui in tantum duravit hoc facinore contractum odium, ut mox ludos in theatro Pompei faciens execratione populi spectaculo, quod praebebat, pelleretur.

80. Acciverat gerens contra Pompeium bellum ex Africa Caesar Lepidum cum duodecim semiplenis legionibus. Hic vir omnium vanissimus neque ulla virtute tam longam fortunae indulgentiam meritis exercitum Pompei, quia propior fuerat, sequentem non ipsius, sed Caesaris auctoritatem ac fidem, sibi iunxerat inflatusque amplius viginti legionum numero in id furoris processerat, ut inutilis alienae victoriae comes, quam diu moratus erat, dissidendo in consiliis Caesari et semper diversa iis, quae aliis placebant, dicendo, totam victoriam ut suam interpretabatur audebatque denuntiare Caesari, excederet Sicilia. Non ab Scipionibus aliisque veteribus Romanorum ducum quidquam ausum patratumque fortius quam tunc a Caesare. Quippe cum inermis et lacernatus esset, praeter nomen nihil trahens, ingressus castra Lepidi, evitatis telis, quae iussu hominis pravissimi in eum iacta erant, cum lacerna eius perforata esset lancea, aquilam legionis rapere ausus est. Scires, quid interesset inter duces: armati inermem secuti sunt decimoque anno quam ad indignissimam vita sua potentiam pervenerat, Lepidus et a militibus et a fortuna desertus pulloque velatus amiculo inter ultimam confluentium ad Caesarem turbam latens genibus eius advolutus est. Vita rerumque suarum dominium concessa ei sunt, spoliata, quam tueri non poterat, dignitas.

81. Subita deinde exercitus seditio, qui plerumque contemplatus frequentiam suam a

disciplina desciscit et, quod cogere se putat posse, rogare non sustinet, partim severitate, partim liberalitate discussa principis, speciosumque per idem tempus adiectum supplementum Campanae coloniae eius relictis erant publici: pro his longe uberes reditus duodecies sestertium in Creta insula redditi et aqua promissa, quae hodieque singulare et salubritatis instrumentum et amoenitatis ornamentum est.

Insigne coronae classicae, quo nemo umquam Romanorum donatus erat, hoc bello Agrippa singulari virtute meruit. Victor deinde Caesar reversus in urbem contractas emptionibus complures domos per procuratores, quo laxior fieret ipsius, publicis se usibus destinare professus est, templumque Apollinis et circa porticus facturum promisit, quod ab eo singulari exstructum munificentia est.

82. Qua aestate Caesar tam prospere sepelivit in Sicilia bellum, fortuna, in Caesare et in re publica mitis, saeviit ad Orientem. Quippe Antonius cum tredecim legionibus egressus Armeniam ac deinde Mediam et per eas regiones Parthos petens habuit regem eorum obvium. Primoque duas legiones cum omnibus impedimentis tormentisque et Statiano legato amisit, mox saepius ipse cum summo totius exercitus discrimine ea adiit pericula, a quibus servari se posse desperaret, amissaque non minus quarta parte militum captivi cuiusdam, sed Romani, consilio ac fide servatus est, qui clade Crassiani exercitus captus, cum fortuna non animum mutasset, accessit nocte ad stationem Romanam praedixitque, ne destinatum iter peterent, sed diverso silvestrique pervaderent. Hoc M. Antonio ac tot illis legionibus saluti fuit; de quibus tamen totoque exercitu haud minus pars quarta, ut praediximus, militum, calorum servitiique desiderata tertia est; impedimentorum vix ulla superfuit. Hanc tamen Antonius fugam suam, quia vivus exierat, victoriam vocabat. Qui tertia aestate reversus in Armeniam regem eius Artavasden fraude deceptum catenis, sed, ne quid honori deesset, aureis vinxit. Crescente deinde et amoris in Cleopatram incendio et vitiorum, quae semper facultatibus licentiaque et adsentationibus aluntur, magnitudine, bellum patriae inferre constituit, cum ante novum se Liberum Patrem appellari iussisset, cum redimitus hederis crocotaque velatus aurea et thyrsum tenens cothurnisque succinctus curru velut Liber Pater vectus esset Alexandriae.

83. Inter hunc apparatus belli Plancus, non iudicio recta legendi neque amore rei publicae aut Caesaris, quippe haec semper impugnabat, sed morbo proditor, cum fuisset humillimus adsentator reginae et infra servos cliens, cum Antonii librarius, cum obscenissimarum rerum et auctor et minister, cum in omnia et omnibus venalis, cum caeruleatus et nudus caputque redimitus arundine et caudam trahens, genibus innixus Glaucum saltasset in convivio, refrigeratus ab Antonio ob manifestarum rapinarum indicia transfugit ad Caesarem. Et idem postea clementiam victoris pro sua virtute interpretabatur, dictitans id probatum a Caesare, cui ille ignoverat; mox autem hunc avunculum Titius imitatus est. Haud absurde Coponius, vir e praetoriis gravissimus, P. Sillii socer, cum recens transfuga multa ac nefanda Plancus absentis Antonio in senatu obiceret, multa, inquit, mehercules fecit Antonius pridie quam tu illum relinqueres.

84. Caesare deinde et Messala Corvino consulibus debellatum apud Actium, ubi longe ante quam dimicaretur exploratissima Iulianarum partium fuit victoria. Vigeat in hac parte miles atque imperator, in illa marcebant omnia; hinc remiges firmissimi, illinc inopia adfectissimi; navium haec magnitudo modica nec celeritati adversa, illa specie terribilior; hinc ad Antonium nemo, illinc ad Caesarem cotidie aliquis transfugiebat; rex Amyntas meliora et utiliora secutus; nam Dellius exempli sui tenax ut a Dolabella ad Cassium, a Cassio ad Antonium, ita ab Antonio transiit ad Caesarem; virque clarissimus Cn. Domitius, qui solus Antonianarum partium numquam reginam nisi nomine salutavit, maximo et praecipiti periculo transmisit ad Caesarem. Denique in ore atque oculis Antonianae classis per M. Agrippam Leucas expugnata, Patrae captae, Corinthus occupata, bis ante ultimum discrimen classis hostium superata.

85. Advenit deinde maximi discriminis dies, quo Caesar Antoniusque productis classibus pro salute alter, in ruinam alter terrarum orbis dimicavere. Dextrum navium Iulianarum cornu M. Lurio commissum, laevum Arruntio, Agrippae omne classici certaminis arbitrium; Caesar ei parti destinatus, in quam a fortuna vocaretur, ubique aderat. Classis Antonii regimen Publicolae Sosioque commissum. At in terra locatum exercitum Taurus Caesaris, Antonii regebat Canidius. Ubi initum certamen est, omnia in altera parte fuere, dux, remiges, milites, in altera nihil praeter milites. Prima occupat fugam Cleopatra. Antonius fugientis reginae quam pugnantis militis sui comes esse maluit, et imperator, qui in desertores saevire debuerat, desertor exercitus sui factus est. Illis etiam detracto capite in longum fortissime pugnandi duravit constantia et desperata victoria in mortem dimicabatur. Caesar, quos ferro poterat interimere, verbis mulcere cupiens clamitansque et ostendens fugisse Antonium, quaerebat, pro quo et cum quo pugnarent. At illi cum diu pro absente dimicassent duce, aegre summissis armis cessere victoriam, citiusque vitam veniamque Caesar promisit, quam illis ut eam precarentur persuasum est; fuitque in confesso milites optimi imperatoris, imperatorem fugacissimi militis functum officio, ut dubites, suone an Cleopatrae arbitrio victoriam temperaturus fuerit, qui ad eius arbitrium direxerit fugam. Idem locatus in terra fecit exercitus, cum se Canidius praecipecti fuga rapuisset ad Antonium.

86. Quid ille dies terrarum orbi praestiterit, ex quo in quem statum pervenerit fortuna publica, quis in hoc transcursu tam artati operis exprimere audeat? Victoria vero fuit clementissima, nec quisquam interemptus est, paucissimi summoti, qui ne deprecari quidem pro se sustinerent. Ex qua lenitate ducis colligi potuit, quem aut initio triumviratus sui aut in campis Philippiis, si ei licuisset, victoriae suae facturus fuerit modum. At Sosium L. Arruntii prisca gravitate celeberrimi fides, mox, diu cum clementia luctatus sua, Caesar servavit incolumem. Non praetereatur Asinii Pollionis factum et dictum memorabile: namque cum se post Brundusinam pacem continuisset in Italia neque aut vidisset umquam reginam aut post enervatum amore eius Antonii animum partibus eius se miscuisset, rogante Caesare, ut secum ad bellum proficisceretur Actiacum: mea, inquit, in Antonium maiora merita sunt, illius in me beneficia notiora; itaque discrimini vestro me subtraham et ero praeda victoris.

87. Proximo deinde anno persecutus reginam Antoniumque Alexandream, ultimam bellis civilibus imposuit manum. Antonius se ipse non segniter interemit, adeo ut multa desidiae crimina morte redimeret. At Cleopatra frustratis custodibus inlata aspide in morsu et sane eius expertis muliebris metus spiritum reddidit. Fuitque et fortuna et clementia Caesaris dignum, quod nemo ex iis, qui contra eum arma tulerant, ab eo iussu eius interemptus est. D. Brutum Antonii interemit crudelitas. Sextum Pompeium ab eo devictum idem Antonius, cum dignitatis quoque servandae dedisset fidem, etiam spiritu privavit. Brutus et Cassius ante, quam victorum experirentur animum, voluntaria morte obierunt. Antonii Cleopatraeque quis fuisset exitus narravimus. Canidius timidus decessit, quam professioni ei, qua semper usus erat, congruebat. Ultimus autem ex interfectoribus Caesaris Parmensis Cassius morte poenas dedit, ut dederat Trebonius primus.

88. Dum ultimam bello Actiaco Alexandrinoque Caesar imponit manum, M. Lepidus, iuvenis forma quam mente melior, Lepidi eius, qui triumvir fuerat rei publicae constituendae, filius, Iunia Bruti sorore natus, interficiendi, simul in urbem revertisset, Caesaris consilia inierat. Erat tunc urbis custodiis praepositus C. Maecenas equestri, sed splendido genere natus, vir, ubi res vigiliam exigeret, sane exsomnia, providens atque agendi sciens, simul vero aliquid ex negotio remitti posset, otio ac mollitiis paene ultra feminam fluens, non minus Agrippa Caesari carus, sed minus honoratus—quippe vixit angusti clavi paene contentus—, nec minora consequi potuit, sed non tam concupivit. Hic speculatus est per summam quietem ac dissimulationem praecipitis consilia iuvenis et mira celeritate nullaque cum perturbatione aut rerum aut hominum oppresso Lepido inmane novi ac resurrecturi belli civilis restinxit initium. Et ille quidem male consultorum poenas exsolvit.

Aequetur praedictae iam Antistii Servilia Lepidi uxor, quae vivo igni devorato praematura morte immortalem nominis sui pensavit memoriam.

89. Caesar autem reversus in Italiam atque urbem quo occurso, quo favore hominum omnium generum, aetatium, ordinum exceptus sit, quae magnificentia triumphorum eius, quae fuerit munerum, ne in operis quidem iusti materia, nedum huius tam recisi digne exprimi potest. Nihil deinde optare a dis homines, nihil dii hominibus praestare possunt, nihil voto concipi, nihil felicitate consummari, quod non Augustus post reditum in urbem rei publicae populoque Romano terrarumque orbi repraesentaverit. Finita vicesimo anno bella civilia, sepulta externa, revocata pax, sopitus ubique armorum furor, restituta vis legibus, iudiciis auctoritas, senatui maiestas, imperium magistratuum ad pristinum redactum modum, tantummodo octo praetoribus adlecti duo. Prisca illa et antiqua rei publicae forma revocata. Rediit cultus agris, sacris honos, securitas hominibus, certa cuique rerum suarum possessio; leges emendatae utiliter, latae salubriter; senatus sine asperitate nec sine severitate lectus. Principes viri triumphisque et amplissimis honoribus functi adhortatu principis ad ornandam urbem inlecti sunt. Consulatus tantummodo usque ad undecimum quin continuaret Caesar, cum saepe obnitens repugnasset, impetrare non potuit: nam dictaturam quam pertinaciter ei deferebat populus, tam constanter repulit. Bella sub imperatore gesta pacatusque victoriis terrarum orbis et tot extra Italiam domique opera omne aevi sui spatium impensurum in id solum opus scriptorem fatigarent: nos memores professionis universam imaginem principatus eius oculis animisque subiecimus.

90. Sepultis, ut praediximus, bellis civilibus coalescentibusque rei publicae membris, et coaluere quae tam longa armorum series laceraverat. Dalmatia, annos viginti et ducentos rebellis, ad certam confessionem pacata est imperii. Alpes feris incultisque nationibus celebres perdomitae. Hispaniae nunc ipsius praesentia, nunc Agrippae, quem usque in tertium consulatum et mox collegium tribuniciae potestatis amicitia principis evexerat, multo varioque Marte pacatae. In quas provincias cum initio Scipione et Sempronio Longo consulibus primo anno secundi belli Punici abhinc annos quinquaginta et ducentos Romani exercitus missi essent duce Cn. Scipione, Africani patruo, per annos ducentos in iis multo mutuoque ita certatum est sanguine, ut amissis populi Romani imperatoribus exercitibusque saepe contumelia, nonnumquam etiam periculum Romano inferretur imperio. Illae enim provinciae Scipiones consumpserunt; illae contumelioso decem annorum bello sub duce Viriatho maiores nostros exercuerunt; illae terrore Numantini belli populum Romanum concusserunt; in illis turpe Q. Pompei foedus turpiusque Mancini senatus cum ignominia dediti imperatoris rescidit; illa tot consulares, tot praetorios absumpsit duces, patrumque aetate in tantum Sertorium armis extulit, ut per quinquennium diiudicari non potuerit, Hispanis Romanisne in armis plus esset roboris et uter populus alteri pariturus foret. Has igitur provincias tam diffusas, tam frequentis, tam feras ad eam pacem abhinc annos ferme quinquaginta perduxit Caesar Augustus, ut quae maximis bellis numquam vacaverant, eae sub C. Antistio ac deinde P. Silio legato ceterisque postea etiam latrociniis vacarent.

91. Dum pacatur occidens, ab oriente ac rege Parthorum signa Romana, quae Crasso oppresso Orodes, quae Antonio pulso filius eius Phraates ceperant, Augusto remissa sunt. Quod cognomen illi iure Planci sententia consensus universi senatus populi que Romani indidit. Erant tamen qui hunc felicissimum statum odissent: quippe L. Murena et Fannius Caepio diversis moribus (nam Murena sine hoc facinore potuit videri bonus, Caepio et ante hoc erat pessimus) cum iniissent occidendi Caesaris consilia, oppressi auctoritate publica, quod vi facere voluerant, iure passi sunt. Neque multo post Rufus Egnatius, per omnia gladiatorum quam senatorum propior, collecto in aedilitate favore populi, quem extinguendis privata familia incendiis in dies auxerat, in tantum quidem, ut ei praeturam continuaret, mox etiam consulatum petere ausus, cum esset omni flagitiorum scelerumque conscientia mersus nec melior illi res familiaris quam mens foret, adgregatis simillimis

sibi interimere Caesarem statuit, ut quo salvo salvus esse non poterat, eo sublato moreretur. Quippe ita se mores habent, ut publica quisque ruina malit occidere quam sua proteri et idem passurus minus conspici. Neque hic prioribus in occultando felicior fuit, abditusque carceri cum consciis facinoris mortem dignissimam vita sua obiit.

92. Praeclarum excellentis viri factum C. Sentii Saturnini circa ea tempora consulis ne fraudetur memoria. Aberat ordinandis Asiae Orientisque rebus Caesar, circumferens terrarum orbi praesentia sua pacis suae bona. Tum Sentius, forte et solus et absente Caesare consul, cum alia prisca severitate, summaque constantia, vetere consulum more ac severitate, gessisset, protraxisset publicanorum fraudes, punisset avaritiam, regessisset in aerarium pecunias publicas, tum in comitiis habendis praecipuum egit consulem: nam et quaesturam petentes, quos indignos iudicavit, profiteri vetuit, et, cum id facturos se perseverarent, consularem, si in campum descendissent, vindictam minatus est, et Egnatium florentem favore publico sperantemque ut praeturam aedilitati, ita consulatum praeturae se iuncturum, profiteri vetuit, et cum id non obtinisset, iuravit, etiam si factus esset consul suffragiis populi, tamen se eum non renuntiaturum. Quod ego factum cuilibet veterum consulum gloriae comparandum reor, nisi quod naturaliter audita visis laudamus libentius et praesentia invidia, praeterita veneratione prosequimur et his nos obrui, illis instrui credimus.

93. Ante triennium fere, quam Egnatianum scelus erumperet, circa Murenae Caepionisque coniurationis tempus, abhinc annos quinquaginta, M. Marcellus, sororis Augusti Octaviae filius, quem homines ita, si quid accidisset Caesari, successorem potentiae eius arbitrabantur futurum, ut tamen id per M. Agrippam securo ei posse contingere non existimarent, magnificentissimo munere aedilitatis edito decessit admodum iuvenis, sane, ut aiunt, ingenuarum virtutum laetusque animi et ingenii fortunaeque, in quam alebatur, capax. Post cuius obitum Agrippa, qui sub specie ministeriorum principalium profectus in Asiam, ut fama loquitur, ob tacitas cum Marcello offensiones praesenti se subduxerat tempori, reversus inde filiam Caesaris Iuliam, quam in matrimonio Marcellus habuerat, duxit uxorem, feminam neque sibi neque rei publicae felicitis uteri.

94. Hoc tractu temporum Ti. Claudius Nero, quo trimo, ut praediximus, Livia, Drusi Claudiani filia, despondente Ti. Nerone, cui ante nupta fuerat, Caesari nupserat, innutritus caelestium praeceptorum disciplinis, iuvenis genere, forma, celsitudine corporis, optimis studiis maximoque ingenio instructissimus, qui protinus quantus est, sperari potuerat visuque praetulerat principem, quaestor undevicesimum annum agens capessere coepit rem publicam maximamque difficultatem annonae ac rei frumentariae inopiam ita Ostiae atque in urbe mandatu vitrici moderatus est, ut per id, quod agebat, quantus evasurus esset, eluceret. Nec multo post missus ab eodem vitrico cum exercitu ad visendas ordinandasque, quae sub Oriente sunt, provincias, praecipuis omnium virtutum experimentis in eo tractu editis, cum legionibus ingressus Armeniam, redacta ea in potestatem populi Romani regnum eius Artavasdi dedit. Quin rex quoque Parthorum tanti nominis fama territus liberos suos ad Caesarem misit obsides.

95. Reversum inde Neronem Caesar haud mediocris belli mole experiri statuit, adiutore operis dato fratre ipsius Druso Claudio, quem intra Caesaris penates enixa erat Livia. Quippe uterque e diversis partibus Raetos Vindelicosque adgressi, multis urbium castellorum oppugnationibus nec non directa quoque acie feliciter functi gentes locis tutissimas, aditu difficillimas, numero frequentes, feritate truces maiore cum periculo quam damno Romani exercitus plurimo cum earum sanguine perdomuerunt.

Ante quae tempora censura Planci et Pauli acta inter discordiam neque ipsis honori neque rei publicae usui fuerat, cum alteri vis censoria, alteri vita deesset, Paulus vix posset implere censorem, Plancus timere deberet, nec quidquam obiicere posset adulescentibus aut obiicientes audire, quod non agnosceret senex.

96. Mors deinde Agrippae, qui novitatem suam multis rebus nobilitaverat atque in hoc perduxerat, ut et Neronis esset socer, cuiusque liberos nepotes suos divus Augustus praepositis Gai ac Lucii nominibus adoptaverat, admovit propius Neronem Caesari: quippe filia Iulia eius, quae fuerat Agrippae nupta, Neroni nupsit.

Subinde bellum Pannonicum, quod inchoatum ab Agrippa, Marco Vinicio, avo tuo consule, magnum atroxque et perquam vicinum imminabat Italiae, per Neronem gestum est. Gentes Pannoniorum Delmatarumque nationes situmque regionum ac fluminum numerumque et modum virium excelsissimasque et multiplices eo bello victorias tanti imperatoris alio loco explicabimus: hoc opus servet formam suam. Huius victoriae compos Nero ovans triumphavit.

97. Sed dum in hac parte imperii omnia geruntur prosperrime, accepta in Germania clades sub legato M. Lollio, homine in omnia pecuniae quam recte faciendi cupidior et inter summam vitiorum dissimulationem vitiosissimo, amissaque legionis quintae aquila vocavit ab urbe in Gallias Caesarem. Cura deinde atque onus Germanici belli delegata Druso Claudio, fratri Neronis, adulescenti tot tantarumque virtutum, quot et quantas natura mortalis recipit vel industria perficit. Cuius ingenium utrum bellicis magis operibus an civilibus suffecerit artibus, in incerto est: morum certe dulcedo ac suavitas et adversus amicos aequa ac par sui aestimatio inimitabilis fuisse dicitur; nam pulchritudo corporis proxima fraternae fuit. Sed illum magna ex parte domitorem Germaniae, plurimo eius gentis variis in locis profuso sanguine, factorum iniquitas consulem, agentem annum tricesimum, rapuit. Moles deinde eius belli translata in Neronem est: quod is sua et virtute et fortuna administravit peragratusque victor omnis partis Germaniae sine ullo detrimento commissi exercitus, quod praecipue huic duci semper curae fuit, sic perdomuit eam, ut in formam paene stipendiariae redigeret provinciae. Tum alter triumphus cum altero consulatu ei oblatus est.

98. Dum ea, quae diximus, in Pannonia Germaniaeque geruntur, atrox in Thracia bellum ortum, omnibus eius gentis nationibus in arma accensis, L. Pisonis, quem hodieque diligentissimum atque eundem lenissimum securitatis urbanae custodem habemus, virtus compressit (quippe legatus Caesaris triennio cum iis bellavit gentesque ferocissimas plurimo cum earum excidio nunc acie, nunc expugnationibus in pristinum pacis redegit modum) eiusque patratiōne Asiae securitatem, Macedoniae pacem reddidit. De quo viro hoc omnibus sentiendum ac praedicandum est, esse mores eius vigore ac lenitate mixtissimos et vix quemquam reperiri posse, qui aut otium validius diligit aut facilius sufficiat negotio et magis quae agenda sunt curet sine ulla ostentatione agendi.

99. Brevi interiecto spatio Ti. Nero duobus consulatibus totidemque triumphis actis tribuniciae potestatis consortione aequatus Augusto, civium post unum, et hoc, quia volebat, eminentissimus, ducum maximus, fama fortunaque celeberrimus et vere alterum rei publicae lumen et caput, mira quadam et incredibili atque inenarrabili pietate, cuius causae mox detectae sunt, cum Gaius Caesar sumpsisset iam virilem togam, Lucius item maturus esset viribus ne fulgor suus orientium iuvenum obstaret initiis, dissimulata causa consilii sui, commeatum ab socero atque eodem vitrico adquiescendi a continuatione laborum petiit. Quis fuerit eo tempore civitatis habitus, qui singulorum animi, quae digredientium a tanto viro omnium lacrimae, quam paene ei patria manum iniecerit, iusto servemus operi: illud etiam in hoc transcursu dicendum est, ita septem annos Rhodi moratum, ut omnes, qui pro consulibus legatique in transmarinas sunt profecti provincias, visendi eius gratia Rhodum deverterint atque eum convenientes semper privato, si illa maiestas privata umquam fuit, fasces suos summiserint fassique sint otium eius honoratius imperio suo.

100. Sensit terrarum orbis digressum a custodia Neronem urbis: nam et Parthus desciscens a societate Romana adiecit Armeniae manum et Germania aversis domitoris sui oculis rebellavit.

At in urbe eo ipso anno, quo magnificentissimis gladiatorii muneris naumachiaeque

spectaculis divus Augustus abhinc annos triginta se et Gallo Caninio consulibus, dedicato Martis templo animos oculosque populi Romani repleverat, foeda dictu memoriaque horrenda in ipsius domo tempestas erupit. Quippe filia eius Iulia, per omnia tanti parentis ac viri immemor, nihil, quod facere aut pati turpiter posset femina, luxuria libidineve infectum reliquit magnitudinemque fortunae suae peccandi licentia metiebatur, quidquid liberet pro licito vindicans. Tum Iulus Antonius, singulare exemplum clementiae Caesaris, violator eius domus, ipse sceleris a se commissi ultor fuit (quem victo eius patre non tantum incolumitate donaverat, sed sacerdotio, praetura, consulatu, provinciis honoratum, etiam matrimonio sororis suae filiae in artissimam adfinitatem receperat), Quintiusque Crispinus, singularem nequitiam supercilio truci protegens, et Appius Claudius et Sempronius Gracchus ac Scipio aliique minoris nominis utriusque ordinis viri, quas cuiuslibet uxore violata poenas pependissent, pependere, cum Caesaris filiam et Neronis violassent coniugem. Iulia relegata in insulam patriaeque et parentum subducta oculis, quam tamen comitata mater Scribonia voluntaria exilii permansit comes.

101. Breve ab hoc intercesserat spatium, cum C. Caesar ante aliis provinciis ad visendum obitus in Syriam missus, convento prius Ti. Nerone, cui omnem honorem ut superiori habuit, tam varie se ibi gessit, ut nec laudaturum magna nec vituperaturum mediocris materia deficiat. Cum rege Parthorum, iuvene excelsissimo, in insula quam amnis Euphrates ambiebat, aequato utriusque partis numero coiit. Quod spectaculum stantis ex diverso hinc Romani, illinc Parthorum exercitus, cum duo inter se eminentissima imperiorum et hominum coirent capita, perquam clarum et memorabile sub initia stipendiorum meorum tribuno militum mihi visere contigit: quem militiae gradum ante sub patre tuo, M. Vinici, et P. Silio auspiciatus in Thracia Macedoniaque, mox Achaia Asiaque et omnibus ad Orientem visis provinciis et ore atque utroque maris Pontici latere, haud iniucunda tot rerum, locorum, gentium, urbium recordatione perfruo. Prior Parthus apud Gaium in nostra ripa, posterior hic apud regem in hostili epulatus est.

102. Quo tempore M. Lollii, quem veluti moderatorem iuventae filii sui Augustus esse voluerat, perfida et plena subdoli ac versuti animi consilia, per Parthum indicata Caesari, fama vulgavit. Cuius mors intra paucos dies fortuita an voluntaria fuerit ignoro. Sed quam hunc decessisse laetati homines, tam paulo post obiisse Censorinum in iisdem provinciis graviter tulit civitas, virum demerendis hominibus genitum. Armeniam deinde Gaius ingressus prima parte introitus rem prospere gessit; mox in conloquio, cui se temere crediderat, circa Artageram graviter a quodam, nomine Adduo, vulneratus, ex eo ut corpus minus habile, ita animum minus utilem rei publicae habere coepit. Nec defuit conversatio hominum vitia eius adsentatione alentium (etenim semper magnae fortunae comes adest adulatio), per quae eo ductus erat, ut in ultimo ac remotissimo terrarum orbis angulo consenescere quam Romam regredi mallet. Diu deinde reluctatus invitique revertens in Italiam in urbe Lyciae (Limyra nominant) morbo obiit, cum ante annum ferme L. Caesar frater eius Hispanias petens Massiliae decessisset.

103. Sed fortuna, quae subduxerat spem magni nominis, iam tum rei publicae sua praesidia reddiderat: quippe ante utriusque horum obitum patre tuo P. Vinicio consule Ti. Nero reversus Rhodo incredibili laetitia patriam repleverat. Non est diu cunctatus Caesar Augustus; neque enim quaerendus erat quem legeret, sed legendus qui eminebat. Itaque quod post Lucii mortem adhuc Gaio vivo facere voluerat atque eo vehementer repugnante Nerone erat inhibitus, post utriusque adulescentium obitum facere perseveravit, ut et tribuniciae potestatis consortionem Neroni constitueret, multum quidem eo cum domi tum in senatu recusante, et eum Aelio Cato C. Sentio consulibus V. Kal. Iulias, post urbem conditam annis septingentis quinquaginta quattuor, abhinc annos septem et viginti adoptaret. Laetitiam illius diei concursusque civitatis et vota paene inserentium caelo manus spemque conceptam perpetuae securitatis aeternitatisque Romani imperii vix in illo iusto opere abunde persequi poterimus, nedum hic implere temptemus, contenti id unum

dixisse quam ille omnibus faustus fuerit. Tum refulsit certa spes liberorum parentibus, viris matrimoniorum, dominis patrimonii, omnibus hominibus salutis, quietis, pacis, tranquillitatis, adeo ut nec plus sperari potuerit nec spei responderi felicius.

104. Adoptatus eadem die etiam M. Agrippa, quem post mortem Agrippae Iulia enixa erat, sed in Neronis adoptione illud adiectum his ipsis Caesaris verbis: hoc, inquit, rei publicae causa facio. Non diu vindicem custodemque imperii sui morata in urbe patria protinus in Germaniam misit, ubi ante triennium sub M. Vinicio, avo tuo, clarissimo viro, immensum exarserat bellum. Erat id ab eo quibusdam in locis gestum, quibusdam sustentatum feliciter, eoque nomine decreta ei cum speciosissima inscriptione operum ornamenta triumphalia.

Hoc tempus me, functum ante tribunatu, castrorum Ti. Caesaris militem fecit: quippe protinus ab adoptione missus cum eo praefectus equitum in Germaniam, successor officii patris mei, caelestissimorum eius operum per annos continuos novem praefectus aut legatus spectator, tum pro captu mediocritatis meae adiutor fui. Neque illi spectaculo, quo fructus sum, simile condicio mortalis recipere videtur mihi, cum per celeberrimam Italiae partem tractumque omnem Galliae provinciarum veterem imperatorem et ante meritis ac virtutibus quam nomine Caesarem revisentes sibi quisque quam illi gratularentur plenius. At vero militum conspectu eius elicite gaudio lacrimae alacritasque et salutationis nova quaedam exultatio et contingendi manum cupiditas non continentium protinus quin adiicerent, “videmus te, imperator? Salvum recepimus?” Ac deinde “ego tecum, imperator, in Armenia, ego in Raetia fui, ego a te in Vindelicia, ego in Pannonia, ego in Germania donatus sum” neque verbis exprimi et fortasse vix mereri fidem potest.

105. Intrata protinus Germania, subacti Canninefates, Attuarii, Bructeri, recepti Cherusci (gentis eius Arminius mox nostra clade nobilis), transitus Visurgis, penetrata ulteriora, cum omnem partem asperrimi et periculosissimi belli Caesar vindicaret sibi, iis, quae minoris erant discriminis, Sentium Saturninum, qui iam legatus patris eius in Germania fuerat, praefecisset, virum multiplicem virtutibus, gnavum, agilem, providum militariumque officiorum patientem ac peritum pariter, sed eundem, ubi negotia fecissent locum otio, liberaliter lauteque eo abutentem, ita tamen, ut eum splendidum aut hilarem potius quam luxuriosum aut desidem diceres. De cuius viri claro ingenio celebrique consulatu praediximus. Anni eius aestiva usque in mensem Decembrem producta inmanis emolumentum fecere victoriae. Pietas sua Caesarem paene obstructis hieme Alpibus in urbem traxit, at tutela imperii eum veris initio reduxit in Germaniam, in cuius mediis finibus ad caput Lupiae fluminis hiberna digrediens princeps locaverat.

106. Pro dii boni, quanti voluminis opera insequenti aestate sub duce Tiberio Caesare gessimus! Perlustrata armis tota Germania est, victae gentes paene nominibus incognitae, receptae Cauchorum nationes: omnis eorum iuventus infinita numero, immensa corporibus, situ locorum tutissima, traditis armis una cum ducibus suis saepta fulgenti armatoque militum nostrorum agmine ante imperatoris procubuit tribunal. Fracti Langobardi, gens etiam Germana feritate ferocior; denique quod numquam antea spe conceptum, nedum opere temptatum erat, ad quadringentesimum miliarium a Rheno usque ad flumen Albim, qui Semnonum Hermundurorumque fines praeterfluit, Romanus cum signis perductus exercitus. Et eadem mira felicitate et cura ducis, temporum quoque observantia, classis, quae Oceani circumnavigaverat sinus, ab inaudito atque incognito ante mari flumine Albi subvecta, cum plurimarum gentium victoria parta cum abundantissima rerum omnium copia exercitui Caesarique se iunxit.

107. Non tempero mihi quin tantae rerum magnitudini hoc, qualecumque est, inseram. Cum citiorem ripam praedicti fluminis castris occupassemus et ulterior armata hostium virtute fulgeret, sub omnem motum conatumque nostrarum navium protinus refugientium, unus e barbaris aetate senior, corpore excellens, dignitate, quantum ostendebat cultus, eminens, cavatum, ut illis mos est,

ex materia conscendit alveum solusque id navigii genus temperans ad medium processit fluminis et petiit, liceret sibi sine periculo in eam, quam armis tenebamus, egredi ripam ac videre Caesarem. Data petenti facultas. Tum adpulso lintre et diu tacitus contemplatus Caesarem, nostra quidem, inquit, furit iuventus, quae cum vestrum numen absentium colat, praesentium potius arma metuit quam sequitur fidem. Sed ego beneficio ac permissu tuo, Caesar, quos ante audiebam, hodie vidi deos, nec feliciorum ullum vitae meae aut optavi aut sensi diem. Impetratoque ut manum contingeret, reversus in naviculam, sine fine respectans Caesarem ripae suorum adpulsus est. Victor omnium gentium locorumque, quos adierat Caesar, incolumi inviolatoque et semel tantummodo magna cum clade hostium fraude eorum temptato exercitu in hiberna legiones reduxit, eadem qua priore anno festinatione urbem petens.

108. Nihil erat iam in Germania, quod vinci posset, praeter gentem Marcomannorum, quae Maroboduus duce excita sedibus suis atque in interiora refugiens incinctos Hercynia silva campos incolebat. Nulla festinatio huius viri mentionem transgredi debet. Maroboduus, genere nobilis, corpore praevalens, animo ferox, natione magis quam ratione barbarus, non tumultuarium neque fortuitum neque mobilem et ex voluntate parentium constantem inter suos occupavit principatum, sed certum imperium vimque regiam complexus animo statuit avocata procul a Romanis gente sua eo progredi, ubi cum propter potentiora arma refugisset, sua faceret potentissima. Occupatis igitur, quos praediximus, locis finitimos omnis aut bello domuit aut condicionibus iuris sui fecit.

109. Corpus suum custodientium imperium, perpetuis exercitiis paene ad Romanae disciplinae formam redactum, brevi in eminens et nostro quoque imperio timendum perduxit fastigium gerebatque se ita adversus Romanos, ut neque bello nos lacesseret, et si lacesseretur, superesse sibi vim ac voluntatem resistendi ostenderet. Legati, quos mittebat ad Caesares, interdum ut supplicem commendabant, interdum ut pro pari loquebantur. Gentibus hominibusque a nobis desciscentibus erat apud eum perfugium, in totumque ex male dissimulato agebat aemulum; exercitumque, quem septuaginta milium peditum, quattuor equitum fecerat, adsiduis adversus finitimos bellis exercendo maiori quam, quod habebat, operi praeparabat: eratque etiam eo timendus, quod cum Germaniam ad laevam et in fronte, Pannoniam ad dextram, a tergo sedium suarum haberet Noricos, tamquam in omnes semper venturus ab omnibus timebatur. Nec securam incrementi sui patiebatur esse Italiam, quippe cum a summis Alpium iugis, quae finem Italiae terminant, initium eius finium haud multo plus ducentis milibus passuum abesset. Hunc virum et hanc regionem proximo anno diversis e partibus Ti. Caesar adgredi statuit. Sentio Saturnino mandatum, ut per Cattos excisis continentibus Hercyniae silvis legiones Boiohaemum (id regioni, quam incolebat Maroboduus, nomen est) duceret, ipse a Carnunto, qui locus Norici regni proximus ab hac parte erat, exercitum, qui in Illyrico merebat, ducere in Marcomannos orsus est.

110. Rumpit interdum, interdum moratur proposita hominum fortuna. Praeparaverat iam hiberna Caesar ad Danubium admotoque exercitu non plus quam quinque dierum iter a primis hostium aberat, legionesque quas Saturninum admovere placuerat, paene aequali divisae intervallo ab hoste intra paucos dies in praedicto loco cum Caesare se iuncturae erant, cum universa Pannonia, insolens longae pacis bonis, adulta viribus, Delmatia omnibusque tractus eius gentibus in societatem adductis consilii, arma corripuit. Tum necessaria gloriosis praeposita neque tutum visum abdito in interiora exercitu vacuum tam vicino hosti relinquere Italiam. Gentium nationumque, quae rebellaverant, omnis numerus amplius octingentis milibus explebat; ducenta fere peditum colligebantur armis habilia, equitum novem. Cuius immensae multitudinis, parentis acerrimis ac peritissimis ducibus, pars petere Italiam decreverat iunctam sibi Nauporti ac Tergestis confinio, pars in Macedoniam se effuderat, pars suis sedibus praesidium esse destinaverat. Maxima duobus Batonibus ac Pinneti ducibus auctoritas erat. Omnibus autem Pannoniis non disciplinae tantummodo, sed linguae quoque notitia Romanae, plerisque etiam litterarum usus et familiaris

animorum erat exercitatio. Itaque hercules nulla umquam natio tam mature consilio belli bellum iunxit ac decreta patravit. Oppressi cives Romani, trucidati negotiatores, magnus vexillariorum numerus ad interneccionem ea in regione, quae plurimum ab imperatore aberat, caesus, occupata armis Macedonia, omnia et in omnibus locis igni ferroque vastata. Quin etiam tantus huius belli metus fuit, ut stabilem illum et firmatum tantorum bellorum experientia Caesaris Augusti animum quateret atque terreret.

111. Habiti itaque dilectus, revocati undique et omnes veterani, viri feminaeque ex censu libertinum coactae dare militem. Audita in senatu vox principis, decimo die, ni caveretur, posse hostem in urbis Romae venire conspectum. Senatorum equitumque Romanorum exactae ad id bellum operae, pollicitati. Omnia haec frustra praeparassemus, nisi qui illa regeret fuisset. Itaque ut praesidium ultimum res publica ab Augusto ducem in bellum poposcit Tiberium.

Habuit in hoc quoque bello mediocritas nostra speciosi ministerii locum. Finita equestri militia designatus quaestor necdum senator aequatus senatoribus, etiam designatis tribunis plebei, partem exercitus ab urbe traditi ab Augusto perduxit ad filium eius. In quaestura deinde remissa sorte provinciae legatus eiusdem ad eundem missus sum.

Quas nos primo anno acies hostium vidimus! Quantis prudentia ducis opportunitatibus furentes eorum viris universas elusimus, fudimus partibus! Quanto cum temperamento simul civilitatis res auctoritate imperatoria agi vidimus! Qua prudentia hiberna disposita sunt! Quanto opere inclusus custodiis exercitus nostri, ne qua posset erumpere inopsque copiarum et intra se furens viribus hostis elangueretur!

112. Felix eventu, forte conatu prima aestate belli Messalini opus mandandum est memoriae. Qui vir animo etiam quam gente nobilior dignissimusque, qui et patrem Corvinum habuisset et cognomen suum Cottae fratri relinqueret, praepositus Illyrico subita rebellione cum semiplena legione vicesima circumdatus hostili exercitu amplius viginti milia fudit fugavitque et ob id ornamentis triumphalibus honoratus est.

Ita placebat barbaris numerus suus, ita fiducia virium, ut ubicumque Caesar esset, nihil in se reponerent. Pars exercitus eorum, proposita ipsi duci et ad arbitrium utilitatemque nostram macerata perductaque ad exitiabilem famem, neque instantem sustinere neque cum facientibus copiam pugnandi derigentibusque aciem ausa congregari occupato monte Claudio munitione se defendit. At ea pars, quae obviam se effuderat exercitui, quem A. Caecina et Silvanus Plautius consulares ex transmarinis adducebant provinciis, circumfusa quinque legionibus nostris auxiliariisque et equitatu regio (quippe magnam Thracum manum iunctus praedictis ducibus Rhoemetalces, Thraciae rex, in adiutorium eius belli secum trahebat) paene exitiabilem omnibus cladem intulit: fusa regionum equestris acies, fugatae alae, conversae cohortes sunt, apud signa quoque legionum trepidatum. Sed Romani virtus militis plus eo tempore vindicavit gloriae quam ducibus reliquit, qui multum a more imperatoris sui discrepantes ante in hostem inciderunt, quam per exploratores, ubi hostis esset, cognoscerent. Iam igitur in dubiis rebus semet ipsae legiones adhortatae, iugulatis ab hoste quibusdam tribunis militum, interempto praefecto castrorum praefectisque cohortium, non incruentis centurionibus, e quibus etiam primi ordinis cecidere, invasere hostes nec sustinuisse contenti perrupta eorum acie ex insperato victoriam vindicaverunt.

Hoc fere tempore Agrippa, qui eodem die quo Tiberius adoptatus ab avo suo naturali erat et iam ante biennium, qualis esset, apparere coeperat, mira pravitate animi atque ingenii in praecipitia conversus patris atque eiusdem avi sui animum alienavit sibi, moxque crescentibus in dies vitiis dignum furore suo habuit exitum.

113. Accipe nunc, M. Vinici, tantum in bello ducem, quantum in pace vides principem. Iunctis exercitibus, quique sub Caesare fuerant quique ad eum venerant, contractisque in una castra decem legionibus, septuaginta amplius cohortibus, decem alis et pluribus quam decem veteranorum

milibus, ad hoc magno voluntariorum numero frequentique equite regio, tanto denique exercitu, quantus nullo umquam loco post bella fuerat civilia, omnes eo ipso laeti erant maximamque fiduciam victoriae in numero reponebant. At imperator, optimus eorum quae agebat iudex et utilia speciosis praeferens quodque semper eum facientem vidi in omnibus bellis, quae probanda essent, non quae utique probarentur sequens, paucis diebus exercitum, qui venerat, ad refoendas ex itinere eius vires moratus, cum eum maiorem, quam ut temperari posset, neque habilem gubernaculo cerneret, dimittere statuit; prosecutusque longo et perquam laborioso itinere, cuius difficultas narrari vix potest, ut neque universos quisquam auderet adgredi et partem digredientium, suorum quisque metu finium, universi temptare non possent, remisit eo, unde venerant, et ipse asperrimae hiemis initio regressus Sisciam legatos, inter quos ipsi fuimus, partitis praefecit hibernis.

114. O rem dictu non eminentem, sed solida veraque virtute atque utilitate maximam, experientia suavissimam, humanitate singularem! Per omne belli Germanici Pannonicique tempus nemo e nobis gradumve nostrum aut praecedentibus aut sequentibus imbecillus fuit, cuius salus ac valetudo non ita sustentaretur Caesaris cura, tamquam distractissimus ille tantorum onerum mole huic uni negotio vacaret animus. Erat desiderantibus paratum iunctum vehiculum, lectica eius publicata, cuius usum cum alii tum ego sensi: iam medici, iam apparatus cibi, iam in hoc solum uni portatum instrumentum balinei nullius non succurrit valetudini; domus tantum ac domestici deerant, ceterum nihil, quod ab illis aut praestari aut desiderari posset. Adiciam illud, quod, quisquis illis temporibus interfuit, ut alia, quae retuli, agnoscet protinus: solus semper equo vectus est, solus cum iis, quos invitaverat, maiore parte aestivarum expeditionum cenavit sedens; non sequentibus disciplinam, quatenus exemplo non nocebatur, ignovit; admonitio frequens, interdum et castigatio, vindicta tamen rarissima, agebatque medium plurima dissimulantis, aliqua inhibentis.

Hiems emolumentum patrati belli contulit, sed insequenti aestate omnis Pannonia reliquiis totius belli in Delmatia manentibus pacem petiit. Ferocem illam tot milium iuventutem, paulo ante servitutem minatam Italiae, conferentem arma, quibus usa erat, apud flumen nomine Bathinum prosternentemque se universam genibus imperatoris, Batonemque et Pinnetem excelsissimos duces, captum alterum, alterum a se deditum iustis voluminibus ordine narrabimus, ut spero.

Autumno victor in hiberna reducit exercitus, cuius omnibus copiis a Caesare M. Lepidus praefectus est, vir nomini ac fortunae Caesarum proximus, quem in quantum quisque aut cognoscere aut intellegere potuit, in tantum miratur ac diligit tantorumque nominum, quibus ortus est, ornamentum iudicat.

115. Caesar ad alteram belli Delmatici molem animum atque arma contulit. In qua regione quali adiutore legatoque fratre meo Magio Celere Velleiano usus sit, ipsius patrisque eius praedicatione testatum est et amplissimorum donorum, quibus triumphans eum Caesar donavit, signat memoria. Initio aestatis Lepidus educto hibernis exercitu per gentis integras immunesque adhuc clade belli et eo feroces ac truces tendens ad Tiberium imperatorem et cum difficultate locorum et cum vi hostium luctatus, magna cum clade obsistentium excisis agris, exustis aedificiis, caesis viris, laetus victoria praedaque onustus pervenit ad Caesarem, et ob ea, quae si propriis gessisset auspiciis, triumphare debuerat, ornamentis triumphalibus consentiente cum iudicio principum voluntate senatus donatus est.

Illa aestas maximi belli consummavit effectus: quippe Perustae et Desidiates Delmatae, situ locorum ac montium, ingeniorum ferocia, mira etiam pugnandi scientia et praecipue angustiis saltuum paene inexpugnabiles, non iam ductu, sed manibus atque armis ipsius Caesaris tum demum pacati sunt, cum paene funditus eversi forent.

Nihil in hoc tanto bello, nihil in Germania aut videre maius aut mirari magis potui, quam quod imperatori numquam adeo ulla opportuna visa est victoriae occasio, quam damno amissi pensaret militis semperque visum est gloriosissimum, quod esset tutissimum, et ante conscientiae quam famae consultum nec umquam consilia ducis iudicio exercitus, sed exercitus providentia ducis

rectus est.

116. Magna in bello Delmatico experimenta virtutis in incultos ac difficilis locos praemissus Germanicus dedit; celebri etiam opera diligentique Vibius Postumus vir consularis, praepositus Delmatiae, ornamenta meruit triumphalia: quem honorem ante paucos annos Passienus et Cossus, viri quamquam diversis virtutibus celebres, in Africa meruerant. Sed Cossus victoriae testimonium etiam in cognomen filii contulit, adulescentis in omnium virtutum exempla geniti. At Postumi operum L. Apronius particeps illa quoque militia eos, quos mox consecutus est, honores excellenti virtute meruit.

Utinam non maioribus experimentis testatum esset, quantum in omni re fortuna posset! Sed in hoc quoque genere abunde agnoscere vis eius potest. Nam et Aelius Lamia, vir antiquissimi moris et priscam gravitatem semper humanitate temperans, in Germania Illyricoque et mox in Africa splendidissimis functus ministeriis, non merito, sed materia adipiscendi triumphalia defectus est, et A. Licinius Nerva Silianus, P. Sili filius, quem virum ne qui intellexit quidem abunde miratus est, in eo nihil non optimo civi simplicissimo duci superesse praeferens, in matura morte et fructu amplissimae principis amicitiae et consummatione evectae in altissimum paternumque fastigium imaginis defectus est. Horum virorum mentioni si quis quaesisse me dicet locum, fatentem arguet; neque enim iustus sine mendacio candor apud bonos crimini est.

117. Tantum quod ultimam imposuerat Pannonico ac Delmatico bello Caesar manum, cum intra quinque consummati tanti operis dies funestae ex Germania epistulae nuntium attulere caesi Varii trucidatarumque legionum trium totidemque alarum et sex cohortium, velut in hoc saltem tantummodo indulgente nobis fortuna, ne occupato duce tanta clades inferretur. Sed et causa et persona moram exigit.

Varus Quintilius inlustri magis quam nobili ortus familia, vir ingenio mitis, moribus quietus, ut corpore, ita animo immobilior, otio magis castrorum quam bellicae adsuetus militiae, pecuniae vero quam non contemptor, Syria, cui praefuerat, declaravit, quam pauper divitem ingressus dives pauperem reliquit; is cum exercitui, qui erat in Germania, praeesset, concepit esse homines, qui nihil praeter vocem membraque haberent hominum, quique gladiis domari non poterant, posse iure mulceri. Quo proposito mediam ingressus Germaniam velut inter viros pacis gaudentes dulcedine iurisdictionibus agendoque pro tribunali ordine trahebat aestiva.

118. At illi, quod nisi expertus vix credat, in summa feritate versutissimi natumque mendacio genus, simulantes fictas litium series et nunc provocantes alter alterum in iurgia, nunc agentes gratias quod ea Romana iustitia finiret feritasque sua novitate incognitae disciplinae mitesceret et solita armis discerni iure terminarentur, in summam socordiam perduxere Quintilium, usque eo, ut se praetorem urbanum in foro ius dicere, non in mediis Germaniae finibus exercitui praeesse crederet. Tum iuvenis genere nobilis, manu fortis, sensu celer, ultra barbarum promptus ingenio, nomine Arminius, Sigimeri principis gentis eius filius, ardorem animi vultu oculis praeferens, adsiduus militiae nostrae prioris comes, iure etiam civitatis Romanae decus equestris consecutus gradus, segnitia ducis in occasionem sceleris usus est, haud imprudenter speculatus neminem celerius opprimi, quam qui nihil timeret, et frequentissimum initium esse calamitatis securitatem. Primo igitur paucos, mox pluris in societatem consilii recepti; opprimi posse Romanos et dicit et persuadet, decretis facta iungit, tempus insidiarum constituit. Id Varo per virum eius gentis fidelum clarique nominis, Segesten, indicatur. Postulabat etiam vinciri socios. Sed praevalebant iam fata consiliis omnemque animi eius aciem praestrinxerant: quippe ita se res habet, ut plerumque cuius fortunam mutaturus est deus, consilia corrumpat efficiatque, quod miserrimum est, ut, quod accidit, etiam merito accidisse videatur et casus in culpam transeat. Negat itaque se credere speciemque in se benevolentiae ex merito aestimare profitetur. Nec diutius post primum indicem secundo relictus locus.

119. Ordinem atrocissimae calamitatis, qua nulla post Crassi in Parthis damnum in externis gentibus gravior Romanis fuit, iustis voluminibus ut alii, ita nos conabimur exponere: nunc summa deflenda est. Exercitus omnium fortissimus, disciplina, manu experientiaque bellorum inter Romanos milites princeps, marcore ducis, perfidia hostis, iniquitate fortunae circumventus, cum ne pugnandi quidem egrediendive occasio nisi inique, nec in quantum voluerant, data esset immunis, castigatis etiam quibusdam gravi poena, quia Romanis et armis et animis usi fuissent, inclusus silvis, paludibus, insidiis ab eo hoste ad internecionem trucidatus est, quem ita semper more pecudum trucidaverat, ut vitam aut mortem eius nunc ira nunc venia temperaret. Duci plus ad moriendum quam ad pugnandum animi fuit: quippe paterni avitique successor exempli se ipse transfixit. At e praefectis castrorum duobus quam clarum exemplum L. Eggius, tam turpe Ceionius prodidit, qui, cum longe maximam partem absumpsisset acies, auctor deditionis supplicio quam proelio mori maluit. At Vala Numonius, legatus Vari, cetera quietus ac probus, diri auctor exempli, spoliatum equite peditem relinquens fuga cum alis Rhenum petere ingressus est. Quod factum eius fortuna ulta est; non enim desertis superfuit, sed desertor occidit. Vari corpus semiustum hostilis laceraverat feritas; caput eius abscisum latumque ad Marboduum et ab eo missum ad Caesarem gentilicii tamen tumuli sepultura honoratum est.

120. His auditis revolat ad patrem Caesar; perpetuus patronus Romani imperii adsuetam sibi causam suscipit. Mittitur ad Germaniam, Gallias confirmat, disponit exercitus, praesidia munit et se magnitudine sua, non fiducia hostis metiens, qui Cimbricam Teutonicamque militiam Italiae minabatur, ultro Rhenum cum exercitu transgreditur. Arma infert hosti quem arcuisse pater et patria contenti erant; penetrat interius, aperit limites, vastat agros, urit domos, fundit obvios maximaque cum gloria, incolumi omnium, quos transduxerat, numero in hiberna revertitur.

Reddatur verum L. Asprenati testimonium, qui legatus sub avunculo suo Varo militans gnava virilique opera duarum legionum, quibus praeerat, exercitum immunem tanta calamitate servavit matureque ad inferiora hiberna descendendo vacillantium etiam cis Rhenum sitarum gentium animos confirmavit. Sunt tamen, qui ut vivos ab eo vindicatos, ita iugulorum sub Varo occupata crediderint patrimonia hereditatemque occisi exercitus, in quantum voluerit, ab eo aditam. L. etiam Caedicii praefecti castrorum eorumque, qui una circumdati Alisone immensis Germanorum copiis obsidebantur, laudanda virtus est, qui omnibus difficultatibus superatis, quas inopia rerum intolerabilis, vis hostium faciebat inexpressibilis, nec temerario consilio nec segni providentia usi speculatique opportunitatem ferro sibi ad suos peperere redditum. Ex quo apparet Varum, sane gravem et bonae voluntatis virum, magis imperatoris defectum consilio quam virtute destitutum militum se magnificentissimumque perdidisse exercitum. Cum in captivos saeviretur a Germanis, praeclari facinoris auctor fuit Calvus Caelius, adulescens vetustate familiae suae dignissimus, qui complexus catenarum, quibus vinctus erat, seriem, ita illas inlisis capiti suo, ut protinus pariter sanguinis cerebrique effluvio expiraret.

121. Eadem virtus et fortuna subsequenti tempore ingressi Germaniam imperatoris Tiberii fuit, quae initio fuerat. Qui concussis hostium viribus classicis peditumque expeditionibus, cum res Galliarum maximae molis accensasque plebis Viennensium dissensiones coercitione magis quam poena mollisset, senatus populusque Romanus postulante patre eius, ut aequum ei ius in omnibus provinciis exercitibusque esset, quam erat ipsi, decreto complexus est. Etenim absurdum erat non esse sub illo, quae ab illo vindicabantur, et qui ad opem ferendam primus erat, ad vindicandum honorem non iudicari parem. In urbem reversus iam pridem debitum, sed continuatione bellorum dilatatum ex Pannoniis Delmatisque egit triumphum. Cuius magnificentiam quis miretur in Caesare? Fortunae vero quis non miretur indulgentiam? Quippe omnis eminentissimos hostium duces non occisos fama narravit, sed vinctos triumphus ostendit; quem mihi fratrisque meo inter praecipuos praecipuisque donis adornatos viros comitari contigit.

122. Quis non inter reliqua, quibus singularis moderatio Ti. Caesaris elucet atque eminent, hoc quoque miretur, quod, cum sine ulla dubitatione septem triumphos meruerit, tribus contentus fuit? Quis enim dubitare potest, quin ex Armenia recepta et ex rege praeposito ei, cuius capiti insigne regium sua manu imposuerat, ordinatisque rebus Orientis ovans triumphare debuerit, et Vindelicorum Raetorumque victor curru urbem ingredi? Fractis deinde post adoptionem continua triennii militia Germaniae viribus idem illi honor et deferendus et recipiendus fuerit? Et post cladem sub Varo acceptam, expectato ocius prosperrimo rerum eventu eadem excisa Germania triumphus summi ducis adornari debuerit? Sed in hoc viro nescias utrum magis mireris quod laborum periculorumque semper excessit modum an quod honorum temperavit.

123. Venitur ad tempus, in quo fuit plurimum metus. Quippe Caesar Augustus cum Germanicum nepotem suum reliqua belli patraturum misisset in Germaniam, Tiberium autem filium missurus esset in Illyricum ad firmanda pace quae bello subegerat, prosequens eum simulque interfuturus athletarum certaminis ludicro, quod eius honori sacrum a Neapolitanis est, processit in Campaniam. Quamquam iam motus imbecillitatis inclinataeque in deterius principia valetudinis senserat, tamen obnitente vi animi prosecutus filium digressusque ab eo Beneventi ipse Nolam petiit: et ingravescente in dies valetudine, cum sciret, quis volenti omnia post se salva remanere accersendus foret, festinanter revocavit filium; ille ad patrem patriae expectato revolavit maturius. Tum securum se Augustus praedicans circumfususque amplexibus Tiberii sui, commendans illi sua atque ipsius opera nec quidquam iam de fine, si fata poscerent, recusans, subrefectus primo conspectu alloquioque carissimi sibi spiritus, mox, cum omnem curam fata vincerent, in sua resolutus initia Pompeio Apuleioque consulibus septuagesimo et sexto anno animam caelestem caelo reddidit.

124. Quid tunc homines timuerint, quae senatus trepidatio, quae populi confusio, quis urbis metus, in quam arto salutis exitiique fuerimus confinio, neque mihi tam festinanti exprimere vacat neque cui vacat potest. Id solum voce publica dixisse satis habeo: cuius orbis ruinam timueramus, eum ne commotum quidem sensimus, tantaque unius viri maiestas fuit, ut nec pro bonis neque contra malos opus armis foret. Una tamen veluti luctatio civitatis fuit, pugnantis cum Caesare senatus populi que Romani, ut stationi paternae succederet, illius, ut potius aequalem civem quam eminentem liceret agere principem. Tandem magis ratione quam honore victus est, cum quidquid tuendum non suscepisset, periturum videret, solique huic contigit paene diutius recusare principatum, quam, ut occuparent eum, alii armis pugnaverant.

Post redditum caelo patrem et corpus eius humanis honoribus, numen divinis honoratum, primum principalium eius operum fuit ordinatio comitiorum, quam manu sua scriptam divus Augustus reliquerat. Quo tempore mihi fratrique meo, candidatis Caesaris, proxime a nobilissimis ac sacerdotalibus viris destinari praetoribus contigit, consecutis quidem, ut neque post nos quemquam divus Augustus neque ante nos Caesar commendaret Tiberius.

125. Tulit protinus et voti et consilii sui pretium res publica, neque diu latuit aut quid non impetrando passuri fuisset aut quid impetrando profecisset. Quippe exercitus, qui in Germania militabat praesentisque Germanici imperio regebatur, simulque legiones, quae in Illyrico erant, rabie quadam et profunda confundendi omnia cupiditate novum ducem, novum statum, novam quaerebant rem publicam; quin etiam ausi sunt minari daturos se senatui, daturos principi leges; modum stipendii, finem militiae sibi ipsi constituere conati sunt. Processum etiam in arma ferrumque strictum est et paene in ultima gladiatorum erupit impunitas, defuitque, qui contra rem publicam duceret, non qui sequerentur. Sed haec omnia veteris imperatoris maturitas, multa inhibentis, aliqua cum gravitate pollicentis, et inter severam praecipue noxiorum ultionem mitis aliorum castigatio brevi sopiit ac sustulit.

Quo quidem tempore ut pleraque non ignave Germanicus, ita Drusus, qui a patre in id ipsum plurimo quidem igne emicans incendium militaris tumultus missus erat, prisca antiquaque severitate usus ancipitia sibi maluit tenere quam exemplo pernicioso, et his ipsis militum gladiis, quibus obsessus erat, obsessentes coercuit, singulari adiutore in eo negotio usus Iunio Blaeso, viro nescias utiliore in castris an meliore in toga: qui post paucos annos proconsul in Africa ornamenta triumphalia cum appellatione imperatoria meruit.

At Hispanias exercitumque in iis cum M. Lepidus, de cuius virtutibus celeberrimaque in Illyrico militia praediximus, cum imperio obtineret, in summa pace et quiete continuit, cum ei pietas rectissima sentiendi et auctoritas quae sentiebat obtinendi superesset. Cuius curam ac fidem Dolabella quoque, vir simplicitatis generosissimae, in maritima parte Illyrici per omnia imitatus est.

126. Horum sedecim annorum opera quis cum ingerantur oculis animisque omnium, partibus eloquatur? Sacravit parentem suum Caesar non imperio, sed religione, non appellavit eum, sed fecit deum. Revocata in forum fides, summota e foro seditio, ambitio campo, discordia curia, sepultaeque ac situ obsitae iustitia, aequitas, industria civitati redditae; accessit magistratibus auctoritas, senatui maiestas, iudiciis gravitas; compressa theatralis seditio, recte faciendi omnibus aut incussa voluntas aut imposita necessitas: honorantur recta, prava puniuntur, suspicit potentem humilis, non timet, antecedit, non contemnit humiliorem potens. Quando annona moderatior, quando pax laetior? Diffusa in orientis occidentisque tractus et quidquid meridiano aut septentrione finitur, pax augusta omnis terrarum orbis angulos a latrociniorum metu servat immunes. Fortuita non civium tantummodo, sed urbium damna principis munificentia vindicat. Restitutae urbes Asiae, vindicatae ab iniuriis magistratuum provinciae: honor dignis paratissimus, poena in malos sera, sed aliqua: superatur aequitate gratia, ambitio virtute; nam facere recte civis suos princeps optimus faciendo docet, cumque sit imperio maximus, exemplo maior est.

127. Raro eminentes viri non magnis adiutoribus ad gubernandam fortunam suam usi sunt, ut duo Scipiones duobus Laeliis, quos per omnia aequaverunt sibi, ut divus Augustus M. Agrippa et proxime ab eo Statilio Tauro, quibus novitas familiae haut obstitit quominus ad multiplicis consulatus triumphosque et complura eveherentur sacerdotia. Etenim magna negotia magnis adiutoribus egent interestque rei publicae quod usu necessarium est, dignitate eminere utilitatemque auctoritate muniri. Sub his exemplis Ti. Caesar Seianum Aelium, principe equestris ordinis patre natum, materno vero genere clarissimas veteresque et insignes honoribus complexum familias, habentem consularis fratres, consobrinos, avunculum, ipsum vero laboris ac fidei capacissimum, sufficiente etiam vigori animi compage corporis, singularem principalium onerum adiutorem in omnia habuit atque habet, virum severitatis laetissimae, hilaritatis priscae, actu otiosis simillimum, nihil sibi vindicantem eoque adsequentem omnia, semperque infra aliorum aestimationes se metientem, vultu vitaque tranquillum, animo exsomnem.

128. In huius virtutum aestimatione iam pridem iudicia civitatis cum iudiciis principis certant; neque novus hic mos senatus populique Romani est putandi, quod optimum sit, esse nobilissimum. Nam et illi qui ante bellum Punicum abhinc annos trecentos Ti. Coruncanium, hominem novum, cum aliis omnibus honoribus tum pontificatu etiam maximo ad principale extulere fastigium, et qui equestri loco natum Sp. Carvilius et mox M. Catonem, novum etiam Tusculo urbis inquilinum, Mummiusque Achaicum in consulatus, censuras et triumphos provexere, et qui C. Marius ignotae originis usque ad sextum consulatum sine dubitatione Romani nominis habuere principem, et qui M. Tullio tantum tribuere, ut paene adsentatione sua quibus vellet principatus conciliaret, quique nihil Asinio Pollioni negaverunt, quod nobilissimis summo cum sudore consequendum foret, profecto hoc senserunt, in cuiuscumque animo virtus inesset, ei plurimum essetribuendum. Haec naturalis exempli imitatio ad experiendum Seianum Caesarem, ad iuvanda vero onera principis Seianum propulit senatumque et populum Romanum eo perduxit, ut, quod usu optimum intellegit,

id in tutelam securitatis suae libenter advocet.

129. Sed proposita quasi universa principatus Ti. Caesaris forma singula recenseamus. Qua ille prudentia Rhascuporim, interemptorem fratris sui filii Cotyis consortisque eiusdem imperii, Romam evocavit! Singulari in eo negotio usus opera Flacci Pomponii consularis viri, nati ad omnia, quae recte facienda sunt, simplicique virtute merentis semper, numquam captantis gloriam. Cum quanta gravitate ut senator et iudex, non ut princeps, causam Drusi Libonis audivit! Quam celeriter ingratum et nova molientem oppressit! Quibus praeceptis instructum Germanicum suum imbutumque rudimentis militiae secum actae domitorem recepit Germaniae! Quibus iuventam eius exaggeravit honoribus, respondente cultu triumphii rerum, quas gesserat, magnitudini! Quotiens populum congiariis honoravit senatorumque censum, cum id senatu auctore facere potuit, quam libenter explevit, ut neque luxuriam invitaret neque honestam paupertatem pateretur dignitate destitui! Quanto cum honore Germanicum suum in transmarinas misit provincias! Qua vi consiliorum suorum, ministro et adiutore usus Druso filio suo, Maroboduum inhaerentem occupati regni finibus, pace maiestatis eius dixerim, velut serpentem abstrusam terrae salubribus medicamentis coëgit egredi! Quam illum ut honorate, sic secure continet! Quanta molis bellum principe Galliarum ciente Sacroviro Floroque Iulio mira celeritate ac virtute compressit, ut ante populus Romanus vicisse se quam bellare cognosceret nuntiosque periculi victoriae praecederet nuntius! Magni etiam terroris bellum Africum et cotidiano auctu maius auspiciis consiliisque eius brevi sepultum est.

130. Quanta suo suorumque nomine extruxit opera! Quam pia munificentia superque humanam evecta fidem templum patri molitur! Quam magnifico animi temperamento Cn. quoque Pompei munera absumpta igni restituit! Quidquid enim umquam claritudine eminebat, id veluti cognatum censet tuendum. Qua liberalitate cum alias, tum proxime incenso monte Caelio omnis ordinis hominum iacturae patrimonio succurrit suo! Quanta cum quiete hominum rem perpetui praecipuique timoris, supplementum, sine trepidatione dilectus providet! Si aut natura patitur aut mediocritas recipit hominum, audeo cum deis queri: quid hic meruit, primum ut scelerata Drusus Libo iniret consilia? Deinde ut Silium Pisonemque tam infestos haberet, quorum alterius dignitatem constituit, auxit alterius? Ut ad maiora transcendam, quamquam et haec ille duxit maxima, quid, ut iuvenes amitteret filios? Quid, ut nepotem ex Druso suo? Dolenda adhuc retulimus: veniendum ad erubescenda est. Quantis hoc triennium, M. Vinici, doloribus laceravit animum eius! Quam diu abstruso, quod miserrimum est, pectus eius flagravat incendio, quod ex nuru, quod ex nepote dolere, indignari, erubescere coactus est! Cuius temporis aegritudinem auxit amissa mater, eminentissima et per omnia deis quam hominibus similior femina, cuius potentiam nemo sensit nisi aut levatione periculi aut accessione dignitatis.

131. Voto finiendum volumen est. Iuppiter Capitoline, et auctor ac stator Romani nominis Gradive Mars, perpetuorumque custos Vesta ignium et quidquid numinum hanc Romani imperii molem in amplissimum terrarum orbis fastigium extulit, vos publica voce obtestor atque precor: custodite, servate, protegite hunc statum, hanc pacem, hunc principem, eique functo longissima statione mortali destinate successores quam serissimos, sed eos, quorum cervices tam fortiter sustinendo terrarum orbis imperio sufficiant, quam huius suffecisse sensimus, consiliaque omnium civium aut pia fovete aut impia opprimite.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
 179 Platón, *La república*
 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
 173 Aristóteles, *La política*
 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*

- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja*.
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*

- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
 82 Pomponio Mela, *Corografía*
 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa (3 tomos)*
 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
 74 Egeria, *Itinerario*
 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española (2 tomos)*
 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
 59 Lupericio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
 56 Valera, Borrego y Piralá, *Continuación de la Historia de España de Lafuente (3 tomos)*
 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
 48 *Anales Toledanos*
 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
 46 George Borrow, *La Biblia en España*
 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
 44 Charles Fourier, *El falansterio*
 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*

- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclano, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)